

**LUIS BARRANTES MOLINA**  
Biografía y antología  
de un olvidado escritor costarricense

Jorge Francisco Sáenz Carbonell

Serie ESTUDIOS LITERARIOS

  
**ACL**  
ACADEMIA  
COSTARRICENSE  
DE LA LENGUA







**LUIS BARRANTES MOLINA**

**Biografía y antología  
de un olvidado escritor costarricense**



**Jorge Francisco Sáenz Carbonell**

**LUIS BARRANTES MOLINA**

**Biografía y antología  
de un olvidado escritor costarricense**



**EDICIONES DE LA ACADEMIA COSTARRICENSE DE LA LENGUA**

© 2024, Academia Costarricense de la Lengua

© 2024, Jorge Francisco Sáenz Carbonell

© Ediciones de la Academia Costarricense de la Lengua

Avenida central, n.º 140, San José, Costa Rica

Primera edición: 2024

ISBN 978-9330-9724-4-1

Portada: Comisión de Ediciones de la ACL

Diagramado y maquetado general: Grettel Rodríguez Rodríguez

860

S127L

Sáenz Carbonell, Jorge Francisco, autor(a)

Luis Barrantes Molina : biografía y antología de un olvidado escritor costarricense / Jorge Francisco Sáenz Carbonell. - Primera edición. - San José, C.R. : Ediciones de la Academia Costarricense de la Lengua, 2024.

284 páginas ; ilustraciones, fotografías ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-9330-9724-4-1

1. Barrantes Molina, Luis. 2. Literatura costarricense - Colecciones. I. Título.

SINABI/UT-2024

De conformidad con la ley n.º 6683, Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, no se permite la reproducción parcial o total de este libro, sin la previa autorización documentada de la Academia Costarricense de la Lengua, de su autor o de los herederos de los derechos vigentes.

# ÍNDICE

|   |    |
|---|----|
| Dedicatoria .....   | 11 |
| Introducción .....  | 21 |
| PRIMERA PARTE.- BIOGRAFÍA.....  | 25 |
| CAPÍTULO I.   |    |
| EL ESTUDIANTE.....  | 27 |
| 1.- El misterio de los orígenes.....  | 27 |
| 2.- La infancia.....  | 32 |
| 3.- En el Colegio Seminario:.....   | 34 |
| 4.- Bachillerato en el Liceo de Costa Rica.....   | 39 |
| 5.- Estudiante de la Escuela de Derecho.....  | 43 |
| CAPÍTULO II.  |    |
| EL LITERATO Y EL PERIODISTA EN COSTA RICA...49  |    |
| 1.- Primeros textos publicados (1896).....  | 49 |
| 2.- Publicaciones en <i>El Eco Católico de Costa Rica</i> ,<br><i>La Prensa Libre</i> y otros periódicos (1898-1902)..... | 50 |
| 3.- Periodista en <i>La Justicia Social</i> .<br>Sus textos en ese y otros periódicos<br>y revistas (1902-1903).....      | 54 |
| 4.- Obras de Barrantes escritas en Sudamérica y publicadas<br>en Costa Rica, o sobre temas costarricenses.....            | 58 |
| CAPÍTULO III.   |    |
| PEREGRINAJES POR SUDAMÉRICA .....   | 61 |
| 1.- Partida de Costa Rica.....  | 61 |
| 2.- En el Ecuador.....  | 63 |
| 3.- En el Perú.....   | 65 |
| 4.- En Chile.....   | 65 |

## CAPÍTULO IV

### 42 AÑOS DE UN ESCRITOR COSTARRICENSE

|  |    |
|--|----|
| EN LA ARGENTINA.....   | 67 |
| 1.- Los primeros años. ....  | 67 |
| 2.- Labor docente. ....  | 72 |
| 3.- Las novelas.....   | 74 |
| a.- La intriga del Sanedrín.....   | 75 |
| b.- Drama de hogar.....  | 77 |
| c.- El maximalismo en marcha... ..   | 78 |
| d.- Un artista del crimen. ....  | 79 |
| e.- La vergüenza de su propia sangre.....  | 79 |
| f.- La Tragedia del Calvario o La Intriga del Sanedrín.....  | 80 |
| g.- El terror negro. ....  | 80 |
| h.- Amor sublime. ....   | 81 |
| i.- Un idilio extraño.....   | 83 |
| j.- Otras novelas.....   | 83 |
| k.- Relatos cortos. ....   | 84 |
| 4.- Las biografías. ....   | 84 |
| a.- Monseñor José Fagnano. Ensayo biográfico.....  | 84 |
| b.- Gemma Galgani. ....  | 85 |
| c.- Namuncurá.....   | 85 |
| d.- El presidente mártir. ....   | 85 |
| e.- Un alma sacerdotal. ....   | 86 |
| f.- Santa Mónica. ....   | 87 |
| 5.- Para mi hogar. ....  | 87 |
| 6.- Los Versos. ....   | 90 |
| 7.- Otras obras: teatro, traducciones, tesis y conferencias. ....  | 92 |
| 8.- Periodista de <i>El Pueblo</i> . Viajes a España e Italia.<br>Encuentros con costarricenses en Buenos Aires<br>Los opúsculos de 1932. <i>Desde mi tonel</i> . .... | 94 |
| 9.- Fallecimiento y funerales. ....  | 99 |

## CAPÍTULO V.

### DESTELLOS OCASIONALES EN EL MAR

#### DE LA INDIFERENCIA COSTARRICENSE.....

107

|   |     |
|---|-----|
| 1.- Un breve paréntesis de proyección en<br>Costa Rica: 1920-1923. .... | 107 |
| 2.- Referencias aisladas. ....  | 110 |

|  |         |
|--|---------|
| 3.- “He dejado de ser costarricense...” .....  | 112     |
| CRONOLOGÍA.....  | 115     |
| <br>SEGUNDA PARTE. FOTOGRAFÍAS.....  | <br>119 |
| Alumnos del Colegio Seminario que pasaron al<br>Liceo de Costa Rica en 1898 .....  | 121     |
| Bachilleres del Liceo de Costa Rica (1898) .....   | 122     |
| Retrato de Luis Barrantes Molina en 1903.....  | 123     |
| Poema manuscrito de Luis Barrantes Molina, dedicado<br>al profesor José A. Caamaño en el día de su santo (1917)....  | 124     |
| Portadas de diversas obras de Luis Barrantes Molina .....  | 125     |
| Portada del Periódico argentino <i>El Pueblo</i><br>del 13 de noviembre de 1949 .....  | 132     |
| <br>TERCERA PARTE.- ANTOLOGÍA.....   | <br>133 |
| TEXTOS EN PROSA PUBLICADOS EN<br>COSTA RICA (SELECCIÓN) .....  | 135     |
| Visionaria .....   | 137     |
| La Verdadera Dinastía .....  | 138     |
| Un día de huelga .....   | 140     |
| Florecimiento .....  | 145     |
| La Trinchera .....   | 147     |
| El día de la superiora .....   | 149     |
| Correspondencia - Hijas del campo .....  | 152     |
| Necesidad de creer .....   | 156     |
| Carta abierta .....  | 159     |
| La libertad .....  | 164     |
| Bernardo Augusto.....  | 167     |
| La conferencia del Sr. Soto Hall .....   | 171     |
| Párrafos .....   | 174     |
| Palique .....  | 176     |
| Rosendo Valenciano .....   | 178     |
| Dos mendigos (fantasía) .....  | 180     |
| Dr. Carlos M. Ulloa, jefe de la diócesis .....   | 183     |
| Oración fúnebre pronunciada por Luis Barrantes Molina<br>en la puerta del Carmen, antes de la inhumación<br>del cadáver del muy ilustre doctor Ulloa ..... | 185     |

|   |     |
|---|-----|
| Jorge Volio .....   | 189 |
| El doctor Flores .....  | 192 |
| Don Manuel de J. Jiménez .....  | 194 |
| Julio Fonseca .....   | 195 |
| Párrafos episcopales .....  | 197 |
| El terremoto de Cartago .....   | 205 |
| La leyenda de Juan .....  | 207 |
| <i>Un alma sacerdotal</i> [Fragmento sobre el clero<br>de Costa Rica y monseñor Thiel]..... | 211 |

POESÍAS PUBLICADAS EN COSTA RICA, O SOBRE  
TEMAS Y PERSONAJES COSTARRICENSES

|                                     |     |
|-------------------------------------|-----|
| (SELECCIÓN).....                    | 213 |
| En la iglesia .....                 | 215 |
| Fábula .....                        | 216 |
| En el mar .....                     | 217 |
| María .....                         | 219 |
| El pájaro mudo .....                | 221 |
| Sed como el árbol .....             | 222 |
| La capa en el rayo de sol .....     | 225 |
| El secreto de Colón .....           | 227 |
| Promesa .....                       | 234 |
| Añoranzas (Patrios recuerdos) ..... | 235 |
| La luz interior .....               | 237 |
| A Buenos Aires .....                | 239 |
| Nostalgia .....                     | 241 |
| La Noche Buena .....                | 242 |
| Hasta luego .....                   | 244 |
| El fruto del dolor .....            | 246 |

|   |     |
|---|-----|
| OTRAS PÁGINAS .....                         | 249 |
| La Catedral .....                           | 251 |
| La ovación popular tributada a Cristo ..... | 255 |
| El carácter nacional ecuatoriano .....      | 260 |
| Amor sublime (capítulo II).....             | 263 |

|                   |     |
|-------------------|-----|
| BIBLIOGRAFÍA..... | 269 |
|-------------------|-----|

A mi hijo David

A Jaime Granados Brenes,  
detonante impensado de este libro.



# LA RECUPERACIÓN DE LA MEMORIA LÍTERARIA:

Luis Barrantes Molina:  
biografía y antología de un  
olvidado escritor costarricense de

Jorge F. Sáenz Carbonell

*Alexánder Sánchez Mora<sup>1</sup>*

En el ya distante verano de 1986, me estrenaba como estudiante de la Facultad de Derecho de la Universidad de Costa Rica. En uno de mis primeros cursos, Historia del Derecho I, me asignaron la lectura de un voluminoso tomo -558 páginas- de reciente publicación que llevaba por título *El despertar constitucional de Costa Rica*. El texto era un apasionante y detallado recorrido por los avatares constitucionales del país y mereció ese mismo año el Premio Cleto González Víquez que otorga la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica. Su autor era un joven profesor que por entonces iniciaba la que sería una brillante carrera académica: Jorge Francisco Sáenz Carbonell.

Desde esa, su *opera prima*, Sáenz Carbonell hizo gala de muchas de las virtudes que, a lo largo de todas estas décadas, han animado su extensa labor investigativa. En *El despertar constitucional...* se mostró, por primera vez, un historiador

---

1 Miembro de número de la Academia Costarricense de la Lengua y correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua. Licenciado en Derecho y Bachiller en Filología Española por la Universidad de Costa Rica, en donde también obtuvo una Maestría en Literatura Latinoamericana. Cuenta, además, con una Maestría en Estudios Americanos y un Doctorado en Historia y Literatura por la Universidad de Sevilla, España. Se ha desempeñado como docente en la Universidad Nacional y la Universidad Estatal a Distancia. La mayor de su carrera, sin embargo, ha transcurrido en la Universidad de Costa Rica, en donde ha sido profesor de historiografía literaria, teoría literaria, literatura latinoamericana y literatura costarricense en la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura. Ha sido allí director del Departamento de Literatura y fundó el Programa de Estudios Coloniales Centroamericanos del Instituto de Investigaciones Lingüísticas. Es autor de gran cantidad de artículos sobre literatura colonial centroamericana y de los libros *La fiesta barroca en la periferia. Relación de la fiesta de proclamación de Luis I en la ciudad de Cartago (1725)* (2021), *La palabra olvidada. La lengua y la literatura de Centroamérica entre la colonia y la independencia* (2021) y *Antes de Mamita Yunai. Los orígenes de la novela bananera* (2022).

meticuloso, que, con enorme disciplina y rigor, rastrea en profundidad todas las fuentes posibles en aras de ofrecer una información precisa y confiable. Esas características son las que brillan, entre otros, en libros como *Los años de la ambulancia* (1989), *Los años del voto directo* (1993), *Historia del Derecho Costarricense* (1997), *Los meses de don Aniceto* (2002) e *Ilusión rota. La asamblea constituyente de 1880* (2021).

Una de las facetas más destacadas de la obra de Sáenz Carbonell es su interés por el género de la biografía. Sin temor a equivocarme, puedo afirmar que constituye el principal cultor en Costa Rica de este género de difícil clasificación que se mueve entre las fronteras de lo historiográfico y lo literario. De ello dan cuenta sus muchas biografías sobre figuras políticas del siglo XIX e inicios del XX, tales como *Francisco María Oreamuno* (1994), *Joaquín de Oreamuno y Muñoz de la Trinidad* (1994), *Ad ardua per alta: una biografía de don Manuel de María de Peralta y Alfaro* (2004), *Francisco Aguilar Barquero* (2013), *El canciller Fernández Guardia* (2015), *José María Zamora* (2015), *José María Alfaro* (2017), *Manuel Aguilar Chacón* (2017), *Juan Bautista Quirós* (2018) y *Don Cleto González Víquez* (2018). Este listado no es exhaustivo, lo que demuestra a las claras el gran aporte de Sáenz Carbonell al desarrollo de un género discursivo que hasta ahora había recibido escasa atención en nuestro medio.

La más reciente contribución del Prof. Sáenz Carbonell al conocimiento de nuestra historia es también una biografía, pero enfocada en el campo de la literatura. La historia de la literatura costarricense aún dista de estar escrita. Esta afirmación ha sido sostenida en innumerables ocasiones en las últimas décadas ante la constatación de que nuestros principales recuentos historiográficos se concentran, de manera muy comprensible, en los textos y autores canónicos, las voces consagradas por el tiempo y la crítica. Por ello, la presente obra constituye un excelente aporte a la ampliación de ese corpus tan constreñido y que se ha limitado aún más por su preferencia por los textos publicados en formato de libro y, en particular, dentro de Costa Rica<sup>2</sup>. Aunque

---

2 Tan solo las recientes investigaciones de Iván Molina han comenzado a esclarecer el fenómeno de la migración y el desarraigo de escritores costarricenses: una de ellas se centra en la experiencia de Manuel González Zeledón, Luis Barrantes Molina y Yolanda Oreamuno (2018a), en la tanto que la otra integra los testimonios de tres escritores contemporáneos, Anacristina Rossi, Uriel Quesada y José Ricardo Chaves (2018b).

buena parte de la literatura del siglo XIX y de la primera mitad del XX, circuló ampliamente en publicaciones periódicas o en la modalidad de folletín, la crítica literaria nacional hizo caso omiso de ellas, tal vez porque su estudio exigía una laboriosa búsqueda hemerográfica frente a la mayor facilidad de acceso que representa el formato del libro<sup>3</sup>. Este horizonte de miras tan sesgado contribuyó a que, por décadas, se dejara de lado la obra de figuras como Rafaela Contreras Cañas, Victoria Urbano, Pachita Crespi y Luis Barrantes Molina, todas ellas esenciales para comprender la constitución de diversos segmentos del imaginario de la literatura costarricense<sup>4</sup>.

El caso de Luis Barrantes Molina reviste particular interés. De él, y de sus actividades literarias, se tenía noticia, en lo fundamental, por las escuetas noticias consignadas por Rogelio Sotela en *Escritores y poetas de Costa Rica* (1923), texto de carácter más bien antológico, pero que constituye un hito fundacional de nuestra historiografía literaria. La mayor fuente, sin embargo, la constituía la *Historia y antología de la literatura costarricense* (1957) de Abelardo Bonilla, que sigue siendo una obra de consulta invaluable a pesar de las limitaciones impuestas por su perspectiva positivista. A pesar de ello, era muy poco lo que se sabía de su vida y casi que menos de su trayectoria literaria, pues apenas se contaba con una serie de títulos y unos cuantos resúmenes de sus tramas. Por esto es que la presente publicación de *Luis Barrantes Molina: biografía y antología de un olvidado escritor costarricense* de Jorge F. Sáenz Carbonell constituye un acontecimiento de la mayor trascendencia. Esta investigación viene a traer luz sobre lo que hasta ahora constituía uno de los mayores misterios de nuestra historiografía literaria.

---

3 Ciertos textos considerados como clásicos de la literatura costarricense aparecieron, por vez primera, en publicaciones periódicos, pero se salvaron del olvido gracias a que, posteriormente, fueron recogidos como libros. Tal sería el caso de textos como los *Cuentos* de Magón, *El infierno verde* de José Marín Cañas o *Mamita Yunai* de Carlos Luis Fallas.

4 El caso de Rafaela Contreras Cañas (1869-1893) es paradigmático. Todos sus relatos se publicaron, entre 1890 y 1891, en periódicos y revistas en Guatemala y El Salvador, en donde falleció. A pesar de su condición de pionera de la literatura costarricense, fue olvidada hasta la década de 1960, cuando el nicaragüense Diego Manuel Sequeira y la estadounidense Evelyn Uhrhan Irving recopilaron su obra. En Costa Rica, solo se ha editado en dos ocasiones, en 1990 y, recientemente, en 2022.

El olvido al que fue condenado Barrantes Molina resulta comprensible, si se toma en consideración la forma en la que se constituyó el medio literario costarricense desde finales del siglo XIX. La polémica literaria de 1894, que confrontó posiciones nacionalistas y del modernismo cosmopolita, configuró el verosímil literario -qué debía representar y con qué lenguaje un escritor costarricense- que regiría por las siguientes décadas. Ambas facciones, sin embargo, coincidían en aspectos tales como un marcado elitismo que consideraba que los sectores populares debían ser educados de conformidad con el ideario liberal en boga. El joven nacionalista Carlos Gagini y el también joven, pero modernista, Ricardo Fernández Guardia podían disentir en cuanto a sus idearios estéticos, pero confluían en sus posturas positivistas y, por lo tanto, anticlericales<sup>5</sup>. Tras ese desencuentro inaugural, la escena literaria de las dos décadas iniciales del siglo XX estaría marcada por la irrupción de una generación de escritores anarquistas -Roberto Brenes Mesén, Joaquín García Monge, Carmen Lyra, Billo Zeledón, entre otros- que de igual manera sostendrían posiciones muy alejadas del conservadurismo católico<sup>6</sup>. La consolidación, más adelante, de la denominada generación de los 40 y su escritura, realista en lo formal y de izquierda en lo ideológico, acabarían por establecer una barrera casi infranqueable entre la escritura literaria y el catolicismo militante. Por ello, no debe llamar a extrañeza que los pocos escritores católicos que han sido registrados en nuestra historia -Juan Garita, Juan de Dios Trejos, Rosendo de Jesús Valenciano, Luis Barrantes Molina, José María Alfaro Cooper y, en época más reciente, Helena Ospina- no hayan sido estudiados en detalle<sup>7</sup>.

De manera muy meticulosa, Sáenz Carbonell ha logrado, recopilar una gran cantidad de información sobre Luis Barrantes Molina que era del todo desconocida. Gracias a una cuidadosa

---

5 Los textos de la polémica fueron recopilados por Segura Montero en *La polémica (1894-1902): el nacionalismo en literatura* (1995), más una carta adicional localizada por Sánchez Mora (2003).

6 Iván Molina ha estudiado, en *La ciudad de los monos* (2002), el violento diferendo que en 1907 enfrentó a Brenes Mesén con la jerarquía eclesiástica, en particular con el párroco de Heredia, Rosendo de Jesús Valenciano, a raíz de la enseñanza de la teoría de la evolución en el Liceo de Heredia.

7 De Juan Garita se cuenta, apenas, con el pequeño estudio *El Presbítero Juan Garita* (1977) de Virginia Sandoval de Fonseca y con el encomiable esfuerzo de Juan Ramón Rojas, *El padre Juan Garita, fundador de la literatura costarricense. Vida y obra* (2013).

investigación se ha descubierto, por fin, algo del pesado velo que cubría sus orígenes familiares, sus años de formación y el periodo que precedió a su partida definitiva hacia América del Sur. Las fuentes hemerográficas permiten reconstruir la imagen de un joven de procedencia rural, posiblemente fruto de una unión extramatrimonial, que encontró refugio en el Seminario, en donde inició sus estudios. Los concluyó en el Liceo de Costa Rica, en donde confrontó el tenso ambiente que regía en ese fin de siglo las relaciones entre liberales y clericales. Su cercanía con la Iglesia y, en particular con el obispo Thiel, permite comprender cuáles serían los discursos que lo nutrieron en esos años definitivos y que serían la constante en sus escritos a lo largo de toda su vida.

Una virtud del trabajo detectivesco aquí desplegado es que representa no solo la reconstrucción de la trayectoria vital de un escritor en concreto, sino que abre una ventana para asomarnos al medio intelectual católico. La crítica historiográfica ha privilegiado la investigación de otros sectores del espectro ideológico, en especial las disidencias, desde lo ácratas hasta los comunistas, pero no ha indagado mayormente en quienes llenaban las páginas de *El eco católico* o *El mensajero del clero*. Este libro señala pistas y posibilidades que deben ser tomadas muy serio para elaborar un panorama mucho más equilibrado de las letras costarricenses de ese periodo.

La intensa actividad de Barrantes Molina en Ecuador, Perú, Chile y, finalmente, Argentina también nos resultaba hasta ahora casi totalmente ajena. De nuevo, una serie de referencias discontinuas apenas si habían permitido formarse una imagen difusa de la enorme cantidad de textos que escribió a lo largo de cerca de medio siglo de ejercicio constante del periodismo y otros géneros literarios. El nuevo paisaje que se ha obtenido con la investigación de Sáenz Carbonell es el de un escritor profesional que, manteniéndose fiel en todo momento a sus principios católicos, no dudó en participar en los circuitos comerciales que le ofrecía la compleja y boyante economía bonaerense<sup>8</sup>. Así, al lado de sus artículos de opinión en periódicos católicos como *El Pueblo*, Barrantes Molina se lanzó a escribir novelas moralizantes

---

8 El periodo comprendido entre 1875 y 1913 ha sido denominado como la Belle Époque de la economía argentina por sus altos índices de crecimiento. La Primera Guerra Mundial daría al traste con esta bonanza (Sanz Villarroja, 2007).

destinadas a la colección popular *La novela del día* e, inclusive, llegó a escribir el voluminoso manual de economía doméstica *Para mi hogar* (1923) por encargo de la Compañía Sansinena de Carnes Congeladas. Esta multiplicidad de ocupaciones apunta hacia una condición de precariedad laboral del periodista costarricense, lo cual era una constante en el oficio que incluso podía llegar a afectar a quienes gozaban de prestigio continental, como el caso del argentino Manuel Ugarte<sup>9</sup>.

La sección antológica que cierra este volumen reúne una muestra lo suficientemente variada como formarse una idea del conjunto de la obra, incluso la desconocida, de Barrantes Molina: “...seleccionado 25 textos suyos en prosa publicados en periódicos y revistas costarricenses (a los cuales añadimos otro publicado en Buenos Aires sobre el clero de Costa Rica y monseñor Bernardo Augusto Thiel), 16 poemas, un artículo publicado en el Perú y otro en el Uruguay, parte de un capítulo de una de sus biografías y un capítulo de una de las novelas históricas que publicó en la Argentina”. Esta diversidad se muestra acertada en el tanto realiza un recorrido panorámico por varios de los géneros discursivos más frecuentados por el prolífico periodista. El criterio empleado privilegia aquellos textos publicados en Costa Rica o que guardan relación con el contexto costarricense. De allí que sea posible encontrarse con artículos de crítica literaria dedicados a *La Trinchera* de Manuel Argüello Mora o a Hijas del campo de Joaquín García Monge al lado de semblanzas sobre el famoso músico Julio Fonseca, el sacerdote y político Jorge Volio o el médico y político herediano Juan de Jesús Flores.

Como bien deja entrever el antologador, la obra de Luis Barrantes Molina puede resultar en ocasiones muy distante de la sensibilidad actual. Su profundo conservadurismo político, que lo llevó a manifestar simpatías por el fascismo italiano, y su apego a una moral tradicionalista por entonces ya en entredicho, dificultan su aprecio y aceptación de parte de los lectores modernos. Sin embargo, ello no debe ser obstáculo para su rescate e incorporación plena en el corpus de la literatura costarricense. Sus escritos son el resultado de un momento preciso de la

---

9 Manuel Ugarte (1875-1951) fue un intelectual antiimperialista que, con sus artículos, libros y conferencias, obtuvo gran reconocimiento internacional. Las dificultades económicas lo obligaron a vender su biblioteca y, luego, su casa (Merbilháa, 2009: 5).

historia latinoamericana y su estudio y comprensión nos acerca a comprender mejor el complejo devenir histórico de nuestro continente. Jorge Sáenz Carbonell resume con precisión el propósito y relevancia de esta obra: “Esperamos que la lectura de estas páginas contribuya a despertar interés en la azarosa vida y la copiosa obra de este escritor costarricense”. Espero que estos deseos se conviertan en realidad y que esta exhaustiva y concienzuda investigación motive a que otros investigadores se acerquen a la obra de Barrantes Molina y de tantos otros creadores que han sido relegados de nuestras historias oficiales.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bonilla, A. (1957). *Historia y antología de la literatura costarricense*. San José: Trejos Hermanos.
- Contreras Cañas, R. (1990). *Cuentos y poemas en prosa completos*. San José: UACA.
- Contreras Cañas, R. (2022). *Stella: cuentos y prosa poética*. San José: Encino Ediciones.
- Merbilhaá, M. (2009). *Trayectoria intelectual y literaria de Manuel Ugarte (1895-1924)*. Tesis de Posgrado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en: <http://www.memoria.fabce.unlp.edu.ar/tesis/te.462/te.462.pdf>
- Molina, I. (2002). *La ciudad de los monos. Roberto Brenes Mesén, los católicos heredianos y el conflicto cultural de 1907 en Costa Rica*. Heredia: EUNA, EUCR.
- Molina, I. (2018a). “He dejado de ser costarricense”. Escritores y migración en la Costa Rica de los siglos XIX y XX. *Realidad. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 152, 125-146.
- Molina, I. (ed.). (2018b). *Retornar con la distancia. Identidad, migración y memoria en la literatura costarricense*. San José: EUNED.
- Rojas, J. R. (2013). *El Padre Juan Garita, fundador de la literatura costarricense. Vida y obra*. San José: EUNED.
- Sandoval de Fonseca, V. (1977). *El Presbítero don Juan Garita*. San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.
- Sánchez Mora, A. (2003). El modernismo contra la Nación. La polémica literaria de 1894 en Costa Rica. *Revista de Filología y Lingüística*, XXIX (1): 103-117.
- Sanz Villarroya, I. (2007). La “Belle Epoque” de la economía argentina, 1875-1913. *Acciones e investigaciones sociales*, 23: 115-138.
- Segura Montero, A. (1995). *La polémica (1894-1902): el nacionalismo en literatura*. San José: EUNED.
- Sotela, R. (1923). *Escritores y poetas de Costa Rica*. San José: Imprenta Lehmann.

## INTRODUCCIÓN

“Donde menos se piensa, salta la liebre”, dice un famoso refrán recogido en el *Lazarillo de Tormes*, “y andaba sobre un tejado”, añade para enfatizar *La Pícaro Justina*. Fue prácticamente por casualidad, por así decirlo, que topé con la figura de Luis Barrantes Molina. Junto con don Jaime Granados Brenes, apreciado amigo e investigador diligente y acucioso, me enfrasqué durante unos meses en la tarea de estudiar la vida y las actuaciones de los bachilleres del Liceo de Costa Rica de 1898, entre los cuales había una nutrida serie de valores nacionales en diversos campos públicos y privados. Fue en la investigación sobre esta “generación del 98” costarricense, a la cual pertenecía Luis Barrantes Molina, donde “saltó” inesperadamente su nombre, hasta entonces desconocido para ambos. Una búsqueda inicial llevó a encontrarlo en las páginas de *Escritores y poetas de Costa Rica*, de Rogelio Sotela (1923), donde se le incluía como integrante de la tercera generación de escritores costarricenses y se hacía de él una elogiosa mención como novelista, periodista y conferencista. Conforme avanzó mi investigación personal, ya concentrada en él, resultó que el escritor no solamente había “saltado”, sino que había campeado lucidamente por los tejados, aunque fuera lejos de la patria.

Muy diestro en la pluma desde juvenil edad, y animado por fuertes sentimientos religiosos, Luis Barrantes empezó su actividad en las letras patrias a los 19 años, en 1896, y durante los siguientes ocho años colaboró activamente en periódicos y revistas costarricenses. En ese período llegó a publicar alrededor de cincuenta textos, que incluyen ensayos, cuentos, poemas, textos de crítica literaria, necrologías y semblanzas de ilustres contemporáneos. Abandonó Costa Rica para siempre en 1904, por motivos que no están claros, y después de peregrinar por el Ecuador, el Perú y Chile, se estableció definitivamente en la Argentina, donde se dedicó a la docencia, la literatura y el periodismo. En Buenos Aires publicó un considerable número de novelas y biografías, y alcanzó renombre como periodista, especialmente como columnista y editorialista en el diario católico *El Pueblo*, para el

cual laboró hasta poco antes de su muerte. Fue ciertamente un periodista muy conocido y apreciado en la Argentina en los decenios de 1930 y 1940, especialmente en publicaciones católicas. Sin embargo, como suele suceder con muchos excelentes periodistas, y ha pasado muchas veces en Costa Rica, el carácter casi siempre coyuntural de sus escritos hizo que su fama y prestigio se fueran disipando en su país de adopción.

A 75 años de su muerte, la vida y la obra de este fecundo escritor, nacido en Grecia, Costa Rica, alrededor de 1877, y fallecido en Buenos Aires, Argentina, el 12 de noviembre de 1949, son prácticamente desconocidas para los costarricenses. En un interesante artículo publicado en 2018, el historiador Iván Molina Jiménez comparó su trayectoria con la de otros dos eminentes escritores costarricenses, Manuel González Zeledón y Yolanda Oreamuno, que por circunstancias personales se vieron apartados largamente del país y prácticamente olvidados por sus compatriotas el resto de sus vidas, con la diferencia de que Magón regresó a Costa Rica en su vejez y rápidamente se le colocó en lugar de honor en la literatura patria, y Yolanda Oreamuno, después de su muerte en México, fue objeto de una merecida obra de rescate en Costa Rica. En cambio, Luis Barrantes Molina ha permanecido ignorado, lo mismo que su copiosa obra en prosa y en verso, tanto la que publicó en Costa Rica en sus años mozos como la de su madurez en Sudamérica. Sus ideas, en gran medida conservadoras e intransigentes, y la escasa difusión de sus producciones literarias en Costa Rica tampoco han facilitado el conocimiento de su obra, que ha sido habitualmente pasada por alto en los estudios sobre la historia de la literatura costarricense.

En esta obra se presenta una síntesis biográfica de Luis Barrantes Molina y un estudio sobre sus obras, especialmente las publicadas en Costa Rica y las que se pudieron encontrar sobre temas o personajes costarricenses escritas por él en la Argentina. Los datos biográficos y literarios de Barrantes Molina se complementan con una antología, para formar la cual se han seleccionado 25 textos suyos en prosa publicados en periódicos y revistas costarricenses (a los cuales se añade otro publicado en Buenos Aires sobre el clero de Costa Rica y monseñor Bernardo Augusto Thiel), 16 poemas, un artículo publicado en el Perú y otro en el Uruguay, parte de un capítulo de una de sus biografías y un capítulo de una de las novelas históricas que publicó en la Argentina. Espero que

la lectura de estas páginas contribuya a despertar interés por la azarosa vida y la copiosa obra de este escritor costarricense.

El erudito profesor y apreciado colega de la Academia Costarricense de la Lengua don Alexander Sánchez Mora tuvo la gentileza de leer el borrador de esta obra y distinguirme con escribir el estudio que la antecede.

Agradezco efusivamente la valiosa ayuda prestada por don Carlos Roberto Rodríguez Brenes, ministro consejero de la Embajada de Costa Rica en la Argentina, cuyo apoyo fue de vital importancia para localizar en ese país una serie de datos sobre la vida de Luis Barrantes Molina; por doña Laura Chacón Rodríguez, directora de la Biblioteca Nacional Miguel Obregón Lizano, que con la colaboración de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno de la Argentina me suministró los textos de las obras de Barrantes *La intriga del Sanhedrín* y *Gemma Galgani*; por el presbítero Don Marcello Sardelli, director de la Biblioteca del Centro Studi Don Bosco (CSDB) de la Universidad Pontificia Salesiana de Roma (UPS), quien gentilmente me envió escaneado el texto de la biografía *Monseñor José Fagnano*, y por don Sergio Valverde Alpízar, a cuya amistad y generosidad debo poder contar con el original de un poema inédito del escritor, “A Caamaño el profesor” (1917). Me resultó también muy importante el respaldo que en diversos aspectos de la investigación me brindaron los apreciados amigos don Jaime Granados Brenes, don Jorge Umaña Vargas, don Tomás Federico Arias Castro, don Joaquín Alberto Fernández Alfaro y don Óscar Quirós Ramírez; los genealogistas don Gustavo Vargas Quesada y don Mauricio Meléndez Obando; doña Rosemary Pacheco, amable y diligente funcionaria de la hemeroteca de la Biblioteca Nacional Miguel Obregón esa institución, y doña Ana Cristina Marín, directora de la Biblioteca de la Facultad de Derecho de la Universidad de Costa Rica,. Deseo manifestar también mi gratitud por su interés y buena disposición a los apreciados colegas de la Academia Costarricense de la Lengua don Carlos Rubio Torres, don Carlos Francisco Monge Meza, doña Amalia Chaverri Fonseca, don Rafael Ángel Herra Rodríguez, don Víctor Hurtado Oviedo, doña Emilia Macaya Trejos y don Víctor Sánchez Corrales.

A. M. D. G.

Jorge Francisco Sáenz Carbonell  
Cartago, febrero de 2024.



Marzo 19 de 1911  
A Caamaño el profesor  
de la terna Juventud  
hoy le mando <sup>una</sup> flor  
y un voto por su salud.  
Delito grave sería  
me hoy yo, sin voz, me callara  
y ni una tarjeta le enviara  
al celebrar el, su día,  
tan solo me desconsuela  
no poder darle un millón  
el director de la escuela  
el gran "Cristobal Colon"  
Si mi ofrenda no es caudal  
que le de' pan todo el año  
es la expresión fiel & leal  
de mi afecto por Caamaño.  
Y si otro tomara a' mal  
mi ofrenda, que yo sola  
para él sera natural  
pues lleva sangre española  
sangre muy generosa  
sin interes ni ambicion  
por eso Caamaño goza  
tan solo en la educación  
Preso del bien en pos  
va el formando su corona  
& es fiel a' su país y a' Dios  
como lo gente sajona  
No parecia, pues, extraño  
de mi sentir la expresión  
al decir: "Dios, de a' Caamaño  
larga vida y bendición!"  
Dios.  
Guís Barrantes

**BIOGRAFÍA**



# CAPÍTULO I

## EL ESTUDIANTE

### 1.- El misterio de los orígenes.

Es muy poco lo que se sabe del origen familiar y de los primeros años de vida de Luis Barrantes Molina; casi que solamente conocemos lo que él quiso decirnos al respecto, y ni siquiera hay absoluta certeza sobre su lugar y año de nacimiento.

Aunque es casi seguro que Luis Barrantes vino al mundo en la entonces villa de Grecia, no se ha podido encontrar su partida de bautismo en los libros parroquiales griegos del decenio de 1870, a pesar de que están bien conservados en el Archivo Eclesiástico de la Curia Metropolitana. También se han indicado otros posibles lugares de su nacimiento; en 1949, con motivo de la muerte del escritor, don Francisco María Núñez relató:

*“... hace algunos años escribí, solicitando datos del registro civil para comprobar su edad y poder obtener la jubilación. Entonces se supone que a San José había llegado de uno de los cantones de la provincia de Alajuela. Pero no se precisó cuál: Naranjo o Palmares. No se encontró la partida de nacimiento.”*<sup>10</sup>

Sin embargo, parece fuera de duda que Barrantes Molina era originario de Grecia. En abril de 1951, al celebrarse el 113° aniversario de la fundación de la población y cuando todavía vivían bastantes personas que por su edad podrían haberlo conocido, en un acto efectuado en el parque central se le citó orgullosamente como griego. Doña Sara Vargas de Muñoz, maestra de la escuela Simón Bolívar, pronunció un emotivo discurso en el cual, además de referirse a la historia de Grecia, dijo que la ciudad contaba con un escritor de prestigio, Luis Barrantes Molina; pasó después a reseñar brevemente su vida y su obra, y por último dio lectura a su poema “Patrios recuerdos”<sup>11</sup>.

---

10 Núñez (Francisco María), “La muerte del periodista Luis Barrantes Molina”, en *Diario de Costa Rica*, 18 de diciembre de 1949, p. 8.

11 “113° aniversario de la fundación de la ciudad de Grecia”, en *La República*, 29 de abril de 1951, p. 8.

Desconocemos la fecha exacta de su nacimiento. Alguna fuente indica 1885 como año de su nacimiento, lo cual es a todas luces equivocado porque consta que ya en 1894 estaba cursando la secundaria en el Colegio Seminario de San José. Al parecer, él mismo ignoraba cuándo había nacido; en una necrología publicada el 22 de marzo de 1950 en el Diario de Costa Rica, con base en datos remitidos desde Buenos Aires por el costarricense don Adolfo Esquivel de la Guardia, gran amigo suyo, se dice:

*“Nació Barrantes en la entonces villa de Grecia: ni él mismo sabía en qué fecha, a punto fijo. A falta de documentos pertinentes, calculaba en 1949 que su edad era de unos 75 a 77 años.”*<sup>12</sup>

Este cálculo ubicaría el nacimiento de Luis Barrantes aproximadamente entre 1872 y 1874. Sin embargo, en el obituario que a su muerte publicó el diario argentino *El Pueblo*, en el cual laboró durante muchos años, se indicó que había nacido en 1877<sup>13</sup>, año que en atención a la época en que efectuó y concluyó sus estudios secundarios nos parece más probable. Dada la costumbre de muchas familias de dar a los niños el nombre del santo del día de su nacimiento, es posible que el escritor haya venido al mundo el 25 de agosto, día de San Luis Rey. Entre las composiciones incluidas en el tomo de *Versos* que publicó en 1923, figura un poema dedicado a San Luis, en el que lo menciona expresamente como santo de su nombre<sup>14</sup>.

Desconocemos por completo el nombre de sus progenitores, que no se menciona en ninguna publicación. En una nota aparecida el 6 de diciembre de 1949 en *La Prensa Libre* con motivo de su muerte, se le da el pésame a “sus deudos”, pero sin identificar a ninguno de ellos<sup>15</sup>. Don Francisco María Núñez, en la necrología ya mencionada, dice “*es posible que aquí no queden deudos*”<sup>16</sup>. Tampoco se mencionó a ninguno de sus parientes en el acto conmemorativo de la fundación de Grecia efectuado en esa población en 1951, cuando lo más lógico es que incluso hubiera estado presente alguno de ellos.

---

12 Esquivel de la Guardia (Adolfo), “Luis Barrantes Molina, su vida y su obra”, en *Diario de Costa Rica*, 22 de marzo de 1950, pp. 5 y 8.

13 “Falleció ayer Luis Barrantes Molina”, en *El Pueblo*, Buenos Aires, 13 de noviembre de 1949, p. 1.

14 Barrantes Molina (Luis), “A San Luis”, en *Versos*, Buenos Aires, Sebastián de Amorrortu, 1ª. ed., 1923, p. 59.

15 “Murió don Luis Barrantes Molina en la República Argentina”, en *La Prensa Libre*, 6 de diciembre de 1949, p. 7.

16 Núñez, 1949, p. 8.

En su poema “Mi hogar”, publicado en 1923, Luis pintó una imagen idealizada de sus progenitores:

*“De mi padre las canas de armiño  
simbolizan su puro vivir,  
pues su ley es bondad y cariño  
y su escudo el trabajo viril.*

*De mi madre la égida sagrada  
un santuario ha formado en mi hogar  
donde nunca se encuentra enfadada,  
donde siembra la dicha al pasar”<sup>17</sup>*

Sin embargo, quizá estas caracterizaciones idílicas sean mero producto de la imaginación del escritor y solamente describan la familia que él hubiera deseado tener. Lo cierto es que las nebulosas que antes expusimos apuntan a que hay algo misterioso en los orígenes de Luis Barrantes Molina. Es posible que fuera hijo extramatrimonial; sin embargo, eso no explica suficientemente la ausencia de una partida bautismal ni la falta de datos sobre sus progenitores, ya que en la época de su nacimiento era bastante frecuente, tanto en áreas rurales como urbanas, que se bautizaran sin ningún problema hijos “naturales”, fruto de mujeres solteras o viudas y “de padre no conocido”. Quizá se trataba de algo que a la luz de aquellos tiempos resultara más problemático: por ejemplo, que la madre de Luis estuviera casada con otro hombre distinto de su progenitor, o también que este fuera un hombre casado de cierta posición o un sacerdote.

Gracias a la ayuda de los genealogistas don Gustavo Vargas Quesada y don Mauricio Meléndez Obando, pudimos identificar a la única mujer de apellidos Barrantes Molina en la Grecia del decenio de 1870 que pudo haber sido la madre de Luis, si es que esos fueron efectivamente sus apellidos de nacimiento. Se trata de Anselma Barrantes Molina, hija extramatrimonial de Casimira Barrantes Molina, viuda de Plácido Suárez. Anselma de las Mercedes Barrantes Molina nació el 23 de setiembre de 1862 y fue bautizada al día siguiente en Alajuela<sup>18</sup>. Contrajo matrimonio en

---

17 Barrantes Molina (Luis), “Mi hogar”, en Versos, 1923, p. 38.

18 Bautizo de Anselma de las Mercedes Barrantes Molina, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:NQNY-HP8>

Alajuela el 23 de enero de 1884 con José María Jiménez Soto<sup>19</sup>, con quien tuvo un hijo un hijo llamado Genaro, fallecido soltero en 1950<sup>20</sup>. La pareja se separó de hecho alrededor de 1887 y hubo una agria disputa acerca de la custodia del niño<sup>21</sup>; después de eso, Anselma tuvo varios hijos más, de padre no conocido: Oliva Angélica de Jesús, nacida en Alajuela el 24 de febrero de 1892<sup>22</sup> y fallecida soltera en San José el 18 de octubre de 1967<sup>23</sup>; Teodolinda Mariana de Jesús, nacida en Alajuela el 6 de setiembre de 1894<sup>24</sup> y fallecida soltera en San José el 15 de julio de 1962<sup>25</sup>, y Victorino Manuel de Jesús, nacido en Alajuela el 18 de abril de 1897<sup>26</sup> y fallecido en San José el 17 de noviembre de 1898<sup>27</sup>. Anselma llevó al parecer una vida bastante irregular y accidentada, con demandas por deudas y repetidos líos judiciales<sup>28</sup>, incluso hasta en 1917, cuando ya pasaba de los 50 años. Murió soltera en Alajuela el 17 de marzo de 1936<sup>29</sup>, a los 73 años de edad, y fue sepultada en el cementerio de esa ciudad.

Entrando en meras especulaciones, porque de esto no hemos localizado ninguna evidencia documental, si Luis Barrantes Molina fue hijo de Anselma, habría sido fruto de una relación extramatrimonial, muy anterior a la boda de ella con José María Jiménez. Es poco probable que Luis, nacido en 1877, fuera hijo de Jiménez, ya que en tal hipótesis lo más lógico era que este, en

---

17 Barrantes Molina (Luis), “Mi hogar”, en Versos, 1923, p. 38.

18 Bautizo de Anselma de las Mercedes Barrantes Molina, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:NQNY-HP8>

19 Matrimonio de José María Jiménez y Anselma Barrantes, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:6KYN-NXT9>

20 Defunción de Genaro Jiménez Molina, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:6CBN-D3KS>

21 CR-AN-AH-CSJ-JYA, N° 951774.

22 Bautismo de Oliva Angélica de Jesús Barrantes, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:6ZPR-N21Q>

23 Defunción de Oliva Jiménez Barrantes, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:6C7K-QS6Z>

24 Bautismo de Teodolinda de Jesús Barrantes, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:NQJH-3H8>

25 Defunción de Teodolinda Barrantes Molina, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:68FQ-PJLS>

26 Bautismo de Victorino Manuel de Jesús Barrantes, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:6DKZ-HQ5L>

27 Defunción de Victorino Barrantes Molina, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:QR6L-6W3Z>

28 CR-AN-AH-CSJ-EXPJU, n° 000567, n° 000692, n° 001650, n° 002019, n° 002021, n° 003216 y n° 041151.

29 Defunción de Anselma Barrantes Molina, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:D484-PG6Z>

el momento de su matrimonio, lo hubiera reconocido para legitimarlo. Quizá Luis haya sido criado en la rural Grecia por la abuela materna, Casimira Barrantes, quien murió en Alajuela el 20 de junio de 1895, cuando el joven estaba estudiando en el Seminario<sup>30</sup>. La agitada vida que llevó Anselma Barrantes después del derrumbe de su matrimonio con Jiménez tampoco parece haber podido ofrecer a sus hijos un entorno tranquilo, seguro y afectuoso, y quizá haya sido uno de los motivos por los que Luis abandonara Costa Rica en 1904 para nunca regresar. Un cuadro familiar así podría explicar además ciertos pasajes de sus obras y haber servido de inspiración para las conductas de algunos personajes de sus novelas. Llamen la atención, por ejemplo, unos versos de su poema “Promesa”, publicado en la Argentina en 1923:

*“... pues de mi propia madre las faltas no investigo,  
ni veo sus culpas yo.”*<sup>31</sup>

Quizá lo único fidedigno en el poema “Mi hogar” de 1923 sean sus versos finales:

*“... que la muerte está siempre en acecho  
y sin madre me puede dejar”*<sup>32</sup>

En cualquiera de esas hipótesis, es posible que desde fecha temprana Luis Barrantes Molina haya experimentado dolorosamente la estigmatización que conllevaba ese tipo de situaciones en la Costa Rica de esa época, en la que hasta legalmente se distinguía a los hijos legítimos de los legitimados, los naturales y los adulterinos. Esto también podría explicar la vehemencia de su fe religiosa, en la cual quizá Luis desde muy joven haya encontrado un refugio y un bálsamo para tratar de aliviar sus penas íntimas y el menosprecio social. En sus propias palabras, contenidas en un artículo publicado en 1901,

*“En las circunstancias críticas de la vida únicamente la fe sostiene el alma acongojada y la consuela. Hay horas de pesadumbre angustiada en que la filosofía es una burla y la ciencia es desaliento; entonces solo la fe ofrece el bálsamo del consuelo, los alientos de la confianza en una fuerza ultraterrena y el sursum corda de la resignación y de la esperanza.”*<sup>33</sup>

---

30 Defunción de Casimira Barrantes Molina, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:7KXH-HPZM>

31 Barrantes Molina (Luis), “Promesa”, en *Versos*, 1923, p. 4.

32 Barrantes Molina (Luis), “Mi hogar”, en *Versos*, 1923, p. 38.

33 Barrantes Molina (Luis), “Sin la fe no hay felicidad”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, marzo de 1901, pp. 50-51.

## 2.- La infancia.

A pesar de su posible origen extramatrimonial, Luis Barrantes parece haber tenido una infancia feliz, de la cual recordaba con especial afecto las celebraciones navideñas. En 1900, en una carta a don Joaquín García Monge, expresó:

*“Yo he visto también en el campo familias cristianotas preparando recogidas y continentes la olla roncadora de los tamales de salpimentón embutidos, los muchachos preparan el portal alborotando con su fresca alegría, y las he visto concurrir luego al templo en donde la muchedumbre devota y acicalada, como una inmensa familia, se acerca a comulgar a media noche en medio del brillar de luces, las melodías del armonio, el coro de los niños, los agrestes olores del portal y el despilfarro del incienso.”<sup>34</sup>*

En su poema “La Noche Buena”, escrito en la Argentina, recordaba con nostalgia:

*“Era el dulce tiempo de mi alegre infancia  
Cuando era la vida tan pura y serena  
En mi humilde casa vertía su fragancia  
La cándida fiesta de la Noche Buena.”<sup>35</sup>*

También de su niñez tenía presentes las celebraciones del 15 de setiembre, según lo consignó en su poema “Añoranzas” (“Patrios recuerdos”):

*“Como en mi infancia al celebrar el día  
del patrio festival que nunca olvido,  
tu santo amor dentro del alma mía  
cual cirio del altar, vive encendido.”<sup>36</sup>*

Coloridas escenas de la vida rural, que apuntan inequívocamente a Grecia, como tierra de café, caña de azúcar y ganado, aparecen vívidamente evocadas en una publicación suya de 1901:

*“... si tuviera la paleta de nuestro amigo “El Moto” [Joaquín García Monge] solazaría tu ánimo con la descripción de los panoramas agrestes*

---

34 Barrantes Molina (Luis), “Hijas del campo”, en *La Revista*, San José, 12 de setiembre de 1900, p. 2.

35 Barrantes Molina (Luis), “La Noche Buena”, en *Versos*, 1923, pp. 23-24.

36 Barrantes Molina (Luis), “Añoranzas”, en *Ibid.*, 1923, p. 2. Este mismo poema fue publicado con el título de “Patrios recuerdos” en la obra antológica de Sotela (Rogelio), *Escritores y poetas de Costa Rica*, San José, Sauter & Co., 1ª. ed., 1923, p. 388.

*en que resplandece la varia hermosura de estos montes, te pintaría entonces el trajín afanoso de los peones, el perezoso sesteo de los bueyes, el alborozo de los terneros desocupados retozones, la miel hirviendo en espumas rebosantes en las pailas del trapiche, los cafetos sacudidos por los cogedores de café dejando caer su lluvia de granos como goterones sobre los manteados, las vainas de frijoles esponjándose al sol y derramando, con el vapuleo de los aporreadores su sartal de granos relucientes y sobre ese cuadro del trabajo y de la vida, la decoración variada y magnífica de la naturaleza que se ostenta por doquiera en formas de montes de verdura, jorobas del terreno cobijadas de flores, calvos picachos y húmedas bajuras por donde serpentea el yurro cristalino y árboles desmesurados sosteniendo en el andamiaje de sus ramas la orquesta oscilante de los pájaros...*<sup>37</sup>

Muchos años después, ya lejos del país, Barrantes describió algo de lo que percibió como carácter nacional de los costarricenses:

*“... la suavidad del clima, la domesticidad de la naturaleza dócil al cultivo, incita a los pueblos al sano y honesto trabajo agrícola y crea en ellos hábitos de paz, como ocurre en Costa Rica; pero en cambio, allí faltan los recios y fuertes caracteres, las exaltaciones sublimes, la consagración heroica de la vida al apostolado religioso...”*<sup>38</sup>

En un nostálgico poema incluido en *Versos* (1923), el escritor le dirigió una petición a una niña que iba a viajar de la Argentina a Costa Rica, y en sus estrofas evocó nostálgicamente su infancia, con referencias que iban desde las imágenes del zopilote y el labriego hasta los sonidos de las carretas y el acordeón:

*“Ve a saludar -job Dolly!- las florestas  
en que viví mi rústica niñez;  
las que abrigaron mis tranquilas siestas  
y las que suelo en mis ensueños ver.*

*Saluda el polvo blanco del sendero  
que sube y baja entre olas de verdor,  
y al ave negra, fija en el alero,  
y al labriego quemado por el sol.*

---

37 Barrantes Molina (Luis), “Carta abierta”, en *El País*, 24 de mayo de 1901, p. 1.

38 Barrantes Molina (Luis), *Un alma sacerdotal*, Buenos Aires, Imprenta de A. Baiocco, 1ª. ed., 1928, pp. 24-24.

*Anda y escucha de mi patria ausente  
los ruidos dulces que mi infancia oyó;  
de las carretas el gemir doliente  
y el lánguido compás del acordeón.*"<sup>39</sup>

Un aspecto que podría haber sido relevante en la niñez de Luis es que la Grecia de esa época imperó un ambiente de modesto desarrollo cultural, promovido por la estadía en la población de dos famosos educadores españoles, don Juan y don Valeriano Fernández Ferraz, de modo análogo al que existió en San Ramón por esa misma época, gracias a la presencia allí del licenciado don Julián Volio Llorente. Hubo vecinos de Grecia interesados en el cultivo de las letras e incluso en 1881 circularon dos periódicos en la localidad, *El Chiquizá*, cuyo editor era don Victoriano Vega, y *El Lirio Griego*<sup>40</sup>.

### 3.- En el Colegio Seminario.

Aunque desde 1869 la educación primaria era en Costa Rica gratuita y obligatoria, en las áreas rurales muchas veces los niños se veían en la necesidad de abandonar la escuela, para trabajar en labores agropecuarias y ayudar a sus familias. Este podría haber sido el destino de Luis Barrantes, pero no solo concluyó la primaria, sino que en 1894 ingresó a cursar la segunda enseñanza en el Colegio Seminario de San José.

Muy posiblemente, Luis cursó sus estudios primarios en Grecia, donde existía una escuela. El hecho de que ingresara después al Colegio Seminario resultaba completamente inusitado en las áreas rurales costarricenses de aquellos tiempos. Ni siquiera era habitual que los hijos de los gamonales o campesinos acaudalados cursaran estudios secundarios, ya que desde adolescentes empezaban a participar en las labores agropecuarias y a prepararse para administrar las tierras que habrían de heredar. Pero incluso si la familia de Luis Barrantes hubiera sido gente de recursos y hubiera querido que el joven estudiara, lo más lógico habría sido

---

39 Barrantes Molina, *Versos*, 1923, p. 26.

40 Núñez (Francisco María), *Periódicos y periodistas*, San José, Editorial Costa Rica, 1ª. ed., 1980, p. 91.

enviarlo al Instituto de Alajuela, único colegio de segunda enseñanza que había en la provincia, en vez de que cursara estudios en San José.

En la capital había dos colegios de segunda enseñanza para varones: el Liceo de Costa Rica y el Colegio Seminario. El primero, fundado en 1887, era estatal, fuertemente laico y gratuito, además de que tenía algunos programas para ayudar a estudiantes de escasos recursos, con el compromiso de que después de su graduación se dedicaran durante un tiempo a la docencia. El Colegio Seminario, regentado por sacerdotes paulinos alemanes, era por supuesto una institución confesional, y aunque no era especialmente caro, tampoco era gratuito. En circunstancias ordinarias, lo más lógico era que un joven de extracción rural y de pocos medios económicos, pero que anhelara vehementemente estudiar, optara por el Liceo de Costa Rica, como lo hicieron varios muchachos que fueron condiscípulos de Luis Barrantes en el último año de secundaria. El hecho de que Barrantes haya ingresado en el Colegio Seminario sugiere que contaba con el respaldo de alguna persona de recursos, quizá su progenitor, o que había conseguido una beca para él, y que esa persona estaba interesada en que el muchacho recibiera una educación religiosa y que tuviera dónde alojarse mientras cursaba la secundaria, ya que el Seminario tenía un internado para alumnos cuyas familias no eran vecinas de San José ni tenían en la ciudad parientes cercanos.

Quizá es mera coincidencia, pero en una de las novelas de Barrantes Molina, *Drama de hogar* (1918) podría haber una velada referencia a su desconocido progenitor. En la novela, un cínico personaje llamado don Agustín, que tiene simultáneamente una familia en Bolivia y otra en la Argentina, le dice a un amigo que ha educado a sus hijos en colegios católicos, a pesar de no ser creyente:

“- *Cómo, ¿los has hecho educar con gentes de iglesia?*  
- *¿Qué quieres? Sí, hombre. Por razones económicas que, como dice Ingenieros, son las que determinan los hechos humanos. Tú sabes que yo encuentro fácilmente amigos entre los curas y hasta entre los obispos. Por eso he obtenido becas para mis dos hijos.*  
- *Pero tú no eres cristiano.*”<sup>41</sup>

---

41 Barrantes Molina (Luis), *Drama de hogar*, en *La Novela del Día*, n° 5, 14 de diciembre de 1918, pp. 92-93.

Luis Barrantes Molina, que estuvo como alumno interno en el Seminario, fue muy dichoso allí:

*“... estuve cuatro años en el seminario de San José de Costa Rica, que por ser el único internado de esa capital, en aquella época de mi infancia, recibía también los alumnos que no intentábamos seguir la carrera eclesiástica. Desde los primeros meses presenté yo que jamás iba a ser tan feliz como lo era entonces... Las oraciones de la madrugada, en la lucidez de la inteligencia que ha reposado en el sueño tranquilo de la inocencia, y que absorbe y digiere las sublimes meditaciones, en el silencio y quietud imponentes de la multitud, iniciaban esa fiesta diurna de nuestra existencia. Luego venían los lentos gestos litúrgicos de la misa en la capilla deliciosamente calentada por los cirios, el incienso y los alientos, la suntuosidad resplandeciente de las casullas y la dulzura armoniosa del órgano y de las voces cristalinas de los niños; todo lo cual llenaba el alma de placidez y de fruición artística (...) Yo como muchos otros, no quería salir los domingos del colegio y las vacaciones me las pasaba en sus patios. Los paseos semanales al río y a los pueblos vecinos, eran deliciosos a causa de la misma clausura que nos ocultaba durante los demás días la belleza de aquella naturaleza tropical, en que siempre sonríe la exuberante primavera. La fiesta del rector, los ejercicios espirituales, la asistencia a la recepción de órdenes, los exámenes, el acto público con su teatro, cantos y declamaciones, eran todos sucesos ansiosamente esperados, llenos de sustos, que luego se trocaban en locas alegrías.”<sup>42</sup>*

Entre sus amigos del Seminario estuvo el futuro presbítero Mardoqueo Arce Rodríguez. En una carta que le dirigió Luis en 1903, con motivo de haber sido designado Arce para cursar estudios superiores en Roma, hay una cálida evocación de su época de colegiales:

*“Un hecho de tal significación y de tan amplias consecuencias para tu actividad futura ha refrescado en mi ánimo, con palpitations de profunda dulzura, aquella noble, bonda simpatía con que la identidad de ambiente y de preocupaciones colegiales, ligó nuestra adolescencia con una fraternidad difícil de repetirse fuera de los deliciosos lindes de aquella edad.*

*Hasta la memoria de una inocente ofuscación de enojo con que una vez llegamos a las manos, no sé por qué causas pueriles, acaricia ahora mi alma con la emanación de ese perfume exquisito que exhala, a través del recuerdo el pensil florido de la infancia ida.”<sup>43</sup>*

---

42 Barrantes Molina, 1928, pp. 33-35.

43 Barrantes Molina (Luis), “Señor don Mardoqueo Arce”, en *La Justicia Social*, 7 de setiembre de 1903, p. 2.

En 1902, en un artículo publicado en el periódico *La Justicia Social*, Luis Barrantes se refirió así a la formación religiosa recibida en el Colegio Seminario:

*“... en el Seminario, a fuerza de repetir cada oración, con la liturgia en la capilla, que el fin de nuestra presencia en el mundo no es otra que conquistarnos el cielo para el ejercicio del bien, que la vida es una transición, que el placer es un relámpago fugaz, deslumbrador y desastroso, que las buenas acciones tienen en otro lugar su recompensa, que más allá de este torbellino de iniquidades, de engaños y concupiscencias se alza la providencia de un Dios justiciero y bondadoso, a fuerza de oír esas afirmaciones de continuo, las ideas del deber cristiano y de la eterna justicia, se transforman a la larga en sentimientos intensos que impulsan nuestra voluntad por una línea de acción determinada y perdurable. Cuando se efectúa esa transformación de ideas en sentimientos, las nociones de lo bueno y de lo justo, no existen ya de un modo abstracto y estéril, sino que modifican el carácter y se reflejan en todas las acciones produciendo esas personalidades sublimes del religioso, del apóstol, del héroe o del mártir.”<sup>44</sup>*

El programa de estudios secundarios del Colegio Seminario incluía cursos de Filosofía, Latín, Matemáticas, Aritmética, Física, Religión, Castellano, Griego, Francés, Inglés, Ciencias físicas y naturales, Historia Universal y Geografía, Álgebra y Geometría, Historia natural y Física. La mayoría de los profesores eran sacerdotes lazaristas, a los que Luis se refirió con gran afecto en otra publicación de 1902:

*“... nosotros hemos visto de cerca el espectáculo excelso del carácter que se impone sin soberbia y la ternura que atrae sin esfuerzo, la inteligencia que deslumbra y la virtud que cautiva en nuestros modestos maestros de sotana que dejan sencillamente su cátedra para sufrir callados y sublimes el sacrificio por el bien, en sus misiones por nuestras selvas, haciéndonos creer con su ejemplo en la bondad humana y en la posibilidad de cumplir el deber---”<sup>45</sup>*

Muchos años después, en 1928, recordaba con gratitud

*“... a mis a mis abnegados e irreprochables maestros, los padres lazaristas alemanes Steinof, Prause, Sickoven, Dunkel, Blessing y Stork. Estos últimos fueron después admirables obispos.”<sup>46</sup>*

---

44 Barrantes Molina (Luis), “Párrafos”, en *La Justicia Social*, 3 de octubre de 1902, p. 2.

45 Barrantes Molina (Luis), “Palique”, en *La Justicia Social*, 22 de setiembre de 1902, pp. 2-3.

46 Barrantes Molina, 1928, p. 10.

La primera noticia precisa documentada que tenemos de la vida académica de Luis Barrantes corresponde a diciembre de 1895, cuando era alumno de la V<sup>a</sup> clase del Seminario. En la solemne distribución de premios efectuada el 22 de ese mes, al concluir el curso lectivo, y en presencia del obispo de Costa Rica monseñor Bernardo Augusto Thiel, Luis recibió el primer premio de su clase en Inglés, el segundo en Religión y el tercero en Latín y en Historia Natural<sup>47</sup>.

El 20 de diciembre de 1896 se efectuó en el Seminario la ceremonia de clausura del curso lectivo, a la que asistieron tanto el obispo Thiel como el presidente de la República, don Rafael Yglesias. Luis Barrantes recibió el primer premio en Castellano. Además, en esa oportunidad los estudiantes representaron *Daniel*, un drama en cinco actos sobre el profeta bíblico de ese nombre, en el cual Luis interpretó el papel de Astiaje<sup>48</sup>. Pocos días antes habían aparecido en la revista *Ensayos literarios* los primeros textos salidos de su pluma de los que se tiene noticia.

¿Por qué Luis, creyente apasionado, católico practicante y militante, y que en su madurez llevó una vida ascética, no se inclinó por la carrera sacerdotal? Desde su infancia veía el sacerdocio como algo demasiado elevado para él:

*“Cuando chico, yo mismo me negaba a ayudar a misa por la conciencia de mis faltas, y me admiraba de que amigos míos, a mi ver tan malos como yo, sirvieran de monaguillos con toda tranquilidad.”<sup>49</sup>*

En 1903, en la misma carta ya citada al presbítero Arce, dice:

*“Aquella vía sosegada y limpia que juntos seguimos en las aulas, hubo de bifurcarse, cuando terminamos nuestros estudios en el seminario. Mayor, me abandoné yo al oleaje del mundo seglar buscando en otros arsenales de enseñanza, equipo más adecuado para la campaña de intereses que batallan en la vida, mientras tú te deslizabas sin esfuerzo hacia las playas tranquilas del santuario empujado por la brisa arrulladora de tu vocación lozana y fortalecido sin duda con el rocío bendito de espirituales influencias.*

*Las contrapuestas impresiones que han fijado los últimos contornos de nuestro carácter han promovido quizá aisladas disonancias en el primitivo concierto de nuestros pensamientos. Pero estas notas discordes*

---

47 “Solemne distribución de Premios”, en *La Unión Católica*, San José, 24 de diciembre de 1895, p. 2.

48 “Colegio Seminario”, en *La Unión Católica*, 22 de diciembre de 1896, p. 1 49 Barrantes Molina, 1928, p. 41.

*no pueden turbar el conjunto armonioso de la fe, hondamente asentada sobre pilares de granito que nuestros virtuosos maestros labraron con la cohesión del sentimiento, ni suspender el progreso viril de nuestro afecto de hoy, que tiene en su abono, para afirmarse con inmarcesible frescura, el casto recuerdo de nuestros años de Colegio.*<sup>50</sup>

Años más tarde, ya en Sudamérica, su amigo Adolfo Esquivel de la Guardia, admirado de sus conocimientos teológicos, filosóficos e históricos y de las aptitudes que tenía para haber sido un excelente orador sagrado, preguntó a Barrantes Molina por qué no había seguido la carrera eclesiástica. Luis le respondió:

- *Es que he temido la tremenda responsabilidad de las funciones sacerdotales.*<sup>51</sup>

#### **4.- Bachillerato en el Liceo de Costa Rica.**

Las disposiciones vigentes en aquella época, y hasta ya bien entrado el siglo XX, no permitían a los colegios privados costarricenses otorgar el título de bachiller, que solamente discernía el Liceo de Costa Rica. Esto obligaba a los estudiantes del Seminario, si deseaban obtener el bachillerato, a cursar el último año de secundaria en el Liceo de Costa Rica y efectuar allí los exámenes correspondientes. Por esta circunstancia, en 1898 Luis Barrantes Molina ingresó al Liceo de Costa Rica, junto con otros siete compañeros suyos del Seminario: Adán García García, Jorge y Julio Fonseca Gutiérrez, Jorge Herrera Paut, Fausto y Óscar Herrera Troyo, Jorge Sáenz Gutiérrez y Víctor Trejos Castro. La imagen más antigua que se conserva de Luis Barrantes es una fotografía al parecer de 1897, publicada en el *Diario de Costa Rica* el 11 de diciembre de 1948, en la cual aparecen ocho de los nueve muchachos, todos muy serios y luciendo traje entero y corbata o corbatín<sup>52</sup>.

Además de los estudiantes del Seminario, en 1898 también ingresaron a cursar el último año de secundaria en el Liceo de Costa Rica varios muchachos provenientes del Colegio de San Luis Gonzaga de Cartago, que tampoco podía otorgar el bachillerato.

---

50 Barrantes Molina (Luis), “Señor don Mardoqueo Arce”, en *La Justicia Social*, 7 de setiembre de 1903, p. 2.

51 Esquivel de la Guardia (Adolfo), “Un costarricense en la Argentina. Luis Barrantes Molina”, en *Athena*, n° 8, 15 de agosto de 1920, p. 960.

52 “Bachilleres de hace 50 años”, en *Diario de Costa Rica*, 11 de diciembre de 1948, p. 4.

Cuando Luis Barrantes Molina ingresó al Liceo de Costa Rica, este tenía su sede en una vetusta casa ubicada en la avenida segunda de San José, en la manzana donde después estuvo el Museo Nacional y que hoy ocupa el edificio de las oficinas centrales de la Caja Costarricense de Seguro Social. Desempeñaba la dirección del colegio el destacado escritor don Carlos Gagini Chavarría. Como profesores, además del propio Gagini, figuraban don Pablo Biolley Constantine, don Enrique Jiménez, don Elías Jiménez Rojas, don Francisco Montero Barrantes, don Robustiano Rodríguez, don Juan Rudín y don Juan Umaña<sup>53</sup>, entre otros.

Entre el Colegio Seminario y el Liceo de Costa Rica existía una sorda rivalidad, que a veces llegaba a las páginas de la prensa josefina. Los detractores del Seminario afirmaban que los estudiantes provenientes de ese colegio llegaban al Liceo a cursar el último año de secundaria con una preparación académica insuficiente<sup>54</sup>, mientras que sus defensores ponían de relieve que ambas instituciones seguían el mismo plan de estudios, con la salvedad de que en el Seminario impartía algunas materias más, como latín y griego, además de las relacionadas con la religión y la moral<sup>55</sup>.

Para Luis Barrantes, formado en un ferviente catolicismo en las aulas del Colegio Seminario, debió ser muy difícil cursar el último año de secundaria en el Liceo de Costa Rica, abandonado de la enseñanza laica y algunos de cuyos profesores eran francamente escépticos en materia de religión, tendencia seguida también por parte del alumnado. En un texto de 1903 sobre su amigo Jorge Volio Jiménez, Barrantes se refirió a la experiencia de aquel en el Liceo, que debió ser muy similar a la suya propia:

*“La burla de algunos de sus compañeros que ven en el creyente al histérico o al flaco de espíritu enmudecía avergonzada ante su nobleza genial y ante la claridad de su espíritu. Parecía un caballero de otra época, franco, leal, abnegado, invulnerable en sus convicciones, arrebatado de entusiasmo por los elevados idealismos que sus contemporáneos positivistas miraban con indiferencia (...) Adolescente esclarecía sus creencias en profusa lectura, armándose para la lucha, a fin de que sus creencias no*

---

53 “Tu quo que?”, en *La República*, 30 de noviembre de 1898, p. 3.

54 “Tu quo que?”, en *La República*, 30 de noviembre de 1898, p. 3.

55 “El Seminario y el Liceo de Costa Rica”, en *La Prensa Libre*, San José, 24 de noviembre de 1898, p. 3.

*fueran el frágil sentimentalismo femenino que busca acicate en la vegetación artística de la liturgia, sino la robusta fe del pensador convencido, que mueve la voluntad hacia el bien, se refleja ampliamente en todos los aspectos de la vida con fecunda y concertada unidad (...) En el Liceo, la corriente del positivismo que allí emerge, abriantada entonces por la magia intelectual de un joven artista de la enseñanza, resbaló sobre sus convicciones sin empañar su diáfana integridad.”<sup>56</sup>*

Y con respecto a su propia vivencia escribió muchos años más tarde:

*“Cuando salimos varios alumnos para estudiar en el colegio nacional el último año del bachillerato, todos los ex seminaristas notamos la misma sensación de nostalgia que debieron experimentar nuestros primeros padres al recordar el paraíso perdido. ¡Qué diferencia! Era incomparablemente más dulce la sujeción del seminario suavizada por el cariño a los venerados padres, que aquella libertad fastidiosa y turbulenta del aula oficial. En ella se escuchaba sin amor y sin atención la disertación seca del aburrido catedrático, a quien la misma libertad obligaba a distanciarse de los alumnos (...) Pero, lo que más falta me hacía a mí en el colegio nacional, era la poesía que impregnaba toda la vida del seminario.”<sup>57</sup>*

A partir de su experiencia en el Liceo de Costa Rica, y por el resto de su vida, Luis Barrantes fue un ardiente defensor de la educación católica y un enconado adversario de la educación laica, especialmente si esta adquiría el carácter de monopolio estatal.

Nos parece interesante recordar la lista de los 37 bachilleres de 1898, dado que entre ellos hubo algunos que desempeñaron relevantes papeles en la política, la ciencia y la cultura costarricense del siglo XX: Ramiro Aguilar Villanave (educador), Manuel Alvarado Calderoni (topógrafo y empresario), Pedro Alvarado Calderoni (topógrafo y empresario), Federico Carlos Alvarado Quirós (médico, director del asilo Chapu), Antonio Álvarez Hurtado (abogado, diplomático, magistrado), Luis Barrantes Molina (escritor y periodista), José María Barrionuevo Orozco (médico), Ramón Boza Bonilla (educador), Francisco Camacho Muñoz (comerciante), Francisco Cordero Quirós (médico, presidente del Congreso Constitucional), Ricardo Coto Fernández

---

56 Barrantes Molina (Luis), “Jorge Volio”, en *La Justicia Social*, San José, 7 de mayo de 1903, pp.2-3.

57 Barrantes Molina, 1928, pp. 33-34.

(abogado, constituyente en 1917), Alfredo Coto Rojas (farmacéutico), Gordiano Fernández Bolandi (empresario), Baldomero Fernández Segura (farmacéutico y médico), Ernesto Flores Zamora (médico), Jorge Fonseca Gutiérrez (abogado), Julio Fonseca Gutiérrez (músico y compositor), Adán García García (abogado), Francisco Gómez Alizaga (educador), Claudio González Rucavado (escritor, abogado, diputado, secretario de Estado, miembro fundador de la Academia Costarricense de la Lengua), Juan Rafael González Zamora (abogado), Jaime Granados Chacón (ingeniero, gobernador de San José), Manuel Guardia Carazo (abogado), Jorge Herrera Paut (abogado, diputado, magistrado), Fausto Herrera Troyo (contabilista), Óscar Herrera Troyo (abogado, magistrado suplente), José Joaquín Jiménez Ortiz (farmacéutico y empresario), Manuel Francisco Jiménez Ortiz (abogado y empresario, ministro y secretario de Estado, diplomático, constituyente en 1949, director de la Academia Costarricense de la Lengua), Carlos Johanning Morales (educador e ingeniero), Jorge Lara Iraeta (médico), Guillermo Mata Oreamuno (abogado, diputado), Felipe Mayorga Rivas (ingeniero), Basileo Muñoz Castro (abogado, magistrado suplente), Rafael María Rodríguez Rodríguez (médico), Jorge Sáenz Gutiérrez (médico, director del Sanatorio Durán), Manuel Benito Santos Estrada (topógrafo, constituyente suplente en 1917) y Víctor Trejos Castro (abogado, diputado, magistrado del Tribunal Supremo de Elecciones). Llama la atención la curiosa circunstancia de que en este grupo de bachilleres de 1898 había cuatro parejas de hermanos: los Alvarado Calderoni, los Fonseca Gutiérrez, los Herrera Troyo y los Jiménez Ortiz.

Sabemos de por lo menos de dos condiscípulos del Liceo con los que podemos suponer que Luis Barrantes tuvo estrecha amistad, ya que les dedicó textos suyos: Alfredo Coto y Julio Fonseca. Es muy posible además que haya tenido cercanía con sus compañeros Jorge Herrera Paut y Oscar Herrera Troyo, que eran y siempre fueron devotos católicos, venían con él del Seminario e ingresaron después con él en la Escuela de Derecho.

Aunque había tenido altas calificaciones en el Seminario, no parece que Luis destacara mucho como estudiante en el Liceo, donde no se sentía nada a gusto. Su nombre no figura en un “cuadro de honor” de julio de 1898, aunque sí aparecen 22 de sus condiscípulos; es decir, las calificaciones de Barrantes debían

ser comparativamente bajas, Los mejores del grupo fueron José María Barrionuevo Orozco en primer lugar; Francisco Cordero Zúñiga en segundo y Jaime Granados Chacón en tercero<sup>58</sup>.

En diciembre de 1898, después de aprobar los exámenes correspondientes, Luis Barrantes Molina se graduó como bachiller en Ciencias y Letras del Liceo de Costa Rica. Una crónica publicada en *El Heraldo de Costa Rica* dice:

*“Hánse verificado ya los exámenes previos al grado de Bachiller de los jóvenes Oscar Herrera, Jorge y Julio Fonseca, Víctor Trejos, Adán García, Jorge Sáenz, Luis Barrantes, y Fausto y Jorge Herrera, ex alumnos del colegio Seminario, y últimamente alumnos del Liceo.*

*El Tribunal nombrado aprobó dichos exámenes y discernió a los estudiosos jóvenes indicados, el título de Bachiller.*

*Sea enhorabuena -en premio de la constancia y trabajo de los aspirantes, cuyos esfuerzos han sido coronados; y pésele muchas veces a gacetilleros locuaces y escribidores, no inventores de la pólvora, de más acá o más allá del Tempisque; muérdanse la lengua y escupan veneno, paijaníos.”*<sup>59</sup>

En una fotografía que se conserva de los bachilleres liceístas de 1898, Luis se halla sentado al centro de la primera fila. Con su poblado y oscuro bigote casi parece un profesor<sup>60</sup>.

## 5.- Estudiante de la Escuela de Derecho.

Concluido exitosamente el bachillerato, Luis Barrantes decidió estudiar Leyes, al igual que otros 16 de sus 36 condiscípulos del Liceo: Manuel y Pedro Alvarado Calderoni (que no concluyeron la carrera), Antonio Álvarez Arrieta, Ricardo Coto Fernández, Jorge Fonseca Gutiérrez, Adán García García, Claudio González Rucavado, Juan Rafael González Zamora, Manuel Guardia Carazo, Jorge Herrera Paut, Óscar Herrera Troyo, Manuel Francisco Jiménez Ortiz, Guillermo Mata Oreamuno, Basileo Muñoz Castro, Jorge Sáenz Gutiérrez (que después optó por cursar estudios de Medicina) y Víctor Trejos Castro. La popularidad de la carrera forense era bien comprensible:

---

58 “Cuadro de honor de los alumnos del Liceo de Costa Rica”, en *La República*, 10 de agosto de 1898, p. 2.

59 Un no literato (pseudónimo), “Comunicados”, en *El Heraldo de Costa Rica*, 7 de diciembre de 1898, p. 3.

60 Ver la sección fotográfica.

*“El desarrollo cada vez más intenso de la economía agroexportadora y mercantil importadora conllevó un incremento considerable en la frecuencia y complejidad de los litigios, las transacciones y los negocios jurídicos, que hizo cada vez más indispensable la actividad de los abogados. En los últimos decenios del siglo XIX y los primeros decenios del XX, la profesión forense constituyó una de las más connotadas en la sociedad costarricense, que muchas veces abría para sus practicantes las puertas del ascenso social y de la vida política. Era una de las pocas carreras universitarias que podían estudiarse en el país, y por consiguiente también una de las que contribuyó a ampliar la base social de la clase gobernante costarricense.”<sup>61</sup>*

La Escuela de Derecho, si bien no era especialmente cara, tampoco era gratuita, y los alumnos debían pagar los costos de la matrícula y hacerse por su cuenta de códigos y libros, que tampoco brillaban por lo baratos. Algunos de los condiscípulos de Luis Barrantes en Derecho pertenecían a familias acomodadas y no pocos tenían parientes abogados, que no solamente les podían facilitar textos sino además ofrecerles trabajo en sus bufetes en el futuro. Sabemos que Luis pudo sufragar sus estudios debido a que uno de sus primeros artículos de clara orientación católica atrajo la atención de monseñor Bernardo Augusto Thiel, obispo de Costa Rica, quien llamó repetidas veces al joven para ofrecerle un puesto de escribiente en la Curia. Luis finalmente aceptó y desempeñó ese cargo durante cuatro años<sup>62</sup>; además, en algún momento de su carrera de Leyes fue profesor en el Colegio Seminario<sup>63</sup>.

De su época de escribiente de la Curia recordó años después lo emotivo del rezo del Ángelus con monseñor Thiel:

*“... estando yo en la Curia de San José de Costa Rica, que se abría a las diez de la mañana, de súbito las campanas de la catedral entonaban alegremente la sonora canción del mediodía. Todos nos poníamos en pie en torno al venerado prelado para rezar el Ángelus. Nuestra alma se elevaba verticalmente en vuelo espiritual al dulcísimo recuerdo del cielo, como un rayo de luz que pasaba fugazmente por la prosa de la vida. Y yo, tan pequeño, tan oscuro, me sentía solidarizado en íntima unión de*

---

61 Sáenz Carbonell (Jorge Francisco), *Breve historia del Derecho costarricense*, San José, ISOLMA, 1ª. ed., 2016, p. 471.

62 Barrantes, 1928, pp. 10-11 y

63 “Argentina rinde un homenaje de simpatía al extinto periodista y novelista costarricense”, en *Diario de Costa Rica*, 18 de enero de 1950, p. 5.

*amor y de fe con aquellos buenos y doctos sacerdotes; con los alumnos del Seminario, de los colegios y asilos que también rezaban, y con las almas piadosas de toda la población que a la misma hora elevaban la misma dulcísima plegaria.*<sup>64</sup>

El curso lectivo de la Escuela de Derecho comenzó el 6 de marzo de 1899<sup>65</sup>. La Escuela, al igual que el Liceo de Costa Rica, era una institución fuertemente laica, y no pocos de sus docentes eran librepensadores y anticlericales. En un texto escrito muchos años después. Luis Barrantes expresa que gracias a su cercanía con el obispo Thiel y a su trabajo como escribiente en la Curia

*“.... mis profesores laicos de Derecho no lograron sugerir en mis convicciones la menor duda con sus sectarias diatribas contra el clero y contra su doctrina, a pesar de la elocuencia irresistible en que envolvía sus errores el ilustre catedrático doctor Zambrana, uno de los libertadores de Cuba, amigo de Castelar y de Víctor Hugo.”*<sup>66</sup>

De su época como estudiante de Leyes sabemos además que Barrantes se destacaba en la oratoria y la declamación: en mayo de 1901, con motivo de un homenaje de los alumnos de la Escuela al poeta peruano Chocano, recitó *El Miserere* de Rafael Núñez<sup>67</sup>, y en febrero de 1902, en un acto alusivo al centenario del nacimiento de Víctor Hugo, *La oración de todos* de Andrés Bello<sup>68</sup>.

Mientras estudiaba Derecho, Luis Barrantes Molina participó en varios intentos de explotación minera en Alajuela que no dieron ningún resultado concreto. El 28 de setiembre de 1900, junto con don Francisco Calderón Muñoz y don Jesús García, efectuó el denuncia de una mina de oro en un paraje denominado El Carrizalillo de Concepción de Alajuela; se dispuso la publicación de edictos y no hubo más<sup>69</sup>. El 11 de enero de 1901, Barrantes y Jesús García efectuaron el denuncia de otra mina de oro en Concepción de Alajuela, esta vez en un lugar llamado La Cojeja; el juzgado de lo Contencioso Administrativo ordenó citar

---

64 Barrantes Molina, 1928, p. 50.

65 “Actualidades”, en *La Prensa Libre*, 23 de febrero de 1899, p. 3

66 Barrantes Molina, 1928, p. 11.

67 “La manifestación hecha por la Escuela de Derecho”, en *La República*, 9 de mayo de 1901, p. 1.

68 “La velada de anoche”, en *La Prensa Libre*, 27 de febrero de 1902, p. 4.

69 Archivo Nacional de Costa Rica, Sección Histórica, Corte Suprema de Justicia, CR-AN-AH-CSJ-JCAD-EXPIDENTM, n° 006496.

personalmente a Indalecio Saborío Paniagua, dueño del terreno donde estaba la mina en cuestión, y no hubo más trámites<sup>70</sup>. El 5 de mayo de 1901, Barrantes efectuó un tercer denuncia, esta vez de las continuaciones de una mina de oro en Desamparados, en el cantón central de Alajuela, junto con el distinguido abogado don Francisco María Fuentes y Quirós; se ordenó la publicación del edicto correspondiente y al parecer no se efectuó<sup>71</sup>. Posiblemente, como ocurrió en innumerables ocasiones en el siglo XIX y buena parte del XX, la interrupción de todas estas diligencias se debió a que los supuestos yacimientos mineros simplemente no eran rentables y los socios abandonaron la empresa.

El 8 de setiembre de 1901 murió en San José el obispo monseñor Thiel. De la alta consideración en que este tenía a Luis Barrantes Molina, a pesar de que para entonces tenía solamente 24 años de edad, da fe el hecho de que fue uno de los tres testigos presentes en el otorgamiento de su testamento, efectuado en el Palacio Episcopal el día 20 de agosto<sup>72</sup>. Barrantes también asistió a los últimos momentos de vida del ilustre prelado<sup>73</sup>.

En 1901 comenzó también a participar ocasionalmente en política, en grupos adversos al gobierno de don Rafael Yglesias Castro<sup>74</sup> y en apoyo a la candidatura presidencial de don Ascensión Esquivel, postulado por el Partido Nacional<sup>75</sup>. El 7 de diciembre de 1901 fue uno de los oradores en una reunión de esa agrupación política, a la que asistió alrededor de un millar de personas, las cuales se dirigieron después a la casa de Esquivel para expresarle su entusiasta apoyo<sup>76</sup>. En los comicios de segundo grado, efectuados el 16 de febrero de 1902, Esquivel obtuvo una victoria abrumadora sobre su único rival, el licenciado don Máximo Fernández, candidato del Partido Republicano. En la noche de

---

70 Archivo Nacional de Costa Rica, Sección Histórica, Corte Suprema de Justicia, CR-AN-AH-CSJ-JCAD-EXPIDENTM, n° 006537.

71 Archivo Nacional de Costa Rica, Sección Histórica, Corte Suprema de Justicia, CR-AN-AH-CSJ-JCAD-EXPIDENTM, n° 006204.

72 Sanabria M., 1982, pp. 811-812.

73 “Fallecimiento de S. S. Ilma. Los últimos momentos”, en *La República*, 10 de setiembre de 1901, p. 2.

74 “La Prensa Independiente”, en *El Tiempo*, 17 de agosto de 1901, p. 2.

75 “Lo del sábado”, en *El Día*, 10 de diciembre de 1901, p. 2; “Refresco”, en *La Prensa Libre*, 17 de febrero de 1902, p. 4.

76 “Actualidades”, en *El Heraldo de Costa Rica*, 10 de diciembre de 1901, p. 2.

ese día, la agrupación triunfante celebró una concurrida fiesta, en la que, además de don Ascensión, hicieron uso de la palabra Luis Barrantes Molina, Manuel Dengo y Manuel González Zeledón<sup>77</sup>.

En marzo de 1902, mientras proseguía sus estudios de Leyes, Luis empezó a trabajar como primer auxiliar de la Dirección Nacional de Correos<sup>78</sup>. El 21 de marzo de 1903, en un brillante examen, obtuvo el título de pasante de abogado<sup>79</sup>.

---

77 “Refresco”, en *La Prensa Libre*, 17 de febrero de 1902, p. 4.

78 “Hecho y dichos”, en *El Día*, 16 de marzo de 1902, p. 3.

79 “Luis Barrantes Molina”, en *La Justicia Social*, 23 de marzo de 1903, p. 3.



## CAPÍTULO II

# EL LÍTERATO Y EL PERIODISTA EN COSTA RICA

### 1.- Primeros textos publicados (1896).

En diciembre de 1896, mientras era alumno del Colegio Seminario, Luis Barrantes Molina publicó los primeros textos suyos que se conocen.

Dos meses antes, Claudio González Rucavado, con apenas 18 años cumplidos, había iniciado la publicación en San José de una revista quincenal llamada *Ensayos literarios*, que se describía como órgano de la juventud. En su primer número, aparecido el 15 de setiembre de 1896, se decía que se trataba de

*“... una pequeña revista en la que nuestra juventud podrá dar a la estampa sus primeros artículos, sus primeros versos; una rama, en donde nuestros noveles escritores, a manera de pájaros recién nacidos se posen para ensayar los primeros gorjeos; una sala, en la que los muchachos que son niños, muy chicos aún en la literatura, comiencen a hacer sus primeros pinicos.”*<sup>80</sup>

En el número 6 de *Ensayos literarios*, de fecha 1° de diciembre de 1896, apareció la primera publicación de Luis Barrantes Molina, modestamente suscrita con las iniciales L. B. y dedicado al juvenil literato Agustín Luján Mata, que también habría de llevar una vida muy azarosa. Se trataba de un texto de apenas tres párrafos, titulado “Visionaria”, en el que el autor exponía una serie de pesimistas reflexiones íntimas, muy en consonancia con las angustias de un muchacho de 19 años de edad, que además posiblemente tenía una situación personal y familiar complicada, como se advierte desde el primer párrafo;

*“Sombras, fantasmas, quimeras, lo que séáis; vosotras, vanas visiones que seguís mis pasos, las que atormentáis mi existencia, que hacéis mis noches muy negras, mis días oscuros, mis pensamientos horribles y ponéis a temblar mi débil organismo. ¡Dejadme solo! Huid de mi lado, vosotras*

---

80 Inicial”, en *Ensayos literarios*. Órgano de la juventud, San José, 15 de setiembre de 1896, p. 3.

*vanos fantasmas que lleváis alas de ángel y cara de demonio; decidme, ¿qué mal os ha hecho un mísero mortal, cuyo único crimen es el vivir en este mundo y llorar desconsolado sus desventuras? ¿Creéis que es poco lo que sufro en medio de este páramo donde no hallo ni la hoja bienhechora de la palmera que se incline para prestarme su defensa contra las saetas de fuego, ni una burbuja de agua que moje mis secos labios? ¡Sí, dejadme solo!*<sup>81</sup>

En el número siguiente de la revista, que apareció el 15 de diciembre de 1896, se publicó un segundo texto de Luis Barrantes, también con las iniciales L. B. Se trataba de una especie de cuento oriental, muy dentro de las características del Modernismo, cuya acción se ubicaba en los inicios de la dinastía Qing-todavía reinante en China en 1896- y en la cual se auguraba el futuro dominio europeo sobre el Celeste Imperio<sup>82</sup>.

## **2.- Publicaciones en *El Eco Católico de Costa Rica*, *La Prensa Libre* y otros periódicos (1898-1902).**

En mayo de 1898, mientras cursaba el último año de secundaria en el Liceo, Luis empezó a colaborar con *El Eco Católico de Costa Rica*, el periódico oficial de la Iglesia Católica costarricense. El primer texto suyo que apareció en esa publicación fue un emotivo poema titulado “En la iglesia”, referido al fallecimiento de la joven Angélica Coto Rojas, hermana de su condiscípulo Alfredo<sup>83</sup>. En el mismo número de *El Eco* figuraba un también un poemita festivo suyo, “Fábula”, premiado en un concurso de charadas<sup>84</sup>. Muy pronto, además de poemas y de algunos cuentos, Luis empezó a publicar en *El Eco Católico* sesudos ensayos, en los que manifestaba su ferviente catolicismo y defendía a ultranza las tesis de la Iglesia, asunto que terminó siendo la más importante causa de su vida. De esta época son los ensayos “Neurosis”<sup>85</sup> y

---

81 L. B., “Visionaria”, en *Ensayos literarios. Órgano de la juventud*, número VI (1º de diciembre de 1896), p. 45.

82 L. B., “La Verdadera Dinastía”, en *Ensayos literarios. Órgano de la juventud*, número VI (1º de diciembre de 1896), pp. 54-56.

83 Barrantes M. (L.), “En la iglesia”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, mayo de 1898, p. 140.

84 Barrantes M. (L.), “Fábula”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, mayo de 1898, p. 140.

85 Barrantes M. (L.), “Neurosis”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, junio de 1898, p. 185.

“FloreCIMIENTO”<sup>86</sup>; el cuento “Un día de huelga”<sup>87</sup> y el poema “En el mar”<sup>88</sup>. Como puede deducirse, desde muy joven Barrantes hizo gala de una asombrosa fecundidad y fluidez de pluma. Sus textos revelan también un rico y escogido vocabulario, producto sin duda de incansables lecturas y del frecuente contacto con personajes de extraordinaria cultura, ya fueran eclesiásticos como monseñor Thiel o laicos como el doctor Zambrana.

Teniendo que enfrentarse por primera vez con la teoría del Derecho y la letra de los códigos, Luis Barrantes solo publicó tres textos en 1899. Con “La Trinchera”, publicado en *La Prensa Libre* el 27 de julio<sup>89</sup>, el joven escritor hizo por primera vez crítica literaria, comentando, de modo bastante favorable, una obra de ese título de don Manuel Argüello Mora. Le siguió una necrología del periodista católico José María Sánchez, publicada en *El Eco Católico de Costa Rica* en el mes de agosto<sup>90</sup>. El último texto de 1899, publicado en *La Prensa Libre* el 18 de octubre con el título de “FloreCIMIENTO”, fue un elogioso comentario de dos libros de reciente aparición: *Costa Rica Pintoresca* de don Manuel Argüello Mora y *Pro-Patria* de don Francisco María Iglesias Llorente<sup>91</sup>

En enero de 1900 el periódico josefino *La Revista* publicó un cuento suyo titulado “El día de la superiora”<sup>92</sup>. A este texto le siguió en el mes de febrero un artículo denominado “El lujo”<sup>93</sup>, publicado en *El Eco Católico de Costa Rica*, en el cual el escritor criticaba el derroche y el afán de ostentación que en Costa Rica imperaban en ciertas personas, aun en situación de pobreza. Sin embargo, a nuestro juicio el texto más interesante que dio a la luz Barrantes Molina en ese año, aparecido en setiembre de 1900 en

---

86 Barrantes M. (L.), “FloreCIMIENTO”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, diciembre de 1898, p. 458.

87 Barrantes (Luis), “Un día de huelga”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, setiembre de 1898, p. 323.

88 Barrantes Molina. (Luis), “En el mar”, en *El Eco Católico*, febrero de 1899, p. 458; reproducido en *La Prensa Libre*, 6 de julio de 1899, p. 3.

89 Barrantes Molina (Luis), “La Trinchera”, en *La Prensa Libre*, 27 de julio de 1899, p. 3.

90 Barrantes M. (Luis), “José María Sánchez”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, agosto de 1899, p. 110.

91 Barrantes Molina (Luis), “FloreCIMIENTO”, en *La Prensa Libre*, 18 de octubre de 1899, p. 2.

92 Barrantes (Luis), “El día de la superiora”, en *La Revista*, 14 de enero de 1900, p. 2.

93 Barrantes M. (L.), “El lujo”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, 24 de febrero de 1900, pp. 29-30.

*La Revista*<sup>94</sup>, fue una crítica a la novela *Las hijas del campo* de don Joaquín García Monge, escrita a petición de este último. Además de elogiar la obra, Barrantes también apuntó mesuradamente algunos aspectos de *Las hijas del campo* sobre los cuales su juicio era adverso, como puede notarse en los siguientes párrafos:

*“Metido ya en las apreturas de hacerlo confdente de mis impresiones, voy a dar fe, con entera sinceridad, de lo que no me ha satisfecho del todo en su última novela, interrumpiendo siquiera en la apreciación de algunos detalles de ínfima valía, el nutrido aplauso con que he de celebrar la hermosura de su producción literaria.*

*Hubiera preferido ballar los primeros diálogos más cortos, pues cuando todavía no se conocen los personajes que hablan no interesa gran cosa su palique, aunque haya usted arrancado con pasmosa exactitud de los labios de nuestra gente campesina, la expresión viva y palpitante con sus sabrosos solecismos y desperfectos gramaticales.*

*En el enlace de los primeros capítulos se me antoja ballar alguna incongruencia que si da variedad agradable a su lectura, menoscaba en cambio el interés del relato en sus comienzos, agrupando casi de golpe cuadros y personajes que interesan por igual, obligando a repartir en ellos la atención y debilitando de consiguiente su impresión en el ánimo del lector.*

*Y echándome a fondo por los despeñaderos de mi crítica descosida, que como usted ve, no es muy de fiar, llego con mi desacato hasta ponerle reparos al admirable cuadro de la pelea de gallos, enriquecido todo él con toques de colorido brillante y en que hasta los detalles menudos aparecen vivamente coloreados. Pues de él digo que si me arroba en sí mismo no me gusta la manera como aparece intercalado en el relato, como un intruso, sin trabazón con los capítulos inmediatos, a guisa de soberbio decorativo que aparece en un entreacto inesperado.”*<sup>95</sup>

Esta actitud de Barrantes resultaba pionera en Costa Rica, ya que, hasta entonces, en los comentarios formulados en la prensa sobre obras literarias, lo habitual era simplemente elogiar al escritor y a su obra, soslayando toda crítica auténtica y sin externar ningún criterio adverso. Lamentablemente en *La Revista*

---

94 Barrantes Molina (Luis), “Correspondencia”, en *La Revista*, 5 de setiembre de 1900, p. 2; “Hijas del campo”, en *La Revista*, 12 de setiembre de 1900, p. 2.

95 Barrantes Molina (Luis), “Hijas del campo”, en *La Revista*, 12 de setiembre de 1900, p. 2.

solamente se publicaron dos partes de la crítica de Barrantes sobre *Las hijas del campo*, sin que apareciera nunca la conclusión.

En los primeros meses de 1901 Barrantes se dedicó fundamentalmente a escribir para *El Eco Católico de Costa Rica* una serie de artículos en los que exponía sus ideas religiosas, en plena consonancia con las de la Iglesia Católica: “Necesidad de leer libros católicos”<sup>96</sup> (enero de 1901), “Necesidad de creer”<sup>97</sup> (febrero de 1901), “Sin la fe no hay felicidad”<sup>98</sup> (marzo de 1901) y “La Iglesia y el siglo”<sup>99</sup> (marzo de 1901). En abril de 1901, con el título de “Réplica”, publicó en el periódico *El Fígaro* una apasionada defensa de la actividad de unos frailes capuchinos que habían predicado en San José sobre los preceptos cuaresmales y cuya oratoria había sido objeto de una acerba crítica por alguien que utilizaba el pseudónimo de Chilo<sup>100</sup>.

Desde el punto de vista literario, nos parece mucho más interesante y valioso el texto “Carta abierta”, publicado por Barrantes Molina en el periódico *El País* del 24 de mayo de 1901, en el cual, en la forma de carta a un amigo suyo durante unas vacaciones, relata sus impresiones sobre la vida de un pueblecito al que denomina Bejuquillo, “coquetamente escondido entre los reverdecidos lindes de Patas Arriba y El Jaboncillal”<sup>101</sup>. Es un texto breve, de fuerte sabor costumbrista, que muy posiblemente evoca imágenes de la infancia de Luis en Grecia y que expone también los estragos causados por el vicio del licor en los pueblos costarricenses<sup>102</sup>

---

94 Barrantes Molina (Luis), “Correspondencia”, en *La Revista*, 5 de setiembre de 1900, p. 2; “Hijas del campo”, en *La Revista*, 12 de setiembre de 1900, p. 2.

95 Barrantes Molina (Luis), “Hijas del campo”, en *La Revista*, 12 de setiembre de 1900, p. 2.

96 Barrantes Molina (Luis), “Necesidad de leer libros católicos”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, 19 de enero de 1901, p. 404.

97 Barrantes Molina (Luis), “Necesidad de creer”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, 9 de febrero de 1901, pp. 18-19.

98 Barrantes Molina (Luis), “Sin la fe no hay felicidad”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, marzo de 1901, pp. 50-51. Este texto, reformulado y con el título de “Párrafos”, volvió a ser publicado en el periódico *La Justicia Social*. V. Barrantes Molina (Luis), “Párrafos”, en *La Justicia Social*, 7 de octubre de 1902, p. 3.

99 Barrantes Molina (Luis), “La Iglesia y el siglo”, en *El Eco Católico*, marzo de 1901, p. 42. Reproducido en *La Revista*, 15 de marzo de 1901, p. 2.

100 Barrantes Molina (Luis), “Réplica”, en *El Fígaro*, 15 de abril de 1901, p. 2.

101 Barrantes Molina (Luis), “Carta abierta”, en *El País*, 24 de mayo de 1901, p. 1.

102 *Ibid.*

También en *El País*, el 8 de agosto de 1901, Barrantes publicó, con el título de “La Libertad”, una honda reflexión sobre las virtudes de la libertad y la necesidad de combatir los vicios, a fin de mantenerla<sup>103</sup>. Algunas ideas externadas por Barrantes Molina en “La libertad” se reprodujeron en un breve artículo suyo que con el título de “Párrafos” se publicó en el periódico *El Día* el 1° de setiembre de 1901<sup>104</sup>. De setiembre de 1901 es también el artículo “Bernardo Augusto”, publicado en *El Eco Católico de Costa Rica*. Se trata de una extensa y sentida necrología de monseñor Thiel, a quien Luis profesaba gran admiración y respeto, y cuya muerte sin duda le afectó profundamente<sup>105</sup>.

En abril de 1902, Barrantes publicó en *La Prensa Libre* un artículo titulado “La conferencia del Sr. Soto Hall”<sup>106</sup>, en la cual se comentaba una disertación efectuada en San José por el renombrado literato e intelectual guatemalteco don Máximo Soto Hall, en la cual había comparado a Francisco Morazán con Napoleón. Sin escatimar elogios a la oratoria y el vocabulario del conferencista y sus sentimientos centroamericanistas, Barrantes también rechazó en su artículo el paralelismo hecho por Soto Hall entre Morazán y el Gran Corso, así como otras de las ideas expuestas en la conferencia para defender actuaciones del caudillo unionista<sup>107</sup>.

## **2.- Periodista en *La Justicia Social*. Sus textos en ese y otros periódicos y revistas (1902-1903).**

Como ya indicamos, en marzo de 1902 Luis Barrantes empezó a trabajar como primer auxiliar de la Dirección Nacional de Correos<sup>108</sup>, pero sus inquietudes intelectuales lo alejaban de la rutina burocrática y en setiembre de ese año fue uno de los

---

103 “La libertad”, en *El País*, 8 de agosto de 1901, p. 1.

104 Barrantes Molina (Luis), “Párrafos”, en *El Día*, 1° de setiembre de 1901, p. 2.

105 Barrantes Molina (Luis), “Bernardo Augusto”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, setiembre de 1901, p. 268.

106 Barrantes Molina (Luis), “La conferencia del Sr. Soto Hall”, en *La Prensa Libre*, 14 de abril de 1902, p. 2.

107 *Ibid.*

108 “Hechos y dichos”, en *El Día*, 16 de marzo de 1902, p. 3.

fundadores y redactores del diario católico *La Justicia social*, administrado por su amigo Jorge Volio Jiménez, entre cuyos propósitos estaban los de defender a la Iglesia Católica y difundir su doctrina social.

En ese tiempo el periodismo no solamente no es estudiaba como carrera en Costa Rica, sino que además socialmente era visto con mucho desdén y no se podía pensar en él como una actividad para ganarse el sustento. En su obra *Periódicos y periodistas*, don Francisco María Núñez consignó:

*“... se creía, aquí, que era periodista la persona que no servía para otra cosa. Más aún, cuando en una alcaldía se preguntaba a un detenido, de no recomendables hábitos, por su oficio o profesión, en vez de declararse vago, decía que era periodista...”*<sup>109</sup>

En 1928 Luis recordó así su época en *La Justicia Social*:

*“(...) Su director, el doctor don Matías Trejos, catedrático de la Facultad de Derecho y diputado y juez integérrimo, era también muy piadoso. Su esposa [doña Arcelia Zamora Solares], de familia patricia, ayudaba trabajando con los tipógrafos.*

*En la redacción estaban Jorge Volio, hoy general y diputado, y su hermano, el talentoso Dr. [Claudio] Volio, que hoy es obispo y el Dr. Calderón [Muñoz], excelente médico y honestísimo caballero. Ninguno recibía sueldo, por el contrario, todos contribuían con su dinero. ¡Cuán grato era escribir para Dios en aquella fraternidad cristiana! No se concebía allí el periodista mercenario ni el ambiente mundano que advertí con estupor en diarios católicos de otros países. Yo he creído siempre que el creyente debe pagar por escribir para su causa; porque es un placer exquisito ejercitar esa actividad que tiene siempre algo de artística y de plácida emoción, como la del orador, además de la satisfacción de servir a Cristo y colaborar en la conversión y fidelidad de las almas. El que carece de otros medios de vida puede aceptar remuneración; pero como en esa actividad no existe el esfuerzo penoso que le da valor al trabajo, el redactor católico debe aceptar solamente lo indispensable para subsistir o para su representación social, cuando es necesaria.”*<sup>110</sup>

De setiembre a octubre de 1902 Barrantes Molina tuvo en *La Justicia Social* una columna sobre temas morales y religiosos,

---

109 Núñez, 1980, p. 16.

110 Barrantes Molina, 1928, p. 103.

denominada “Párrafos”<sup>111</sup>. En esos meses también se publicaron en el mismo periódico su poema religioso “María”<sup>112</sup> y sus artículos “Palique”<sup>113</sup>, “Velada de los obreros”<sup>114</sup>, “Castelar”<sup>115</sup> y “A un Pito Flautín”<sup>116</sup>.

En los meses siguientes, nuestro biografiado también publicó en *La Justicia Social* una emotiva semblanza del presbítero don Rosendo Valenciano <sup>117</sup> (diciembre de 1902); un relato titulado “Dos mendigos” (enero de 1903), en el cual se refería a un famoso anciano del San José de aquellos tiempos, Facundo Quijano, que había sido enterrado vivo en la época de la peste del cólera de 1856 por suponersele muerto, y que siempre andaba relatando su terrible experiencia<sup>118</sup>, y una necrología de monseñor Carlos María Ulloa, obispo designado de Costa Rica, fallecido antes de su consagración <sup>119</sup>. El periódico también reprodujo la oración fúnebre pronunciada por Barrantes Molina en las puertas de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, con motivo de las exequias de monseñor Ulloa<sup>120</sup>. El hecho de que las autoridades eclesiásticas lo designaran para pronunciar esa oración fúnebre da una clara idea de la alta consideración en que tenían al joven y del respeto que les merecían sus dotes oratorias.

---

111 En 1902, la columna de Luis Barrantes apareció en los siguientes ejemplares de *La Justicia Social*: 17 de setiembre de 1902, p. 2; 19 de setiembre de 1902, p. 2; 3 de octubre de 1902, p. 2; 7 de octubre de 1902, p. 3. Además, en el periódico se publicaron su poema “María”, 22 de setiembre de 1902, p. 2, y su artículo “A un Pito Flautín”, 24 de octubre de 1902, p. 3.

112 Barrantes Molina (Luis), “María”, en *La Justicia Social*, 22 de setiembre de 1902, p. 2.

113 Barrantes Molina (Luis), “Palique”, en *La Justicia Social*, 22 de setiembre de 1902, pp. 2-3.

114 L. B.M., “Velada de los Obreros”, en *La Justicia Social*, 29 de setiembre de 1902, p. 33.

115 L. B. M., “Castelar”, en *La Justicia Social*, 20 de octubre de 1902, p. 3.

116 Barrantes Molina (Luis), “A un Pito Flautín”, en *La Justicia Social*, 24 de octubre de 1902, p. 3.

117 L. B. M., “Rosendo Valenciano”, en *La Justicia Social*, 16 de diciembre de 1902, p.2.

118 Barrantes Molina, Luis, “Dos mendigos (fantasía)”, en *La Justicia Social*, 31 de enero de 1903, p. 2. La historia de este personaje se narra también el relato “Facundo”, incluido en Chacón Trejos (Gonzalo), *Tradiciones costarricenses*, San José, Editorial Costa Rica, 1ª. reimpr. de la 2ª. ed., 2008, pp. 89-94.

119 Barrantes Molina (Luis), “Dr. Carlos M. Ulloa, jefe de la diócesis”, en *La Justicia Social*, 3 de marzo de 1903, p. 1.

120 Barrantes Molina (Luis), “Oración fúnebre pronunciada por Luis Barrantes Molina en la puerta del Carmen, antes de la inhumación del cadáver del muy ilustre doctor Ulloa”, en *La Justicia Social*, 4 de marzo de 1903, p. 1.

En marzo de 1903, debido a las obligaciones de su empleo en la Dirección Nacional de Correos y al interés de proseguir sus estudios de Leyes, Luis Barrantes se apartó de la redacción de *La Justicia Social*, de lo cual dio cuenta el periódico, con cierto sentimiento, en su edición del 23 de ese mes<sup>121</sup>. Sin embargo, Barrantes continuó colaborando ocasionalmente con *La Justicia Social*, en cuyas páginas publicó en mayo de 1903 una semblanza de su amigo y colega periodista don Jorge Volio Jiménez<sup>122</sup>, que acababa de partir hacia Bélgica para cursar la carrera sacerdotal, y en julio del mismo año otra del prometedor músico Julio Fonseca<sup>123</sup>, discípulo suyo del Seminario y del Liceo de Costa Rica, así como un comentario sobre el discurso pronunciado por monseñor Rafael Otón Castro, vicario que gobernaba interinamente la diócesis de Costa Rica con motivo de la vacante episcopal, en la ceremonia fúnebre dedicada al papa León XIII<sup>124</sup>.

Además, el 1º de junio de 1903 la revista literaria *Pandemónium* publicó breves textos suyos sobre dos importantes hombres públicos costarricenses, en esos momentos secretarios de Estado en el gabinete del presidente don Ascensión Esquivel: el médico don Juan de Jesús Flores Umaña<sup>125</sup> -padre de su discípulo del Liceo de Costa Rica Ernesto Flores Zamora-, y el escritor y profesor don Manuel de Jesús Jiménez Oreamuno<sup>126</sup>.

En setiembre de 1903 Barrantes publicó en *La Justicia Social* una carta al presbítero don Mardoqueo Arce, para felicitarlo por haber sido seleccionado como becario para realizar estudios eclesiásticos superiores en el prestigioso Colegio Pío Latino Roma<sup>127</sup>, y en el periódico *El Día* una serie de cuatro sesudos artículos

---

121 “Luis Barrantes Molina”, en *La Justicia Social*, 23 de marzo de 1903, p. 3.

122 Barrantes Molina (Luis), “Jorge Volio”, en *La Justicia Social*, 7 de mayo de 1903, pp.2-3.

123 Barrantes Molina (Luis), “Julio Fonseca”, en *El Día*, 9 de julio de 1903, p. 2.

124 Barrantes Molina (Luis), “El discurso del vicario capitular”, en *El Día*, 31 de julio de 1903, p. 2.

125 Barrantes Molina (Luis), “El doctor Flores”, en *Pandemónium*, 1º de junio de 1903, p. 6. Reproducido en “Lo que escribió... Lo que se escribe... Secretarios de Estado en el Gobierno de don Ascensión Esquivel”, en *La Nación*, 8 de marzo de 1965, p. 2.

126 Barrantes Molina (Luis), “Don Manuel de J. Jiménez”, en *Pandemónium*, 1º de junio de 1903, p. 6. Reproducido en “Lo que escribió... Lo que se escribe... Secretarios de Estado en el Gobierno de don Ascensión Esquivel”, en *La Nación*, 8 de marzo de 1965, p. 2.

127 Barrantes Molina (Luis), “Señor don Mardoqueo Arce”, en *La Justicia Social*, 7 de setiembre de 1903, p. 2.

titulada “Párrafos episcopales”, en la que exponía sus ideas sobre las condiciones y cualidades que a su juicio debería tener el sacerdote a quien se designara como nuevo obispo de Costa Rica<sup>128</sup>.

La cuarta y postrera entrega de “Párrafos episcopales”, aparecida el 30 de setiembre de 1903, es la última publicación efectuada por Barrantes antes de su salida de Costa Rica en 1904 cuyo texto ha llegado hasta nuestros días. Aunque se sabe que en febrero de 1904 Barrantes era redactor del *Boletín Bibliográfico* que publicaba la librería de don Antonio Lehmann<sup>129</sup>, hoy no se conserva ningún ejemplar de esa publicación.

### **3.- Obras de Barrantes escritas en Sudamérica y publicadas en Costa Rica, o sobre temas costarricenses.**

Radicado ya en la Argentina, Luis Barrantes Molina envió ocasionalmente a periódicos y revistas costarricenses algunos poemas y textos breves en prosa.

En setiembre de 1910 el periódico josefino *El Sol* publicó su artículo “El terremoto de Cartago”<sup>130</sup>, nostálgica evocación de la ciudad arrasada por el sismo del 4 de mayo de ese año, de cuyo texto se desprende que había sido publicado originalmente en la Argentina.

Entre setiembre de 1921 y octubre de 1922 Barrantes colaboró ocasionalmente con otro periódico josefino, el *Diario del Comercio*, en cuyas páginas aparecieron su artículo “La leyenda de Abril”, su relato sobre Juan Santamaría “La leyenda de Juan” y varios poemas.

“La leyenda de Abril”<sup>131</sup> es un texto breve y de fuerte lirismo, en el que se describe el cambio de estación que ese mes conlleva en la Argentina, entretejido con una leyenda sobre un desventurado príncipe. Por el contrario, “La leyenda de Juan”

---

128 Barrantes Molina (Luis), “Párrafos episcopales”, en *El Día*, 26 de setiembre de 1903, p. 2; Barrantes Molina (Luis), “Párrafos episcopales”, en *El Día*, 27 de setiembre de 1903, p. 2; Barrantes Molina (Luis), “Párrafos episcopales”, en *El Día*, 27 de setiembre de 1903, p. 2; “Párrafos episcopales”, en *El Día*, 30 de setiembre de 1903, p. 2.

129 “Nuestra prensa”, en *Páginas Ilustradas*, n° 19, mayo de 1904, p. 16.

130 Barrantes Molina (Luis), “El terremoto de Cartago”, en *El Sol*, 3 de setiembre de 1910, p. 2.

131 Barrantes Molina (Luis), “La leyenda de Abril”, en *Diario del Comercio*, 4 de agosto de 1921, p. 2

es un cuento de sabor costarricense, sobre la heroica hazaña de Juan Santamaría en la batalla de Rivas <sup>132</sup>. Los poemas de Barrantes Molina que aparecieron en las páginas del *Diario del Comercio* fueron “El pájaro mudo”<sup>133</sup>, “Sed como el árbol”<sup>134</sup>, “La capa en el rayo de sol”<sup>135</sup> y “El secreto de Colón”<sup>136</sup>.

En 1923 Barrantes publicó en Buenos Aires la obra *Versos*, que en 68 páginas recoge 73 poemas suyos, algunos publicados mucho antes. Este libro contiene siete poemas dedicados a temas o a personajes costarricenses: “Promesa”<sup>137</sup>, “Añoranzas”<sup>138</sup>, “Nostalgia”<sup>139</sup> y “Hasta luego”<sup>140</sup>, nostálgicas evocaciones de Costa Rica; “La luz interior”<sup>141</sup>, poema dedicado al músico don Julio Fonseca, condiscípulo suyo en el Seminario y el Liceo; “La Noche Buena”<sup>142</sup>, recuerdo de las celebraciones navideñas de su infancia en Costa Rica, y “El fruto del dolor”<sup>143</sup>, poema dedicado a su amigo el general Jorge Volio Jiménez, en ese momento candidato a la presidencia de Costa Rica por el Partido Reformista. Lamentablemente, en este poemario no se incluyó otra composición de Barrantes dedicada a Costa Rica, cuyo título desconocemos y de la que hoy solo nos queda una estrofa reproducida por Adolfo Esquivel de la Guardia en un artículo publicado en la revista josefina *Athenea* en 1920:

*“Mas si tu suelo en gracia y opulencia,  
sobre el planeta ha de llevar la palma,  
aun es más bello el resplandor de tu alma  
y más precioso tu valor moral.”*<sup>144</sup>

---

132 Barrantes Molina (Luis), “La leyenda de Juan”, en *Diario del Comercio*, 2 de octubre de 1921, p. 6.

133 Barrantes Molina (Luis), “El pájaro mudo”, en *Diario del Comercio*, 3 de setiembre de 1921, p. 8. Aparece también en *Versos*, 1923, p. 37.

134 Barrantes Molina (Luis), “Sed como el árbol”, en *Diario del Comercio*, 15 de setiembre de 1921, p. 4. Aparece también en *Versos*, 1923, pp. 8-9.

135 Barrantes Molina (Luis), “La capa en el rayo de sol”, en *Diario del Comercio*, 16 de julio de 1922, p. 8. Aparece también en *Versos*, 1923, pp. 37-38.

136 Barrantes Molina (Luis), “El secreto de Colón”, en *Diario del Comercio*, 12 de octubre de 1922, p. 5. Aparece también en *Versos*, 1923, pp.40-42.

137 Barrantes Molina (Luis), “Promesa”, en *Versos*, 1923, p. 4.

138 Barrantes Molina (Luis), “Añoranzas”, en *Versos*, 1923, p. 12.

139 Barrantes Molina (Luis), “Nostalgia”, en *Versos*, 1923, p. 22.

140 Barrantes Molina (Luis), “Hasta luego”, en *Versos*, 1923, p. 26.

141 Barrantes Molina (Luis), “La luz interior”, en *Versos*, 1923, pp. 13-14.

142 Barrantes Molina (Luis), “La Noche Buena”, en *Versos*, 1923, pp. 23-24.

143 Barrantes Molina (Luis), “El fruto del dolor”, en *Versos*, 1923, p. 30.

144 Esquivel de la Guardia, 1920, p. 968.

En la obra *Poetas y escritores de Costa Rica*, publicada en San José en 1923, Rogelio Sotela incluyó una breve síntesis biográfica de Luis Barrantes Molina y reprodujo dos de sus poemas: “Patrios recuerdos”, que es el mismo publicado en su poemario *Versos* en 1923 con el título de “Añoranzas” y “A Buenos Aires”, un elogio de la capital argentina, también incluido en *Versos*<sup>145</sup>. Al referirse a Barrantes Molina en su obra *Escritores de Costa Rica*, aparecida en San José 1942, Sotela volvió a incluir “Patrios recuerdos”<sup>146</sup> y “A Buenos Aires”<sup>147</sup>.

Los últimos textos de Barrantes Molina que se publicaron en Costa Rica en vida del autor fueron cinco artículos suyos aparecidos en la Argentina, que reprodujo en San José la *Revista costarricense*, publicación de orientación feminista y fuertemente católica dirigida por doña Sara Casal: “Los recursos psicológicos del sistema preventivo”<sup>148</sup> (marzo de 1934), “La acción de la mujer apostólica en Argentina”<sup>149</sup> (octubre de 1935), “La doncella estigmatizada de Konnersuth”<sup>150</sup> (mayo de 1936), “Lo necesario y lo superfluo en la enseñanza” (abril de 1938)<sup>151</sup> y “La tragedia de la humanidad” (enero de 1943)<sup>152</sup>. Todos estos textos exponen las intransigentes ideas religiosas y morales de Barrantes Molina y, con excepción de “La doncella estigmatizada de Konnersuth”, relativo a la mística alemana Teresa Neuman, son escritos que se tratan de situaciones coyunturales de la Argentina de la época y que en general tienen poco interés directo para Costa Rica.

---

145 Barrantes Molina (Luis), “A Buenos Aires”, en *Versos*, 1923, pp. 17-18.

146 Sotela, 1942, pp. 338-339.

147 *Ibid.*, pp. 339-340.

148 Barrantes Molina (Luis), “Los recursos psicológicos del sistema preventivo”, en *Revista Costarricense*, n° 144 (25 de marzo de 1934), p. 759.

149 L. B. M., “La acción de la mujer apostólica en Buenos Aires”, en *Revista costarricense*, n° 218, 13 de octubre de 1935, pp. 403-403. Publicada originalmente en el periódico argentino *El Pueblo*, Buenos Aires, 4 de mayo de 1935.

150 L. B. M., “La doncella estigmatizada de Konnersuth”, en *Revista costarricense*, n° 244, 24 de mayo de 1936, pp. 852-853. Artículo publicado originalmente en el diario *El Pueblo* de Buenos Aires.

151 Barrantes Molina (Luis), “Lo necesario y lo superfluo en la enseñanza”, en *Revista costarricense*, n° 327, 24 de abril de 1938, pp. 43-44.

152 L. B. M., “La tragedia de la humanidad”, en *Revista costarricense*, n° 541, 24 de enero de 1943, pp. 1559-1561.

## CAPÍTULO III

# PEREGRINAJES POR SUDAMÉRICA

### 1.- Partida de Costa Rica.

En 1904 Luis Barrantes Molina tomó la decisión de abandonar Costa Rica y viajar a Sudamérica.

No se conoce a ciencia cierta su motivación, que quizá fue simplemente la de buscar nuevos horizontes, aunque puede haber habido de por medio algún lacerante dolor o desengaño personal, ya que a su muerte en 1949 don Francisco María Núñez escribió críticamente que *“La pena que lo llevó a alejarse de su patria, la siguió rumiando en la tierra lejana, y fue el acicate para empeñarse en ganar nombre”*<sup>153</sup>. Ignoramos del todo de qué tipo de pena se trataba, ¿familiar? ¿amorosa? ¿había experimentado alguna discriminación o desengaño ligado a sus orígenes? Unas frases escritas en 1950 por José Fabio Garnier al comentar una de las novelas de Barrantes, apuntan a una decisión definitiva del escritor de no regresar a Costa Rica, ya que se dice que

*“... en un momento de desánimo, se arrancó de la patria con la intención de nunca volver a ella...”*<sup>154</sup>

Dado que apenas tenía 26 o 27 años, dudamos que la partida de Luis fuera el resultado de un sentimiento de frustración profesional o intelectual o de la idea de que sus trabajos literarios eran poco apreciados en el país, ya que eso era algo habitual en una sociedad tan tremendamente indiferente a la cultura y más tratándose de un escritor tan joven. Sin embargo, en 1902, en un artículo sobre el presbítero Rosendo J. Valenciano, había escrito:

*“Tenemos los ticos, genial tendencia, de nuestros padres los españoles heredada, a mirar con desdén los méritos de los nuestros si es que no ponemos empeño inaudito en amenguar su brillo.”*<sup>155</sup>

---

153 Núñez (Francisco María), “La muerte del periodista Luis Barrantes Molina”, en *Diario de Costa Rica*, 18 de diciembre de 1949, p.8.

154 Garnier, op. cit.

155 L. B. M., “Rosendo Valenciano”, en *La Justicia Social*, 16 de diciembre de 1902, p.2.

Tampoco hemos podido encontrar la fecha de su partida del país, que le resultó muy dolorosa. Es posible que haya sido alrededor de junio de 1904, ya que el 19 de mayo todavía la revista *Páginas Ilustradas* lo menciona como redactor del *Boletín Bibliográfico* de la librería de Antonio Lehmann<sup>156</sup>. Curiosamente, ningún periódico ni revista hizo referencia, que sepamos, a su salida de Costa Rica.

Años más tarde Barrantes plasmó en su poema “Añoranzas” los sentimientos que lo embargaron al despedirse de las costas costarricenses:

*“Trémulas palmas, fuentes y follajes  
estremecidos por el viento blando,  
casitas blancas, idílicos paisajes  
que contemplé desde el vapor llorando.  
Las hadas de mis sueños matinales  
me evocan aun con su vital aroma  
el tremolar de aquellos platanales  
y del cafeto la brillante poma.  
Cuando ocultarse vi con desaliento  
la playa gris, salí de mi letargo,  
y sobre el mar volqué mi sentimiento  
como sus aguas pertinaz y amargo.  
Aquel dolor que me enlutó la vida  
quitólo el tiempo ante quien nada dura  
y hoy la memoria de tu faz querida  
en vez de duelo inspírame dulzura.  
Como aquel día, fresco está en mi mente  
el panorama ideal de tus bellezas;  
y es su recuerdo como luz sonriente  
que desvanece todas mis tristezas.  
Si el desterrado a quien del patrio nido  
echó el tirano, con amor te añora,  
¡cuánto más yo que nunca estuve herido  
bajo tu cielo, por maldad traidora!”<sup>157</sup>*

---

156 “Nuestra prensa”, en *Páginas Ilustradas*, n° 19, mayo de 1904, p. 16.

157 Barrantes Molina (Luis), “Añoranzas”, en *Versos*, 1923, p. 12.

El caso de Barrantes Molina quizá tiene algunos paralelismos con el de Manuel María de Peralta, hijo extramatrimonial de una mujer de modesta condición, a quien un conjunto de desventuras familiares y amorosas y de desprecios sociales llevaron a abandonar Costa Rica a los 19 años y partir hacia Europa, sin haber concluido sus estudios de Derecho y prácticamente con lo que tenía puesto, para nunca regresar.

## 2.- En el Ecuador.

De Costa Rica, Luis Barrantes Molina se dirigió al Ecuador, posiblemente después de hacer escala en Panamá. Desembarcó en Guayaquil, con tan mala fortuna que enseguida se contagió de la fiebre amarilla que azotaba el puerto. Esto, sin embargo, dio pie para que entrara en contacto con el clero ecuatoriano, según relató años después:

*“Al día siguiente de mi llegada a esa ciudad, fui contagiado por la peligrosa fiebre amarilla. Un policía me condujo al hospital. Allí vino a ofrecerse, para confesarme, un sacerdote. Después de hacerlo, me habló afectuosamente. Entonces le dije que era periodista católico, y le mostré algunos recortes de artículos míos. Eso bastó para que aquel buen eclesiástico se interesara por mí, hasta el extremo de hacerme sacar del hospital, cuando estuve fuera de peligro, y trasladarme al convento de los dominicos, cuyo prior era el padre Palacios, oriundo de la provincia ecuatoriana de Cuenca. Esos virtuosos religiosos me atendieron solícitamente, sin haberme tratado antes nunca (...) Mis recuerdos de Guayaquil están impregnados de vago y poético misticismo, tanto porque allí estuve a punto de morir, como por haber pasado mi convalecencia en un convento. En Costa Rica no existía en aquel tiempo ninguno de esos recintos de ascetismo y de clausura. Así que en la dulzura de la convalecencia, por primera vez percibí yo, desde la ventana de mi celda, la vida plácida, inocente, ordenada y poética que hacen los frailes. Bajos los arcos, entre las pálidas penumbras, veía el pausado, grave y silencioso desfile de los religiosos encapuchados, como blancos y vaporosos fantasmas. Hasta mi lecho llegaban el melodioso murmullo del canto litúrgico, la dulcísima Salve y el Angelus. Con frecuencia me hablaban los viejos hermanos con candor de niños. El padre Palacios, orador y escritor brillante, después de sus laborosas misiones, se recogía para tomar aliento en aquel bello rincón de quietud y de meditación.”<sup>58</sup>*

---

158 Barrantes Molina, 1928, pp. 9 y 11.

Los religiosos dominicos le hablaron del enfermo periodista costarricense al virtuoso sacerdote monseñor Nicolás Segundo Álvarez Arteta, vicario general de Guayaquil y gobernador de la diócesis, quien se interesó vivamente por él. Hizo que un buen médico asistiera a Barrantes en el convento, y una vez curado le dio un puesto de maestro en el colegio católico anexo a la catedral de Guayaquil, que dirigía un canónigo apellidado Santiesteban. Al tiempo que trabajaba en el colegio, Luis colaboró con el periódico *El Ecuatoriano*, cuyo director era el coronel Ricardo Cornejo<sup>159</sup>. Muchos años más tarde, el escritor se reencontró en la Argentina con monseñor Álvarez, quien, perseguido por las autoridades anticlericales del Ecuador, había llegado a ese país como exiliado. A su muerte, ocurrida en Buenos Aires en 1928, Luis publicó una emotiva biografía de su benefactor, titulada *Un alma sacerdotal*. En ella recogió también vívidas impresiones personales de su breve estadía en el Ecuador.

Sin duda Barrantes se familiarizó en Guayaquil con la figura de don Gabriel García Moreno, controversial presidente del Ecuador del siglo XIX, célebre por su apego extremo a la Iglesia Católica y por sus enfrentamientos con los liberales anticlericales del país, que culminaron en su asesinato en 1875 por un grupo de enemigos políticos. Muchos años después, en la Argentina, Luis escribiría una biografía de García Moreno titulada *El presidente mártir*<sup>160</sup>.

Gobernaba el Ecuador en 1904 el general liberal Leonidas Plaza, que había estado en Costa Rica como exiliado y que desempeñó el cargo de comandante de plaza de Alajuela durante la primera administración de don Rafael Yglesias, de quien además era concuño. No parece sin embargo que esta situación conllevara ninguna ventaja ni favor para Barrantes. Más bien puede haber sido todo lo contrario, ya que pocos años atrás, la crítica de las brutalidades cometidas por ese militar en Costa Rica había llevado a un cierre temporal de *El Eco Católico*:

---

159 Ibid., p. 11.

160 No hemos podido localizar ejemplares de esta obra. Aparece mencionada en la enumeración de las obras de Barrantes en su poemario publicado en 1923. V. Barrantes Molina, *Versos*, 1923, p. 68.

“Por la publicación en favor de los pobres soldados que recibían palo ordenado por el general Plaza, ecuatoriano, entonces comandante de Plaza, el ministro de Guerra ordenó la suspensión de “El Eco Católico””<sup>161</sup>

### 3.- En el Perú.

Después de cuatro meses en Guayaquil<sup>162</sup>, el joven escritor se trasladó a Lima, ciudad en la que colaboró con el periódico *El Bien Público*<sup>163</sup> y también con la revista *Actualidades*, fundada en 1903, que además de noticias publicaba artículos literarios y comentarios sobre temas artísticos y culturales, notas sociales y suplementos artísticos<sup>164</sup>. De esta época se conoce un hermoso artículo suyo sobre la catedral de Lima, escrito en octubre de 1904 y publicado en *Actualidades* el 15 de diciembre de ese año<sup>165</sup>. Sin embargo, el escritor tampoco echó raíces en el Perú, y en fecha que ignoramos se trasladó a Chile.

### 4.- En Chile.

En Chile, Luis Barrantes Molina trabajó para los periódicos *El Mercurio del Sur*, de Valdivia; *El Chileno* de Santiago, y *La Unión*<sup>166</sup>, de Valparaíso, medio este último de tendencia conservadora y católica, muy afín con el pensamiento del escritor. Lamentablemente, no hemos podido tener acceso a ninguno de los artículos publicados por él durante su estadía en suelo chileno.

Alrededor de 1907 Luis salió de Valparaíso en un velero hacia Chiloé, cruzó después el estrecho de Magallanes y tras

---

161 Núñez (Francisco María), *La evolución del periodismo en Costa Rica*, San José, Imprenta Minerva, 1ª. ed., 1921, p. 84.

162 Barrantes Molina, 1928, p. 111.

163 Esquivel de la Guardia, 1920, p. 962.

164 *Fuentes históricas del Perú*, en <https://fuenteshistoricasdelperu.com/2020/06/14/actualidades/>

165 Barrantes Molina (Luis), “La Catedral”, en *Actualidades*, Lima, n° 94, 15 de diciembre de 1904, sin paginación. Disponible en

[https://books.google.co.cr/books?id=NhA4AQAAMAAJ&pg=PP326&dq=%22luis+barrantes+molina%22&hl=es-419&newbks=1&newbks\\_readdir=0&sa=X&ved=2ahUKEwiAoJnC2M2BAxURSjABHd90BMMQ6AF6BAg-JEAI#v=onepage&q=%22luis%20barrantes%20molina%22&f=false](https://books.google.co.cr/books?id=NhA4AQAAMAAJ&pg=PP326&dq=%22luis+barrantes+molina%22&hl=es-419&newbks=1&newbks_readdir=0&sa=X&ved=2ahUKEwiAoJnC2M2BAxURSjABHd90BMMQ6AF6BAg-JEAI#v=onepage&q=%22luis%20barrantes%20molina%22&f=false)

166 Esquivel de la Guardia, 1920, p. 962.

remontar el río de la Plata finalmente llegó a Buenos Aires<sup>167</sup>, quizá sin imaginar todavía que residiría en la Argentina el resto de su vida.

---

167 Esquivel de la Guardia (Adolfo), “Luis Barrantes Molina, su vida y obra”, en *Diario de Costa Rica*, 18 de enero de 1950, pp. 5 y 8.

## CAPÍTULO IV

# 42 AÑOS DE UN ESCRITOR COSTARRICENSE EN LA ARGENTINA.

### 1.- Los primeros años.

Casi todo lo que sabemos de los primeros años de Luis Barrantes en la Argentina proviene de lo publicado en Costa Rica en 1920 y 1950 por su amigo Adolfo Esquivel de la Guardia<sup>168</sup>, uno de los pocos costarricenses residentes entonces en el país sudamericano.

Adolfo Esquivel, hijo de don Arturo Esquivel Arias y doña Berenice de la Guardia y Fábrega, quienes casaron en Puntarenas el 13 de agosto de 1881<sup>169</sup>, se graduó del Liceo de Costa Rica en enero de 1903<sup>170</sup> y tempranamente dio muestras de inquietudes literarias e intelectuales. En diciembre de 1904 fue nombrado redactor y administrador del semanario josefino *De todos colores*<sup>171</sup> y en mayo de 1908 ya se le mencionaba como poeta<sup>172</sup>. En marzo de 1913 se trasladó a la Argentina<sup>173</sup>, y en 1915 contrajo nupcias en Buenos Aires con una joven de aristocrática familia, Dolores (Lola) de la Puente Onrubia<sup>174</sup>. De este matrimonio nacieron gemelas en mayo de 1916, a una de las cuales, Dolly, Luis Barrantes le dedicó un poema titulado “Hasta luego”<sup>175</sup>. Además, Esquivel cursó en Buenos Aires estudios de Medicina y se doctoró en 1917<sup>176</sup>.

---

168 Sobre Esquivel de la Guardia, V. Sotela (Rogelio), “Adolfo Esquivel de la Guardia”, en *Athenea*, n° 8, 15 de agosto de 1920, pp. 958-959.

169 Partida de matrimonio de don Arturo Esquivel Arias y doña Berenice de la Guardia y Fábrega, en

<https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:62N7-FYW5>

170 “Hechos y dichos”, en *El Día*, 15 de enero de 1903, p. 3.

171 “De todos colores” en *La Prensa Libre*, 15 de diciembre de 1904, p. 4.

172 “Gran velada”, en *La Información*, 22 de mayo de 1908, p. 2.

173 “De viaje”, en *La información*, 26 de marzo de 1913, p. 3.

174 “Nuestro compatriota don Adolfo Esquivel de la Guardia contrae matrimonio con una bella Srta. Argentina”, en *La Información*, 21 de marzo de 1913, p. 5.

175 Barrantes Molina (Luis), “Hasta luego”, en *Versos*, 1923, p. 26.

176 “Notas Cortas” en *La Información*, 22 de mayo de 1917, p. 5.

Muy posiblemente, Barrantes y Esquivel se habían conocido en Costa Rica, pero fue en tierras argentinas donde desarrollaron una estrecha amistad, que duraría toda la vida del primero. En 1920, el doctor Esquivel publicó en la revista costarricense *Athenea* un extenso artículo denominado “Un costarricense en la Argentina”, en el cual relataba afectuosamente las vicisitudes de la vida de Luis Barrantes durante sus años iniciales en ese país<sup>177</sup>. En 1950, con motivo del deceso del escritor, Esquivel de la Guardia escribió para el *Diario de Costa Rica* un sentido artículo necrológico<sup>178</sup>. En este último texto se refiere que, a su llegada a la Argentina, Barrantes no se quedó en Buenos Aires, sino que pasó a las provincias de Córdoba y Santa Fe, donde se dedicó a trabajar como periodista en publicaciones católicas<sup>179</sup>. Después regresó a Buenos Aires, donde se radicó definitivamente. Allí trabajó en los periódicos *El Pueblo*, *El País*, *El Combate*, *El Nacional* y *La Unión* y fundó la revista *El Sembrador*<sup>180</sup>. También dirigió los diarios *El Heraldo* de Tucumán y *Tribuna Popular* de Salta<sup>181</sup>.

En 1911 Barrantes Molina adoptó la nacionalidad argentina, por naturalización<sup>182</sup>.

Sobre las ideas religiosas de Barrantes como principal motor de su actividad periodística, Esquivel de la Guardia dice:

*“Barrantes Molina es, sobre todo, un católico de la más pura cepa; un verdadero creyente; un hombre de fe profunda; un apasionado por el dogma. No hay en su religión el más pequeño convencionalismo, la más mínima hipocresía, el menor interés mezquino por lo humano, que para él es lo pasajero. Su espíritu se encuentra absorto ante la magnificencia que para él brota de lo alto, y no hay un solo átomo de su alma, que no vibre como finísima cuerda de arpa al impulso que siente venir de arriba. Pero no por eso es un místico, en el sentido de ensueño que suele*

---

177 Esquivel de la Guardia (Adolfo), “Un costarricense en la Argentina. Luis Barrantes Molina”, en *Athenea*, n° 8, 15 de agosto de 1920, pp. 960-969.

178 Esquivel de la Guardia (Adolfo), “Luis Barrantes Molina, su vida y obra”, en *Diario de Costa Rica*, 18 de enero de 1950, pp. 5 y 8.

179 *Ibid.*, p. 8.

180 Esquivel de la Guardia, 1920, p. 962.

181 Paz (Carlos) *Efemérides literarias argentinas*, Buenos Aires, Editorial Caligraf, 1ª ed., 1999, p. 520.

182 “Falleció ayer Luis Barrantes Molina. Un periodista católico valiente y vigoroso”, en *El Pueblo*, Buenos Aires, 13 de noviembre de 1949, p. 1.

*atribuírsele a la palabra. No: él no se ha conformado con que lo absorba la luminosidad interior de su credo; él no se ha contentado con entregarse a la meditación, como los eremitas, ni al éxtasis como los fakires; sino que ha tratado de ser acción puesta al servicio de su verdad y lo ha conseguido: se ha ilustrado, y desde la tribuna, la cátedra y la prensa, coopera al mantenimiento y engrandecimiento del cristianismo.*<sup>183</sup>

Y en palabras del propio Barrantes,

*“En algunas de esas fraguas de trabajo cerebral en que se forja la lectura del diario, mi sueldo sufrió angustiosas depreciaciones; pero solamente en Buenos Aires llegó a la delgadez inverosímil de cincuenta y treinta y cinco pesos mensuales, escribiendo yo, sin embargo, traducciones, editoriales y réplicas de célebres conferencistas. Mas, aunque se rían los hombres positivos, confieso que la conciencia de no ser nunca un mercenario y de servir con mi trabajo a una causa que en todas partes, ya sea yo explotado o retribuido, es la mía, me ha hecho fácilmente soportable la pobreza... El ideal es, como el jugo gástrico, un poderoso auxiliar de la digestión, porque aún el frío y la neuralgia se hacen insensibles cuando el periodista escribe entusiasmado por sus convicciones.*<sup>184</sup>

Entre los textos periodísticos publicados por Barrantes en sus primeros años en la Argentina, Esquivel de la Guardia se refirió a catorce artículos con los que Luis replicó a las conferencias impartidas en ese país por el sociólogo italiano Enrique Ferri<sup>185</sup>, a innumerables artículos suyos prestigiando a Costa Rica<sup>186</sup> - de los cuales el único que conocemos, y que ya comentamos, es “El terremoto de Cartago”, reproducido en 1910 por el periódico josefino *El Sol*- y a una polémica que sostuvo en 1917 sobre literatura francesa con el sacerdote Gustavo Franceschi, en la cual el periodista costarricense demostró “*un intenso conocimiento de los autores franceses y una singular penetración crítica*”<sup>187</sup>. Menos halagadores para Barrantes son los conceptos que a esta polémica dedicó Miranda Lida en su *Historia del catolicismo en la Argentina: entre el siglo XIX y el XX*:

---

183 Esquivel de la Guardia, 1920, p. 960.

184 *Ibid.*, pp. 960-961.

185 *Ibid.*, p. 962.

186 *Ibid.*, p. 963.

187 *Ibid.*, pp. 962-963.

*“Así las cosas, no sorprende que Franceschi se ganara antipatías dentro de las fracciones más conservadoras del catolicismo. En 1917, recibió los dardos que le lanzó sin sutileza Luis Barrantes Molina, un hombre de la militancia católica de base, autor de pequeñas obras publicadas en la colección “Lecturas católicas” de los salesianos, quien no tardaría en convertirse en una de las plumas más acerbas del diario católico El Pueblo. Franceschi acababa de publicar su primer libro, El espiritualismo en la literatura francesa, y recibió de Barrantes Molina duras críticas que se concentraban en señalar que Franceschi reivindicaba sin matices la literatura francesa del siglo XIX, imbuida de positivismo, naturalismo y materialismo, rasgos inadmisibles desde una perspectiva católica. Claro que Franceschi estaba lejos de reivindicar la literatura de Émile Zola o de Alphonse Daudet, autores impugnados por los católicos, pero aplaudía el surgimiento de una nueva generación literaria que desde la guerra franco-prusiana se habría volcado hacia el espiritualismo y el misticismo —entre ellos, los escritores Charles Péguy, Francois Mauriac, Paul Claudel-; también se interesó por el alejamiento del filósofo Henri Bergson del naturalismo. La conversión del crítico literario Ferdinand Brunetiere, director de la prestigiosa Revue des Deux Mondes, a quien le sucedió el poeta Francois Coppée, tuvo también enorme impacto en el joven Franceschi. Confió desde entonces en que pudieran surgir intelectuales capaces de contrapesar al grupo de Clarté, que se inclinó hacia el comunismo soviético en la primera posguerra. Sin embargo, Barrantes Molina, de manera bastante tosca, acusó a Franceschi de reivindicar autores materialistas, puesto que consideraba que si eran franceses, no podían ser otra cosa, a lo cual Franceschi replicó, con razón, que su crítico había hecho una lectura más que superficial de su libro.”<sup>188</sup>*

En el ámbito personal y sentimental, es muy poco lo que se sabe de la vida de Barrantes Molina, que nunca se casó, ni dejó descendencia. En su poema “Nostalgia”, incluido en su libro *Versos*, publicado en 1923, hay una referencia a amoríos pasajeros durante sus travesías por Sudamérica:

*“Estoy fatigado de ver caras nuevas  
de amores de un día que olvido al pasar,  
de risas fingidas de frágiles Evas  
que he visto en mi loco, continuo viajar.*

---

188 Lida (Miranda), Historia del catolicismo en la Argentina: entre el siglo XIX y el XX, Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 1ª. ed., 2015, pp. 76-77.

*Ya no me impresionan los tristes adioses  
que a bordo del barco se da la amistad;  
porque ella se pierde al calor de otros goces  
como las neblinas fugaces del mar.”*<sup>189</sup>

Más profundos fueron los sentimientos que al parecer le inspiraron a Barrantes dos mujeres a las que dedicó sendos poemas incluidos en *Versos* y que partieron de la Argentina, frustrando las ilusiones del escritor.

En el primero de ellos, “¡Adiós”, dedicado a la señorita Rebeca Blen, el escritor concluía diciendo:

*“Para expresar ardiente  
mi triste despedida  
de cuanto el alma siente  
de cuanto a amar convida.  
quisiera hallar la voz;  
Mas es vano mi empeño;  
pues sólo decir puedo:  
- Os vais mi dulce sueño,  
os vais y yo me quedo  
adiós, por siempre adiós.”*<sup>190</sup>

El segundo poema, “Carta amorosa”, dedicado a una muchacha italiana llamada Margarita, a la que Barrantes llamaba “fresca flor de Italia, burbuja de sol” y que había partido para Roma, finalizaba con estos versos

*“Ya ves en qué estado tu amor me dejó  
estrella lejana, que deseando estoy.  
Con rumbo a la Italia te llevó el vapor  
dejando el vacío en mi corazón.  
Desde entonces vueltas por el puerto doy  
buscando tu rostro en algún vapor.  
A veces te llamo cuando solo estoy  
aunque sé que no oyes mi doliente voz.  
Cuando de las damas veo la multitud  
me digo muy triste: “Ninguna cual tú”  
Y otras me pregunto: - Mi bien dónde estás? ...  
y un hondo suspiro expresa mi afán.”*<sup>191</sup>

---

189 Barrantes Molina (Luis), “Nostalgia”, en *Versos*, 1923, p. 22.

190 Barrantes Molina (Luis), “¡Adiós!”, en *Versos*, 1923, p. 16.

191 Barrantes Molina, 1923, pp. 40-51.

## 2.- Labor docente.

En la capital argentina, además de seguir trabajando como periodista, Barrantes se dedicó a la docencia, tanto en escuelas primarias como en colegios de segunda enseñanza<sup>192</sup>. Cabe recordar que ya había laborado en ese campo tanto en Costa Rica como durante su breve estadía en el Ecuador.

En 1910 empezó a la laborar en la escuela católica Cristóbal Colón, que acababa de fundar y dirigía el profesor José A. Caamaño, a quien Barrantes se refirió diciendo que

*“... persona sin gran ilustración, pero de mucha piedad, predicaba a los alumnos el Mes de María, con admirable elocuencia. Él era el director, cocinero, mozo de limpieza y profesor del 3º, 4º, 5º y 6º grado; de una competencia tal, que mereció el elogio del Consejo de Educación. Ningún director de colegio particular he conocido más pobre ni que haya pagado más a sus maestros.”*<sup>193</sup>

De su época como profesor de la escuela Cristóbal Colón se conserva manuscrito un festivo poema de Barrantes, dedicado el 19 de marzo de 1917 al profesor Caamaño, con motivo de su santo:

*“A Caamaño el profesor  
de la tierna juventud  
hoy le mando yo una flor  
y un voto por su salud.  
Delito grande sería  
que hoy yo, sin voz, me callara  
y ni una tarjeta enviara  
al celebrar él, su día.  
Tan solo me desconsuela  
no poder darle un millón  
al director de la escuela  
del gran “Cristóbal Colón”.  
Si mi oferta no es caudal  
Que le dé pan todo el año  
Es la expresión fiel y leal  
de mi afecto por Caamaño*

---

192 Esquivel de la Guardia, 1950, p. 8.

193 Barrantes Molina, 1928, p. 98.

*y si otro tomara a mal  
 mi ofrenda tan pobre y sola  
 para él será natural  
 pues lleva sangre española  
 sangre muy generosa  
 sin interés ni ambición  
 por eso Caamaño goza  
 tan solo en la educación  
 por eso del bien en pos  
 va él formando su corona  
 y es fiel a su país y a Dios  
 como la gente sajona.  
 No parezca, pues, extraño  
 de mi sentir la expresión  
 al decir “Dios dé a Caamaño  
 larga vida y bendición”<sup>194</sup>*

Las penurias que pasaban los docentes en la Argentina de entonces, y que Luis Barrantes sin duda experimentó en carne propia, aparecen reflejadas en otro de sus poemas, “El maestro”, dedicado también al profesor Caamaño e incluido en su poemario *Versos*, publicado en 1923:

*“... forzado por su escasez  
 vive en triste celibato,  
 y se pasa en alegato  
 continuo con la niñez.  
 Vasta su ciencia es;  
 sabe inglés, latín, pintura  
 y sufrir la cruel tortura  
 del hambre al final de mes.”<sup>195</sup>*

Entre las instituciones de segunda enseñanza de Buenos Aires en las que Luis impartió lecciones cabe mencionar el Colegio de San Antonio, del cual fue director, y el Colegio de San Carlos, además de pertenecer al Grupo de Estudios Sociales de esta última institución. La excelente formación recibida en el Colegio

---

194 Barrantes Molina (Luis), *A Caamaño el profesor*. Poema inédito. Propiedad de Jorge Francisco Sáenz Carbonell.

195 Barrantes Molina (Luis), “El maestro”, en *Versos*, 1923, p. 26.

Seminario y en el Liceo de Costa Rica. y su perenne curiosidad intelectual le permitieron ser profesor de Francés, Instrucción Cívica, Inglés, Literatura, Castellano e Historia<sup>196</sup>.

### 3.- Las novelas.

Además de su ingente labor como periodista, Luis Barrantes Molina tuvo una faceta especialmente prolífica en la Argentina como escritor de obras de ficción, identificadas como novelas, aunque a la mayoría de ellas cabría más bien describirlas como novelas cortas.

La producción novelística de Luis Barrantes Molina, desarrollada entre 1917 y 1923, consta de 19 obras. De ellas se dispone hoy de acceso virtual a seis y a la mitad de otra. Es posible que una búsqueda intensa en la Argentina permita localizar algunas novelas más en bibliotecas, ventas de libros usados o colecciones privadas, aunque el siglo transcurrido desde su publicación no invita a ser optimista.

Un rasgo simpático de Luis Barrantes Molina es que no se tomaba demasiado en serio. A decir de Esquivel de la Guardia, era sencillo, modesto y humilde<sup>197</sup>. En una entrevista concedida al periódico argentino *La Semana*, manifestó:

*“Mi mala presencia me hace inaccesibles las redacciones, sugiere juicios depresivos acerca de mis aptitudes, obstruye a mis novelas manuscritas el camino de la impresión y de la publicidad, hasta que se deshacen y borran lastimadas por las frecuentes mudanzas de mi azarosa existencia... Pero yo gocé escribiéndolas y he lucrado con la pureza de mi intención y con la castidad de su desarrollo. Ni la humanidad necesita de ellas, ni su publicación ha de aumentar mi valor personal ni mi felicidad.”*<sup>198</sup>

Y al enumerar sus obras en su poemario *Versos de 1923*, Barrantes incluso las dividió entre “Novelas” y “Obras serias” (como si las novelas no lo fueran). En el listado de sus “Obras serias” incluyó su tratado de economía doméstica *Para mi hogar* y las cuatro biografías que había publicado hasta entonces<sup>199</sup>.

---

196 Esquivel de la Guardia, 1920, pp. 961-962.

197 *Ibid.*, p. 961.

198 *Ibid.*, p. 962.

199 Barrantes Molina, *Versos*, 1923, p. 68.

### a.- *La intriga del Sanhedrín.*

La primera novela de Luis Barrantes Molina de la que tenemos noticia, *La intriga del Sanhedrín*, es de carácter histórico y su acción transcurre en Palestina en tiempos de Jesús. Fue publicada en Buenos Aires en 1917 por el Grupo de Estudios Sociales del Colegio de San Carlos, como parte de la serie “Lecturas Católicas”, e impresa en la Escuela Tipográfica del Colegio Pío IX; tenía un total de 236 páginas, distribuidas en 20 capítulos<sup>200</sup>. Obtuvo el Premio del Ateneo Literario del Plata del Colegio El Salvador<sup>201</sup>. De la obra se imprimieron pocos ejemplares<sup>202</sup>, pero fue reimpressa por el mismo Colegio Pío IX en 1936, en una edición de 200 páginas<sup>203</sup>.

*La intriga del Sanhedrín* es la novela más extensa de las publicadas por Barrantes. En sus páginas se entrelazan tres historias: la de la bella María Magdalena, que gracias a la fascinación que le inspiran la figura y las prédicas de Jesús abandona su vida mundana y se convierte en apasionada seguidora del Maestro; la del joven Dimas, jefe de bandidos, unido a Magdalena por una estrecha amistad, quien es capturado por las autoridades cuando empezaba a sentir el influjo de las enseñanzas de Jesús, y la del soldado romano Rubrio, quien tras buscar afanosamente en Judea a su hija Aidée, la encuentra sirviendo a Magdalena y convertida en fiel seguidora de Jesús. Sin embargo, Rubrio se ve envuelto contra su voluntad en una conspiración urdida por Anás y Caifás contra Jesús y obligado a prestar falso testimonio contra Él para salvar la vida de Aidée. Después de muchas vicisitudes, Aidée logra que Rubrio, profundamente arrepentido de su conducta, se convierta en un apasionado cristiano.

En 1920, Barrantes Molina publicó una versión muy resumida de la novela, con el título de *La tragedia del Calvario* o *La intriga del Sanedrín*. Esta obra fue comentada entusiastamente por

---

200 Dobles Segreda (Luis), *Índice bibliográfico de Costa Rica*. Tomo cuarto, San José, Librería e Imprenta Lehmann (Sauter & Co.), 1ª. ed., 1930, p. 129.

201 Esquivel de la Guardia, 1950, p. 8.

202 Esquivel de la Guardia, 1920, p. 261.

203 Barrantes Molina (L.), *La intriga del Sanhedrín*, Buenos Aires, Tipografía y Librería del Colegio Pío IX, 2ª. ed., 1936. Debo una fotocopia de esta obra a las amables gestiones de doña Laura Rodríguez, directora de la Biblioteca Nacional Miguel Obregón de Costa Rica, y a la colaboración de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno de la República Argentina.

José Fabio Garnier en *Cien novelas costarricenses*:

*“El profundo espíritu religioso de Luis Barrantes Molina satura cada una de las páginas de esta novela publicada en Buenos Aires hace unos treinta años (...) Barrantes Molina evoca las actividades esenciales de Cristo recordándonos que siempre las supo orientar hacia el amor y hacia la contemplación de Dios. Como buen cristiano que es, cree en la persona de Jesús, en la que encuentra el Sendero, la Verdad, la Vida. Ese sendero lleva hacia el futuro, esa Verdad será de todos los tiempos, esa vida ha de ser eterna.*

*La personalidad espiritual del Santo está por encima de la gloria (...) Tiene un secreto: el de hacerse, amar hasta el delirio. A sus pupilas que derraman pureza y ternura se asoma la infinita bondad del Padre.*

*A su lado, en la novela, Magdalena, la pecadora; Dimas, el bandido y Rubrio, el viajero romano que, entre las colinas de cedros olivos y terebintos busca a su hija.*

*Escuchan, y con ellos una atenta muchedumbre, las bienaventuranzas del dolor predicadas por el Nazareno. Lo más profundo explicado con las palabras menos difíciles.*

*Esas enseñanzas detienen a Magdalena en su vertiginoso descenso hacia el desorden y la culpa. Ella comprende a Jesús. Fue pecadora por vanidad, por soberbia, por anhelo de ser admirada. Olvidó el culto a Dios para sustituirlo por la adoración de su propio, admirable cuerpo (...) La voz de Cristo le trae arrepentimiento, así como llena de piedad el espíritu de Dimas cuyo descenso moral fue, no por amor, sino por odio hacia la injusticia de los grandes y de los pequeños. El salteador admira a Jesús por el valor, por su audacia, por su heroísmo. No le satisface, eso sí, la propaganda que el Nazareno hace en favor de la renuncia, del olvido de las injurias, del profundo amor al enemigo.*

*En la segunda parte hallamos detalles e interesantes descripciones de paisajes y de almas, que también son paisajes. Asistamos a la transformación inesperada de un deseo impuro en un amor immaculado. El que Dimas ha sentido y el que ahora siente por Magdalena.*

*Surge la conspiración contra el dominio romano. Es preciso castigar a Jesús. Así se defiende al sacerdocio al que creen denigrar.*

*Entre tantas inquietudes, entre tanta intriga, aparece el dulce ejemplo de María, la Madre del Sacrificado. Se realiza la perfecta conversión de Magdalena. Una nueva castidad surge en lo íntimo. Ahora comprende lo Bello, aprecia lo Bueno, siente lo Verdadero. Ahora sabe, en realidad, lo que es Amor.*

*Con tal de salvar a su hija, prisionera del desalmado, Rubrio el viajero romano, declara falsedades contra sus amigos que sirven para hacer condenar a Jesús.*

*La mirada profunda del Nazareno se clava en el fondo oscuro de la conciencia del hijo de Roma. La ilumina con los resplandores admirables del remordimiento.*

*Hace resaltar el magnífico novelista la placidez del Justo hacia la inquieta irritación de los malvados. El silencio como respuesta al ultraje. ¡Calumnian al Santo! ¡No en vano se calumnia a Dios!*

*El crimen de los siglos establece la humildad como fundamento valioso de la santidad. Hay una lluvia de sombras. Es el pudor de los elementos que tienen más alma que los hombres.*

*El novelista cristiano por excelencia deja en nuestro espíritu la impresión serena de un amor a todo cuanto en el mundo es digno de ser amado. Y ¿qué cosa no es merecedora de ese amor profundo?<sup>204</sup>*

La acción de *La intriga del Sanbedrín* fue continuada por Barrantes Molina en una novela más corta, *Amor sublime* (1923).

### **b.- Drama de bogar.**

En diciembre de 1918 Luis Barrantes Molina empezó a publicar novelas cortas en la revista porteña *La Novela del Día*, en la que semanalmente aparecían obras de corte melodramático. Los requerimientos de la revista – textos de unas 15 páginas, publicados en una sola entrega y destinados a lectores poco exigentes – explican algunas características de las obras que en ella dio a la luz Barrantes, como por ejemplo lo habitualmente apresurado de la acción y el desenlace, y la presentación relativamente superficial de algunos personajes y situaciones. Sin embargo, en casi todas las obras de Barrantes que aparecieron en *La Novela del Día* el autor hace gala de un escogido vocabulario y rica adjetivación, y queda de manifiesto su amplia cultura. En sus páginas a menudo están también presentes los sentimientos religiosos y las preocupaciones morales del escritor.

La primera obra publicada por Barrantes en *La Novela del Día* fue *Drama de Hogar*<sup>205</sup>, aparecida en diciembre de 1918. En

---

204 Garnier, op. cit.

205 Barrantes Molina (Luis), *Drama de bogar*, en *La Novela del Día*, n° 5, 14 de diciembre de 1918, pp. 83-104, en [https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/770846939/1/LOG\\_0003/](https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/770846939/1/LOG_0003/)

22 apretadas páginas, *Drama de Hogar* refiere el problema que enfrentan Gonzalo, un aristocrático joven chileno, novio de la joven porteña Mercedes, y el hermano de esta, Joaquín, condiscípulo suyo, cuando descubren que don Agustín, el educado y elegante padre de Mercedes y Joaquín, es en realidad un cínico malhechor bígamo que años atrás estafó al padre de Gonzalo, y que además tiene otra familia en Bolivia. Ante esta situación, Gonzalo pone fin a su relación con Mercedes, y Joaquín decide marchar a Europa para dejarse matar en la Gran Guerra. Don Agustín, en un tardío arrebatado de decencia, se quita la vida y de ese modo logra salvar la felicidad de sus hijos.

### **c.- El maximalismo en marcha...**

La segunda obra de Barrantes aparecida en *La Novela del Día*, en junio de 1919, fue *El maximalismo en marcha...*<sup>206</sup>, que evoca las incidencias de la Semana Trágica de enero de ese año den Buenos Aires, culminada con una sangrienta represión y un saldo de incontables muertos, heridos y desaparecidos. Es una novelita de 20 páginas en cuya acción se entremezclan las actividades de un agresivo movimiento de izquierda radical con los conflictos íntimos de Julio, un joven idealista de familia acaudalada de Buenos Aires, cuyas inquietudes sociales, de tipo tolstoiano, lo llevan a comprometerse con los maximalistas, y de la joven Amelia, criada de su casa, enamorada de él. La obra termina cuando Julio, traicionado y secuestrado por los maximalistas en medio de un violento movimiento huelguístico, es rescatado por Amelia, que logra salvarlo a costa de su propia vida. *El maximalismo en marcha...* fue incluida por José Fabio Garnier en su reseña bibliográfica *Cien novelas costarricenses*, en un texto en el que concluye diciendo que en la obra

*“Se respira fe, sencillez y naturalidad. Hay en ella un profundo anhelo religioso, una admirable preocupación de arte, un intenso espíritu de humanidad a toda prueba.”*<sup>207</sup>

---

206 Barrantes Molina (Luis), *El maximalismo en marcha...*, en *La Novela del Día*, n° 28, 13 de junio de 1919, pp. 203-222, en [https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/770921752/1/LOG\\_0003/](https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/770921752/1/LOG_0003/)

207 Garnier, op. cit.

#### **d.- Un artista del crimen.**

En setiembre de 1919 apareció en *La Novela del Día* la obra de Barrantes *Un artista del crimen*<sup>208</sup>. En ella se relata, en 20 páginas, la relación amorosa entre el joven y apacible profesor Claudio Herrera y Matilde, una viuda de Buenos Aires, cuyo único hijo, Carlitos, es misteriosamente asesinado. Las sospechas del crimen recaen primero en Claudio, que es detenido; pero después de que aparece muerto otro niño, se acusa de ambos homicidios a Crespi, avaro y desagradable tío paterno de Carlitos. Finalmente se descubre que el responsable de ambas muertes es un jovencito psicópata llamado Santos Godino.

En su obra *Cien novelas costarricenses* José Fabio Garnier se refirió así a *Un artista del crimen*:

*“La novela, como todas las de Luis Barrantes Molina se desenvuelve con exagerada rapidez. Quien lee quisiera que el desarrollo del tema no se realizara en forma tan breve. En busca de nuevas emociones y de nuevas bellezas le gustaría que el relato se prolongara. Sin embargo, de pronto, el desenlace se precipita. El lector, con el pequeño volumen entre manos, en la amable compañía del novelista, se pone a imaginar un algo más allá de la palabra fin.”*<sup>209</sup>

#### **e.- La vergüenza de su propia sangre.**

En febrero de 1920 Luis Barrantes Molina dio a luz en *La Novela del Día* la obra *La vergüenza de su propia sangre*<sup>210</sup>. Esta novelita, a nuestro juicio una de las mejor logradas de Barrantes Molina, fue también incluida por Garnier en *Cien novelas costarricenses*<sup>211</sup>. En sus 20 páginas se relata la vida del joven Catriel, nieto de un caudillo araucano, que es educado en Buenos Aires, donde va descubriendo la corrupción moral y la superficialidad de la sociedad que se considera civilizada. Catriel está enamorado de Celia, una frívola joven porteña que, a pesar de haber sido su

---

208 Barrantes Molina (Luis), *Un artista del crimen*, en *La Novela del Día*, n° 38, 26 de setiembre de 1919, pp. 61-80, en [https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/770950205/1/LOG\\_0003/](https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/770950205/1/LOG_0003/)

209 Garnier, op. cit.

210 Barrantes Molina (Luis), *La vergüenza de su propia sangre*, en *La Novela del Día*, n° 60, 27 de febrero de 1920, pp. 61-80, en

[https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/771020813/1/LOG\\_0003/](https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/771020813/1/LOG_0003/)

211 Garnier, op. cit.

amiga de infancia, ya adulta lo desdeña y se burla de él. Asqueado de la vida de la ciudad, Catriel decide marchar a la espesura para reunirse con los araucanos, y rapta a Celia para llevarla consigo y hacerla su mujer. Sin embargo, cuando una partida de soldados aparece para rescatar a la muchacha y se enfrenta con los indígenas, Catriel descubre, con horror, que su verdadero padre es un militar argentino, integrante de esa sociedad a la que tanto desprecia. Avergonzado de llevar esa sangre, el joven piensa entonces en el suicidio, pero finalmente resuelve marchar a la lejana Patagonia, donde sus conocimientos pueden ser útiles a los indígenas de esa región. Cabe preguntarse si el personaje de Catriel está inspirado en las vivencias del propio Barrantes, que con la marcha a Sudamérica habría tratado de resolver el drama de saberse ajeno tanto a la rural Grecia de su infancia como a la frívola, superficial y laicista sociedad josefina de su juventud.

#### **f.- *La Tragedia del Calvario o La intriga del Sanedrín.***

La quinta obra de Barrantes Molina que apareció en *La Novela del Día* fue *La Tragedia del Calvario o La intriga del Sanedrín.*, cuya primera parte, apareció el 30 de marzo de 1920.<sup>212</sup> Como ya indicamos, es una versión muy resumida de *La intriga del Sanedrín* publicada por Luis en 1917, debido sin duda a los requerimientos comerciales de *La Novela del Día*, ya que tiene alrededor de 40 páginas mientras que la obra original pasaba de las 200.

#### **g.- *El terror negro.***

En 1922 se publicó en *La Novela del Día* (n° 261) la obra de Barrantes Molina *El terror negro*, cuyo texto no hemos podido ver. En un comentario publicado el 28 de diciembre de 1922 en los periódicos de Catamarca *El Ambato* y *El Día*, reproducido parcialmente el 19 de enero de 1923 en la revista de Buenos Aires *El Hogar*, se dice con respecto a esta novela:

*“La Novela del Día.- Esta difundida publicación porteña, acaba de publicar, según lo anunciamos días pasados, una obra de Luis Barrantes Molina, con el título de “El Terror Negro”.*

---

212 Barrantes Molina (Luis), *La Tragedia del Calvario o La intriga del Sanedrín. Primera Parte*, en *La Novela del Día*, n° 65, 30- de marzo de 1920, pp. 161-180, en [https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/771029527/1/LOG\\_0003/](https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/771029527/1/LOG_0003/)

*Con admirable discreción y tacto, este escritor ha sabido encerrar en pocas páginas el drama triste y conservador de una doncella que ve su honor amenazado por la violencia de los soldados africanos acampados cerca del Rin.*

*Gracias a sus recursos de expresión, el novelista ha sabido tratar el asunto escabroso con toda delicadeza, siendo al mismo tiempo realista por la exactitud de las descripciones, y por la verdad de los sentimientos que pone en sus personajes, cuya psicología exhibe en sobrias y magistrales pinceladas.*

*Indudablemente, el estilo elegante, diáfano, preciso y fuerte, es el secreto con que el autor...*"<sup>213</sup>

En su obra *Escritores y poetas de Costa Rica*, publicada en 1923, Rogelio Sotela incluyó un breve comentario de esta novela corta, que reprodujo en 1942 en *Escritores de Costa Rica*:

*"... denuncia el autor ciertos atropellos cometidos por las tropas africanas al servicio de Francia que están en la región alemana del Rbur. Pone de relieve en esta obrita su germanofilia, sincera por cierto y que responde a la educación que tuvo aquí con los sacerdotes alemanes."*<sup>214</sup> :

### ***b.- Amor sublime.***

La séptima obra que Barrantes Molina publicó en *La Novela del Día* fue *Amor sublime*, aparecida en siete entregas entre el 7 y el 17 de abril de 1923<sup>215</sup>. Con 111 páginas de texto y 46 capítulos, es la única novela suya que se conserva en la Biblioteca Nacional Miguel Obregón, en un ejemplar que en su portada lleva una dedicatoria de puño y letra del escritor para don Joaquín García Monge: *"Al cultivador de las letras patrias, el erudito y prestigioso maestro de la buena enseñanza y del buen decir y escribir, don José Joaquín García Monge, en testimonio de antigua simpatía."*

---

213 Pescatore di Perle, "La Paja en el ojo ajeno", en *El Hogar*, Buenos Aires, 19 de enero de 1923, sin paginar.

214 Sotela (Rogelio), *Escritores y poetas de Costa Rica*, San José, Imprenta Lehmann (Sauter & Co.), 1ª. ed., 1923, p. 387; Sotela (Rogelio), *Escritores de Costa Rica*, San José, Imprenta Lehmann & Cía., 1ª. ed., 1942, p. 337.

215 Barrantes Molina (Luis), *Amor sublime*, en *La Novela del Día*, n° 213, 7 de abril de 1923, pp. 289-304; n° 214, 8 de abril, pp. 305-320; n° 215 10 de abril, pp. 321-336; n° 216, 11 de abril de 1923, pp. 337-352; n° 217, 12 de abril de 1923, pp. 353-374; n° 218, 13 de abril de 1923, pp. 377-392; n° 219, 17 de abril de 1923, pp. 406-414, en

<https://www.sinabi.go.cr/exhibiciones/Cien%20novelas%20costarricenses/Novelas%20a%20texto%20completo.aspx>

*Amor sublime* es una especie de continuación de *La intriga del Sanbedrín*, cuya acción se inicia unos diez años después del final de esa novela. Refiere los planes y las intrigas que desarrolla el apuesto joven Ben Gioras, hijo del salteador Gestas crucificado con Jesús, para vengarse de los sumos sacerdotes Anás y Caifás por la muerte de su padre y de paso alcanzar riqueza y poder. En la novela aparecen también Rubrio, el romano de *La intriga del Sanbedrín*, y su bella hija Aidée, ambos cristianos y residentes en Antioquía, así como la luminosa figura de Saulo de Tarso, cuando predica el cristianismo en esa ciudad. Otros personajes protagónicos son Elisabeth, hija de Caifás, por la que se apasiona Ben Gioras, y tres integrantes de la familia de Herodes: el corrupto e indolente Agripa, su hermana Berenice y su esposa Cipro, ambas enamoradas del hijo de Gestas. La acción de la novela es ágil, los caracteres de los personajes y sus dramas íntimos están bien logrados, aunque – quizá por los requerimientos comerciales de *La Novela del Día*– el desenlace resulta demasiado abrupto y precipitado, quedan muchos cabos sueltos y apenas se esboza en unos pocos párrafos el destino final de los protagonistas. José Fabio Garnier, al comentar la trama de *Amor sublime* en *Cien novelas costarricenses*, dice:

*“Ben Gioras cree, al principio, que el amor es una debilidad. La expresión, más honda de la sensualidad que ha de estorbar su marcha triunfante por los senderos escogidos de previo. No cree en las amistades que son, para él, alianzas de egoísmos, solamente.*

*Poco a poco va imponiéndose en todas las almas, hasta en las más oscuras, el amor, el verdadero y el único amor que desea todo bien para el ser amado, aún a costa de la propia felicidad.*

*Amor puro, espiritual, sereno, que nada tiene del vago estímulo sexual. Amor sublime, basado en las enseñanzas del cristianismo. ¡Qué hace las almas alegres como aleluya, entusiastas como cánticos de Nochebuena!*

*El amor sublime satura las páginas de esta novela de evocación histórica en la que el autor, con maestría sin igual, describe los diferentes anhelos íntimos que se apoderan de las almas de cuatro muy diferentes mujeres Cipro, Haydée, Berenice y Elisabeth.*

*Y por encima de los amores humanos, aquella inclinación honda que lleva la paz a todas las conciencias, que despierta la esperanza en un mundo mejor que llena los espíritus de fe única. La predicó con el sacrificio de la propia preciosa existencia, el Mártir del Gólgota.”*<sup>216</sup>

---

216 Garnier, op. cit.

### **i.- Un idilio extraño.**

La octava obra de Barrantes que apareció en *La Novela del Día*, en diciembre de 1923, y la última de la que hemos podido encontrar el texto, lleva por título *Un idilio extraño*<sup>217</sup>. En tan solo 16 páginas, la novela refiere la historia de una bella maestra provinciana, Isolina, a quien su marido enfermo, Ricardo, envía de Mendoza a Buenos Aires a recoger una herencia bastante cuantiosa. En la gran ciudad, una vez en posesión del dinero, la joven se entrega a una frenética vida de placeres y despilfarro y se encapricha de Paquito, un apuesto muchacho porteño de familia rica, ingenuo e inexperto en materias sexuales y aun sentimentales, sobreprotegido por su madre viuda. Paquito, enamorado de aquella hermosa mujer, a la que cree soltera, le propone matrimonio a pesar de la oposición de su madre y rechaza extrañado la propuesta de Isolina de hacer vida de pareja sin casarse. La rápida acción de la obra concluye cuando Ricardo, enterado a medias de la conducta de su esposa, llega a Buenos Aires, y en una melodramática escena, sorprende a Isolina en una apasionada conversación con Paquito y la mata.

### **j.- Otras novelas.**

En una lista contenida en su poemario *Versos*, publicado en 1923, Barrantes Molina enumera otras siete novelas suyas: *La pasión de una vestal*, *Honrosa cobardía*, *Angustias de amor*, *El delincuente*, *El demonio del romanticismo*, *La novela de un niño* y *La caída de un ángel*, esta última entonces en prensa.<sup>218</sup> No hemos podido localizar ejemplares de ninguna de estas obras, cuyos textos pueden haberse perdido para siempre, y ni siquiera datos sobre su año de publicación. En su artículo de 1920 sobre Barrantes Molina, Adolfo Esquivel de la Guardia menciona además las novelas históricas *La decadencia de Siria* y *El Cisma de Antioquía* y la novela de psicología social *Un escándalo de amor*<sup>219</sup>, que al parecer quedaron inéditas.

---

217 Barrantes Molina (Luis), *Un idilio extraño*, en *La Novela del Día*, n° 299, 14 de setiembre de 1923, pp. 383-398, en [https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/781827884/1/LOG\\_0003/](https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/781827884/1/LOG_0003/)

218 Barrantes Molina, *Versos*, 1923, p. 68.

219 Esquivel de la Guardia, 1920, p. 962.

#### **k.- Relatos cortos.**

Además de sus novelas, Barrantes Molina menciona en la enumeración contenida en *Versos* otros dos textos literarios suyos: *Brochazos* (cuentos breves) y *La leyenda de los meses*; al título de este último se añade la frase “publicadas en series anuales”, que quizá es un error por “mensuales”. No hemos podido dar con ejemplares de ninguna de estas dos obras, ni datos sobre el año de su aparición; sin embargo, por el título y la temática, cabe conjeturar verosímelmente que de la segunda formaba parte “La leyenda de Abril”, texto reproducido en Costa Rica por el *Diario del Comercio* el 4 de agosto de 1921 y al que nos referimos páginas atrás.

#### **4.- Las biografías.**

Además de sus obras de ficción literaria, Luis Barrantes Molina también escribió seis biografías, todas dedicadas a personajes directa o indirectamente vinculados con la Iglesia Católica.

##### **a.- Monseñor José Fagnano. Ensayo biográfico.**

A principios de 1918, como parte de una serie denominada “Lecturas católicas”, la Librería del Colegio Pío IX de Buenos Aires dio a luz la primera biografía que publicó Luis Barrantes Molina, titulada *Monseñor José Fagnano. Ensayo biográfico*. En 238 páginas distribuidas en 22 capítulos, esta obra relata la vida del salesiano piemontés Giuseppe Fagnano (1844-1916), discípulo de San Juan Bosco, que durante casi 40 años desarrolló una intensa labor misionera en las regiones australes de Chile y Argentina y fue prefecto apostólico de la Patagonia meridional. Escrita en un castellano impecable, pero sencillo y accesible, la obra contiene además numerosos detalles sobre la historia de la colonización de la Patagonia, la Tierra del Fuego y las islas Malvinas, y la cultura de pueblos indígenas como los onas y alakalufes<sup>220</sup>. En sus páginas, fuera de lo que se refiere a la defensa del credo católico, prácticamente no hay referencias personales del autor.

---

220 Barrantes Molina (Luis), *Monseñor José Fagnano, Ensayo biográfico*, Buenos Aires, Librería del Colegio Pío IX, 1ª. ed., 1918. Debo una fotocopia de esta obra a la gentileza del presbítero Don Marcello Sardelli, director de la Biblioteca del Centro Studi Don Bosco (CSDB) de la Universidad Pontificia Salesiana de Roma (UPS).

### **b.- Gemma Galgani.**

En la misma serie “Lecturas católicas” de la Librería del Colegio Pío IX de Buenos Aires apareció en enero de 1919 otra biografía escrita por Barrantes Molina, titulada *Gemma Galgani*<sup>221</sup>. En 104 páginas, la obra trata de la vida de la mística italiana de ese nombre, fallecida en 1903 a los 25 años de edad y que años más tarde fue beatificada y finalmente canonizada por la Iglesia Católica. Una publicación católica italiana de 1925 dice sobre sobre esta obra:

*“Acabamos de tener conocimiento de esta obra y, por tanto, la anunciamos ahora con placer, porque es una prueba más de la gran reputación de santidad de que goza la Sierva de Dios en todas partes. El folleto está escrito en forma popular y llana, y está dividido muy convenientemente en veintiún capítulos breves.”*<sup>222</sup>

### **c.- Namuncurá.**

Una tercera obra biográfica de Barrantes Molina, posiblemente publicada también la serie “Lecturas católicas” del Colegio Pío IX de Buenos Aires, fue *Namuncurá*, de la que no hemos podido localizar ningún ejemplar ni encontrar referencias bibliográficas. Versaba sobre la vida del joven Ceferino Namuncurá (1886-1905), hijo de un líder mapuche y una cautiva chilena, que falleció en Roma cuando estudiaba para ser sacerdote católico y que beatificado en 2007. Según Esquivel de la Guardia, la obra de Barrantes era “*un estudio de psicología del niño y de pedagogía comparada, en forma de biografía*”<sup>223</sup>.

### **d.- El presidente mártir:**

En orden cronológico, la cuarta biografía publicada por Luis Barrantes Molina en la Argentina debe haber sido *El presidente mártir*, relativa al presidente ecuatoriano Gabriel García Moreno, célebre por su exaltado catolicismo y que murió asesinado

---

221 Barrantes Molina (Luis), *Gemma Galgani*, Buenos Aires, Librería del Colegio IX, 1ª. ed., 1919. Debo una fotocopia de esta obra a las gestiones de doña Laura Rodríguez, directora de la Biblioteca Nacional Miguel Obregón de Costa Rica, y a la colaboración de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno de la República Argentina.

222 “Gemma Galgani”, en *Bollettino della Congregazione Della S.S. Croce e Passione di N. S. G. G.*, n° 1, enero de 1925, pp. 253-254.

223 Esquivel de la Guardia, 1920, p.962.

en 1873. No logramos localizar ningún ejemplar de esta obra, ni encontrar sus referencias bibliográficas, aunque posiblemente formó parte de la serie “Lecturas católicas” del Colegio Pío IX de Buenos Aires. Debe haber aparecido entre 1920 y 1923, ya que no es mencionada por Esquivel de la Guardia en la enumeración de las obras de Barrantes Molina contenida en su artículo de 1920, pero sí figura en la que el propio escritor incluyó en su poemario *Versos*, publicado en 1923.

### **e.- *Un alma sacerdotal.***

La última biografía publicada como libro por Luis Barrantes Molina, llevó el título de *Un alma sacerdotal: monseñor Dr. Nicolás Segundo Álvarez Arteta, entre nosotros monseñor Nicolás Saa*.

Impresa en Buenos Aires en 1928, en la imprenta A. Baiocco, esta obra relata detalladamente en 240 páginas la vida de ese virtuoso sacerdote ecuatoriano, que además ejercer su ministerio en el Ecuador desarrolló una importante actividad pastoral en la Argentina, desde que fue exiliado de su país en 1908 hasta su fallecimiento en 1928. Luis Barrantes, a quien monseñor “Saa” (acrónimo de su segundo nombre y sus dos apellidos), entonces vicario general de Guayaquil, había ayudado generosamente durante su corta estadía en el Ecuador en 1904, tuvo en Argentina frecuente contacto con él; le profesaba profundo respeto y sincero afecto, y le dedicó su poema “El Misionero”<sup>224</sup>, premiado en un certamen internacional<sup>225</sup>.

Además de reseñar con vívidos colores la vida de monseñor Álvarez Arteta, *Un alma sacerdotal* resulta de gran interés porque entre sus páginas aparecen numerosos y vívidos recuerdos autobiográficos del autor, tanto de su juventud en Costa Rica como de su estadía en el Ecuador. A nuestro juicio, desde el punto de vista literario y emotivo esta biografía es muy superior a las de monseñor José Fagnano y Gemma Galgani, publicadas un decenio antes por Barrantes Molina, aunque en las tres se manifiesta el vehemente catolicismo del escritor.

Cabe indicar que *Un alma sacerdotal* fue la última obra extensa publicada por Luis Barrantes Molina, ya que la siguiente, *Desde mi tonel* (1933) es una recopilación de artículos aparecidos previamente en el diario *El Pueblo*.

---

224 Barrantes Molina (Luis), *Versos*, 1923, pp. 48-50.

225 Esquivel de la Guardia, 1920, p.962.

## **f.- Santa Mónica.**

En el artículo de Adolfo Esquivel de la Guardia sobre Barrantes Molina publicado en *Athenea* en 1920 se menciona que Luis escribió también una biografía de Santa Mónica, con un análisis crítico de la obra filosófica de su hijo San Agustín<sup>226</sup>. Esta obra al parecer quedó inédita, ya que no aparece en las enumeraciones de sus obras biográficas incluidas por Luis en sus libros *Versos* (1923) y *Desde mi tonel* (1933).

## **5.- Para mi hogar.**

Entre las obras extensas de Luis Barrantes Molina, la que a nuestro juicio y por su temática general, resulta más alejada de los campos habituales de interés del escritor, es la publicada en Buenos Aires en 1923 con el título de *Para mi hogar. Síntesis de economía y sociabilidad domésticas*, y en cuya portada se advierte que ha sido “Escrita expresamente para la Cía. Sansinena de Carnes Congeladas por Luis Barrantes Molina”.

La Compañía Sansinena de Carnes Congeladas, una de las primeras que en la Argentina dispusieron de modernos frigoríficos, había sido fundada en 1885 y en 1923 estaba en pleno auge. Dueña de la exitosa marca de productos alimenticios *La Negra* -que incluía fiambres, embutidos, conservas y grasas, tenía cientos de sucursales y servicios complementarios en Buenos Aires y poblaciones aledañas, Mar del Plata, Rosario y Bahía Blanca. Para promover todavía más sus productos, la empresa había publicado un recetario basado en ellos, titulado *1000 fórmulas de cocina “La Negra”*, que en 1923 ya había alcanzado la sexta edición y alcanzado una circulación de 60,000 ejemplares. Parte del éxito de esta obra se debía a que la empresa no pretendía lucrar directamente con ella y se vendía al módico precio de un peso el ejemplar<sup>227</sup>.

La excelente acogida que tuvo el recetario sin duda llevó a la Compañía Sansinena a planear la publicación de otra obra que también promoviera su prestigio y popularidad, pero desde otra

---

226 *Ibid.*

227 Tomamos estos datos de las páginas de propaganda de la empresa incluidas al final de la obra de Barrantes Molina (Luis), *Para mi hogar. Síntesis de economía y sociabilidad doméstica*, Buenos Aires, Compañía Sansinena de Carnes Congeladas, 1ª. ed., 1923.

perspectiva: la conducción del hogar y su economía. Ese tipo de obras estaba muy en boga en la Argentina de entonces:

*“El aumento de la tasa de alfabetización a principios del siglo XX hizo posible suponer la existencia de un potencial público lector femenino. Había abundancia de panfletos escritos por médicos, de manuales de economía doméstica escritos por hombres y mujeres, y de libros de texto utilizados en las escuelas que predicaban la prevención de la tuberculosis. Estos materiales se reeditaban con frecuencia y sus tirajes eran considerables, lo que indica que no constituían un segmento insignificante del mercado editorial. En 1880 la Guía de la mujer o lecciones de economía doméstica, de Pilar Pascual de Sanjuán, iba por la sexta edición. En 1884, el Compendio de higiene pública y privada, de José Antonio Wilde, se imprimió por quinta vez. El libro de las madres, que Aráoz Alfaro escribió en 1899, fue reeditado decenas de veces durante los tres primeros decenios del siglo XX. La cuarta edición de El vademécum del hogar, de Aurora S. De Castaño, data de 1906. La primera edición de Síntesis de economía y sociabilidad domésticas, de Luis Barrantes Molina, publicada en 1923, tuvo una tirada de diez mil ejemplares. Y Ciencias domésticas: Apuntes de higiene de la habitación, de María Arcelli, era lectura obligatoria en todos los colegios femeninos de segunda enseñanza de los años treinta.”*<sup>228</sup>

La empresa Sansinena le encargó a Luis Barrantes la elaboración de un texto de economía doméstica, pero no sabemos hasta qué punto le impuso una serie de temas o lo dejó en libertad para desarrollar también en la obra una serie de materias conexas con la principal. Fuera de un modo o de otro, el resultado fue una obra muy vasta, de 372 páginas de texto, en 17 capítulos, a saber: Premilinares; El orden en las necesidades humanas; La

---

228 Armus (Diego), *The ailing city, Health, Tuberculosis and Culture in Buenos Aires, 1870-1950*, Durham y Londres, Duke University Press, 1ª. ed., 2011, p. 159. En el original: “The increased literacy rate in the early twentieth century made it possible to imagine the existence of a potential female reading public. There was an abundance of pamphlets written by doctors, of home economics manuals written by men and women, and of textbooks used in schools that preached tuberculosis prevention. These materials were frequently rereleased, and their print runs were considerable, indicating they were not an insignificant segment of the publishing market. In 1880 *Guía de la mujer o lecciones de economía doméstica*, by Pilar Pascual de Sanjuan, was in its sixth edition. In 1884 the *Compendio de higiene pública y privada*, by José Antonio Wilde, was printed for the fifth time. El libro de las madres, which Aráoz Alfaro wrote in 1899, was reissued dozens of times during the first three decades of the twentieth century. The fourth edition of *El vademécum del hogar*, by Aurora S. De Castaño, is dated 1906. The first edition of Luis Barrantes Molina’s *Síntesis de economía y sociabilidad domésticas*, published in 1923, had a print run of ten thousand. And *Ciencias domésticas: Apuntes de higiene de la habitación*, by María Arcelli, was mandatory reading in all girls’ high schools in the thirties”

nutrición; Poder energético y finalidad nutritiva de los alimentos; Ración alimenticia y equivalencia de los alimentos, La carne; La higiene del bebé, del anciano y del intelectual; La necesidad de la educación; La vivienda; El vestido, Iluminación y calefacción; La preservación de las enfermedades del cuerpo y del alma; El cuidado del enfermo; El trabajo y el reposo; Adquisición, conservación y buen uso del dinero; Felicidad moral y prosperidad económica de las familias, y Elementos de éxito en el empleo y en la vida.

Posiblemente Luis Barrantes, solterón y que no parece haber brillado por un carácter ahorrativo y ordenado, no era la persona más adecuada para escribir un manual de economía doméstica, pero sin duda efectuó una responsable y pormenorizada investigación sobre los temas que no le eran familiares y además pudo plasmar en el texto algunas de sus propias ideas sobre la educación, la familia y el trabajo, en armonía con los planteamientos de la Iglesia Católica. Cabe recordar que, según escribió Esquivel de la Guardia en 1920, años atrás Luis Barrantes había sido el autor “... de una tesis sobre historia y crítica de la educación, de cuatrocientas páginas, elogiada como la mejor, aunque no premiada, en el concurso promovido por la Academia Literaria del Plata...”<sup>229</sup>. Es muy posible que parte de esa extensa obra inédita fuera adaptada por el escritor para incluirla en *Para mi hogar*.

El libro apareció en 1923 en una lujosa edición empastada, con hermosas ilustraciones en blanco y negro al principio de los capítulos, debidas a un pintor figurativo italoargentino de cierto renombre, Dante Ortolani (1884-1964). La obra prácticamente no fue conocida en Costa Rica, pero hay un ejemplar en la Biblioteca Nacional Miguel Obregón.

*Para mi hogar* fue la obra más difundida de Luis Barrantes Molina en la Argentina, ya que la edición fue de 10,000 ejemplares. Si embargo, es de suponer que este copioso tiraje no representara ninguna ganancia adicional para el escritor, ya que la empresa editora dispuso que cada ejemplar se vendiera al módico precio de dos pesos, “a fin de que pueda llegar a cuantos interese”<sup>230</sup>.

---

229 Esquivel de la Guardia, 1920, p. 962.

230 Barrantes Molina (Luis), *Para mi hogar*, p. 8.

## 6.- Los Versos.

En el mismo año de 1923, después de la aparición de *Para mi hogar*, Luis Barrantes Molina publicó en Buenos Aires una recopilación de sus principales poesías, en un tomo de 68 páginas titulado sencillamente *Versos*. Lo editó la imprenta del emigrante vasco Sebastián de Amorrortu y posiblemente el mismo autor financió la publicación con parte del pago recibido de la Compañía Sansinena por escribir *Para mi hogar*.

Luis escribía poesía desde sus años mozos; de hecho, la primera obra lírica que publicó, “En la iglesia”, vio la luz cuando todavía era alumno del Liceo de Costa Rica. Dado su temperamento siempre apasionado, su rico vocabulario y el hecho de que desde muy joven manejaba con destreza la métrica y la rima, es indudable que tanto en Costa Rica como su peregrinaje por países sudamericanos debió escribir innumerables poemas; sin embargo, de ellos apenas han llegado hasta nosotros cuatro publicados en nuestro país antes de 1904 y 74 escritos en la Argentina.

En su artículo sobre Barrantes publicado en 1920, Adolfo Esquivel de la Guardia comentó que “*es un poeta cuyo verso es fácil, sentimental y galano*”<sup>231</sup> e indicó que sus poesías podían dividirse en religiosas y profanas. En ese texto, Esquivel de la Guardia mencionó que el poema “El Misionero”, dedicado a monseñor Nicolás Álvarez Arteta, le había valido a Barrantes Molina el primer premio en un concurso internacional<sup>232</sup>, aunque no dio detalles de este, y además comentó elogiosamente y transcribió fragmentos de otros de los poemas dados a luz por Barrantes en la Argentina: “La belleza de la Virgen”, “Plegaria”, “A la Inmaculada”, “La oración del enfermo”, “En el templo”, “La capa en el rayo de sol”, “Una tarde pagana”, “Canto a la Argentina”, “Rubén Darío”, “El dolor”, “Sed como el árbol”, “A España en la conflagración”, “Añoranzas”, “Promesa” y “Nostalgia”<sup>233</sup>. Al año siguiente, como indicamos en su oportunidad, el periódico josefino *Diario del Comercio* reprodujo tres poesías de Barrantes, publicadas originalmente en la Argentina – “El pájaro mudo”, “Sed como el árbol” y “La capa en el rayo de sol”-, y en 1922 una cuarta, “El secreto de Colón”.

---

231 Esquivel de la Guardia, 1920, p. 963.

232 *Ibid.*, p. 962.

233 *Ibid.*, pp. 963-969.

La edición de *Versos*, muy sencilla y sin ilustraciones, fue de corto tiraje; y como era de esperarse dado el carácter modesto y sencillo del escritor, no contiene introducción alguna. Lamentablemente, las composiciones incluidas no llevan fecha, ni indicación alguna sobre cuáles habían sido publicadas con anterioridad y cuáles eran obras nuevas. Los 73 poemas llevan los títulos siguientes: “Rubén Darío”, “Promesa”, “La riqueza argentina” (dedicado a José A. Olano), “A España en la conflagración”, “Sed como el árbol” (dedicado a los socios del Instituto de Cultura), “Se necesita un joven” (dedicado a José Comas), “Consejos”, “¿Quieres ser poeta?”, “Añoranzas”, “Juventud”, “La luz interior” (dedicado a Julio Fonseca), “La Argentina”, “El brindis de la cortesana”, “¡Adiós!” (dedicado a Rebeca Blen), “La belleza” (dedicado a Angelita), “A Buenos Aires”, “Una tarde pagana”, “Estocadas”, “Señales de amor”, “Nostalgia” (dedicado a Adolfo Esquivel de la Guardia), “Elegía”, “Nocturno universal”, “La Noche Buena”, “El único consuelo” (dedicado a Gonzalo Rodríguez), “A Mona Lisa”, “El arribista”, “Hasta luego” (dedicado a la niñita Dolly Esquivel), “Los motivos del asno”, “La canción de la aurora”, “Presagios de tormenta” (dedicado al líder obrero católico argentino Liborio Vaudagnotto), “El heredero”, “El fruto del dolor” (dedicado a Jorge Volio), “La soledad del campo”, “El maestro” (dedicado a José A. Caamaño), “La deserción de los campos”, “Cuento simbólico”, “Días grises”, “Mi hogar”, “La misión del hombre”, “El pájaro mudo”, “La capa en el rayo de sol”, “Desengaño”, “Acuarela bíblica”, “La agonía”, “A Cervantes”, “El secreto de Colón”, “Una celebridad lírica”, “El leproso”, “A un poeta místico” (dedicado a D. A. G.), “El misionero” (dedicado a monseñor Nicolás Saa), “Carta amorosa”, “El frutero”, “La dama misteriosa”, “La mejor belleza”, “La oración del enfermo”, “Ante el altar”, “El rey cautivo”, “La ascensión del Señor”, “La campana”, “Un film de la procesión” (dedicado a los hermanos Luchía Puig, editores católicos), “La abadía de Victoria (Entre Ríos)”, “A San Luis”, “La belleza de la Virgen”, “Plegaria”, “Al cáliz”, “Confesión de un oblató”, “La Inmaculada”, “En el templo”, “Eucarística”, “La voz del apóstol”, “Alma de Cristo”, “En la agonía de Jesús” y “Saetas”. En la última página hay una enumeración de las “Obras del mismo autor”, divididas en “Novelas” (de las que se enumeran 18), “Obras serias” (Para mi hogar y cuatro biografías) y “Traducciones”<sup>234</sup>.

234 Barrantes Molina (Luis), *Versos*, 1923.

En la Biblioteca Nacional Miguel Obregón se conserva un ejemplar de *Versos*, con una dedicatoria de puño y letra de Barrantes Molina para Rogelio Sotela. Al referirse a Barrantes en su obra *Poetas y escritores de Costa Rica*, publicada en ese mismo año 1923, Sotela incluyó sus poesías “Patrios recuerdos” y “A Buenos Aires”<sup>235</sup>.

Aunque el escritor vivió hasta 1949, no hemos podido encontrar ninguna poesía suya posterior a 1923. Sin duda compuso muchas otras, pero no ha llegado hasta nosotros ninguna referencia a ellas, ni menos sus textos.

## 7.- Otras obras: teatro, traducciones, tesis y conferencias.

Gracias a una referencia contenida en el artículo de Esquivel de la Guardia de 1920, sabemos que Luis Barrantes Molina escribió un drama trágico-cómico titulado *Cómo aman los vivos*<sup>236</sup>, cuyo texto desconocemos y que al parecer quedó inédito, ya que no figura en ninguna de las listas de obras publicadas del autor. Por lo que escribió el mismo Esquivel de la Guardia en 1950, sabemos que se trataba de “una obrita teatral para alumnos de colegios católicos”<sup>237</sup>.

Durante sus primeros años en la Argentina, Barrantes Molina dio a luz algunas traducciones del italiano y del francés, posiblemente por encargo. En el citado artículo de Esquivel de la Guardia de 1920 se enumeran casi todas las que figuran también en el libro de *Versos* de Barrantes, publicado en 1923. Las detallaremos a continuación.

Dos de las traducciones del italiano fueron biografías, una del sacerdote piamontés José Benito Cottolengo (canonizado en 1934) y otra del escritor livornés Josué Borsi (1888-1915). La traducción de esta última obra, escrita en italiano por el franciscano Gustavo. Cantini, fue publicada en Buenos Aires en la *Revista Lecturas Católicas*, en mayo de 1917, con el título *Vida de Josué*

---

234 Barrantes Molina (Luis), *Versos*, 1923.

235 Sotela, 1923, pp. 388-390.

236 Esquivel de la Guardia, 1920, p. 962.

237 Esquivel de la Guardia, 1950, p. 8.

Borsi. *Héroe cristiano de la guerra europea*, e incluye la obra de Borsi *La ciencia y el milagro* <sup>238</sup>. La tercera obra que Barrantes tradujo del italiano al español fue una novela del político alemán Eugen Richter, *Después de la victoria del socialismo*, publicada originalmente en 1890. La traducción de Barrantes fue publicada en 1920 en Buenos Aires por la Editorial Libertad, que dirigía el novelista Gustavo Martínez Zúbiría, más conocido por el pseudónimo Hugo Wast <sup>239</sup>. En el artículo de Esquivel de la Guardia se dice además que Barrantes tradujo del italiano las cartas de Rocco D'Adria <sup>240</sup>, periodista judío italiano convertido al catolicismo, cuyo verdadero nombre era Cesare Algranati <sup>241</sup>.

Las primeras traducciones del francés de Barrantes Molina, enumeradas tanto en el artículo de Esquivel de 1920 como en *Versos* en 1923, fueron *Cuentos escogidos para niños*, y *Cuentos de Ernesto Hello* (literato católico francés). En 1923 la Imprenta Amorrortu, la misma editora de *Versos*, publicó *Comer bien para vivir bien: ensayo de gastronomía teórica*, traducción de Barrantes de la obra de Édouard de Pomiane *Bien manger pour bien vivre*, publicada en 1922. La traducción fue encargada por la Compañía Sansinena de Carnes Congeladas, para obsequiar la obra a sus clientes <sup>242</sup>. La cuarta y última traducción del francés mencionada en *Versos* es *El problema de la castidad masculina desde el punto de vista científico*, traducción de la obra francesa *Le problème de la chasteté masculine au point de vue scientifique*, tesis de grado del doctor Frank-Georges Escande, presentada en la Universidad de Toulouse en 1913.

Además de las traducciones, Esquivel de la Guardia menciona otras dos producciones de Barrantes, cuyos textos no han llegado hasta nosotros y de las que ignoramos los títulos y las fechas de elaboración : una tesis premiada con primer premio en un concurso de estudios sociales que tuvo lugar en Buenos Aires,

---

238 Archivo Histórico Salesiano, *Biblioteca Libros Antiguos*, en <https://donboscosur.org/wp-content/uploads/2019/07/02.-Cat%C3%A1logo-libros-antiguos.pdf>

239 “Los libros”, en *El Hogar*, Buenos Aires, n° 585, 24 de diciembre de 1920.

240 Esquivel de la Guardia, 1920, p. 962.

241 Pinto (Vincenzo), *La terre retrouvée? Ebreo e nazione nel romanzo italiano del Novecento*, tesis de doctorado, Universidad de Grenoble, 2012, p. 91.

242 *Catálogo en línea Biblioteca de la Academia Argentina de Letras*, en [http://aalbiblioteca.online/biblioteca/opac\\_css/index.php?lvl=notice\\_display&id=12106](http://aalbiblioteca.online/biblioteca/opac_css/index.php?lvl=notice_display&id=12106)

y otra sobre historia y crítica de la educación, de cuatrocientas páginas, “*elogiada como la mejor, aunque no premiada, en el concurso promovido por la Academia Literaria del Plata*”<sup>243</sup>, que ya mencionamos a propósito de *Para mi bogar*.

En ese mismo texto de 1920, Esquivel de la Guardia dice además que Barrantes

“... *es asimismo un conferencista de ponderadas dotes oratorias, habiendo dado más de veinte conferencias en favor de la democracia cristiana (aquí prohibida por la autoridad eclesiástica) y algunas en ocasiones tan solemnes como una que tuvo lugar en la proclamación de candidatos a diputados...*”<sup>244</sup>

## **8.- Periodista de *El Pueblo*. Viajes a España e Italia. Encuentros con costarricenses en Buenos Aires. Los opúsculos de 1932. *Desde mi tonel*.**

Desde mediados del decenio de 1920 Luis Barrantes Molina se dedicó principalmente a escribir para *El Pueblo*, uno de los más importantes periódicos católicos de Buenos Aires. Católico practicante y militante, Barrantes tuvo simultáneamente una activa vinculación con la Acción Católica Argentina, movimiento de laicos comprometidos.

En sus artículos en *El Pueblo*, Barrantes defendió con vehemencia las posiciones de la Iglesia en temas de muy variada índole, tales como la familia, la educación, las doctrinas morales y jurídicas, la prensa y diversos problemas sociales. Al parecer, su ferviente compromiso con el periódico lo llevó a alejarse casi por completo de la literatura. Se convirtió en una figura muy conocida en Buenos Aires, aunque sus apasionadas opiniones y su vehemente manera de expresarlas no siempre le generaran simpatías. Además de su copiosísima contribución a *El Pueblo*, concretada en centenares si no miles de artículos, y a otros periódicos

---

243 Esquivel de la Guardia, 1920, p. 962.

244 Esquivel de la Guardia, 1920, p. 962.

argentinos, escribió también para medios de prensa de otros países, como Chile <sup>245</sup>, el Uruguay <sup>246</sup>, Panamá <sup>247</sup> y España <sup>248</sup>.

Mientras trabajaba para *El Pueblo*, el escritor tuvo oportunidad de cumplir con el que debió ser uno de los grandes sueños de su vida: viajar a España y a Italia. De estos viajes quedan algunas reminiscencias fragmentarias en artículos suyos, que nos revelan lo extremadamente conservador, intransigente y mojigato que se había vuelto.

Visitó España en 1928, durante la dictadura de Primo de Rivera. Mientras que disfrutó mucho de su estadía en otras poblaciones más tradicionales, Madrid y Barcelona le resultaron chocantes por su frivolidad y libertad de costumbres:

*“(...) La alta idea que llevaba de la caballerosidad, lealtad, hidalgüía y franqueza del carácter hispano – tantas veces admirado en novelas, dramas y romances – no sufrió quebranto al contacto con las poblaciones expansivas y alegres de Cádiz, Toledo, Loyola, San Sebastián y otras.*

*En cambio, la metrópoli española fue un desencanto desde el punto de vista religioso y moral. No es que faltaran manifestaciones externas de piedad, sino que la religión popular casi se limitaba a procesiones semi mundanas o por lo menos frívolas y superficiales como eran las alegres verbenas de Madrid (...) Monárquicos y católicos dormidos, confiados, inertes, ante la predicación abundantísima y libérrima de las ideas socialistas, materialistas, comunistas y republicanas que asediaban al pueblo en tribunas, periódicos, libros y cátedras oficiales. Este contraste entre la fama y la realidad, entre la fachada y el interior, me pareció más violento en Barcelona. Vi allí calles de un impudor y licencia para la mala vida que aquí causarían espanto.”* <sup>249</sup>

---

245 “Verdad”, en *Estudios*, Santiago de Chile n° 2, 1932, p. 13, en <https://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0070357.pdf>

246 Barrantes Molina (Luis), “La ovación popular tributada a Cristo”, en *El Bien Público*, Montevideo, 18 de marzo de 1940, p. 5.

247 Barrantes Molina (Luis), “La Justicia en el gobernante”, en *¡Adelante!*, Panamá, n° 658, 27 de julio de 1947, p. 1, en [https://bdigital.binal.ac.pa/bdp/Periodicos/ADELANTE\\_ACCION\\_CATOLICA\\_\\_19470727\\_\\_0001.pdf](https://bdigital.binal.ac.pa/bdp/Periodicos/ADELANTE_ACCION_CATOLICA__19470727__0001.pdf)

248 V. L. M., “Desde Buenos Aires”, en El diario palentino, Palencia, 20 de setiembre de 1938, p. 3.

249 Barrantes Molina (Luis), *Desde mi tonel*, El Pueblo, 1ª. ed., 1933, pp.252-253.

Además de efectuar un segundo viaje a España, tuvo oportunidad de visitar Roma, lo cual debe haber sido para él un verdadero peregrinaje religioso y la culminación de un vehemente anhelo. Le impresionó, además, lo que llamó la honrosa sobriedad de los italianos, su sencillez, su capacidad de trabajo y su espíritu de familia <sup>250</sup>.

Solía reunirse con los poquísimos costarricenses que por alguna razón llegaban a Buenos Aires. En 1928, cuando el secretario de Educación Pública Luis Dobles Segreda regresó a Costa Rica después de una gira por Sudamérica, en el transcurso de la cual había visitado Buenos Aires, enumeró así a los compatriotas a los que había conocido la capital argentina:

*“Rubén Darío, un joven médico costarricense, estudioso y serio, Adolfo Esquivel de la Guardia, un prestigioso, noble y bien querido intelectual, Héctor Naranjo, un profesor sesudo, estimado en todas partes, Luis Barrantes Molina, un escritor elocuente, Gólcher y Chelles, obreros honorables y laboriosos, todos los compatriotas, me rodearon y probé las delicias de los hogares de algunos. Siempre pude sentirme orgulloso de tales costarricenses que honran al país en Buenos Aires”.* <sup>251</sup>

En el tomo IV de su *Índice Bibliográfico de Costa Rica*, publicado en 1930, Dobles Segreda incluyó, con todos los detalles de referencia, nueve de las novelas de Barrantes Molina, que sin duda este le obsequió durante su estadía en Buenos Aires: *La intriga del Sanbedrín, Drama de hogar, Un artista del crimen, El maximalismo en marcha, La vergüenza de su propia sangre, La tragedia del Calvario, Amor sublime, El terror negro y Un idilio extraño*, en ese orden <sup>252</sup>.

Francisco Amighetti dejó consignado en unas breves líneas su encuentro en 1932 en la capital argentina con Luis Barrantes, quien le dio una carta de presentación para que pudiera aspirar a una modesta plaza de profesor en un colegio católico, la que en efecto obtuvo:

*“Mi hambre crónica, conoció algunos momentos, peores que otros, y fue en uno de esos álgidos instantes, que conocí a uno de los cinco costarricenses que vivían en la capital del Plata, a Luis Barrantes Molina, que*

---

250 *Ibid.*, pp. 244-245.

251 “Impresiones generales de un viaje de estudio”, en *Diario de Costa Rica*, 10 de abril de 1928, p. 4.

252 Dobles Segreda, 1930, pp. 129, 137, 160-161, 203 y 227.

*aparece en la antología de escritores costarricenses que publicó Rogelio Sotela. Barrantes me invitó a comer en el único automático que existía entonces en Buenos Aires, abí ingerimos de pie una comida fría en una conversación un tanto silenciosa. Eduardo Uribe me indicó que el escritor costarricense era un prolífico novelista, que había escrito numerosas obras relacionadas con la fe católica, como La intriga del Sanedrín, y era muy apreciado por el clero bonaerense. Cuando llegué a la calle Nueva York, con la nota de presentación de Barrantes Molina, tuve que esperar largo rato en un vestíbulo sombrío, al fin se apareció un sacerdote alto de nariz muy aguileña, con la frente coronada por un resto de cabello gris, y miró al joven profesor, que era yo, y me dijo:*

*- Necesitamos aquí un maestro de música y gimnasia, y agregó, puede Ud. vivir en el Colegio si así lo desea.”*<sup>253</sup>

En ese mismo año 1932, en medio de un agrio debate nacional acerca de la posibilidad de establecer el divorcio en la Argentina, Barrantes publicó dos opúsculos, titulados *El divorcio* y *El matrimonio indisoluble*<sup>254</sup>, en los que defendía las tesis tradicionales de la Iglesia Católica sobre esas materias. Hay ejemplares de ambos textos en la Biblioteca Nacional Mariano Moreno de Buenos Aires.

En 1933 Luis Barrantes Molina dio a luz en Buenos Aires una recopilación de los principales artículos que había publicado en *El Pueblo* en años recientes, con el título *Desde mi tonel*<sup>255</sup>, clara evocación del famoso filósofo griego Diógenes. Publicada por el mismo periódico *El Pueblo*, la obra, en 814 páginas, incluía 280 artículos periodísticos de Barrantes y llevaba un prólogo de José A. Sanguinetti, director del rotativo, en el cual no escatimaba los elogios al autor:

*“(...) es un escritor católico, de amplia erudición, de claridad de ideas, de profundidad de conceptos, y, sobre todo, es el artífice de una vida que no está en pugna con los principios que predica.*

*Sus artículos, si bien producidos sobre la mesa perennemente renovada del inquieto periodista moderno, no por eso carecen de fondo, antes bien rebalsan enjundia, concretan ideas propias, y están saturados de un vivificante espíritu evangélico (...) Dueño de una modestia ultra franciscana*

---

253 Amighetti (Francisco), *Obra literaria*, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1ª. ed., 1993, p. 48.

254 Mencionados en el Catálogo de la Secretaría de Cultura de Salta, en biblioteca.culturasalta.gov.ar

255 Barrantes Molina (Luis), *Desde mi tonel*, Buenos Aires, El Pueblo, 1ª. ed., 1933.

*nada le altera, ni nada le inmuta, sigue dueño absoluto de sí mismo por el campo estrecho y abrupto de su vida austera, ajeno en un todo a las solicitudes del mundo, y desechando, por efímeros, sus honores y riquezas. No los ansía ni los necesita, porque se sabe poseedor de fabulosa riqueza: el espíritu de Dios (...) Para él no han sido nunca tendidos los manteles de homenaje, ni aun los palaciegos de la fácil alabanza extendidos en fiestas con las cuales acostúmbrense retribuir elogios o adquirir derechos para tenerlos (...) Y en cuanto a la labor literaria que contiene este volumen – que es recopilación de artículos publicados en “El Pueblo” – algo ya se sabrá a través de su autor, de quien no dije aún que es a la vez escritor, poeta, novelista y pintor; algo así como oscura ostra por fuera, pero abierta con cuidado, se hallará por dentro una perla del mejor oriente.”<sup>256</sup>*

(Esta es la única referencia que hemos encontrado a la actividad de Luis Barrantes Molina como pintor, que debió ser una afición personal de modestos alcances).

*Desde mi tonel* llevaba una breve introducción del autor, titulada “Las ocho bases de la moral social”, en la que se anunciaban los ocho capítulos en que se dividía la recopilación: La Familia, La Escuela, La Patria, La doctrina moral y jurídica, La Prensa, La Economía, La crítica de nuestros errores y vicios sociales y La Religión.

Dado que se trata de una recopilación de artículos periodísticos, los textos contenidos en *Desde mi tonel* se refieren casi en su totalidad a temas coyunturales de la actualidad argentina y mundial de entonces, y revisten relativamente poco interés hoy. En sus páginas se exponen de modo franco y a veces descarnado las ideas del autor, en estricto apego a la ortodoxia católica y a una moralidad de estrechísimas miras. En conjunto, la obra presenta una faceta de Barrantes estacionaria, cuando no retrógrada, que nos resulta hoy muy poco atractiva, y en muchos de sus párrafos asoma un tono reprimendón e intolerante. Paradójicamente, tres decenios antes, en Costa Rica, el escritor había expresado:

*“... los católicos atrasados desearan que la Iglesia viviera hoy como en el siglo XIII, rechuyen el catolicismo a la sacristía y contemplan despavoridos el movimiento ascendente de la ciencia y la democracia modernas, temerosos de que sus nuevas corrientes embarquen la acción vivificante de la Iglesia (...) no escasean los católicos que con su falsa intransigencia*

---

256 Sanguinetti (José A.), “A modo de prólogo”, en Barrantes Molina, 1933, pp. 5-8.

*comprometen la causa de Dios, cuando condenan sin apelación las instituciones modernas y las ideas nuevas que brotaron en tropel de la Revolución Francesa, como mariposas salidas de un pantano. Desean esos timoratos que la Iglesia se ponga en pugna con todo el movimiento moderno, metida en los moldes que tuvo en los siglos pasados; olvidan que la Iglesia, aunque asistida por el Espíritu Santo, encierra elementos humanos susceptibles de variación y que sin alterar su doctrina puede ajustarse a los cambios que las razas, los climas y la civilización ocasionan en las sociedades humanas.”*<sup>257</sup>

Esa estrechez de miras que otrora criticara siguió siendo visible, en gran medida, en las posteriores contribuciones de Barrantes Molina a *El Pueblo*, en las cuales también dejó entrever sus simpatías -compartidas por muchos católicos de la época- por el régimen de Mussolini y por el franquismo español, así como algún ocasional dejo de antisemitismo, aunque fue adversario del nazismo alemán. Vehemente opositor del comunismo, lo fue también del liberalismo anticlerical, y eso lo llevó ocasionalmente a simpatizar con regímenes autoritarios de la Argentina y con algunos grupos políticos derechistas del país. Tuvo, sin embargo, ocasionales posiciones de vanguardia, como su respaldo a la idea del voto femenino <sup>258</sup>.

Es muy posible que en diciembre de 1936 Barrantes se viera en Buenos Aires con su antiguo condiscípulo del Liceo Manuel Francisco Jiménez Ortiz, quien como secretario de Relaciones Exteriores representó a Costa Rica en la Conferencia Internacional Americana celebrada en Buenos Aires durante ese mes <sup>259</sup>.

## **9.- Fallecimiento y funerales. Artículos necrológicos.**

A mediados del decenio de 1940, agobiado por el peso de los años, Luis Barrantes Molina se acogió a la jubilación y fue espaciando sus contribuciones a las columnas de *El Pueblo*,

---

257 Barrantes Molina (Luis), “La Iglesia y el siglo”, en *El Eco Católico*, marzo de 1901, p. 42. Reproducido en *La Revista*, 15 de marzo de 1901, p. 2.

258 Barrantes Molina (Luis), “El voto femenino”, en *El Pueblo*, Buenos Aires, 15 de octubre de 1947, en

[https://racimo.usal.edu.ar/1462/1/dic1947\\_revista\\_de\\_revistas.pdf](https://racimo.usal.edu.ar/1462/1/dic1947_revista_de_revistas.pdf)

259 “Regresaron los delegados de Costa Rica a la Conferencia de Buenos Aires”, en *Diario de Costa Rica*, 29 de diciembre de 1936, p. 5.

donde posiblemente se veían sus escritos cada vez con menor interés, como resabios de un mundo ido y ya muy alejado de los nuevos desafíos que enfrentaba la sociedad argentina. Sin embargo, nunca dejó de escribir del todo y se mantuvo activo en el periodismo, al lento ritmo de un septuagenario.

Murió en Buenos Aires el 12 de noviembre de 1949, después de recibir los auxilios espirituales de la Iglesia Católica. Según los datos del diario *El Pueblo*, tenía 72 años de edad.

El 13 de noviembre de 1949, *El Pueblo* publicó en su portada una columna titulada “Falleció ayer Luis Barrantes Molina. Un periodista católico valiente y vigoroso”, que decía:

*“Ningún lector de EL PUEBLO puede ignorar quién era Luis Barrantes Molina, cuyos artículos aparecieron durante muchos lustros diariamente en nuestras columnas. En ella fue la suya la firma más asidua, y no solo por su increíble capacidad de trabajo y el fervor con que servía sus ideales con la pluma, sino porque sus páginas eran reclamadas y se las echaba de menos cuando nuestro compañero, bajo el peso de los años, decidió espaciar sus colaboraciones hasta que, al acogerse a la jubilación, sólo ocasionalmente retornaba a la tarea.*

*Figura ejemplar de periodista y de escritor católico, Barrantes Molina era valiente en sus afirmaciones y no conocía, para expresarlas, media tinta alguna, ni sabía de compromisos con el error, estuviere donde estuviere. Su estilo era vigoroso y florido a la vez; abundaban sus escritos en giros gallardos, con un dejo de romántica frescura matizando los recios y profundos apóstrofes en que a menudo concluía: dominaba un riquísimo lenguaje y su capacidad para adjetivar siempre resultó renovado motivo de sorpresa aún para quienes lo seguían diariamente.*

*Rara mezcla de caballero y de asceta, no rebuía la conversación elevada ni el contacto social, pero vivía con una sobriedad más que singular y, naturalmente en rigurosa observancia de los preceptos y las prácticas de la Iglesia, a cuyo servicio se había consagrado en el terreno de la prensa y el libro.*

*Era afable y humilde. Poco hablaba de sí mismo y de su obra literaria, consistente en novelas y biografías, publicadas en parte en su país natal, Costa Rica, de donde llegó a la Argentina, siendo aún muy joven, en 1902 y adquiriendo nuestra ciudadanía en 1911.*

*Luis Barrantes Molina, con quien la prensa católica pierde un luchador esforzado, ardientemente apostólico y de grandes dotes intelectuales,*

*había nacido en 1877. Murió ayer cristianamente en esta ciudad y hoy serán sepultados sus restos en el cementerio del Oeste, a las 10.”*<sup>260</sup>

En la prensa de Buenos Aires publicaron esquelas, invitando a los funerales, el director y las juntas directivas del Centro San Ignacio de Loyola, las Hermanas Auxiliares de los Ejercicios Espirituales y la Congregación Mariana de Regina Martyrum.

El 2 de diciembre, el periódico uruguayo *El Bien Público* expresó:

*“Ha fallecido en Buenos Aires el periodista católico Luis Barrantes Molina.*

*Hemos conocido su labor a través de los artículos publicados en “Criterio” y en “El Pueblo” de aquella ciudad.*

*Era un hombre naturalmente escritor y periodista, de vocación cristiana, por lo cual sus trabajos se revestían insensiblemente, de apologética. Para ello ponía una erudición muy vasta en todos los ramos de la cultura y de la investigación espiritual.*

*Su pluma no conoció retiro. En estos sus últimos días sus trabajos, incansables, tesoneros, aparecieron prestigiados por su firma. Puede decirse de él que muere en la primera línea del combate.*

*Como colegas que sentimos su misión, deseamos que en la vida perdurable us dotes que ya no necesitarán esforzarse en la lucha y la polémica, vivan la bienaventuranza de la eterna luz defendida con fe y constancia”*<sup>261</sup>

En Costa Rica, la primera noticia del fallecimiento de Luis Barrantes Molina apareció en *La Prensa Libre* del 6 de diciembre de 1949, en una breve nota luctuosa titulada “Murió don Luis Barrantes Molina en la República Argentina”, que decía:

*“Los familiares de don Luis Barrantes Molina han recibido la infausta noticia del fallecimiento de su deudo en la República Argentina, donde se había establecido desde hace mucho tiempo.*

*Hombre luchador y de empresa, logró abrirse amplio campo en aquel país suramericano, en las actividades de su especialidad. Su conducta ejemplar y su cultura le atrajeron muchas simpatías en Buenos Aires, donde disfrutaba de merecido aprecio.*

---

260 “Falleció ayer Luis Barrantes Molina. Un periodista católico valiente y vigoroso”, en *El Pueblo*, Buenos Aires, 13 de noviembre de 1949, p. 1.

261 “Luis Barrantes Molina falleció en Bs. Aires”, en *El Bien Público*, Montevideo, 2 de diciembre de 1949, p. 3.

*“La Prensa Libre” consigna la noticia de su desaparición y expresa sus sentimientos de pesar a todos sus deudos.”*<sup>262</sup>

Lamentablemente, el periódico no mencionó quiénes eran esos parientes del escritor, ni estos publicaron la esquelada acostumbrada para dar parte de la muerte de su deudo e invitar a una misa de recordación. Es posible, sin embargo, que se tratara de personas de modesta condición (¿medios hermanos?), para quienes publicar un aviso luctuoso en un periódico josefino resultaba caro y no tenía mucho sentido, sobre todo para recordar a un pariente que había partido de Costa Rica hacía casi medio siglo y que no había dejado descendencia.

El 18 de diciembre, en el *Diario de Costa Rica*, el renombrado periodista don Francisco María Núñez dedicó una columna a la memoria del escritor, titulada “La muerte del periodista Luis Barrantes Molina”:

*“En la ciudad de Buenos Aires, de la República Argentina falleció, en los primeros días de este mes, el periodista y novelista costarricense, don Luis Barrantes Molina, según la información publicada el seis del corriente, el decano de la colonia costarricense en aquella capital sudamericana.*

*El señor Barrantes Molina comenzó su labor periodística, por lo que sabemos, en el diario La Información, que se editó en esta capital hasta el mes de junio del año 1919. Dentro de esa empresa fue un simple reportero. Uno de los tantos trabajadores del periódico que pasan ignorados, a pesar de que trabajan duro para recoger la última noticia y ofrecerla al público de la mejor manera posible. Ganan menos dinero y difícilmente llegan a alcanzar nombre. Es que su labor es anónima. En cambio, alcanzan prestigio y honras y hasta mejor retribución, el editorialista, el columnista o el director, cuyo nombre ve el lector, permanentemente a la cabeza de su periódico, pese a que muchas veces no realice labor meritoria. Fue costumbre en aquellos tiempos escoger para director, a una persona bien relacionada o mejor todavía, y si el periódico era de combate, a un hombre fuerte. Más que un director de la empresa, se escogía un pararrayos o para golpes.*

*Asuntos personales obligaron a Barrantes Molina a emigrar de su patria y fue a posar su planta en Buenos Aires. Argentina ha sido siempre una meta para los hombres de letras, tanto como para los de trabajo.*

---

262 “Murió don Luis Barrantes Molina en la República Argentina”, en *La Prensa Libre*, 6 de diciembre de 1949, p. 7.

*De Europa y del resto de América salían y salen peregrinos en busca de fortuna y de nombre.*

*Luis Barrantes Molina no equivocó el rumbo. Allí se estableció y trabajó con éxito. Quizá no levantó fortuna, pero sí vivió con holgura y ganó cierto nombre, que en su patria difícilmente hubiera logrado. Argentina lo conquistó totalmente; allí pasó más de la mitad de su vida y allí entregó sus restos mortales a la tierra acogedora y noble.*

*Entre las virtudes que podemos apuntar a Barrantes Molina, está la de su fe religiosa. Nació católico y católico se quedó. Ni las lecturas, ni las amistades, ni los prejuicios le hicieron cambiar de religión. Fue un convencido y un apóstol de la prensa católica.*

*Pero hay algo más que exaltar en este modesto cultor costarricense. Es su empeño por mejorar. Cuando se dio cuenta del interés que cobraba la novela semanal, se dedicó a buscar argumentos y redactar novelinas, que la editorial le editaba, distribuyéndolas con profusión. No creemos que fueran modelos; pero lo cierto es que los folletines tenían demanda y que los editores le pedían nuevos originales. Muchas de esas entregas semanales vinieron a Costa Rica.*

*Lamentamos no tener a mano más detalles sobre la obra realizada en Argentina por don Luis. Fue un hombre sencillo, tan modesto, que nunca se preocupó por mantener contacto con sus paisanos. La pena que lo llevó a alejarse de su patria, la siguió rumiando en la tierra lejana, y fue el acicate para empeñarse en ganar nombre.*

*Su labor de prensa, en aquel medio donde concurren hombres de letras de todos los rumbos y consecuentemente donde es mayor la competencia, y precisa desarrollar más esfuerzos y poner más talento en la obra que se realiza, debió ser apreciable, cuando hace algunos años escribió, solicitando datos del registro civil para comprobar su edad y poder obtener la jubilación. Entonces se supone que a San José había llegado de uno de los cantones de la provincia de Alajuela. Pero no se precisó cuál: Naranjo o Palmare. No se encontró la partida de nacimiento.*

*Ignoramos si en el cementerio donde reposan sus restos, en Buenos Aires, una lápida modesta recuerda su nombre: es posible que aquí no queden dudosos, pero es justo que se le recuerde, como periodista y como novelista y cuando se haga la historia de la cultura costarricense se ponga a su haber — pese a su modestia innata, - lo que hizo en bien de la cultura, honrando a Costa Rica, en la gran República Argentina.*

*Será pobre nuestro homenaje, ya que carecemos de datos biográficos y bibliográficos, pero no queremos que el recuerdo póstumo quede relegado*

*a una simple nota social, donde no siempre los calificativos que se aplican, responden a la verdad. Es tan fácil halagar vanidades y satisfacer caprichos en una nota impersonal.”*<sup>263</sup>

El 18 de enero de 1950, dos meses después de la muerte del escritor, el *Diario de Costa Rica* publicó un breve artículo titulado “Argentina rinde un homenaje de simpatía al extinto periodista y novelista costarricense”, que decía:

*“Preocupados por tener toda clase de noticias sobre la vida de los periodistas costarricenses, nos hemos empeñado en recoger los datos más completos para la biografía de Luis Barrantes Molina, recientemente fallecido en la República Argentina, donde fijó su residencia en los últimos cuarenta años. Y resulta ser allá más conocido que en su propia patria. Con motivo de su muerte se han tributado muchos elogios a su obra y se han revivido viejos lauros, que él mantenía ocultos, por su propia modestia.*

*Trabajó durante muchos años en el diario El Pueblo, órgano nacional del Catolicismo argentino. Y el año 1933 se editó un libro voluminoso, bajo el título de “Desde mi tonel”, donde se recogen varios cientos de los artículos de interés permanente, publicados por él en ese diario, tan importante como La Nación en su género. Ese libro lo prologó el señor José A. Sanguinetti, quien hace un conceptuoso elogio de la obra de Barrantes Molina y declara que es “el tipo del periodista católico”.*

*Se acompaña una lista de las obras de poesía, novelas y traducciones, que forman la bibliografía de Barrantes Molina.*

*Mientras en Costa Rica ya casi ni se le recuerda como profesor del Seminario o redactor de algún diario, en Argentina se le señala puesto de honor entre los periodistas.”*<sup>264</sup>

El 22 de marzo de 1950, el mismo *Diario de Costa Rica* publicó un artículo necrológico sobre el ilustre desaparecido, que había remitido desde Buenos Aires su siempre fiel amigo Adolfo Esquivel de la Guardia:

---

263 “Murió don Luis Barrantes Molina en la República Argentina”, en *La Prensa Libre*, 6 de diciembre de 1949, p. 7.

264 “Argentina rinde un homenaje de simpatía al extinto periodista y novelista costarricense”, en *Diario de Costa Rica*, 18 de enero de 1950, p. 5.

## *“Luis Barrantes Molina, su vida y obra*

*Porque lo consideramos de gran interés para nuestros círculos intelectuales, publicamos en esta ocasión un trabajo biográfico sobre nuestro compatriota Luis Barrantes Molina, fallecido en Buenos Aires, República Argentina, el 11 de noviembre del año pasado. El presente resumen nos ha sido remitido por otro compatriota nuestro que se encuentre en ese país, el doctor Adolfo Esquivel de la Guardia, quien pudo relacionarse estrechamente con la personalidad de Barrantes Molina, y, por consiguiente, enterarse de los datos de su vida que a continuación transcribimos a nuestros lectores:*

### *Luis Barrantes Molina*

*(Por el Dr. Adolfo Esquivel de la Guardia)*

*En la revista “Athenea” de San José de Costa Rica, que dirigía Rogelio Sotela, publiqué en el número 8 (Tomo IV), del 15 de agosto de 1920 – todo dedicado a trabajos míos- una extensa biografía de Luis Barrantes Molina en sus varios aspectos (páginas 960 a 969). El ejemplar debe encontrarse formando parte de la colección de esa revista en la Biblioteca Nacional.*

*En el libro “Escritores y poetas de Costa Rica”, don Rogelio Sotela (año 1923), se hallan, asimismo, datos referentes a Barrantes Molina (páginas 387 a 390). Supongo que ese volumen, que incluye a gran cantidad de ticos, entre ellos a mí, podrá encontrarse en la misma Biblioteca.*

*Nació Barrantes en la entonces villa de Grecia; ni él mismo sabía en qué fecha, a punto fijo. A falta de documentos pertinentes, calculaba en 1949 que su edad era de 75 a 77 años.*

*Fue alumno del Seminario y se graduó bachiller en el Liceo hace unos 50 años. Parece ser que aprobó más de un curso en la Escuela de Derecho de San José.*

*De nuestra patria emigró joven, y después de haber estado en el Ecuador, Perú y Chile, países donde fue redactor de diarios y revistas católicas, pasó a esta República Argentina, a la que arribó por vía marítima en un velero que desde Valparaíso bajó hasta Chiloé y que después de atravesar el estrecho de Magallanes terminó su viaje por el Río de la Plata, hasta llegar a esta metrópoli (Buenos Aires).*

*De aquí pasó a las provincias de Córdoba y Santa Fe, en las cuales se dedicó también al periodismo de su credo.*

*En un tiempo no muy posterior a ese, volvió a esta capital federal, en donde se radicó definitivamente. Su principal ocupación aquí fue la de editoralista del diario católico El Pueblo y encargado de la bibliografía*

*y la crítica en el mencionado órgano periodístico. Además, desde allí polemizaba con sus contrarios y escribía diversos asuntos.*

*Era orador y conferencista, de fácil palabra y de castizo lenguaje. Dio muchas conferencias y pronunció numerosos discursos, desde tribunas de diversos lugares e índoles, sobre temas literarios, filosóficos, históricos y religiosos.*

*Ocupó con cierta preferencia los cargos de maestro de Enseñanza Primaria y de profesor de colegios católicos de esta ciudad.*

*Poseía una despierta y vasta ilustración. De sincero espíritu religioso, defendía sus convicciones con serenidad. Fue muy honesto y quiso vivir siempre pobre. Era sencillo y humilde.*

*Poco tiempo hacía que se había jubilado de la Caja de Periodistas cuando falleció de muerte natural en esta urbe el 11 de noviembre último.<sup>265</sup>*

---

265 Esquivel de la Guardia (Adolfo), "Luis Barrantes Molina, su vida y obra", en *Diario de Costa Rica*, 22 de marzo de 1950, pp. 5 y 8.

## CAPÍTULO V

# DESTELLOS OCASIONALES EN EL MAR DE LA INDIFERENCIA COSTARRICENSE

### 1.- Un breve paréntesis de proyección en Costa Rica: 1920-1923.

Durante sus primeros 16 años de ausencia de Costa Rica, de Luis Barrantes Molina no volvió a oírse prácticamente nada. Apenas se rompió ese silencio en 1910, cuando el periódico josefino *El Sol* reprodujo un artículo suyo sobre el terremoto de Cartago, que se había publicado en la Argentina.

Ese prolongado olvido ese disipó un tanto cuando el doctor Adolfo Esquivel de la Guardia, gran amigo de Luis, remitió desde Buenos Aires un artículo firmado el 17 de abril de 1920, titulado “Un costarricense en la Argentina. Luis Barrantes Molina”. El texto de Esquivel, que se publicó en la revista *Athenea*, dirigida por el poeta y escritor Rogelio Sotela, el 15 de agosto de 1920<sup>266</sup>, comenzaba diciendo:

*“A los costarricenses que hasta ahora hayan ignorado dónde se encuentra Luis Barrantes Molina y qué es lo que ha hecho, ha de serles muy grato saber que el compatriota ha resultado distinguido; que tiene ya varios años de radicar en esta nación y que aquí se dedica, como lo hiciera ya en otras capitales de Sud-América, a las labores intelectuales; por lo que es bien merecedor de que le dediquemos estas líneas justas y sinceras.”*<sup>267</sup>

El artículo, que deja ver la gran amistad que unía a Barrantes y a Esquivel y el afecto que este le profesaba a aquel, refería las vicisitudes del periplo sudamericano de Luis y presentaba una síntesis de las actividades periodísticas y docentes que había desarrollado en la Argentina. Enumeraba las biografías y novelas que había publicado en la Argentina, comentaba algunos de sus artículos y sus poemas y su labor como traductor y conferenciante,

---

266 Esquivel de la Guardia (Adolfo), “Un costarricense en la Argentina. Luis Barrantes Molina”, en *Athenea*, n° 8, 15 de agosto de 1920, pp. 960-969.

267 *Ibid.*, p. 960.

además de mencionar también su vehemente credo religioso y algunos rasgos de su carácter, modesto, sencillo y alejado de ruidos y vanidades. El texto concluía con un tácito llamado a los lectores costarricenses para enorgullecerse de su compatriota y tenerlo presente:

*“Como terminación de estas cuartillas y resumen de lo que queda expresado, diremos que en Luis Barrantes Molina se unen altas dotes de escritor general, periodista, polemista, novelista, profesor, orador, traductor, poeta y dramaturgo. Es por lo tanto un espíritu cultivado y una persona de verdadero talento y de bien sólida ilustración; condiciones todas estas a las que se añaden su modestia no fingida, sus hábitos de trabajador mental, su experiencia, su serenidad de juicio y otras varias, cuyo conjunto le hace acreedor al aprecio de sus compatriotas, de quienes debe, así como igualmente de parte de todo intelectual centroamericano, ser considerado con orgullo.” 268*

*Athenea* era una revista cultural de pequeño tiraje, que era leída sobre todo por literatos, artistas e intelectuales y por consiguiente no llegaba al gran público. Sin duda con el ánimo de dar más proyección a la actividad de Barrantes Molina en Buenos Aires, el *Diario del Comercio* publicó el 31 de agosto de 1920 una apretada síntesis del artículo de Esquivel de la Guardia, con el título de “Costarricenses ilustres en el exterior. Luis Barrantes Molina”. La suscribía H. V., cuya identidad no hemos logrado desvelar:

*“El culto escritor costarricense radicado en Argentina, doctor Adolfo Esquivel de la Guardia, ha realizado una labor patriótica: en el último número de la revista Athenea, nos da a conocer a un intelectual de Costa Rica, un nombre nuevo que nunca habíamos oído aquí, en sus propios lares, y que, a no ser por el Dr. Esquivel de la Guardia, quizá hubiera sido ignorado por muchos años, don Luis Barrantes Molina.*

*Sin haber cumplido veinte años, como tod aquel que siente en sí las grandes inquietudes y quiere ir en pos del rastro luminoso que dejara la Quimera, con su corazón siempre expectante ante las grandes emociones y su cerebro agitado por quién sabe qué ideales, armado de ese valor y de esa energía que dan las amarguras, partió un día, ignorado de todos, en persecución del medio que colmara sus ambiciones.*

*¡Cuántos años de trabajo continuo, fecundo y glorioso, realizado en medio del perenne dolor que produce el talento de conocerse a sí mismo!*

---

268 *Ibid.*, p. 969.

*¿Quién no comprende la trascendencia de una belleza propia de dioses y de héroes? Ese conjunto esbelto y casi divino que colmara su perfección en los helenos, y en que se cree leer toda una vida interior; esa buena presencia que produce la buena impresión, no deja de hacer más fácil el triunfo.*

*La importancia de ello era bien comprendida por el esforzado peregrino. De ahí, gran parte de su amargura. La naturaleza, caprichosa, dotó al joven Barrantes de una fealdad extrema, pero que no deja de imponerse magüer los prejuicios y las faltas interpretaciones. Mas la dura realidad, había de evidenciarle que, para conseguirlo, le estrujaría fuertemente el dolor. Y plenamente convencido, nos deja oír su queja lastimera (...). Seguramente en sus propias angustias, habrá encontrado el acicate. Poco a poco, con su brazo fuerte para la lucha, y constante dedicación al estudio, lo vemos agitarse en diversas manifestaciones.*

*Director unas veces, redactor otras, también fundador de diferentes periódicos y revistas en Sud América; pero siempre dejando oír su eterna queja (...). Y a pesar de todo, estudia y lo vemos surgir, ora como periodista, ora como conferencista, como profesor de diversas ciencias e idiomas. Sus traducciones del francés y de italiano, sus poesías, sus conferencias, sus novelas, ponen de manifiesto su capacidad y su talento que se alza por sobre todo, se hace sentir y extiende por toda la América su fama (...). Así ha triunfado y se ha puesto en camino de la Gloria, honrándose él y honrando a Costa Rica, su patria, - quizá con un tanto de amargura de decepciones), - el visionario dilecto que años atrás saliera con sus empeños y su talento por único equipaje, sin saber para dónde...”<sup>269</sup>*

En los años que siguieron, y hasta 1922, como para mantener vivo su recuerdo en Costa Rica, ocasionalmente se reprodujeron en el *Diario de Comercio* algunos artículos de Barrantes Molina publicados en la Argentina, y también algunos de sus poemas.

En 1923 Rogelio Sotela, con quien Luis Barrantes Molina mantenía relaciones epistolares, publicó en San José su importante obra biográfica y antológica *Escritores y poetas de Costa Rica*. En esta obra, Sotela incluyó a Luis Barrantes como integrante de la tercera generación de autores costarricenses y explicó que vivía hacía años en la República Argentina, “*donde ha triunfado*”<sup>270</sup>. Con base en lo consignado por Esquivel de la Guardia en su artículo de 1920, reseñó su actividad periodística, enumeró sus

---

269 H. V., “Costarricenses ilustres en el exterior. Luis Barrantes Molina”, en *Diario del Comercio*, 31 de agosto de 1920, p. 4-

270 Sotela, 1923, p. 387.

biografías y novelas, mencionó su militante fe religiosa y su sincera germanofilia, producto de su educación con los padres paulinos, dijo que como novelista era muy estimado en la Argentina, transcribió sus poemas “Patrios recuerdos” y “A Buenos Aires” y concluyó diciendo:

“(...) vive actualmente de su pluma. Es, sin duda, una vida interesante la suya y digna de referirse a los jóvenes para que vean en ella un buen ejemplo de estoicismo y de energía.”<sup>271</sup>

Sin embargo, lo cierto es que su actividad y su obra continuaron siendo prácticamente ignoradas en nuestro país, y las pocas noticias que de ellas tuvo el público costarricense no cosecharon más que indiferencia, situación que tampoco cambió cuando en su segunda gran obra biográfica y antológica, *Escritores de Costa Rica* (1942), Rogelio Sotela repitió el mismo texto sobre Barrantes Molina publicado en 1923.

## 2.- Referencias aisladas.

Después de 1923, y salvo alguna referencia aislada como la publicada con motivo de la visita a Buenos Aires de don Luis Dobles Segreda, el público costarricense no volvió a tener noticias de Luis Barrantes Molina, ni a conocer nuevos textos suyos, excepto por los contados artículos que aparecieron en la Revista Costarricense de doña Sara Casal de Quirós.

En 1947, al enumerar en su pionera obra *Itinerario de la novela costarricense*, a los cultivadores de ese género en Costa Rica a partir de don Manuel Argüello Mora, el periodista Francisco María Núñez incluyó el nombre de Luis Barrantes Molina junto a los de escritores como de Fabián Dobles, Carlos Luis Fallas, Manuel González Zeledón, Joaquín Gutiérrez, Max Jiménez, José Marín Cañas y Yolanda Oreamuno. Aunque no las comentó, mencionó cuatro de sus novelas: *Amor sublime*, *La intriga del Sanhedrín*, *La tragedia del Calvario* y *Un artista del crimen*<sup>272</sup>.

---

271 *Ibid.*, p. 388.

272 Núñez (Francisco María), *Itinerario de la novela costarricense*, San José, s. e., 1ª. ed., 1947, p. 31.

Entre 1949 y 1950, José Fabio Garnier publicó en el diario josefino *La Nación* una serie de artículos denominada *Cien novelas costarricenses*, en los cuales reseñaba y comentaba un centenar de obras literarias de ese género. En esta serie, Garnier – habitualmente muy benevolente en sus comentarios y muy deseoso de estimular a los escritores- incluyó cinco de las novelas de Luis Barrantes Molina publicadas en la Argentina medio siglo antes, comentarios a los que ya nos hemos referido en otra sección de la presente obra. Recordamos únicamente un emocionado comentario que Garnier le dedicó a Barrantes, en razón de su reciente desaparición.

*“... El lector, con el pequeño volumen entre manos, en la amable compañía del novelista, se pone a imaginar un algo más allá de la palabra fin. Y piensa en el escritor admirable que, en un momento de desánimo, se arrancó de la patria con la intención de nunca volver a ella, hace votos sinceros porque, al desterrado voluntario, muerto hace poco en la generosa tierra argentina, se le concede descansar, para siempre, entre los suyos; bajo el manto azul de cielo que tanto supo amar. Al amparo del tricolor sagrado que, allá lejos, supo siempre enaltecer.”*<sup>273</sup>

Después de Garnier, y fuera de lo que se refiere a los artículos necrológicos que aparecieron en *La Prensa Libre* en noviembre de 1949 y el *Diario de Costa Rica* en enero de 1950, y a los que le dedicaron a su memoria don Francisco María Núñez en diciembre de 1949 y don Adolfo Esquivel de la Guardia en marzo de 1950, solamente se recordó a Luis Barrantes Molina en el modesto homenaje que le dedicó Grecia en 1951, en los actos de celebración del 113° aniversario de la fundación de la población.

En los años siguientes no volvió a haber en Costa Rica quien se ocupara de él como figura literaria, ni menos quien estudiara su obra. En su *Historia y antología de la Literatura costarricense*, publicada por primera vez en 1958, don Abelardo Bonilla ni siquiera mencionó su nombre. Tampoco fue significativa la brevísima referencia hecha sobre él y su obra en la tesis *La Novela Costarricense*, presentada por Rodrigo Solera en la Universidad de Kansas:

*“Para completar el grupo de autores que forman la generación de 1920, conviene mencionar aquí a Luis Barrantes Molina (1885\*1952), autor costarricense que vivió largos años en la Argentina, donde publicó*

---

273 Garnier, *op. cit.*

*todas sus obras. Entre 1917 y 1923, aparecieron las novelas suyas La intriga del Sanedrín, Drama de hogar, Un artista del crimen, La vergüenza de su propia sangre, Amor sublime, El terror negro y Un idilio extraño. Fueron publicadas por entregas en una revista -de Buenos Aire®, “La novela del día” y son desconocidas en Costa Rica. Como lo indican los títulos, son novelas melodramáticas de folletín, propias para entretener a un público lector poco exigente.”*<sup>274</sup>

Desde entonces, Luis Barrantes Bonilla siguió y ha seguido pasando como de puntillas el escenario de la historia literaria costarricense. Nunca se le ha estudiado en nuestras aulas, ni como periodista ni como literato.

### **3.- “He dejado de ser costarricense...”**

No fue sino hasta 2018, casi sesenta años después de su muerte, cuando el historiador Iván Molina Jiménez rompió la lápida de silencio que recaía sobre Barrantes Molina y su obra. En un artículo significativamente titulado “*He dejado de ser costarricense*”. Escritores y migración en la Costa Rica de los siglos XIX y XX”, Molina Jiménez analizó el caso de Luis Barrantes Molina en conjunción con el de otros dos escritores costarricenses largamente desarraigados del país, Manuel González Zeledón y Yolanda Oreamuno<sup>275</sup>, e hizo ver que Barrantes no había tenido éxito en sus intentos para ser recordado en Costa Rica, a lo cual es posible que contribuyera la ausencia de temática costarricense en las novelas que publicó en la Argentina (Cabe añadir, sin embargo, que ni Magón ni Luis Barrantes Molina renegaron nunca de Costa Rica, como lo hizo Yolanda Oreamuno, quien pidió expresamente que su obra fuera considerada como perteneciente a Guatemala<sup>276</sup>).

---

274 Solera (Rodrigo), *La Novela Costarricense*, University of Kansas, 1958, p. 82.

275 V. Molina Jiménez (Iván), “He dejado de ser costarricense”. Escritores y migración en la Costa Rica de los siglos XIX y XX”, en *Revista Realidad*, No. 152 (Julio-diciembre de 2018), pp. 125-146.

276 En una carta a don Joaquín García Monge, escrita en 1948, Yolanda Oreamuno le expresó: “*Quiero que si algo de valor hago yo en el ramo literario, mi trabajo le pertenezca a Guatemala, donde he tenido estímulo y afecto, y no a Costa Rica donde, fuera de usted, todo el mundo se ha dedicado a denigrarme. odiarme y ponerme obstáculos*”. V. Vallbona (Rima de), Yolanda Oreamuno, San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1ª. ed., 1972, pp. 16-17.

En su artículo, Molina Jiménez destacó cómo, al contrario que Magón y Yolanda Oreamuno, Barrantes Molina continúa olvidado e ignorado en Costa Rica:

*“Hacia 1910, Magón tenía un recuerdo de su partida en la que aún se evidenciaba el desencanto con el país que había dejado atrás, pero todo su quehacer intelectual en el exterior estuvo dirigido a mantener y construir conexiones a la distancia con él. Todo sugiere que Barrantes, por medio de la información personal que proporcionó a Esquivel de la Guardia para que lo biografiara en 1920, procuró demostrar a sus compatriotas, sin lograrlo, que él merecía ser recordado. A su vez, Oreamuno, en el decenio de 1940, llegó al extremo de tratar de borrar todo lo que pudiera identificarla con su tierra natal. De estas políticas personales en el campo de la memoria, la de Magón fue nuevamente la más exitosa: su inserción en la cultura oficial culminó con su declaración como Benemérito de la Patria en 1953 y el uso de su seudónimo para designar el premio cultural más importante que cada año otorga el Gobierno de Costa Rica. Barrantes, en cambio, fue olvidado; y Oreamuno, después de su muerte en 1956, fue renacionalizada y reconocida como una de las principales escritoras costarricenses del siglo XX (...) El desarraigo tuvo, sin duda, un impacto diferenciado en la identidad y los emprendimientos memoriales de los tres escritores anteriores, evidente en el rupturismo de Oreamuno, en el interés de Magón de cultivar una relación a la distancia con su país de origen y en el fallido intento de mantener un vínculo de ese tipo en el caso de Barrantes. Los resultados dispares no impidieron que Magón y Oreamuno compartieran un proceso común: su producción literaria varió después de su experiencia transnacional. La narrativa de Magón adquirió un sentido de crítica social tras asentarse en Nueva York y, después de que partió de Costa Rica, Oreamuno terminó de apartarse del realismo nacionalista. Dado que no se conocen todavía textos literarios de Barrantes antes de su traslado a Sudamérica, no es posible determinar la influencia que la emigración pudo haber tenido en su caso, pero está claro que la novelística que produjo, en términos temáticos, se distanció del nacionalismo literario.”<sup>277</sup>*

En mayo de 2023, el mismo Molina Jiménez volvió a recordar el caso de Luis Barrantes en un artículo publicado en el periódico *Universidad* sobre la novelística católica costarricense de principios del siglo XX:

---

277 *Ibid.*, pp. 137-139.

*“El nicho de novelística católica que se configuró a partir del taller El Heraldo se sumó a otras experiencias individuales, de las cuales las dos más relevantes fueron el caso del presbítero Juan Garita Guillén (1859-1914) y el del periodista Luis Barrantes Molina (1885-1949).*

*Garita publicó en San José ocho novelas entre 1901 y 1912, recientemente reimpresas por la Euned en un libro editado por Juan Ramón Rojas Porras en 2013. A su vez, Barrantes dio a conocer catorce novelas en Buenos Aires; la mayoría de estas obras circuló en la década de 1920, en la colección La Novela del Día.*

*Curiosamente, los capuchinos no parecen haberse interesado por recuperar las novelas de Garita ni haber tenido conocimiento de la producción de Barrantes, uno de los novelistas costarricenses más prolíficos.*

*Hasta ahora, quienes investigan el pasado de la literatura costarricense no han prestado mayor atención a estas corrientes de novelística católica. Tal vez sea oportuno que empiecen a hacerlo.”<sup>278</sup>*

Esperamos que la síntesis biográfica que hoy presentamos de Luis Barrantes Molina y la antología de textos que la acompaña, ayuden a rescatar para los costarricenses la figura y la obra de este gran olvidado de la historia de las letras patrias, que a la vez que defendió apasionadamente la causa de su fe, supo poner en alto en lejanos países el nombre de Costa Rica, la tierra donde vio la primera luz y a la que nunca dejó de amar.

---

278 Molina Jiménez (Iván), “Nicho de novelística católica”, en *Universidad*, 21 de marzo de 2023.

## CRONOLOGÍA

1877: Probable año del nacimiento de Luis Barrantes Molina en la villa de Grecia, en la provincia de Alajuela.

1894-1897: Cursa estudios en el Colegio Seminario en San José.

1896-1903: Publica textos cortos en diversos periódicos y revistas.

1898: Cursa el último año de secundaria en el Liceo de Costa Rica y se gradúa como bachiller.

1898-1902: A solicitud del obispo monseñor Bernardo Augusto Thiel, trabaja con él como escribiente en la Curia de San José.

1899-1903: Cursa estudios de Leyes en la Escuela de Derecho de Costa Rica. Imparte lecciones en el Colegio Seminario.

1901: Figura entre los testigos del otorgamiento del testamento de monseñor Thiel y asiste a los últimos momentos de este. Participa en la campaña electoral apoyando la candidatura presidencial de don Ascensión Esquivel.

1902: Se le nombra auxiliar de la Dirección de Correos. Participa en la fundación del periódico *La Justicia Social*.

1903: Pronuncia la oración fúnebre en las exequias del obispo designado monseñor Carlos María Ulloa. Se gradúa como pasante de abogado.

1904: Sale de Costa Rica con destino al Ecuador, donde permanece cuatro meses. En Guayaquil enferma de fiebre amarilla; convalece en un convento y trabaja en un colegio católico y para el periódico *El Ecuatoriano*. Posteriormente se traslada a Lima, donde trabaja para el periódico *El Bien Público* y también colabora con la revista *Actualidades*.

1905: Alrededor de ese año se dirige a Chile, donde trabaja en los periódicos *El Mercurio del Sur*, de Valdivia; *El Chileno* de Santiago, y *La Unión*, de Valparaíso.

1907: Viaja de Chile a la Argentina, donde inicialmente trabaja en periódicos católicos de Córdoba y Santa Fe.

1907-1920: Se radica en Buenos Aires donde se dedica a labores docentes en varias escuelas y colegios, entre ellos el colegio

Cristóbal Colón, y dirige el colegio católico San Antonio. Trabaja para los periódicos *El Pueblo*, *El País*, *El Combate*, *El Nacional* y *La Unión* y funda la revista *El Sembrador*.

1911: Adopta la nacionalidad argentina.

1917: Publica la novela histórica *La intriga del Sanhedrín*, que obtiene el Premio del Ateneo Literario del Plata del Colegio El Salvador

1917-1923: Publica una biografía de Ceferino Namuncurá y las novelas *La pasión de una vestal*, *Honrosa cobardía*, *Angustias de amor*, *El delincuente*, *El demonio del romanticismo* y *La novela de un niño*, además de la colección de relatos *La leyenda de los doce meses* y un libro de cuentos breves titulado *Brochazos*. Escribe también las novelas históricas *La decadencia de Siria* y *El Cisma de Antioquía*, la novela de psicología social *Un escándalo de amor* y una biografía de Santa Mónica y San Agustín, que al parecer quedan inéditas.

1918: Publica *Monseñor José Fagnano. Ensayo biográfico* y la novela corta *Drama de hogar*.

1919: Publica la biografía *Gemma Galgani* y las novelas cortas *El maximalismo en marcha...* y *Un artista del crimen*.

1920: Publica las novelas cortas *La vergüenza de su propia sangre* y *La Tragedia del Calvario*. Adolfo Esquivel de la Guardia publica en la revista costarricense *Athenea* una síntesis de su vida y su obra, titulada "Un costarricense en la Argentina".

1920-1923: Publica la biografía de Gabriel García Moreno *El presidente mártir*.

1921-1922: *El Diario del Comercio* reproduce en San José algunos de sus artículos y poemas.

1922: Publica la novela corta *El terror negro*.

1923: Publica el tratado de economía doméstica *Para mi hogar*, la novela *Amor sublime*, la novela corta *Un idilio extraño* y el poemario *Versos*. Su novela *La caída de un ángel* se encuentra en prensa.

1928: Publica la biografía de monseñor Nicolás Saa *Un alma sacerdotal*.

1928-1945: Trabaja como periodista para el diario católico *El Pueblo*, de Buenos Aires. Viaja dos veces a Europa y visita España e Italia.

1932: Publica los opúsculos *El matrimonio indisoluble* y *El divorcio*.

1933: Publica la recopilación de artículos *Desde mi tonel*.

1934-1943: *La Revista Costarricense* reproduce algunos artículos suyos publicados originalmente en la Argentina.

1936: Segunda edición de su novela *La intriga del Sanhedrín*.

1949: Ya jubilado, y aproximadamente a los 72 años de edad, muere en Buenos Aires el 12 de noviembre, después de haber recibido los auxilios espirituales de la Iglesia Católica. Se le sepulta al día siguiente en el Cementerio del Oeste.



SEGUNDA PARTE

FOTOGRAFÍAS

A Caamaño el profesor  
de la terna juventud  
hoy le mando <sup>una</sup> flor  
y un voto por su salud.  
Delito grave sería  
me hoy yo, sin voz, me callara  
y ni una tarjeta enviara  
al celebrar el, su día,  
tan solo me desconsuela  
no poder darle un millon  
el director de la escuela  
el gran "Cristobal Colon"  
Si mi ofrenda no es caudal  
que le de pan todo el año  
es la expresion fiel & leal  
de mi afecto por Caamaño.  
Y si otro tomara a mal  
mi ofrenda <sup>de</sup> <sup>le</sup> y sola  
para el sera natural  
pues lleva sangre española  
sangre muy generosa  
sin interes ni ambicion  
por eso Caamaño goza  
tan solo en la educacion  
Preso del bien en pos  
va el formando su corona  
& es fiel a su pais y a Dios  
como lo gente sajona  
No parecia, pues, extraño  
de mi sentir la expresion  
al decir: "Dios, de a Caamaño  
larga vida & bendicion"  
nada. Luis Barrantes





Alumnos del Colegio Seminario que pasaron al Liceo de Costa Rica en 1898. Luis Barrantes Molina aparece sentado en la primera fila en el extremo izquierdo <sup>279</sup>

---

279 Fotografía suministrada por don Jaime Granados Brenes



Bachilleres del Liceo de Costa Rica (1898). Luis Barrantes Molina figura al centro en la primera fila<sup>280</sup>

---

280 Fotografía suministrada por don Jaime Granados Brenes.



Retrato de Luis Barrantes Molina  
en *Pandemónium*, 20 de junio de  
1903, p. 7.

---

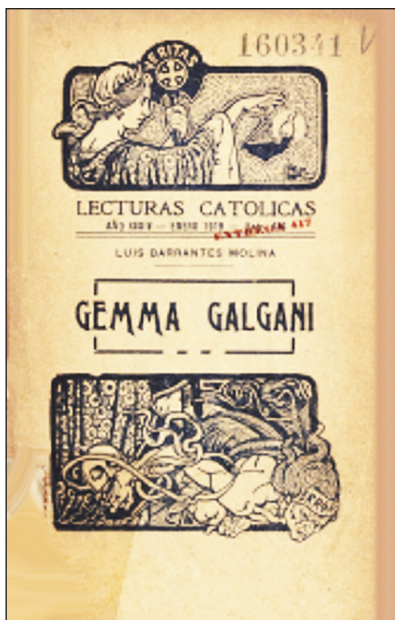
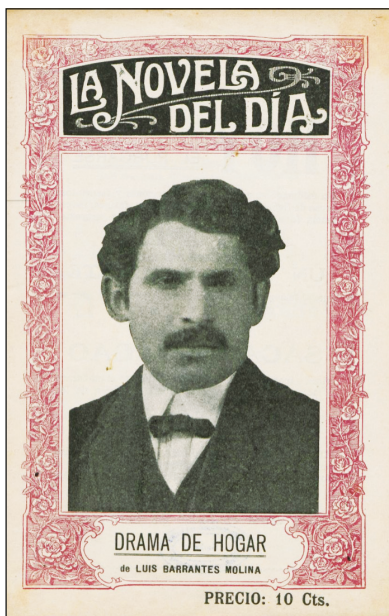
279 Fotografía suministrada por don Jaime Granados Brenes

Marzo 19 de 1917  
A Caamaño el profesor  
de la terna juventud  
hoy le mando yo una flor  
y un voto por su salud.  
delito grave sería  
que hoy yo, sin voz, me callara  
y ni una tarjeta enviara  
al celebrar el, su día,  
tan solo me descon suela  
no poder darle un millon  
al director de la escuela,  
del gran "Cristóbal Colón"  
Si mi ofrenda no es caudal  
que le dé pan todo el año  
es la expresión fiel & leal  
de mi afecto por Caamaño.  
y si otro tomara a mal  
mi ofrenda tan pobre & sola  
para él sera natural  
pues lleva sangre española  
sangre muy generosa  
sin interes ni ambicion  
por eso Caamaño goza  
tan solo en la educación  
por eso del bien en pos  
va él formando su corona  
& es fiel a su país & a dios  
como lo gente sajona  
No parezca, pues, extraño  
de mi sentir la expresión  
al decir: "Dios, dé a Caamaño  
larga vida & bendición"  
Luis Barrante Molina

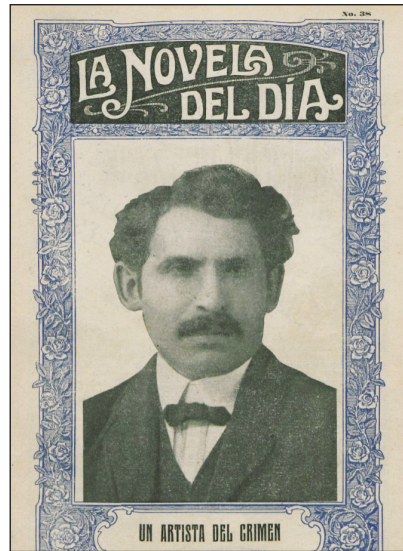
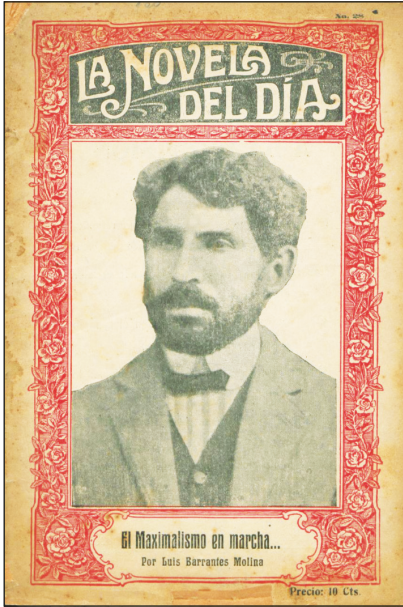
Poema manuscrito de Luis Barrantes Molina, dedicado al profesor José A. Caamaño en el día de su santo (19 de marzo de 1917)



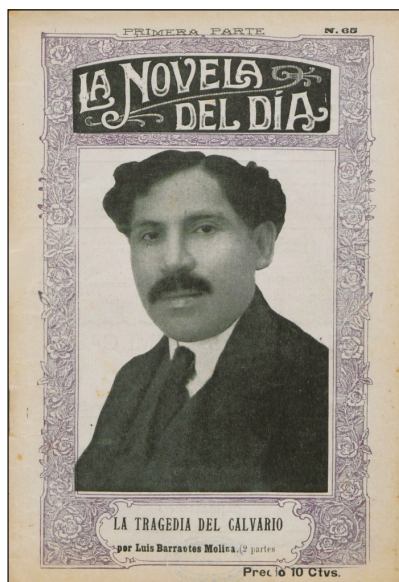
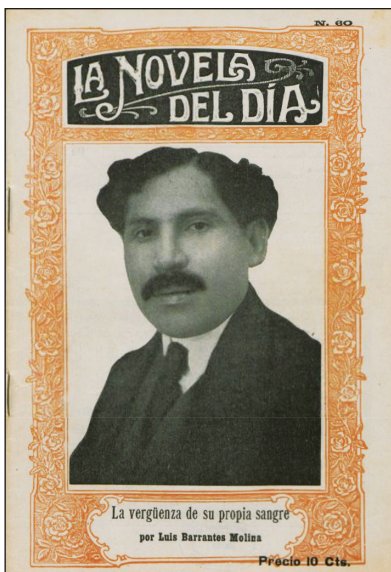
Portadas de diversas obras  
de Luis Barrantes Molina



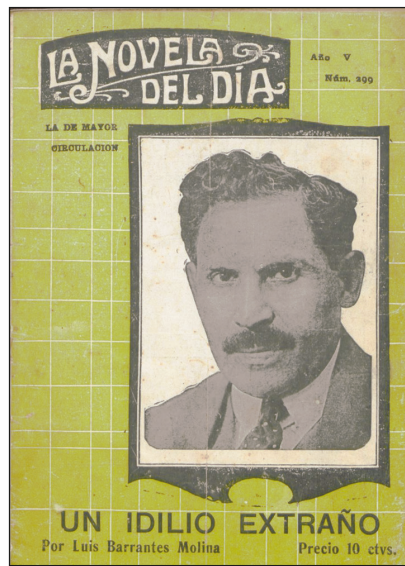
Portadas de diversas obras de Luis Barrantes Molina



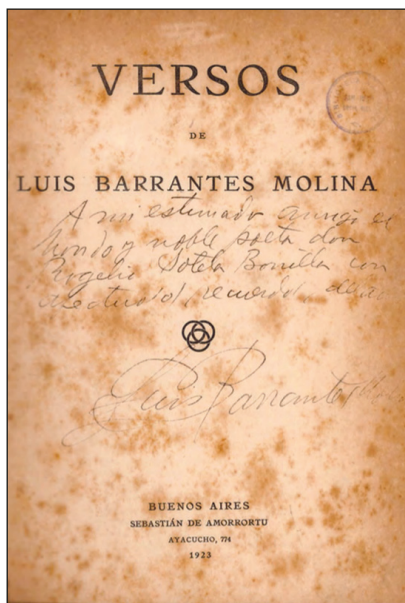
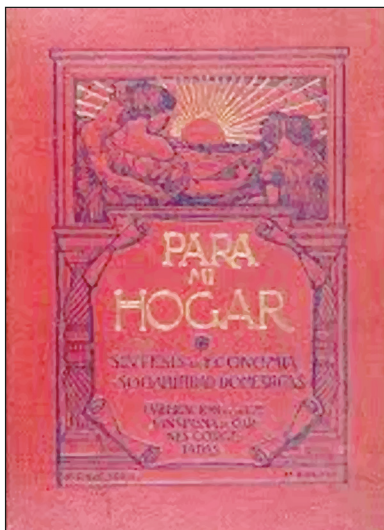
Portadas de diversas obras  
de Luis Barrantes Molina



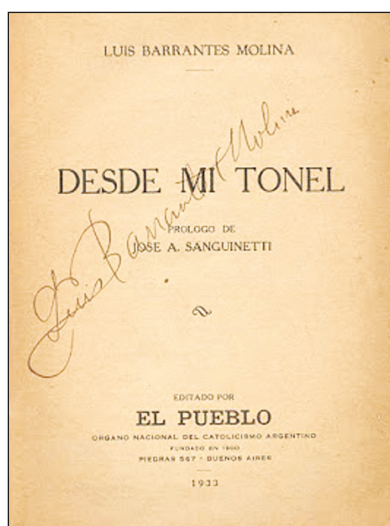
Portadas de diversas obras de Luis Barrantes Molina



Portadas de diversas obras de Luis Barrantes Molina



Portadas de diversas obras de Luis Barrantes Molina



Portadas de diversas obras  
 de Luis Barrantes Molina



Portada del periódico argentino *El Pueblo* del 13 de noviembre de 1949, anunciando la muerte de Luis Barrantes Molina

TERCERA PARTE

A Caamaño el profesor  
de la terna juventud  
hoy le mando un ramo de flores  
y un voto por su salud.  
Delito grave sería  
me hoy yo, sin voz, me callara  
y ni una tarjeta le enviara  
al celebrar el, su día,  
tan solo me desconsuela  
no poder darle un millón  
el director de la escuela  
el gran "Cristobal Colon"  
Si mi ofrenda no es caudal  
que le de' pan todo el año  
es la expresión fiel & leal  
de mi afecto por Caamaño.

ANTOLOGÍA

Y si otro tomara a' mal  
mi ofrenda, que y sola  
para él sera natural  
pues lleva sangre española  
Sangre muy generosa  
sin interes ni ambicion  
por eso Caamaño goza  
tan solo en la educacion  
Preso del bien en pos  
va el formando su corona  
& es fiel a' su país y a' dios  
como lo gente sajona  
No parecia, pues, extraño  
de mi sentir la expresión  
al decir: "Dios, dé a' Caamaño  
larga vida & bendición!"  
Dios Barrantes



Marzo 19 de 1911

A Caamaño el profesor  
de la terna Juventud  
hoy le mando yo una flor  
un voto por su salud.  
delito grave sería  
me hoy yo, sin voz, me callara  
y ni una tarjeta enviara  
al celebrar el, su día,  
tan solo me desconsuela  
no poder darle un millon  
el director de la escuela  
el gran "Cristobal Colon"

**TEXTOS EN PROSA  
PUBLICADOS EN  
COSTA RICA**

**(SELECCIÓN)**

Si mi ofrenda es un caudal  
que le de por todo el año  
es la expresión de un amor  
le mi afecto por Caamaño.  
y si otro tomara a mal  
mi ofrenda que es y sola  
para él sera natural  
pues lleva sangre española  
sangre muy generosa  
sin interes ni ambicion  
por eso Caamaño goza  
tan solo en la educacion  
por eso del bien en pos  
va el formando su corona  
y es fiel a su país y a dios  
y que la gente sajona  
no parezca, pues, extraño  
de mi sentir la expresión  
al decir: "Dios, do a Caamaño  
larga vida y bendición!"  
y a. Luis Barahona



## VISIONARIA<sup>282</sup>

(a Agustín Luján)

Sombras, fantasmas, quimeras, lo que seáis; vosotras, vanas visiones que seguís mis pasos, las que atormentáis mi existencia, que hacéis mis noches muy negras, mis días oscuros, mis pensamientos horribles y ponéis a temblar mi débil organismo. ¡Dejadme solo! Huid de mi lado, vosotras vanos fantasmas que lleváis alas de ángel y cara de demonio; decidme, ¿qué mal os ha hecho un mísero mortal, cuyo único crimen es el vivir en este mundo y llorar desconsolado sus desventuras? ¿Creéis que es poco lo que sufro en medio de este páramo donde no hallo ni la hoja bienhechora de la palmera que se incline para prestarme su defensa contra las saetas de fuego, ni una burbuja de agua que moje mis secos labios? ¡Sí, dejadme solo!

En sueños, ilusiones, amores que no existen, pensamientos enfermizos, ¿por qué con maligna intención buscáis albergue en mi espíritu sensible? ¿Por qué me hacéis soñar en lo que no existe, presentando ante mis ojos la realidad revestida de hermosas galas, y luego con sarcástico desdén e infernal sonrisa, me la mostráis suevamente cubierta con los asquerosos harapos del mendigo, poniendo así con mayor cinismo el pedrusco de Sísifo sobre mis heridos hombros?

¡Retiraos! Yo no necesito de vuestras hirientes caricias, vosotros me estremecéis porque presiento que me arrastráis a un fin trágico, que haréis de mi existencia un abismo de amargura y que, clavando en mi pecho el dardo envenenado, me daréis una muerte certera. Yo os grito en medio de mi desesperación: ¡¡Dejadme solo!!

---

282 L. B., "Visionaria", en *Ensayos literarios. Órgano de la juventud*, número VI (1° de diciembre de 1896), p. 45.

## LA VERDADERA DINASTÍA<sup>283</sup>

Acababan los tártaros de apoderarse de los extensos dominios del Imperio Chino y Fsing Fai Fson, fundaba sobre bases inamovibles la dinastía que aún hoy reina. Grandes conmociones agitaban la mayor parte de las provincias de aquella extensa monarquía, y los que con marcada tenacidad sostenían la lucha eran los habitantes del Sur, pues que ellos con justicia se creían con más derecho que aquellos bárbaros. Los verdaderos chinos, los de la región meridional, aquellos que sabían hacer prodigios del marfil y de la porcelana, que pasaban vida muelle entre cojines de valiosa seda, que habitaban lujosos palacios, entre el humo adormescente del opio y los sorbos exquisitos del té fragante, no podían ver con indiferencia el predominio de aquellos hijos de la Mongolia, tan bruscos y ásperos, como la tierra que habitaban, allá al otro lado del monte Kin-Gan y muy próximos a las frías estepas de la Siberia.

El chino era el hombre civilizado y sentíase herido en su dignidad sólo al pensar que sobre su cabeza pesaría la fuerza de la imposición de los tártaros trezudos de tez parda amarillenta y de pómulos pronunciados.

Era aquello más que otra cosa, una lucha de razas, de dos pueblos que se odiaban: el del Gobi vería siempre con envidia la vida regalada del habitante de la campiña y el hijo de la campiña, no deseaba que el hijo del desierto tomase parte en sus festines y mucho menos compartir lo más preciado, que era el poder.

Pero cosa rara; la China, como la orgullosa Roma, se había entregado en brazos de la molicie, olvidando por un momento que en la región del norte habitaba un pueblo que deseaba devorarla y que, acostumbrado como estaba a luchar contra los rigores de una cruel naturaleza, iba muy pronto con sobrado valor, a echar a rodar el poderío chino y constituirse en uno verdadero.

Y llegó el día aciago; aquella dinastía sibarítica y pusilánime, recibió la justa lección, esa lección terrible que la Historia a cada paso nos muestra. Llegaron los tártaros al poder, establecieron a los desventurados chinos el uso de la trenza estableciendo en todo su vigor todas sus costumbres. La débil resistencia del vencido no fue más que el último esfuerzo de un agonizante.

---

283 L. B., “La Verdadera Dinastía”, en *Ensayos literarios. Órgano de la juventud*, número VI (1° de diciembre de 1896), pp. 54-56.

Así se pudo ver, sin embargo, que el príncipe tártaro tomaba el mismo pomposo título de Fchoung Koeuë (grande y verdadera dinastía).

\* \*  
\*

Los chinos, como todos los pueblos orientales, son muy fatalistas y vieron en aquel hecho una voluntad de los dioses y un suceso que estaba escrito desde ya en el libro del Destino. Vino la paz y el pueblo dócil y consecuente vio en el príncipe bárbaro al Hijo del cielo y al Señor del Universo.

Pero una idea se agitaba en la mayoría de los cerebros, que a todos preocupaba: era la de saber lo futuro, lo que está por venir.

Los chinos que saben también, que no hay nada estable en este mundo, deseaban saber qué dinastía vendría después.

Los hijos del Celeste Imperio, a ejemplo de los antiguos romanos, creían que la naturaleza vaticinaba, con algún indicio, lo que se deseaba saber.

La vieja capital, la opulenta Nan Kin, era el lugar designado para esperar la buena nueva el primer día del año.

Todos los grandes dignatarios del Imperio fueron o mandaron delegados, y así pudo ver otra vez la vieja ciudad, sus palacios nuevamente llenos de la flor de la nobleza china.

Las leyendas cuentan que nunca se ha visto espectáculo más immanente ni reunión de magnates más brillante.

Al amanecer del día señalado, un profundo silencio reinaba en frente del templo principal de Nan-King y todo el mundo esperaba ansioso la señal deseada.

De pronto un rumor se esparce entre aquella muchedumbre; a los primeros resplandores del sol naciente se pudo ver en la portada principal del templo, una mujer blanca, de facciones raras, sentada en una barquilla en medio del enfurecido océano, llevando la mano izquierda apoyada al timón y la derecha sujetando un remo.

La extraña visión desapareció y el pueblo quedó silencioso y mudo.

El tiempo descifraría aquel enigma; los literatos y sabios de entonces no le hallaron solución.

La mujer apareció al fin y el vetusto imperio hoy se ve próximo a caer en manos de la Europa.

## UN DÍA DE HUELGA<sup>284</sup>

Aturdido y de mal talante despertó Nicho aquella mañana. Y no porque fuera él de condición fácil en dejarse avasallar por la cólera, niño por haberse concertado como de intento las circunstancias, para sacarlo de sus casillas y avinagrar su ánimo, de suyo contento y sosegado. Como que el sol, por una parte, se había entrado de rondón y contra todo fuero, por una rendija de su cuarto, envolviéndole los párpados en un chorro de luz tibia y deslumbradora, y por otra, apenas hubo despertado cuando acudió a su mente la idea de la composición de griego destinada para ese día. Temíala él y con razón, pues a más de ser la lengua de Homero peliaguda de por sí, no despuntó nunca por despejado y limpio en los vericuetos y atolladeros de la traducción. Señoreando todavía su espíritu los vapores del sueño, comenzó a vestirse muy de prisa, al mismo tiempo que daba un vistazo al horario de clases y rezaba movido por el hábito y por ende sin migaja de fervor, algunos cabos sueltos de sus oraciones de niño.

Precipitado y a regañadientes, púsose el avío para correr al Colegio y a pesar de su actividad, cuando asomaba al Parque Central, anunciaba ya las siete y media el caduco y averiado reloj de la Catedral. ¡Demonio! Exclamó al oír el vibrante aviso de la campana y rompió a correr a través del Parque estropeando a veces el atavío de flores que despilfarra su aroma en aquel sitio deleitoso, engalanado entonces por el alegre sol de la mañana. No dejó de causar bulliciosa risa su repentina carrera en un triunvirato de vagos, de esos que apestan a sentina y que muy por menudo, por no decir a diario, deslucen nuestro sombroso jardín central, haciendo en medio de su lozanía y frescura, el efecto de cucarachas pavoneándose rumbosas sobre pastel de hojuelas bañado en ámbar desleído.

El moroso estudiante no paró hasta topar con la entrada del Colegio, quedando allí un rato mohíno y trasudando. Y a fe que había razón para no estar de pascuas, pues encontrando cerradas las puertas, habíanse abierto las de su ánimo para dar paso al enfado que a la postre se convirtió en tentación violenta de irse todo el día de zafada, por esos campos y riachuelos.

---

284 Barrantes (Luis), “Un día de huelga”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, setiembre de 1898, p. 323.

Robustecíase en su ánimo, que por cierto no era peregrino en su vida de muchacho holgazán, cuando le vinieron las ganas de mirar por el ventanillo, y al hacerlo encontró de sopetón la mirada serena y grave del director. Tan inoportuno encuentro puso en desconcierto y agonía el corazón de Nicho, sobre todo cuando lo vio dirigirse hacia la puerta lentamente, y asomando a su rostro aquel peculiar gesto suyo, precursor de una pregunta sin rodeos, o de una observación concisa que no por hacerlas en blando, dejan de menoscabar el ánimo de quien las oye, quedando el delincuente no menos aturullado que persuadido. En aquel trance, pudo más el miedo que la obligación en la resolución del muchacho, quien ocultó prontamente la cabeza, alejándose del Colegio de refilón y a pasos desconcertados.

Cuando se vio a salvo de las miradas del director, celebró consejo a solas con su conciencia harto turbada entonces, pero resonando confusa en el agitado pecho del joven. Trataba él de acallar aquel grito importuno del alma, eligiendo el rumbo que daría a sus pasos y abandonándose desde luego a las fruiciones con que el espíritu y el cuerpo se huelgan en un día de asueto. Mas a pesar de sus anticipados goces tornábale porfiada la inquietud al alma, viniéndole deseos súbitos y vehementes de irse a su casa y asistir el resto del día al Colegio y convertirse por fin en un buen muchacho: pues no era, sino de vez en cuando y seducido siempre por sus amigos, como solía él tomar parte en sus correrías y aventuras y eso después de largo vacilar...

¡Dichosa edad y singular momento en que se vacila! Solo cuando el alma no está avezada a las espesuras del mal es cuando vacila antes de obedecer las sugerencias del crimen o antes de abandonarse a las tentaciones de la materia. Por eso es en la tempestuosa edad de la adolescencia, cuando más al vivo se siente a menudo la lucha sostenida entre los reclamos de la conciencia que se sobresalta al desgarrarse la pudorosa venda de la inocencia ingénita en el niño y los ardores y asechanzas de la naturaleza que se abaten sobre el cuerpo, con las miserias del hombre.

En esa sorda contienda estaba Nicho, cuando con alegre algazara, lo encontró una patrulla de zafados de escuela y de otros granujas enamorados de la poza de la Mina, para quienes no hay delicia como bañarse en sus aguas, a decir verdad no muy limpias y abundantes, pero de caídas suaves y entoldadas por rumorosa techumbre de follaje como agreste baño de odaliscas.

Hacía raya en ellos por su desparpajo y desenvuelta aventura José Ángel, hermoso muchacho de once años, gran holgazán y por ende gran pícaro y amigo de aventuras. A fuer de amigo íntimo de Nicho, lo abrazó con demostraciones de contento, llamándolo aparte para invitarlo a que pasearan solos. Para rendirlo a sus deseos hacía le ver que los demás colegas no eran de su cepa, pues los dos amigos eran de los más cogolludo de la aristocracia josefina, mientras que los otros eran puros bergantes recogidos en los tugurios de la Puebla. Para disuadirlo de ir a la Mina, le recordaba las veces que los había sorprendido bañándose un agente de policía, obligándolos a disgregarse en fugitiva, con a ropa hecha un lastimoso ovillo en la mano, hasta ponerse en salvo no sin llevar algún sangriento agravio en el desnudo cuerpo, causado por alambres y espinaderos.

El recuerdo hizo reír a Nicho, quien seducido ya, se alejó con su amigo en dirección a Guadalupe, después de haberse despedido de los demás granujas.

Traspuestas las primeras rampas de aquel camino guijarroso, José Ángel, prevenido con dinero de antemano hizo el gasto del almuerzo, o usando una expresión más gráfica entre los muchachos, se *botó* con salchichón, quesadillas, dos tragos mistados y sendos pasteles de esos de oronda presencia, embutidos de conserva, vulgarmente llamados *mata hambres* o *rendidores*, sin duda porque uno solo es capaz de empachar a un negro en ayunas.

Desviáronse luego un poco de la carretera, allanando una finca que por allí lucía su abundante cosecha, al amor de diáfano riachuelo. Después de haber decapitado cañas a destajo, para extraer la miel a puro diente, se abatieron sobre los palos de jocote desgranando su sazonado fruto, balanceándose unas veces sobre cimbradora rama para alcanzarlo y recurriendo otras al desgaje del flexible vástago. Atiborrados hasta el cogote de frutas y de caña, buscaron refugio del calor del sol, en apacible remando que no lejos de allí formaba el río, abandonándose por largo rato al blando y fresco balanceo del agua.

Un vago temor indefinido, uno de esos barruntos sombríos del corazón, que sobrecogen el ánimo antes de acontecer una desgracia, impulsaba a Nicho a poner allí punto final al paseo y tornar a su casa. Pero triunfó otra vez José Ángel, que imponía siempre su voluntad por medio de sus ojazos negros y seductores, como de ángel insidioso y maldito.

Conocida es la afición que tienen los muchachos a coger murciélagos. Sin duda por la ley de los contrastes existe una simpatía a menudo manifiesta entre esos disformes huéspedes de las ruinas y la inquieta cuanto ardorosa infancia. José Ángel sabía dónde los había a montones y en su persecución se dirigieron, entrando al caserío por montuosa callejuela.

En el Guadalupe de aquel entonces, humilde pueblecín, sin pretensiones de villa, una junta de notables del barrio había tomado a pecho el propósito de levantar su primer templo católico. Al efecto, habíanse principiado los trabajos echando al suelo una ermita ya casi derruida por la carcoma de luengos años y que debía ceder el lugar al edificio en proyecto. Ya, de la ermita secular, solo quedaba en pie la única torre que la adornó en sus moedades, donde, aprovechando su decrepitud y abandono, se congregaban, al cerrar la noche, las golondrinas y murciélagos para compartir su hospedaje. Allí llegaron los dos amigos al tiempo que las buenas gentes del lugar se habían retirado a comer, por lo que el paraje estaba a la sazón desnudo de toda alma viviente, tan apacible y solo, como al referir de las leyendas solían estar, en los tiempos de encantamiento, las mágicas viviendas de las hadas. Lo que vale tanto como decir que eran las dos de la tarde.

Así lo anunciaba el encendido sol de mayo, declinando radioso en el puro y trasparente cielo y dejando inmensurable sombra a la espalda de las azules cumbres y enriscadas lejanías.

En el barullo de materiales que el trajín de los trabajadores había dispersado por allí, se ejercitaban los muchachos en todo linaje de travesuras.

En eso estaban Nicho y Ángel cuando divisaron una escalera apoyada en la torre y puesta, al parecer, para que subieran por ella. El hallazgo les sugirió igual pensamiento a los dos aventureros: subir al campanario para atrapar murciélagos. En esa edad tienen los muchachos un instinto por la lucha, a menudo manifiesto en las cosas más simples y pueriles. Diríase que es el primer aunque inocente asomo del egoísmo que más tarde ha de animar la lucha de pasiones y de intereses en que se agita constantemente la vida del hombre.

Movidos, pues, por ese sentimiento, cada uno de los dos muchachos se empeñó en llegar el primero al campanario, por cuyos resquicios se descubrían los amilanados murciélagos, al parecer en caviloso discreteo. Juntos rompieron la carrera, pero muy pronto,

cuando uno de ellos se adelantó, el atrasado se apresuró a agarrarlo por los faldones de la blusa, empuñándose luego una lucha a brazo partido entre ambos amigos, que rodaron por el suelo encendidos y desgredados, y recogiendo en la parte posterior del pantalón húmedas tortas de mezcla y de estiércol. Nicho, aunque más débil, puso desasirse de los brazos de su compañero, a quien echó encima un montón de chicote a fin de embarazarlo y hacerle perder tiempo, mientras él subía a escape por la escalera. Por manera que cuando José Ángel pudo echar de sí aquella montaña de cordel, acalorado y descompuesto miró a su amigo victorioso y asaz provocativo en lo alto del campanario, con las rosas e la cara encendidas, la risa jugueteándole en los labios y palmeando envanecido. Encolerizado y fuera de sí ante aquellos alardes y humos de gallardía, el burlado muchacho comenzaba a subir también al campanario, cuando el demonio, sin duda, le sugirió un pensamiento negro y maligno como el crimen. Volvió a bajar y agarrando las varas de la escalera, se quedó un momento indeciso... ¡Solo Dios sabe lo que pasó durante aquel momento sombrío en las espesuras de su conciencia! De pronto hizo un doble esfuerzo de voluntad y de energía y desquiciando la escalera, la hizo caer de costalazo con formidable estruendo y causando estragos en los objetos hacinados por allí. La techumbre del campanario estaba falsa y únicamente para sostenerla le habían apuntalado aquella escalera, por lo que apenas fue quitada de su sitio como la armazón, donde estaba Nicho, comenzó a resbalar lentamente. Entre tanto, el burlador muchacho se había escondido y aguardaba a su amigo para sorprenderlo, risueño y gozoso; cuando oyó el estrépito salió de su escondite asustado, llamando a su amigo, y entonces fue cuando se sintió resbalar, suspendido y aislado sobre aquella cúspide que se hundía.

José Ángel iba a burlarse a su vez, pero al expresión acongojada y lívida de aquel niño suspenso ante el abismo cuajó su sonrisa en gesto de horror, probó a levantar la escalera para salvarlo y apenas consiguió moverla; se atrevió a mirarlo otra vez, diciéndole: “Se cayó sola, oís, aguardate, voy a llamar gente.” Pero como lo viera ya próximo a desprenderse de la torre, sin gritar ya, juntas las manos y moviendo los labios cual si rezara, como la estatua de un ángel sobre un zócalo de movedizos escombros, lo apostrofó gritando: “Yo quité la escalera, ¿me perdonás?” y creyendo ver un gesto de asentimiento en el rostro transfigurado de Nicho, cerró los ojos para no ver aquel cuerpo desplomado balanceándose en el aire.

## FLORECIMIENTO<sup>285</sup>

Inusitada actividad literaria se está despertando, desde hace poco tiempo, en la juventud que se levanta en Costa Rica.

Sin duda merece caluroso aplauso y animado estímulo ese afán de cultivar el campo siempre fecundo de las letras y aun de recoger en su seno la inmarcesible palma del renombre, una vez que con él se pone de manifiesto la aspiración hacia fines más nobles que la especulación absorbente y el goce enervador de los placeres, estanques de risueña superficie y profundidades pestilentes, como charca de curtidero, en donde de ordinario apoya su entusiasmo y ahoga sus energías la juventud. Cada individuo tiene, como las plantas, su florecencia, y es natural que al hacer esa jornada de la vida en que mezclan, de grado y por ley, los sueños y las expansiones de la infancia con los ardorosos sentimientos y amotinadas pasiones del adulto, se imponga la necesidad de dar empleo a las energías que alienta, de dar expansión al hervidero de anhelos, de ímpetus y de aspiraciones que siente, y de comunicar semillero de pensamiento, de ideales, de fantasías que bullen en su cerebro.

No es, pues, censurable la tendencia de nuestros jóvenes a trabajar en el terreno de la literatura, antes es muy plausible y propio de su índole, pues en haciéndolo con altas miras y ordenado empeño se expedita el éxito en la vida, se ensancha, refresca y eleva el espíritu y se refleja como en bruñido espejo la cultura nacional. Mas, es de lamentar que desviándose del camino viable y amplio de las letras, y abandonando las fuentes en donde conviene nutrirse, que son los autores de la sana y robusta literatura de la madre patria, muchas de nuestras jóvenes inteligencias se extravíen por el atajo de la política, o en la discusión querrellosa y personalista o en la disertación a destajo en asuntos demasiado complejos para ser tratados por literatos en agraz, pongo por caso, sobre “la importancia de la fisiología en la educación moderna.”

Bien dirigido y alimentado ese fervor literario, que se nota hasta en los estudiantes de los primeros años de secundaria, puede a la larga producir opimos resultados, siempre que se

---

285 Barrantes M. (L.), “FloreCIMIENTO”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, diciembre de 1898, p. 458.

desarrollen por igual esas aficiones, junto con las aptitudes para emprender y continuar cualquier carrera que ha de dar el *modus vivendi*, lo cual no debe desorientarse en medio del vaivén de inclinaciones y desmayos en que se agita nuestra vida.

Por desgracia, no son todos los que discurren así entre el almacigo de poetas que viven de lo ideal y las nidadas de escritores que junto con oradores y patriotas incuban la política en sus cuadrinales alumbramientos. Que no es la menos sensible entre las playas que dejan las contiendas de partidos políticos, esos partos a destiempo, de furiosos escribidores que con algunos brochazos de ilustración recibida al vuelo en las hojas de la prensa y en la lectura de tal cual escritor revolucionario, invaden por igual los ramos todos de la literatura, aplican la crítica a cualquier trabajo con admirable aplomo, toman, como por asalto la intervención en los asuntos públicos y en suscitándose el problema, lo plantean a maravilla, cortan la dificultad y manifiestan con la mayor frescura sus conclusiones. Con tales escritores desjuiciados, corren parejas, aunándose para dar mal ejemplo, los colegiales que sin salir de las lindes de la infancia y por ende sin borona de formación, ni moral ni científica, ni literaria, dejan oír a cada paso, sus primeros vagidos en la prensa, interviniendo también en la política con lujo de insultos y bambolla.

En los jóvenes de hoy, se encuentran algunos de indiscutible talento, dotados de aptitudes para cosechar sazonados frutos en las letras, y muy de aplaudir sería, no solo por lo que a ellos interesa sino por lo que atañe a la honra nacional, que formándose idea fiel de sus energías intelectuales a prueba de inclinaciones y alabanzas encauzaran su actividad en provechosos estudios de aplicación práctica y al mismo tiempo desarrollaran su idoneidad literaria en provecho de ideales nobles y de causas santas. Así, al menos, habría algo que diera prestigio a nuestras letras fuera del país, algo con tuétano y colorido que ofrecer al crítico de mañana, al cardar entre la broza, emperifollada y vana, con que hoy llena sus columnas la mayor parte de nuestra prensa.

## LA TRINCHERA<sup>286</sup>

Con este título acaba de hacer gala, una vez más, de su re-mozamiento y actividad de espíritu, el fácil escritor don Manuel Argüello Mora, haciendo al público sabroso relato de uno de los más interesantes sucesos de nuestra historia, salpimentada con novelesca trama amorosa, producto gallardo, sin duda, de los rebuscos que él suele hacer en el valioso archivo de su memoria.

Huelga ponderar el pulso y desembarazo con que el autor de ese trabajo sabe referir con claridad y frescura y sin atisbo de mentira los hechos nacionales, al fin como quien los conoce no de oídas solamente, sino por haber él mismo intervenido en ellos de manera honda y principal. En “La Trinchera” se describe menudamente la memorable contienda librada con igual bizzarria por los partidarios de don Juanito Mora y los defensores del gobierno de Montealegre, en el estrecho de la Angostura.

A vueltas de tener esta narración el interés histórico de biografiar por modo despreocupado y minuciosos aquellas dos ilustres figuras de nuestra historia, tiene el mérito de hacernos conocer, con su labor legítima, las costumbres y carácter de los bravos revolucionarios moristas, muchos de los cuales habían manifestado antes tener pujos de heroísmo y aguante de vencedores en la campaña del 56. Además manifiesta muy al vivo esa lectura, las luchas políticas que se agitaban y hervían, en otro tiempo, en el riñón de nuestra antigua sociedad, cuyos miembros, en su mayor parte, viven apenas en el recuerdo de sus descendientes de hoy, algunos tienen su nombre guardado en la urna de nuestras glorias patrias y uno que otro, bregando todavía con los insultos del tiempo, conserva los jugos de la vida y firme sobre sus gonces envejecidos parece desafiar las iras de la muerte.

La hidalguía de Mora, la bravura de Cañas, la entereza de don Vicente Aguilar, recio de carácter como un romano, la traición de Arancibia variable y menguado de ánimo, y las cualidades de los que intervinieron en principal manera en el combate de la Angostura, están reflejadas por entero en la obra de que hacemos encomio. Con igual viveza están referidos los episodios de

---

286 Barrantes Molina (Luis), “La Trinchera”, en *La Prensa Libre*, 27 de julio de 1899, p. 3.

la reñida pelea de la trinchera; tales como las apreturas y pasmus de los moristas al encontrar el cañón encanijado y remiso a despilfarrar la muerte por sus fauces de acero, a causa de haber sido artificiosamente estropeado de antemano; el desbarajuste de muchos revolucionarios que no eran de buena cepa nacional, apretando a correr grifos y trasudando, al sentir el nervioso espolazo del susto; el pugilato sangriento de los dos Joricas, padre e hijo, acuchillándose a oscuras en medio del hervidero del combate, el grito tremendo de salve el que pueda, proferido por Cañas en la suprema angustia de la derrota, la altiva y valerosa exclamación de Frutos Mora acorralado por la tropa enemiga y contestando con vivas a don Juanito Mora al sentir cada alfilerazo de las balas con que sus asesinos le destrozaban el pecho, y muchos otros incidentes de aquella lucha, cuyo trágico remate conmueve todavía el ánimo de los costarricenses.

No menos interesante es la parte novelesca de “La Trinchera”, donde, entre otros eventos nos cuenta el señor Argüello Mora las congojas de un muchacho de buena pasta cartaginés que, habiendo sido enviado a Inglaterra para colocarse, sufrió una de esas brusquedades de la fortuna tan comunes a los capitalistas de Centroamérica, quedando arruinado en tierra extranjera, sufriendo la pena negra de la miseria y teniendo que sudar hieles para proporcionarse un mendrugo.

Pero no entra en mi propósito quitar el gusto y regocijo de saborear por sí mismos esa lectura, a los amigos de los trabajos sustanciosos y nacionales de estilo claro y sencillo y de utilidad manifiesta, como ese trabajo histórico, en lugar de fastidiarse leyendo la obra emperifollada y vacía con que, muy por menudo, llena sus columnas nuestra prensa.

## EL DÍA DE LA SUPERIORA<sup>287</sup>

Aquella mañana el despertar de las niñas fue ruidoso y alegre como nunca. Una explosión de alegría.

Cuando la Madre conversa, repolluda y rozagante, entró en el dormitorio haciendo estremecer el piso bajo sus recias babuchas de paja, despertando la gente menuda del Colegio con la acostumbrada plegaria, un nutrido y estrepitoso “Deo gratias” cual matutina sinfonía de mil variados tonos resonó a unísono en el cuarto medio oscuro, entonces desordenado y tibio. De pronto se derramó alegremente por aquella estancia un raudal de armonía que arrancaba del piano la madre Adela en una de las aulas inferiores del edificio.

A medio vestir unas, descubriendo en su descuidado aturdimiento las líneas fugitivas de las gargantas frescas y bracitos delicados, otras doblándose coquetamente para alcanzar el pie, con las amarras del botín escurriéndose de los dedos entumecidos por el frío, algunas más tempraneras viniendo del lavatorio con la cepa alborotada de húmedos rizos desmayados sobre la frente, las poltronas remisas a levantarse rebulléndose, quejumbrosas y aprovechando algunas migas de sueño mientras la vigilante inspeccionaba, una por una, las hileras de camitas, todas como cautivadas por sugestión misteriosa pusieron el oído atento y suspendieron sus tareas, permaneciendo así quietas y en silencio, hasta que terminó la música, siguiendo de aplausos prevaricadores de la disciplina y hasta de tal cual expresión de irreprimible entusiasmo.

¡Ah! ¡Si la madre Adela era una verdadera artista!

Lacia de pelo, fresca y pulida de rostro, de suave y expresivo mirar, de nerviosa y fina complexión y rica de lozanía, así era punto más punto menos aquella religiosa a la vez grave y halagüeña.

Después las colegialas loquillas y traviesas, muy orondas con sus flamantes o encantadores trajes se dirigieron a la capilla bebiendo ya de café y algunas aturugándose todavía de tosteles, entrando todas por igual de grado, y sin notarlo, en aquella inocente y suavísima ebriedad de placer peculiar y exclusiva de la infancia.

---

287 Barrantes (Luis), “El día de la superiora”, en *La Revista*, 14 de enero de 1900, p. 2.

Lo que sucedió muy luego en la capilla no es para ser descrito por cualquier pluma bisoña y encanijada como la que escribe desaliñadamente esta crónica.

Aquel despilfarro de incienso cerca del altar emperejilado con atavíos de flores, cintas, colgaduras y palmas, aquel brillar de luces arrancando lumbres de los ornamentos de oro, aquella melodía arrobadora del armonio desgranándose al compás de las voces concertadas con que las colegias acompañaban en coro, las madres vestidas de blanquísimas tocas robusteciendo el canto con sus tonos desfallecidos por la emoción el capellán del Colegio, de celebrante, remozado y abrumado de vestiduras, la temperatura cálida encendiendo rosas en el rostro de las niñas y avivando sus ojos con seductoras refulgencias y todo aquel cuadro de encantos visto con asombro de la infancia y con el alma abnegada en fervorosas creencias merecía ser reproducido por el pincel de Apeles, en acuarela de ámbar, con tinturas de luz y colores de ópalo desleído.

Después del refectorio, mientras las pequeñas más alegres que una tarantela andaluza corretean en los corredores oscurecidos por los arcos de Uruca, las mayorcitas, echando sus gracias de incipiente coquetería, se pasean de bracete ponderándolo todo y satisfaciendo en sus amigas los transportes de ternura inusitada que les rebosa en el alma cuando sentían el despertar de la vida excitadas por el delicioso aturdimiento de tantas y tan sabrosas emociones mientras las encargadas de discursos y recitar las tiernas estrofas de la fiesta están brega que brega por aprisionar en la memoria los últimos cabos de las composiciones señaladas, adoptando posturas, ímpetus y ademanes que olvidan del todo punto al romper su esperanza de gloria declamando ante el concurso silencioso y atento.

En ese momento la prefecta llamó a las favorecidas con algún papel en la velada que debía verificarse en la noche, exceptuando adrede a una niña de tez morena y ojos azules que debía tomar parte principal en la representación. Las niñas llamadas por la religiosa recibieron de su mano tarjetas de entrada para asistir al *matinée* que la Compañía Francesa daría esa tarde en el arrogante teatro de la capital.

Si la institutriz privó de aquel regalo a la chiquitina color de trigo, movida por aviesa malquerencia, o por temor de que viéndose fuera del Colegio, la desjuiciada colegiala alborotara en la

calle o no volviera a tiempo, como solía hacerlo, son averiguaciones de que no hice caso por ser yo poco aficionado a escarabajar en las espesuras del alma...

A la vuelta del matinée se hizo alegre escaramuza en que las lindas colegialas se derramaban de entusiasmo con las impresiones del teatro.

Una hora antes de comenzar la velada, la simpática trigueña fue ensayada por la Madre Adela en un canto difícil y la niña, sin mostrar aire de despecho por el desaire sufrido, dejaba oír su voz de ángel, pura, fresca, flexible y de aguante poderoso en arroadoras cadencias anegadas de sentimiento.

Al cerrar la noche, en el imponente y amplio salón donde se exhiben los trabajos de mano, una tarima hacía de escenario, el cielo rico de ornato ostentaba manojos de flores, carteles con vistosas palabras emblemáticas y cadenas multicolores de papel, en medio del salón, la infantil muchedumbre, gozosa y sonriente, y llena de lozanía como almácigo frondoso de encendidos rábanos y frescos albérchigos. Adelante, en puestos de honor, personajes principales rodeados de sociedad elegante y en un ángulo de la sala el piano, trípode que se guarda para los días de gala, entre un grupo de querubines artistas, como salterio abandonado a las travesuras de una pléyade de hermosas sílfides.

Cuando después de un espiritual preludeo de violín la chiquilla ensayada en el canto avanzó hacia el piano, fue saludada con salva de aplausos por sus compañeras que conocían su voz arrobadora. Entonces, resolviéndose de pronto a realizar un propósito extraño, encendido el rostro con la fiebre que las súbitas determinaciones producen y sobreponiéndose al gozo de lucirse en público, el deseo de caprichosa venganza, ahogó la cascada de armonías que iba a salir de su garganta y rompió a gritar en inesperado falsete, como alarido dilacerante de viejo desvencijado que sucumbe al dolor entre vascas y trasudores.

Como hizo para producir aquellos chillidos espeluznantes, yo nunca lo supe, pero no olvidaré la ingrata impresión que recibió el público y en cuanto a mí, todavía hoy al recordarlo, me coge grima y carraspeo.

# CORRESPONDENCIA

## Hijas del campo

### Correspondencia<sup>288</sup>

Señor don  
José J. García Monge.  
Estimado amigo:

Aturrullado me ha puesto su antojo de ofender el amor propio de sus gallardas hijas intelectuales instándome a desprestigiar su mérito con mis elogios insulsos, cuando ellas de seguro estarán pronto muy orondas si no aturridas por el chubasco de alabanzas con que van a celebrar sus gracias nuestros más rumbosos escritores.

De prisa y enrevesadamente pero franco, voy a manifestarle la impresión que su última novela ha dejado en mi ánimo, sin que mi empeño tenga los pujos de honda crítica que la excelencia de su producción reclama, sino a manera de comentario amistoso y llanote.

Huelga toda ponderación lo que a la contextura de la frase se refiere, pues *Hijas del Campo* es de la misma pasta peredana que *El Moto* en su forma redonda, sobria, expresiva y briosa, con ese lenguaje propio de usted, que no posee en Costa Rica ninguno de los escritores viejos ni bisoños y que es un don exclusivo de los prosistas privilegiados.

Y precisamente el sentimiento artístico del vocablo que usted tiene para describir con jugosa naturalidad todo lo que le impresione, es recurso peligroso con que fácilmente puede dar a sus párrafos un sabor sensualista, suficiente para sobresaltar los espíritus asustadizos y aun para levantar un pliegue del velo con que la inocencia se encubre, pudiendo tener por ende, un dejo inmoral, tal cual expresión de su libro, para rarísimos lectores, aunque la idea capital difundida calurosamente por toda la obra sea altamente moralizadora y revele de modo elocuente una honda simpatía hacia las víctimas del vicio y un noble interés por la raza y la juventud de la patria.

---

288 Barrantes Molina (Luis), "Correspondencia", en *La Revista*, 5 de setiembre de 1900, p. 2.

Los lunares que mis entendederas hallan en su obra y que voy luego a puntualizar son meros detalles que no amenguan por modo notable el valor literario de su obra, antes bien son líneas que sólo aparecen borrosas cuando las comparo con las soberbias pinceladas esparcidas profusamente en el libro. Supera a mi ver su segunda producción a *El Moto*, por su finalidad elevada, por sus tanteos de psicología, por la amplitud del escenario, por lo interesante y vario de la trama y por lo ameno de su desarrollo sostenido hasta el fin con verdadero aguante de novelista, no obstante haber sido elaborada en medio del acongojado trajín y los quebraderos de cabeza de la enseñanza, mientras el primero se formó holgado y placentero en coqueto pueblecín, mirando al nacer aquellas azules y enriscadas crestas de Patarrá que baña el sol, al atardecer, con sus colores en ámbar desleídos.

### Hijas del campo<sup>289</sup>

Metido ya en las apreturas de hacerlo confidente de mis impresiones, voy a dar fe, con entera sinceridad, de lo que no me ha satisfecho del todo en su última novela, interrumpiendo siquiera en la apreciación de algunos detalles de ínfima valía, el nutrido aplauso con que he de celebrar la hermosura de su producción literaria.

Hubiera preferido hallar los primeros diálogos más cortos, pues cuando todavía no se conocen los personajes que hablan no interesa gran cosa su palique, aunque haya usted arrancado con pasmosa exactitud de los labios de nuestra gente campesina, la expresión viva y palpitante con sus sabrosos solecismos y desperfectos gramaticales.

En el enlace de los primeros capítulos se me antoja hallar alguna incongruencia que si da variedad agradable a su lectura, menoscaba en cambio el interés del relato en sus comienzos, agrupando casi de golpe cuadros y personajes que interesan por igual, obligando a repartir en ellos la atención y debilitando de consiguiente su impresión en el ánimo del lector.

Y echándome a fondo por los despeñaderos de mi crítica descosida, que como usted ve, no es muy de fiar, llego con mi desacato hasta ponerle reparos al admirable cuadro de la pelea de

---

289 Barrantes Molina (Luis), "Hijas del campo", en *La Revista*, 12 de setiembre de 1900, p. 2.

gallos, enriquecido todo él con toques de colorido brillante y en que hasta los detalles menudos aparecen vivamente coloreados. Pues de él digo que si me arroba en sí mismo no me gusta la manera como aparece intercalado en el relato, como un intruso, sin trabazón con los capítulos inmediatos, a guisa de soberbio decorativo que aparece en un entreacto inesperado.

En el cuadro de la noche buena no veo yo, quizá por divergencias de temperamento, reflejada por entero la realidad.

Por más que admire el arte supremo de sus cuadros, me escarabajea, sin embargo, en la memoria una imagen más poética de la Navidad que nuestros campesinos celebran. En esa descripción ha reproducido usted con subidos colores todo lo grotesco y repugnante, dejando de todo punto en olvido o laciamente esbozadas sus morales y artísticas bellezas, como si la vida no ofreciera en todas partes y ocasiones el mismo amasijo agridulce de bellezas y deformidades, amargores y dulzuras.

Ni por asomo embellece su noche buena una ráfaga de sentimiento plácido sino que en su pintura trasciende un estado de ánimo avinagrado o cuando menos prevenido para escoger de propósito: el cura asmático, el órgano apolillado y ronco, la música de chirimía y tambor, descabaladas las arañas, clueco el canto de las mujeres y las vocecitas importunas dentro de la iglesia, y afuera solo ebrios, bochinches, pescozones y prostitutas. Yo he visto también en el campo familias cristianotas preparando regocijadas y continentes la olla roncadora de los tamales de salpimentón embutidos, los muchachos preparan el portal alborotando con su fresca alegría, y las he visto concurrir luego al templo en donde la muchedumbre devota y acicalada, como una inmensa familia, se acerca a comulgar a media noche en medio del brillar de luces, las melodías del armonio, el coro de los niños, los agrestes olores del portal y el despilfarro del incienso.

El monólogo interno y final de Melico, en quien usted ha intentado representar un símbolo de nuestra juventud, no me parece que guarde cabal armonía con su carácter ligero, vulgar, innoble, con su tufillo de aristocracia envilecida; con su meollo relleno de hojarasca preocupada tan solo por caballos, perros, ópera y mujeres, que husmea y empaña con manejos ladinos la señorial pureza de las hijas del campo. No es propio de quien así es de quien tal hace, lamentarse del atrofiamiento

de nuestras mujeres por los desmanes de la lujuria, y por el relajamiento moral del pueblo, ni desbordar sus ansias de reforma en la juventud para que sea de “aquellas que son la realidad más querida de los pueblos; de aquella que por cierto, la Patria afligida y mustia, casi yerta, para su salvación imprescindiblemente necesita.”

## NECESIDAD DE CREER<sup>290</sup>

La fe es una eterna necesidad del alma. En medio del festín de la vida el alma se angustia con ansias infinitas a que ni el regalo del cuerpo ni los halagos del poder pueden dar cumplida satisfacción.

La inteligencia escudriña con su mirada los misterios de la naturaleza, el espíritu se distrae por un momento en la contemplación de las maravillas que la ciencia descubre, pero el hombre, a pesar de todo, atormenta su pensamiento en la investigación de su origen, su naturaleza y su fin, asuntos que entrañan su bienestar y sobre los cuales, la ciencia, cuando es profunda apenas consigue alumbrar con luz mortecina y parpadeante y cuando es superficial, como en la mayoría de las gentes, lo que hace es agrupar tinieblas al derredor de esas tres supremas cuestiones de la vida.

La duda en cuanto a esos problemas es motivo de angustia, de turbación y flojedad, de donde proviene quizá en principal manera, la degeneración de que nuestra juventud se lamenta.

La ausencia de fe en nuestros jóvenes es remediable, pues no la han perdido en el lupanar ni en la taberna, como de ordinario acontece, sino que ha sido con el bloqueo de enseñanzas anticatólicas auxiliadas por el desconocimiento de la religión con que se ha desquiciado su creencia en los umbrales de la vida, antes que hubiera adquirido la consistencia que la enseñanza honda de la religión produce. La juventud actual generosa y digna cree, indudablemente en la existencia de Dios y siente la necesidad de honrarle. Pero, ¿en qué forma? La veneración necesita un culto e implica deberes que reglamenten su observancia. La juventud que no hace caso del culto católico, por habersele enseñado a despreciarlo, busca en la ciencia la manera de satisfacer su hambre de fe y la forma en que debe honrar al Ser Supremo.

Pero los sabios dudan y se contradicen al igual de los ignorantes cuando de religión se trata. Los más grandes de los filósofos solo se han encontrado en las verdades de la ciencia humana retazos descosidos de que juzgan necesario aprovecharse para atravesar sobre ellos el mar tormentoso de la vida.

---

290 Barrantes Molina (Luis), "Necesidad de creer", en *El Eco Católico de Costa Rica*, 9 de febrero de 1901, pp. 18-19.

Los espíritus cultos pero infatuados de su ciencia, para quienes el catolicismo no basta, oscilan entre la incredulidad absoluta y pueriles supersticiones.

La juventud tiene razón de sentirse infeliz y acobardada, porque no bastándole al hombre, como a los animales, gozar o sufrir con el presente, sino que principalmente el dolor y el placer los experimenta con el recuerdo del pasado y la previsión del futuro, no puede ser feliz mientras no tenga cumplida certidumbre de su procedencia y fin.

Nada hay más oscuro que nuestro destino cuando desconocemos la revelación. Las almas grandes atormentadas por la ansiedad que produce la incertidumbre en ese punto, han venido a caer a los pies de Cristo. Porque una razón ilustrada reconoce que el desorden es anormal y debe tarde o temprano desaparecer en el concierto del mundo; que las largas amarguras con paciencias soportadas, la inmolación de sí mismo en provecho de los demás, la perseverancia en ejercitar lo que la conciencia manda, merecen algo más de premio que la satisfacción íntima del deber cumplido.

Pero ¿cuándo y en qué condiciones ha de ser premiada la virtud y la injusticia castigada?

Para responder a esa pregunta de manera cumplida y conveniente para todos, de manera que sople en el alma una ráfaga de paz saludable lo mismo en las delicias que en los quebrantos de la vida y no perder enteramente la sed de lo infinito, es necesario que el que le ha dado al hombre esa hambre de justicia le hable, acercándolo gradualmente hacia él, haciéndole la promesa garantizada, de llenar la inmensidad de sus deseos.

La juventud siente la necesidad de la fe como recurso de orden y moralidad en la mujer y en el campesino, pero la cree superflua y aun embarazosa para los espíritus cultos.

Sin embargo, había de convecerse de que sin la fe no hay virtud completamente sólida y perseverante y en absoluto no puede haber felicidad.

Se puede, sin religión, ser honrado, por la elevación natural del alma, por la excelencia de la educación, el temperamento y el hábito del trabajo que apartan las ocasiones de exponer a una caída la vergüenza y la honestidad; pero esas circunstancias no le impiden al individuo dejarse arrastrar por tentaciones más delicadas y peligrosas.

Hay multitud de actos que ante la conciencia son inmorales aunque no los juzgue tales la sociedad.

Cuando se presenta la oportunidad de hacer el mal sin peligro de la crítica social ni del castigo de la ley, es sobremanera difícil resistir a la tentación, si falta la fe en una justicia sobrenatural. Encontrar recursos de resistencia en sí mismo, es como sostenerse en un soporte podrido. Es precisamente luchando contra nuestra profundidad o huyendo de nosotros mismos como se obtiene la victoria en el conflicto del deber íntimo.

Aun el creyente se ve obligado, muy por menudo, cuando la tentación lo asedia, a echar mano de todas las armas que la fe, robustecida por la gracia, le proporciona. Sólo, abroquelándose en la piedad, llamando a Dios en su ayuda, fijando intensamente la idea del Juez Supremo que escudriña nuestro interior y suspende sobre el hombre su mano henchida de recompensas y castigos externos, sólo con esos recursos sobrenaturales y psicológicos a la vez, puede el cristiano impedir su caída.

No es discreto negar en absoluto la práctica de la virtud en los incrédulos; pero no hay duda que ella no tiene la base consistente del religioso y no puede constituir una virtud granítica y completa, de una sola pieza, como esas cristalizaciones humanas del deber que se llaman los santos, beatificados por la Iglesia.

## CARTA ABIERTA<sup>291</sup>

Bejuquillo, Mayo 13 de 1901.

Sr. D. Facundo Guadamuz Quijano

Amiguito mío:

Deseoso de reponer los jugos de la vida que con el trajín de lecturas y comentarios se me vienen debilitando en ese ambiente estudiantil de la capital, he venido a reposar por breve tiempo en este pueblecito coquetamente escondido entre los reverdecidos lindes de Patas Arriba y El Jaboncillal.

Con el panorama de estas lejanías y enriscadas cumbres de verdura que baña el sol al atardecer con su cambiante disolución de colores, voy olvidando la jerga angustiada de la política que para nosotros, los incógnitos, solo es visible en la forma con que aparece, desmelenada y arisca, en el reflejo candente del periodismo.

Aquí me refresca y beneficia el olvido de las menudencias de la vida social que complican la existencia en San José a la vez que fomentan los impulsos pasionales; únicamente echo de menos el palique de los amigos y las regocijadas bullangas con que los estudiantes entreteníamos el tiempo durante las clases, a trauque de padecer congojas de ajusticiados en el momento de comparecer en el banquillo de examinados cabizcaídos y ojerados, trabajosos de frase al principio y a la postre serenos y desparpajados.

Me pasmo ahora de la ridiculez que mi observación descubre en los modales, hábitos y preocupaciones con que vivimos por allá, corriendo desalados tras el placer y la algazara en divertimientos y festejos, a través de cuyos resplandores metálicos, entusiasmos generosos y refulgencias de dicha, descubro yo, desde aquí, multitud de fantoches humanos consagrados a explotar la suprema insulsez de la vida.

Sin duda la sublime sencillez de esta naturaleza salvaje y las brusquedades inocentes de esta vida campesina, hacen resaltar en mi espíritu, por contraste, el artificio de las ciudades y las miserias de la comedia humana que por allá se representa a diario, vg. la intriga menuda apuntalando los intereses egoístas, la crítica mordicante entre todas las competencias, el comerciante usurero y quebradizo, las mojigatas reflejando en sus murmuraciones la

---

291 Barrantes Molina (Luis), "Carta abierta", en *El País*, 24 de mayo de 1901, p. 1.

propia pesadumbre, las hijas de la miseria poniendo a subasta el verdor de la juventud para evadirse al noble esfuerzo del trabajo, y los menguados de pudor recogiendo en las bandejas de la adulación las piltrafas de sus favorecedores pudientes.

También en este lugarejo florece el cardo de la envidia entre el juez de Aguas y el mayordomo, y no faltan menesterosos que se inclinen ante el gamonal de áspero semblante, pero se quedan muy en zaga a la muchedumbre de serviles que pululan en la ciudad sosteniéndose maravillosamente en equilibrio sobre el cordaje de sus ardidés y oportunistas, halagando así su estómago por modo suculento y viviendo en sociedad muy orondos y presumidotes.

Me he relacionado con el cura de aquí, quien es un notable ejemplar de los de su casta por lo sabroso de su plática, lo inmaculado de su vida y lo gracioso y desvencijado de toda su humildad. Figúrate un viejo cejjunto, escuálido y enjuto de cara, el pelo ceniciento y lacio, desmayado en dos mechones sobre la frente, los ojos vivarachos y distraídos, secas, peludas y lustrosas las manos a fuerza de frotárselas, anguloso y flaco de armazón, desmesurado de abdomen, abierto de piernas y trabajoso de andar.

¡Con esa catadura y sus ademanes sustanciosos y desmedidos me entretuvo en mi primera visita, salpimentando su conversación con refranes y cuentos sencillamente jocosos y sabrosamente añejos que sirven como de ornato florido al río sustancioso de su sapiencia! Cómo al escuchar su plática inofensiva y sabia en su sobriedad, se me vienen a la memoria, evocados por contraste, aquellos pedantones de la ciudad, verbosos y amanerados que andan infatuados con la chamarasca que les bulle en el cerebro, que trasudan vanidad por todos los poros, que viven martirizados de continuo por el afán de poner su talento en exhibición, deseosos siempre de levantar polvareda aunque sea con disparates y fruslerías, que niegan el afecto a los demás y motejan de idiota a todo el mundo, que desprecian a los que no taconean alto en la sociedad y mendigan la amistad de los personajes de campanillas, que en todo se entremeten y lo manosean a guisa de autoridades en la materia, y en fin que andan desvaídos de orgullo, defendiendo ardorosos, con frase iracunda y altiva el borroso prestigio de sus personillas. ¡Qué diferencia entre ellos y este hombre humilde y sabio de verdad por cuya prédica sencilla fulgura una inteligencia bien nutrida y a través de cuya estrafalaria estampa se ve

relampaguear un alma inmaculada y hermosa, así como entre disforme nubarrón suele mirarse la estrella oculta de arreboladas lumbres!

Por ese tenor quisiera seguir ponderándole otros tesoros de belleza rural que abundan en esta sociedad lugareña, así como si tuviera la paleta de nuestro amigo “El Moto” solazaría tu ánimo con la descripción de los panoramas agrestes en que resplandece la varia hermosura de estos montes, te pintaría entonces el trajín afanoso de los peones, el perezoso sesteo de los bueyes, el alborozo de los ternerrillos desocupados retozones, la miel hirviendo en espumas rebosantes en las pailas del trapiche, los cafetos sacudidos por los cogedores de café dejando caer su lluvia de granos como goterones sobre los manteados, las vainas de frijoles esponjándose al sol y derramando, con el vapuleo de los aporreadores su sartal de granos relucientes y sobre ese cuadro del trabajo y de la vida, la decoración variada y magnífica de la naturaleza que se ostenta por doquiera en formas de montes de verdura, jorobas del terreno cobijadas de flores, calvos picachos y húmedas bajuras por donde serpentea el yurro cristalino y árboles desmesurados sosteniendo en el andamiaje de sus ramas la orquesta oscilante de los pájaros, pero el realismo de la vida en que se dan la mano bellezas y deformidades, amargores y dulzuras, me obliga a comunicarte la impresión aflictiva que en mi ánimo produjo la indecente ebriedad de estos campesinos, cuyo espectáculo afea el pastoril encanto de los domingos campesinos, haciéndome el efecto de salpicaduras de tizne que pringaran de manchas un paisaje tropical reproducido soberbiamente en acuarela exquisita.

Figúrate que ayer precisamente, que fue domingo, un vecino mío, a quien desde mi llegada otorgué el favor de mis simpatías por su carácter alegre y diligente, se atiborró de licor plebeyo, promovió un alboroto de perros y a mí mismo, que como todo estudiante soy encanijado y enclenque, me hizo ver chisperos en el aire.

Por la mañana lo había visto muy acicalado y con el equipo nuevo de coger misa, dirigiéndose al templo en compañía de su esposa, rellena y sanota, y de sus tres hijas, frescas y repolludas.

El encuentro con unos amigos, un acordeón bullanguero alborotando los contertulios en una aguardentería, el alegato acalorado sobre el aguante de un buey o sobre la edad de una

bestezuela, fueron los impulsores que obligaron a mi vecino a tomar tragos, obedeciendo al principio a una exigencia social establecida como una manera de expresar el contentamiento que la amistosa compañía produce, y a la postre como propensión irresistible a ponerse en estado de embriaguez, mirando en ella la realización de una hazaña que a su juicio es señal elocuente de hombría irresistible y altiva.

A los primeros remojos con que mi vecino regocijó su gizonte, se puso alegre de ojos, encendido el rostro, suelto de frase, chispeante de ideas y exagerado y expansivo de ademanes. Sus compañeros fuéronse alejando algo encandilados y valentones y él se quedó con otros dos “testaduros” repitiendo copas entre disputas, camorras y risotadas hasta ponerse enrevesados de palabra, enmarañados de ideas y desgoznados de piernas. Entonces fue cuando, mientras observaba yo ese cuadro para enviarte su descripción menuda, me reconoció mi amigo y a manera de agasajo me sacó a remolque del lugar, obligándome a huir con gran vergüenza y desagrado. De largo lo vi perseguirme, dando tropezones y socolladas al andar, echando lumbre por los ojos, iracundo y provocativo, haciendo maravillas de equilibrio y repartiendo en el aire tajos, reverses y mandobles.

Al atardecer lo llevaron a su casa en donde lo acogió su familia asombrada y pesarosa.

Traíanlo de los brazos trabajosamente, con los pantalones despretinados, despechugada la camisa, la barba aborascada y sucia con salivas y jugos de breva, las guías del bigote desmayadas, los ojos abiertos con una fijeza sin expresión, sudando a chorros, calenturiento, pálido, idiota, hecho una ruina y mascullando palabras sin sentido. Ante esa figura calamitosa me quedé suspenso, pasmadote y confuso.

Porque yo me explico que el sentimentalismo morboso del aristócrata lo impulse a la embriaguez si tiene un alma floja y se siente acongojada entre las tenazas del sufrimiento, o que el proletario de pundonor, cuando la miseria lo acobarda porque el trabajo escasea y el cariz ensombrecido de lo provenir lo mortifica y el reclamo dilacerante de su familia hambrienta lo angustia, busque en el aturdimiento del licor el pasajero olvido de sus pesares; pero que estos benditos de Dios, sin tener las sensiblerías de ustedes, ni las estrecheces de la miseria, ni el desaliento de la incredulidad religiosa y sin vivir envueltos en el hervidero de

egoísmos, injusticias, súbitas desgracias, crímenes impunes y pasiones bravas en que se agita por allá el mar tormentoso de la vida, que estos felices labriegos digo, se idioticen y suiciden con el “guaro” por alegría desjuiciada y por alarde de valentía insensata, es cosa que no alcanzan a comprender mis entumecidas entendederas.

Pidiéndote indulgencia por el ajiaco insulso de esta carta, te prometo enviar otras de la misma pasta y tomo esta de pretexto para despaparrucharme a tus pies con todo linaje de cariñosas protestas y de respeto.

Tu affmo.

Luis Barrantes Molina.

## LA LIBERTAD<sup>292</sup>

Singular entre los vocablos por su varia interpretación y por el lujo con que se prodiga, es la palabra libertad.

A diario se abusa de ella zurciéndola como atavío discordante en artículos de poca sustancia o se la ultraja poniéndola como remate a las arengas políticas con que los mercaderes de la palabra exaltan artificiosamente las pasiones de la muchedumbre.

¿Desde cuándo se viene halagando nuestro oído, tocando a rebato nuestro fácil entusiasmo y explotando nuestras burladas simpatías con esa música fogosa y altiva que envuelve la palabra libertad?

Libertad que se exhibe desmelenada y fosca, congestionada por la crápula y descompuesta por las iras que la envidia engendra, el odio alimenta, y la codicia estimula, no es la libertad legítima que dignifica al individuo y engrandece la nación.

Libertad proclamada en lo alto del arsenal por los que la han ultrajado profanando el alcázar del Derecho a donde sólo deben entrar los representantes del pueblo que son su expresión, no es libertad de buena ley, limpia de antecedentes impuros, pues esta debe ser preconizada por el mismo ser que la apetece para sí, como manera de llegar a su desenvolvimiento y plenitud de vida.

Ni el libertinaje ni la libertad con careta deben buscar los servidores de la patria.

Para que sea prerrogativa magnífica que corona con un haz de resplandores la frente del ciudadano, y para que sea criadero de prosperidad y bienestar nacional, la libertad debe ser producto espontáneo de la moral social, ha de ser, por ende, justa, santa, racional y armónica y sobre todo en cadencia con el derecho, a que debe ajustarse todo acto libre, toda vez que el derecho es el molde mismo de la justicia dentro del cual deben colocarse todas las acciones para que con su contacto adquieran el sello de la legitimidad.

La libertad, como todas las venturas que embellecen la vida, hay que conquistarla con trabajo esforzado y en lucha perenne, pues solo es libre el que merece serlo.

---

292 “La libertad”, en *El País*, 8 de agosto de 1901, p. 1.

No se ha visto nunca un pueblo libre en sus instituciones que antes no fuera también libre en su voluntad para evadirse a la sugestión del vicio y limpio en su conciencia para que a su claridad inapagable se deslinden y determinen la verdad y la mentira, la virtud y el crimen sin mescolanzas ni componendas indecorosas.

Los pueblos que han tenido pujos de heroísmo legendario y aguante prodigioso para luchar por su independencia hasta caer bajo los flecos de su bandera en brega sublime y sagrada, han sido de costumbres puras, de hábitos laboriosos y de hondas convicciones, como nuestros padres del 56 y los boers de nuestros días. Tenían la libertad moral, y en ella hallaron fortaleza para defender su libertad política.

La esclavitud moral acarrea el entorpecimiento y flaqueza del cerebro para digerir las doctrinas, de allí proviene que las conquistas de la ciencia adulteradas y mal comprendidas por inteligencias enfermas se convierten en argumento de brutalidad y demagogia para hundir la patria en los atolladeros de la revolución con mengua del derecho, y agravio de la civilización.

La revolución traída por el camino de la servidumbre moral e intelectual no es la revolución legítima y provechosa, la cual no es sino la reacción ora ciega y violenta, ora hábil y tranquila con que el ser aparta y destruye los obstáculos que las circunstancias y las pasiones oponen a su legítimo desarrollo.

Cuando un pueblo laborioso y digno, de honradez indiscutible y de alta moralidad se agita en turbulencia inusitada, su agitación declara un hondo sufrimiento. Entonces la revolución es santa porque no es en suma sino una reivindicación consciente y necesaria de los derechos absolutos de todo ser viviente que busca para su vida la legítima expansión.

Eleven pues, los hombres de influencia, el nivel moral de la juventud, para que sean mañana escudo de la libertad y ornamento de la patria.

Neutralicen con altos ideales, con su fervorosa disciplina en las virtudes cívicas, con sus corrientes de viril entusiasmo por el trabajo, la eflorescencia del vicio que se exhibe opulento y descarado por doquiera, prostituyendo la vibración exquisita del sentimiento, agostando en flor las energías de la juventud que necesita

para el cumplimiento activo de sus deberes políticos, debilitando el señorío de la voluntad que constituye su grandeza, arrebatándole la virtud del esfuerzo que es el nervio de la vida mediante el cual, se producen y mantienen en sorprendente ascensión, las magnificencias del arte, las creaciones del genio, las maravillas del trabajo y los triunfos de la libertad.

## BERNARDO AUGUSTO<sup>293</sup>

Ahora que se ha ido en triunfo de apoteosis, envuelto en los resplandores de fastuosas exequias con que un pueblo agradecido supo dar a la intensidad de su afecto y a la profundidad de su duelo espléndida expresión, se alza augusta y radiosa, su personalidad eximia, imponiéndose a la pública admiración y exhibiendo de lleno las singulares excelencias que en ella resplandecían: la inteligencia preclara, la energía soberana, la prudencia serena, la perseverancia indomable, la suavidad exquisita, la actividad perenne, el corazón inmenso, descollando por encima de esas cualidades y a la vez enaltecíéndolas con un sello de espontánea grandeza la sencillez ejemplar, que era el distintivo genial de su persona.

Su labor científica y su obra apostólica, por igual admirables, le forman un nimbo de gloria, que pondrán su nombre luminosa y perdurablemente sobre el frontón de nuestra historia patria.

No será, sin embargo, la consideración de los grandes hechos que su hábil administración deja realizados, lo que pondrá durante mucho tiempo, sobre el alma del pueblo, un inmenso paño de luto.

Su muerte no es solamente una fulguración que se apaga, una energía que se agota, una columna que se quiebra, es ante todo un hogar del pueblo que se derrumba, un bálsamo de las desventuras sociales que se pierde, una urna de ternura que acaba de cerrarse a las múltiples orfandades de la vida.

Con ser el suyo un talento excepcional por lo profundo, por lo vario, por lo práctica, acaso el más claro y mejor nutrido de Costa Rica, no se le vio nunca ufanarse de él con ese orgullo, si no del todo legítimo al menos el más disculpable, con que los hombres de ciencia y de talento suelen por menudo hacer alarde de su potencia intelectual. Antes, parecía no darse cuenta el sapientísimo prelado de la amplitud de su inteligencia que así alumbraba por igual las mayores alturas de las ciencias sagradas, como iluminaba en sus detalles sus especulaciones de las ciencias físicas, naturales, estadísticas, etnológicas, sociales, y se señoreaba

---

293 Barrantes Molina (Luis), "Bernardo Augusto", en *El Eco Católico de Costa Rica*, setiembre de 1901, p. 268.

a maravilla de gran número de idiomas y dialectos, sin que aquella urdimbre de sabiduría múltiple a la vez metafísica y positiva, rompiera el equilibrio escrupuloso, tan metódico, tan práctico, simultánea, continua y febrilmente ejercitado en el despacho de los asuntos de la Curia, en el manejo económico de los libros, en la calificación menuda del archivo, en sus trabajos privados de lingüística, de geografía patria, de paleontología, de historia, de antigüedades, de planos; en la redacción de sus pastorales, en la dirección disciplinaria de sus instituciones benéficas, en la inspección frecuente de las parroquias, en la presidencia de las conferencias del clero, en su colaboración en labores de índoles ajena a su ministerio como el libro conmemorativo, en la vigilancia y sostenimiento del Seminario, en la redacción de *El Mensajero del Clero*, en la preparación de sus pláticas doctrinales, sin que el cúmulo de sus trabajos le excusara nunca para negarse a oír las quejas, las consultas, las súplicas de un torbellino inacabable de gentes, ni para evadirse una sola vez a su intensa y prolongada labor del confesionario.

Su peregrinación por nuestras montañas en propaganda de evangelización y cultura, constituye a mi ver, el más valioso de sus timbres y el más poético entre los episodios que esmaltan su vida apostólica.

No se sabe sino de frailes ennoblecidos por el delirio del apostolado, que, en tiempo de la colonia se internaran en nuestras selvas para rasgar con su propia mano la venda sombría de la barbarie indígena; de ningún prelado centroamericano se sabe cómo el Ilmo. Señor Thiel se empeñara con tenacidad indomable en una empresa de cristianización por nuestras montañas, bajo la inclemencia de nuestros climas palúdicos, desgarrándose a veces los pies por entre ásperos caminos, en el sol, bajo la lluvia, en pugna continua con los rigores e los elementos y con los odios de los indios, teniendo a veces por único abrigo las nocturnas luminarias del cielo, debilitando allí la fortaleza excepcional de su organismo a trueque de adquirir para los demás la fortaleza del alma, celebrando misa sobre una piedra abandonada, bajo la cúpula de las ramas silvestres, teniendo por música el retumbo del río y por incienso los aromas de la montaña, aprendiendo con perseverancia infatigable los dialectos indígenas para desarrollar por primera vez y ante cada tribu en particular la sublime tragedia del Calvario y promulgar la religión divina del Espíritu, surcando

a nado o en frágiles lanchas la corriente alborotada de nuestros ríos, hasta penetrar en los palenques de los indios, permaneciendo con ellos educándolos y embriagándolos con su palabra, conquistándose su cariño y recibiendo de ellos los nombres más gratos en la sencilla lengua bárbara, hasta serenar sus pasiones, iluminar sus ignorancias, purificar sus costumbres, cristianizar sus almas, constituirlos en pueblos y a un tiempo mismo hermohear aquella raza olvidada por nosotros, con la belleza de la cristiana cultura y hermohear la patria con la simiente fecunda de nuevos ciudadanos y futuras poblaciones.

Pocos hombres han necesitado reunir en su persona tan notables prendas de inteligencia y de carácter para sostener con acierto la difícil situación de obispo de origen extranjero en un país lleno de preocupaciones y con un clero que carecía de unidad en la raza, en la formación y en los estudios.

Él supo, sin embargo, dar elasticidad a su inteligencia para amolarse a la diversa graduación de criterios encontrados, imprimir a su carácter un sello tan espiritual, tan benévolo, que dejaba en el ánimo de cuantos de cerca lo trataban, una impresión irresistible de veneración y simpatía; supo dar autoridad a su posición ante las elevadas clases sociales con la alteza de su pensamiento y el vigor de sus convicciones asentadas hondamente sobre la piedra inamovible de su ciencia venerable; penetró vivamente en la conciencia del pueblo, abriendo su mano desinteresada al amparo de una multitud de miserias sin número y sin nombre, que se ocultan a la caridad pública, muchas de las cuales él socorría en secreto, ante la presencia de Dios, único que puede apreciar con todos sus perfiles la belleza moral e intelectual de su individualidad escondida a los hombres bajo el perfume exquisito de una humildad singular. Realizaba en silencio sus grandes empresas, en medio del zumbido de la prensa que a menudo lo censuró ásperamente, sin conocer la razón íntima de sus disposiciones y de la antipatía sordamente expresada de muchos seglares que lo motejaban de atesorar dinero; y en realidad guardaba sus economías el prudente prelado para realizar con ellas sus grandes obras de reforma, entre las cuales le era predilecta la fundación del Seminario, cuyos planos tenía ya trazados para iniciarla.

Su prestigio era sin duda indiscutible en América Latina, y sin embargo ¡cuán generoso para perdonar! ¡Cuán poco autoritario en el reproche a los culpables! ¡Con cuánta igualdad

designaba, para los puestos vacantes, sin asomo de preferencia ni prevención alguna personal, a los sacerdotes casualmente expeditos; y ya electos, cuánta delicadeza para mantenerlos en sus puestos a despecho de infundadas exigencias, mientras no los renunciaran por sí mismos o no se hicieran moralmente indignos de ocuparlos!

A pesar de haber recibido con frecuencia la ingratitud de sus protegidos, el ultraje de los propios y la persecución de los extraños, no dejó caer de sus labios una gota de ira, una frase violenta, ni una protesta, ni dejó alterarse una sola vez por su intenso martirio aquella paz venerable de sus facciones, de una nobleza augusta, en donde la viveza de su talento, la elevación de su alma y la santidad de su vida, en cadencia y plácidamente resplandecían.

San José, setiembre 15 de 1901.

## LA CONFERENCIA DEL SR. SOTO HALL<sup>294</sup>

Su plática abundó en figuras hermosas y en nobles ideas.

Su gallardía en la tribuna predispone en su favor los ánimos, y el aplomo con que rompe a disertar provoca a los aplausos.

Su accionado correcto, sin que en él se asome el artificio ni se sospeche el ensayo, lo mismo que la recitación exquisitamente articulada, acreditan inmediatamente en él al orador académico hecho a encararse con las multitudes selectas para arrojar sobre ellas, como una lluvia de armonías, las sonoridades del verso o las razones del discurso.

Sin embargo, la vibración de su acento impresiona de modo más intenso a sus oyentes cuando el trabajo de la memoria no priva a su palabra de la sugestiva sinceridad con que otras veces ha hecho temblar el calor de la improvisación.

La introducción de su conferencia es la misma que sirve de proemio a la biografía de Morazán incluida en su libro sobre Costa Rica en el siglo XX. El asunto para nosotros más interesante, que habría sido la vida de Morazán y su trágico remate, lo exhibió apenas en bosquejo. Prohijó un paralelo militar entre Napoleón y Morazán, hecho por un francés desconocido. El mismo señor Soto Hall compara el espíritu militar del caudillo centroamericano con el del águila de Córcega.

Si de la aplicación que ambos luchadores dieron a su genio es más de alabar en el primero, el intento solo de medir comparativamente la ponderación de sus talentos, tal vez fuera desmedida pretensión atribuyendo a nuestros grandes hombres mayor estatura intelectual de la que en realidad tienen. Si Napoleón tuvo mayor facilidad de formarse como guerrero que la que pudo hallar Morazán en su educación encaminada únicamente a disciplinarlo en la pacífica litis pendencia civil, no hay duda, en cambio, que aquel, en su empeño inaudito, hubo de romper en su brega con los ejércitos de Europa coligados, superiores vallas a las que sirvieron de tope a Morazán en su nobilísima campaña.

---

294 Barrantes Molina (Luis), "La conferencia del Sr. Soto Hall", en *La Prensa Libre*, 14 de abril de 1902, p. 2.

Tampoco es cierto que Napoleón fuera tan solo un conquistador. Es verdad que aniquilaba pero también sustituía y creaba en mayor proporción y de modo más estable que como lo hiciera Morazán.

De la espada del Corso surgían a un tiempo la prosperidad y la ruina, la civilización y el exterminio. En su peregrinación de victorias dejaba por doquier huellas de sangre y rastros permanentes de su extraordinario genio organizador.

En medio de su fiebre política y guerrera abría surcos a la navegación, alzaba monumentos, rompía brecha en las montañas para dar paso a los caminos, promovía el florecimiento de las ciencias y la industria, organizaba la enseñanza, establecía institutos y creaba la Universidad. Algunas de sus creaciones como el Código que lleva su nombre, han adquirido el doble derecho de generalización y de perpetuidad. De un pueblo desfallecido por la crisis y desconcertado por la anarquía, hizo la Francia abastecida por la industria y poderosa por la unión.

Citó el conferenciante el ejemplo del arado que rompe con brusquedad la tierra para que luego en ella se desarrolle la simiente, presentándolo a modo de argumento para probar la necesidad de emplear la fuerza para realizar el bien, y a guisa de disculpa para justificar las violencias ejercidas por Morazán en su nobilísima ansia de ver cumplido su ideal de centroamericanismo

El mismo señor Soto, sin embargo no podría tolerar, que alguien, aunque fuese bien intencionado, le hiciera un bien atropellando su conciencia, que con razón o sin ella lo rechazaría. No somos los humanos objetos físicos que se nos pueda quebrar antojadizamente para realizar fines de utilidad general. Antes que el progreso de cualquier índole que sea, está el derecho a que se respete la personalidad humana cuya independencia y albedrío constituyen el más estimable patrimonio de todo hombre libre. Nadie sufre que le hagan a la fuerza un beneficio, cuando no lo juzga como tal o cuando por lo menos su conveniencia es discutible como lo era la unión centroamericana para los opositores de Morazán. No hay, además, mejor recurso para servir a las buenas causas que acentuar honda y pacíficamente los principios en la conciencia social mediante la tenacidad fervorosa y la persuasión paciente.

Estuvo en razón el orador latigueando a los eclesiásticos que en alianza con el poder echaron mano abusivamente de sus

sagrados recursos, como arma de política, pero se apartó de la justicia cuando generalizó su censura considerando el confesionario como un arbitrio de que se vale el clero para impulsar a los hombres hacia el crimen, acallando sus escrúpulos con la esperanza de que la absolución es el reactivo que devuelve a sus conciencias mancilladas, su primitiva limpieza. La absolución no se da sino bajo la condición de no reincidir en el pecado, y ningún creyente sensato puede considerarse restaurado ante Dios si no lleva el propósito de enmienda, ni el sacerdote absuelve al que mira obstinado en el pecado o cuando echa de ver en él que su práctica sacramental se ha relajado en la rutina.

La Iglesia no ha justificado nunca el mal aunque se haya realizado en su provecho o dentro del santuario, ora se llame el culpable Alejandro VI, Enrique VIII o Napoleón.

Tal vez no sea tan de aplaudir, como cree don Máximo, una libertad de imprenta como la concedida por Morazán, sin cortapisa ni reglamentación alguna, toda vez que aun hoy, con la cultura superior que hemos adquirido, se pueden servir de la prensa como vehículo de la calumnia o del ultraje, como cuando se ofendió no ha mucho la honorabilidad sin mancha de don Ricardo Jiménez bajo el amparo del anónimo.

Hermosa y fecunda en provecho público es la libertad de imprenta para que en ella se refleje la conciencia y el pensamiento, pero no para que sirva de bostezo a las pasiones ruines.

En los últimos párrafos de la conferencia palpó un noble sentimiento de solidaridad y simpatía centroamericana calurosamente difundido entre consideraciones juiciosas de pensador bien nutrido y flores brillantes de retórica, tal como a veces aparecen confundidos en un racimo, para deleite de nuestra vista, las yemas florecidas y el sazonado fruto.

## PÁRRAFOS<sup>295</sup>

El porvenir es de las masas populares. El movimiento no desciende ya de los privilegiados en la sociedad sino que surge en ascensión de la entraña misma del pueblo. A medida que la ilustración se difunde, que los derechos políticos se constituyen, que la soberanía popular se realiza, que la propiedad, con la supresión de los mayorazgos y vinculaciones, se desintegra y divide, el pueblo se hace potencia. He aquí por qué los católicos deben penetrar hondamente en el pueblo. La humanidad no debe temer ya los atropellos de un gobierno, las dilapidaciones de una aristocracia, ni los abusos de un clero corrompido, esas causas de padecimiento público no son ya fácilmente posibles, porque la influencia de aquellas categorías sociales ha venido a menos. El desequilibrio y la desventura de la humanidad, en adelante solo puede emerger del pueblo, supremo agitador, si su alma llega por desdicha a desorientarse por la pasión o a prostituirse por el vicio. Antes bastaba con que el príncipe fuera educado en el bien, para que la nación anduviera encarrilada, porque toda buena acción personal se reflejaba en ella, hoy es el pueblo el que debe estar bien educado porque es él quien influye y gobierna.

Debemos, pues, los católicos (...) hacia el pueblo, apoderarnos de su alma, ofrecerle ideales y darle aspiraciones, suministrarle ideas para defender sus intereses, asegurar su imperio, no de nombre como suele ser en América Latina, sino de modo real y permanente.

El alma popular está constituida por el conjunto de sus acciones o la síntesis de (...) De continuo hay que esparcir sobre esa alma inmensa, co (...) de espiritualismo, antes de que su virginidad se mancille con los estragos del naturalismo, que tiene a su favor las solicitudes del (...) Hay que propagar en ella los ciertos principios del Evangelio, cristalizados en convicciones de amplio y perenne reflejo en la práctica, antes que el sofisma haga brumas en su inteligencia (...) la comprensión de los principios cristianos. Hay pues necesidad de escribir, de instruir, de

---

295 Barrantes Molina (Luis), "Párrafos" en *La Justicia Social*, 17 de setiembre de 1902, p. 2. Lamentablemente el único ejemplar que existe de este periódico en la Biblioteca Nacional está roto en varias partes. Procuramos reconstruir el texto hasta donde nos fue posible.

conferenciar al pueblo, para formar su conciencia). Los seculares hemos de auxiliar al clero en este nobilísimo apostolado. Ante (...) hemos de sustraernos nosotros mismo del hechizo malsano del naturalismo que nos rodea y contagia. El cristianismo es sacrificio, es fatiga, es acción.

Procuremos valer, como hombres; como elemento de razón, como ciudadanos altivos, (...) ices y exactos en el cumplimiento de nuestros deberes. Echemos mano de la supremacía intelectual, de la cultura, de la iniciativa de toda obra de progreso o de libertad, pues solo así podemos tener en el pueblo el influjo realizable y fecundo que la situación ventajosa del catolicismo costarricense exige y que nuestro deber de honrados creyentes nos (¿pide?).

## PALIQUE<sup>296</sup>

- ¡Un periódico más!

- ¿Y por qué no?

- ¡Hombre! ¡ya había más de los necesarios!

- No lo negamos, aunque tampoco lo admitimos del todo, pues faltaba la Justicia Social, - por eso hemos resuelto publicarlo.

Cuando se considera el apretado montón de publicaciones diarias con que la prensa atosiga al público, pudiera creerse agotados los asuntos los asuntos que pueden ser objeto de publicidad y satisfechas las necesidades que el periodismo llena.

Abunda en efecto entre nosotros, la prensa que aboga por los intereses materiales de la patria, la que difunde y ampara el derecho, la que se inspira en móviles políticos, la que murmura, comenta y curioseas eb los menudos incidentes de nuestra vida sencilla, pero faltaba una exclusivamente consagrada a proteger y fomentar la moralidad pública, mediante la propaganda y defensa de la idea religiosa, suprema e insustituible educadora del pueblo.

Dichosamente, no existe ya, como en otro tiempo, una prensa disociadora encargada de prostituir y acanallar. Si a veces se desborda al impulso de la pasión, si suele endilgarnos a los creyentes el dicterio de retrógrados y ultramontanos, eso no pasa de ser resabios efímeros de una educación viciosa que ha caído ya en el rincón maloliente de la cursilería.

Hay diarios que son reflectores de luz como de ordinario, suele serlo, “La Prensa Libre”, cuyos editoriales espléndidos, dejan en el alma, cuando se inspiran en la justicia, una impresión irresistible de admiración y simpatía; los que no llegan a esa altura, entretienen honestamente sin ofensa para nadie, lo cual si no es censurable tampoco es lo mejor, pues la lectura ha de ser noble y fructuosamente educadora.

Con *El Eco Católico* y *El Orden Social* vamos a ocupar un rinconcito en el estadio de la prensa para combatir por nuestro credo y por la patria.

---

296 Barrantes Molina (Luis), “Palique”, en *La Justicia Social*, 22 de setiembre de 1902, pp. 2-3.

A la juventud católica en cuya alma hermosa halla siempre resonancia todo reclamo generoso, a ella nos dirigimos en demanda de su colaboración en esta hazaña nobilísima.

A los que han salido del colegio inmunes de incredulidad, a los que no han abdicado cobardemente de sus creencias ante el formidable asalto del respeto humano, a los que no han dejado apagarse en la prostitución esa luz gloriosa de la fe que irradia como iris de paz en medio de los egoísmos humanos y murmura como arpegio místico en medio de nuestras concupiscencias; a los discípulos del colegio de Cartago, la ciudad de la hidalguía y del carácter, precisamente porque ha sido también la clásica ciudad de los frailes y de los varones católicos, por excelencia sobre todo a los jóvenes formados en el Seminario, imperdonables si no son confesores de Cristo, porque nosotros hemos visto de cerca el espectáculo excelso del carácter que se impone sin soberbia y la ternura que atrae sin esfuerzo, la inteligencia que deslumbra y la virtud que cautiva en nuestros modestos maestros de sotana que dejan sencillamente su cátedra para sufrir callados y sublimes el sacrificio por el bien, en sus misiones por nuestras selvas, haciéndonos creer con su ejemplo en la bondad humana y en la posibilidad de cumplir el deber; a toda esa juventud se dirige este diario para que en él refleje sus convicciones en cualquier forma pues un convencido de su credo tiene que ser apóstol, ya que todo sentimiento íntimo y profundo tiende a exteriorizarse y a comunicarse: el amor sexual en la posesión del objeto amado; el amor a la ciencia, en la enseñanza; el amor a la belleza, en el arte; el amor religioso en el culto y en la propaganda.

Si los incrédulos luchan sin ideales por sus intereses efímeros, por la gloria humana que es una sombra, por el placer que enerva y no satisface, ¿con cuánto más empeño no hemos de batallar nosotros por nuestra fe que abre a nuestras almas horizontes infinitos?! Venga la juventud, que la religión necesita de su brazo, y Dios presencia y reprueba nuestra actitud indiferente, nuestras disputas mezquinas, inspiradas por la codicia, con que defraudamos al tiempo en los aposentos de la Iglesia, mientras el enemigo callado y traidor, socava afanosamente las paredes del edificio venerando.

## ROSENDO VALENCIANO<sup>297</sup>

Tenemos los ticos, genial tendencia, de nuestros padres los españoles heredada, a mirar con desdén los méritos de los nuestros si es que no ponemos empeño inaudito en amenguar su brillo.

Entre los católicos por modo especial predomina esa conspiración hostil contra lo que resalta en la muchedumbre, debido no tanto a los instintos innobles que caben en lo humano, como a la falta de formación para la lucha de partidos, a la ausencia del espíritu colectivo con que otras agrupaciones más discretas saben aprovechar los honores de sus individuos en gloria del conjunto.

No hay humillación en tributar alabanza a quien con justicia la merece, antes es plausible prestigiar a los buenos y es propio de una hábil estrategia imitar a los adversarios en su afán de glorificar sus hombres.

El presbítero Rosendo Valenciano es de aquellos que dan timbre al clero costarricense y llevan con gallardía la excelsitud del sacerdocio.

De humilde familia del campo, se ha colocado en la sección aristocrática, por la hidalguía de su carácter, franco, resuelto y valiente, por su viril independencia de escritor, por la suavidad de su trato, la rectitud de su conciencia y la vivacidad de su talento.

Sin más escuela que su educación eclesiástica en el Seminario de esta diócesis, sin reposo para consagrarse a especulaciones privadas porque desde antes de subir a las alturas divinas del sacerdocio, ha invertido su tiempo en una perenne fatiga apostólica, no obstante, ha podido elevarse a la primera línea entre nuestros oradores sagrados, por la intrepidez, pulcritud y diafanidad de su estilo, por su articulación limpia y su accionado correcto como de persona que respeta la majestad del púlpito, ha podido formarse escritor sobrio en atavíos de forma, pero lleno de pureza, de nervio y de nobleza, cualidades que son el reflejo de su alma.

Su sinceridad de escritor resalta en su estudio sobre el clero nacional en el Libro Conmemorativo, muy superior a los trabajos históricos de Soto Hall contenidos en la misma obra.

Maestro casi desde la adolescencia, ha sido entre el clero nacional quien ha puesto en el áspero apostolado de la enseñanza

---

297 L. B. M., "Rosendo Valenciano", en *La Justicia Social*, 16 de diciembre de 1902, p.2.

más amplia y prolongada consagración, ejerciendo sobre sus alumnos aquel perdurable influjo que no obtienen las medianías y que determina la orientación de nuestras ideas en la vida.

Hombre de acción, carácter emprendedor y tenaz, espíritu práctico, tan pronto para concebir como fácil para obrar, genio audaz y organizador ha fundado círculos de artesanos católicos en San José, Desamparados y Heredia, persuadido de que el porvenir en las democracias pertenece a las masas populares, y de que la asociación y la prensa constituyen hoy las dos fuerzas más expansivas de propaganda y el arsenal moderno con que los atletas de Cristo deben hacer frente a la audacia y multiplicidad de sus adversarios.

Ha fundado sociedades para el mejoramiento moral de la mujer, ha hecho surgir, en las parroquias donde ha desplegado su actividad, el fervor religioso, el esplendor en el templo y el orden en las ceremonias del culto sin abandonar por eso sus viriles luchas en la prensa desde su modesto pero valiente semanario “El Orden Social”.

No son hazañas prodigiosas las que ha realizado, pero son de aplaudir por el apostólico empeño con que afronta las dificultades sin vacilaciones, realizando simultáneamente todo lo que emprende con voluntad, con prontitud y constancia.

Si acaso tiene como todos los hombres los defectos de sus cualidades de carácter, su túnica de sacerdote está limpia de manchas y el cariño entrañable de sus apreciables compañeros de sacerdocio lo acompaña por doquier.

Otros tienen superiores energías mentales, ilustración más amplia, más atractivo personal, pocos en tan fresca juventud como él han hecho dar a sus dones naturales mayor rendimiento para el bien.

## DOS MENDIGOS

(fantasía)<sup>298</sup>

Topé una vez, al caer de la tarde, en una callejuela deshonestamente sucia de la capital, un pobre niño, macilento y mal chorrado en grado sumo. Un pleonasma de fealdad. Con un cepillo infame, bañado en lodo y betún, se ofrecía, con tono suplicante, para empuercar, con aquel amasijo de inmundicia, los botines de los transeúntes. Así procuraba ganar su mendrugo honradamente aquel desmedrado desecho humano.

Había tal miseria en sus harapos malolientes y ataviados de grasa, donde el sol en su agonía arrancaba lumbres cenicientas, tan calamitoso desconcierto en el corte simio de su semblante, tal deformidad en la endeblez y entumecimiento de sus miembros desmadejados como si en ellos la vida se hubiera detenido en desaliento, tan repulsivo desaseo en su cabeza aplastada con innoble depresión y florecida de costras y de granos, tan intensa tristeza en la luz mortecina de sus ojos descoloridos, que ante tanta desventura me vino en antojo deseos vehementes de arrodiarme.

La angustia moral transpiraba por sus miembros lastimosos, la protesta muda de su alma dolorida parecía resonar en los pormenores de su organismo desvencijado y enclenque como un clamor de quejas desesperadas.

Lo traían a remolque, golpeándole y dirigiéndole agravios alusivos a su lealtad, un grupo adorable de niños hermosos y bien trajeados, arrestados de la escuela que habían salido en bandada luciendo al viento los arreboles de sus mejillas y difundiendo alegremente por donde iban la música de sus risas.

Aquellos niños de franca sonrisa y ojos dulces expresaban en su hermoso semblante la bondad de su alma en botón que rompe su envoltura virgen en una explosión de malicia exquisita y de ofensas gratuitas contra el mugriento limpiabotas de cara patibularia.

Un caballero le arrojó un diez al infeliz para que sirviera de hazmerreír a la adorable canallocracia de pantalón chingo. Y él se

---

298 Barrantes Molina, Luis, "Dos mendigos (fantasía)", en *La Justicia Social*, 31 de enero de 1903, p. 2.

dejó ultrajar pacientemente a trueque de llevar a su madre aquella limosna humedecida con sus lágrimas.

Las pálidas hilachas de luz que el sol desfalleciente dejaba tras de sí formaba un nimbo de resplandores de oro sobre aquella caricatura de niño miserable como si el cielo tuviera maligna complacencia en hacer resaltar las tristezas de la tierra.

Cuando la patrulla de niños afortunados lo hubo abandonado lo llamé hacia mí, acaricié con asco contenido sus mejillas indecentes, provoqué su confianza y departimos amistosamente al pie de un higuerón que tendía sobre nosotros su techumbre oscilante, mientras el viento dejaba caer menudamente sus higos maduros como goterones de lluvia tempranera, y clareaba tímidamente sobre los picos del monte la estrella de la tarde formando trágica antítesis con la tiniebla de la noche invasora.

Le dije adivinanzas y le conté cuentos, satisfecho de infiltrar con mi fantasía de soñador un poco de claridad en las sombras de aquel espíritu y con mi acento afectuoso esparcir un puñado de rocío sobre la aspereza de aquel corazón que languidecía en la tristeza y el desamor.

¡Es tan fácil y tan dulce difundir el bien en esas almas abandonadas con sólo ofrecerles la alegría barata de la dulce mentira poética!

Otra vez topé con un viejo color de tecolote, chapuipas de paso, la barba embadurnada de babas y jugos de breva, despechugada la camisa por donde asomaba el pecho poblado de greñas y lamparones, con la cabeza abrumada bajo la torre movediza de una chistera ex ajena y ataviado con un frac diplomático en cadencia con unos pantalones chingos y en la parte posterior agujereados. Como lo viera tan flamante lo saludé con reverencia. Él me sacó de mi error, diciéndome con voz gangosa: “Regáleme un diez pa un tabaco de la cachimba.”

Había en el hondo mirar de aquel infeliz un dejo de exaltación patriótica en armonía con las condecoraciones postizas y presillas que ostentaba sobre su ropa. Andando, andando, fuimos entrando en palique, confidencial y me hizo con voz trabajosa la relación ponderativa de su actitud en la campaña locamente heroica del 56, donde el patriotismo tico centellea y la poesía bélica fulgura, contándome un episodio en que él, cayó bajo el sablazo de un yanki, mientras tremolaba el oriflama tricolor y teñido en

sangre filibustera, y cuando allí postrado sobre el pavimento de césped bajo una cúpula de árboles recibió la extremaunción de manos del padre Chico Calvo, a la trémula luz de las antorchas, mientras los centinelas con la bayoneta sobre el peto, vigilaban en la sombra y flotaba la gloria de nuestra independencia reconquistada en la ondulación de los pendones triunfantes y en el clamoreo nocturno de las sonoras trompetas.

Y cuando fue enterrado vivo envuelto en la oleada de difuntos barridos por la policía, mezclado con aquella apretazón de cadáveres, enarcadas las piernas, convulsivos los vientres, erizados los cabellos y temblando bajo las socolladas del carretón que hacía crujir sus miembros rígidos y escurrir hacia afuera las piernas desnudas como astas replagadas.

El viejo ñor Facundo me contó luego su resurrección después que la lluvia, el frío y el hambre sacudieron su organismo paralizado; en aquel hoyo cenagoso donde lo sepultaron entre pliegues de caderas difuntas, de vértebras desnudas y de músculos endurecidos.

Y cuando tambaleando se dirigió a su casa, desesperado de hambre, la multitud al verlo retrocedía despavorida ante su aparición macilenta, que difundía la grima de lo sobrenatural y el espanto de la muerte.

Al terminar su relato yo me sentí ufano de haber dado, con mi plática expansiva, ocasión para que el viejo gozara en su entusiasmo, entregándole sin ofenderlo, la limosna poética de afecto y la fantasía que tan grata es a todos los pobres pues Dios ha hecho asequible a todas las humanas creaturas y gustosa a todos los labios las divinas aguas del sentimiento y de la poesía.

## DR. CARLOS M. ULLOA, jefe de la diócesis<sup>299</sup>

El elegido para regir la grey abandonada, que poco antes digiera con sus cualidades excelsas uno de los más ilustres preladados de América, nació en la capital el 9 de abril de 1833. Desde 1859 formó parte del Senado de la Iglesia, del cual fue presidente accidental durante 30 años por enfermedad del anterior deán del Cabildo, Dr. Rivas. Sobrino del señor obispo de Nicaragua y descendiente de distinguida familia josefina, experimentó sin embargo, desde su infancia, las angustias de la orfandad y las tribulaciones de la pobreza. Tal vez por eso tuvieron siempre lugar predilecto en su corazón la caridad y la ternura por las humanas miserias, iniciando, apenas ordenado, su benéfico ministerio, auxiliando a los apestados del cólera con abnegación que ha dejado memoria perdurable entre los contemporáneos de aquella pública desventura, y poniendo remate espléndido a sus caritativas labores con la instalación que hizo del Hospicio de Huérfanos y su fundación del Hospicio de Incurables.

Protegido por su padrino el presbítero don Cecilio Umaña, de niño pasaba sus noches en desvelo, copiando, para estudiar, los libros que algún amigo le prestaba, y en su noble juventud se distinguía por su preclaro ingenio en las aulas de la Universidad, en donde coronó sus estudios de humanidades y principió los de jurisprudencia para abandonarlos después al determinarse en él la vocación eclesiástica que hacía tiempo en la altura de sus aspiraciones y fervor de su piedad, venía manifestándose.

Coadjutor de Heredia y Alajuela, cura de Liberia, de San Ramón, de Grecia y del Carmen, al calor de su celo apostólico, de su inteligencia y de la genial jovialidad y exquisita cortesanía de su carácter, hizo surgir en esas parroquias, el ornato del templo y la moralidad social.

Catedrático suplente de Derecho Canónico en la Universidad de Santo Tomás, profesor de Religión, Moral e Historia en el Instituto Nacional, secretario y tesorero después de ese mismo plantel, rector del Seminario, diputado en el Congreso nacional,

---

299 Barrantes Molina (Luis), "Dr. Carlos M. Ulloa, jefe de la diócesis", en *La Justicia Social*, 3 de marzo de 1903, p. 1.

dignidad tesorero y deán del Venerable Cabildo, objeto de respetuosa diferencia de los dos prelados que ha tenido la diócesis, favorecido con especiales testimonios de predilección por dos soberanos pontífices, reverenciado perennemente por nuestra sociedad sin distinción de credos, sexo ni categoría, ha sido durante 40 años una de las personas que han gozado de mayor prestigio y simpatía dentro de los lindes de la patria.

Escritor de fibra y de fantasía, ha publicado trabajos notables en “Los Anales de la Sociedad Científico Literaria”; orador de aliento, ha brillado en la cátedra en ocasiones solemnes con elocuencia rica matices de estilo, como su discurso oficial en la ascensión del Dr. Castro al poder, y como sus concurridas conferencias predicadas en la Merced.

Iniciador de la enseñanza del Catecismo en las parroquias, fundador de la Sociedad de hijas de María y de la de Señoras de la Caridad; fundador del Seminario en colaboración con los ilustrísimos señores Llorente y Bruschetti, y rector del mismo Colegio cuando fue secularizado por la administración Fernández; auxiliador de doña Eduvigis Alvarado en la fundación del Hospicio de Huérfanos; iniciador de la construcción de la iglesia parroquial de Grecia; factor, con el doctor don Domingo Rivas, en la construcción de la catedral; fundador del Hospicio de Incurables; reformador de la iglesia del Carmen; fundador del sagrario de la catedral: tales los servicios de carácter perdurable con que el Dr. Ulloa ha empeñado para con él la gratitud de la diócesis.

Confidente y auxiliar en el difícil gobierno del Ilmo. Sr. Llorente cuando sin riqueza pública ni clero idóneo, había que crearlo todo en la diócesis recién establecida, escueta y desorganizada, como un campo virgen que aguarda el arado y la simiente; el Dr. Ulloa fue factor en aquella obra magna de creación y administración eclesiástica, sembrando la semilla de esta diócesis que aquel prelado dejara convertida en fortalecido arbusto y que el Ilmo. señor Thiel transformó en árbol de profundas raíces y florecidas frondas para que a su sombra viniera luego a descansar de sus desinteresadas fatigadas quien ayudó a plantarlo.

**ORACIÓN FÚNEBRE PRONUNCIADA  
POR LUIS BARRANTES MOLINA  
EN LA PUERTA DEL CARMEN, ANTES  
DE LA INHUMACIÓN DEL CADÁVER  
DEL MUY ILUSTRE DOCTOR ULLOA<sup>300</sup>**

En tributo de reconocimiento a los méritos del ilustre sacerdote cuya desaparición la Iglesia y la sociedad lamentan hoy agradecidas, voy a contribuir con la ofrenda de mi alabanza a este homenaje de duelo, con que los magistrados de la nación, el clero y el pueblo suspensos en general abatimiento, glorifican la memoria del varón ejemplar que durante 47 años de sacerdocio esparció profundamente su caridad y su ternura sobre las humanas miserias, difundió infatigable las doctrinas del Cristo, abriendo nuevos caminos a la tolerancia, y prestó a la religión perennes beneficios desde que junto con el señor Llorente contribuyó a depositar la semilla de esta diócesis hasta que convertida hoy en un árbol robusto de florecidas frondas había llegado a dirigir sus altos destinos, designado para ceñir la diadema del episcopado siquiera como premio merecido a los eminentes servicios con que había comprometido para con él la gratitud de la República.

Nosotros, los de la nueva generación no hemos podido apreciar las excelencias de su persona, abatida por los años y las pesadumbres, pero los que tuvimos la dicha de tratarlo, admiramos todavía en él los atractivos de su carácter, afable, jovial, benévolo, tolerante, lleno de gracia en su persona y de amenidad en su trato. Pero no fue solamente agradable, bueno y caritativo: en él como en todos los hombres notables de la Iglesia, el talento y la bondad se dieron ósculo de perpetua alianza.

Su entendimiento debió ser preclaro cuando a pesar de la pobreza y orfandad de su juventud, a fuerza de estudios privados, porque entonces no había planteles de enseñanza eclesiástica, pudo sin embargo graduarse de doctor en la Universidad, ser secretario del señor Llorente, desempeñar cátedras en el Instituto, regir el Seminario, sentarse en el Congreso, ascender hasta la cumbre de las dignidades del Cabildo, escribir

---

300 Barrantes Molina (Luis), "Oración fúnebre pronunciada por Luis Barrantes Molina en la puerta del Carmen, antes de la inhumación del cadáver del muy ilustre doctor Ulloa", en *La Justicia Social*, 4 de marzo de 1903, p. 1.

con gallardía, predicar con elegancia y doctrina y colocarse por la cultura de su espíritu amplio y tolerante al nivel de las ilustres amistades profanas que le brindaron respetuosa deferencia, y merecer la confianza de los tres eximios preladados que le honraron con su intimidad. Ante la historia de un hombre que ha llenado medio siglo con la acción de su sacerdocio sobre tres generaciones de nuestra sociedad, sólo voy a considerar, de prisa, las fases dominantes de su persona entre las que me parecen más útiles a nuestro ejemplo y más honorosas a su memoria.

Hay dos rasgos salientes que dibujan plenamente la fisonomía moral del señor Ulloa: su caridad profunda y su espíritu de tolerancia. Fue intensa y ampliamente caritativo y digno por lo mismo de habitar en el santuario, toda vez que la caridad, síntesis y esencia del cristianismo, ejercitada en el amor sincero y activo hacia la humanidad contemporánea, debe ser después del amor a Dios, el más alto ideal del sacerdocio. La Iglesia es ante todo un foco de amor, y aunque en sus relaciones necesarias con el mundo revista otros aspectos que parecen ocultar su esencia, apareciendo como doctrina codificada, como sociedad organizada y a veces hasta como potencia política, esas no son más que formas secundarias y accidentales que solo tienen razón de ser como medios de realizar la suprema ley de la caridad sobre el planeta.

Así lo comprendía el eximio obrero del bien, Dr. don Carlos María Ulloa, cuando inició su apostolado de beneficencia, apenas entrado en el santuario, socorriendo a los contagiados del cólera, desafiando la peste con tal de llevarles la paz a los moribundos, dejando caer sobre aquellos desesperados el consuelo divino del sacramento como rocío bendito que difundía esperanza en presencia de la muerte; fundando después el Hospicio de Incurables, dando así hogar a la vejez desvalida, curando sus enfermedades, aliviando su miseria, atenuando los dolores de la vida con el fomento de la idea religiosa, que abre a nuestras almas infinitos horizontes de amor y de bondad, contribuyendo también a la apertura del Hospicio de Huérfanos, a fin de proteger la infancia abandonada, para que en ella la vida fresca y lozana se desarrolle, al abrigo de la educación cristiana y bajo custodia de ángeles de la caridad, que vigilan por la pureza de sus almas, alumbran su entendimiento, educan sus costumbres, amansan sus pasiones y los devuelven a la sociedad en aptitud de ser una base de la familia y tal vez un ornamento de la patria.

Pero esa ternura extensa que es la expresión inefable del amor divino que perpetúa su obra de penetración por medio del organismo visible de la Iglesia, no se concretó en el señor Ulloa en favor solamente de los enfermos y de los huérfanos, sino que se difundió sobre todos los hombres sin distinción de categoría social, de posición pecuniaria ni de credo religioso, sonriendo a la pobreza, levantando a los humildes, pero también, consolando los sufrimientos de la opulencia, atendiendo las consultas de los preocupados, las quejas de los ofendidos, la confesión de los extraviados, los gemidos de todos los tristes, ofreciendo su fe a los enfermos de la incredulidad, a los convalecientes de la duda, a los náufragos del ateísmo, dando a sus almas las razones para creer, favoreciendo el renacimiento de sus creencias adormecidas, atrayendo hacia Dios la generación naciente, enseñando el catecismo a los niños, dulce, insinuante, espontáneo, esparciendo sobre ellos los divinos pensamientos del Evangelio como esparce su fragancia la flor, la palma su polen y el ave sus cánticos; ansioso de colocar en la conciencia social y sobre su pedestal de amor la efigie de Cristo, casi destrozada por la impiedad.

Esa misma caridad de que estaba impregnado lo hacía tolerante con las personas que honradamente tenían un credo diferente del suyo y aun abarcaba con su simpatía a esa humanidad incrédula que tanta ignorancia ciega, a la que tantos errores extravían, tantas pasiones atormentan y que guarda sin embargo hasta en sus caídas y en sus errores, un ansia inapagable de perfección y de justicia.

Sin salirse del dogma, el señor Ulloa supo amar las ideas, las personas y las cosas de su tiempo: sin aceptar sus errores comprendió o adivinó acaso la razón íntima de las ideas modernas y las interpretó ampliamente. Por eso no contribuyó como los intransigentes, a fomentar el antagonismo entre la Iglesia y el siglo.

Sólo he querido señalar a vuestra consideración esos dos rasgos geniales, la caridad y la tolerancia, que tanto enaltecían al señor Ulloa, pero para que su transigencia no se atribuya a la falta de integridad en sus principios y de energía para defenderlos, evoco el recuerdo de su lealtad defendiendo la causa del señor Llorente y acompañándolo en su destierro, su fidelidad al señor Thiel en la tempestuosa época de su ostracismo, su energía reivindicando el Seminario secularizado por una administración exaltada, y su viril entereza combatiendo él solo, en medio de una

cámara hostil, el proyecto de ley que prohibía el establecimiento de comunidades religiosas en la república, consecuente con su carácter de eclesiástico, defendiendo lo que consideraba como libertad de la Iglesia, con la cabeza erguida ante el gobierno, provocando su enojo y con la conciencia sublevada ante la persecución triunfante.

Después de una prolongada existencia llena de sufrimientos físicos y de pesadumbres morales, bebiendo el acíbar del episcopado sin disfrutar de las honras que prodiga, oyendo el clamor de la murmuración y de la maledicencia que ponían sombras en su reputación honorable ha descansado al fin, con cristiana mansedumbre, el Dr. don Carlos María Ulloa, 5º gobernante de esta diócesis. Su muerte no es solamente una fulguración de la verdad católica que se paga, una energía del progreso que se agota. Una palabra de conciliación y de tolerancia que ha enmudecido, sino ante todo una urna de caridad y de ternura que acaba de cerrarse a las múltiples orfandades de la vida.

## JORGE VOLIO<sup>301</sup>

Este buen amigo acaba de partir en busca del santuario. Al fin se afirmó en su corazón el propósito de hacerse sacerdote que, con dolorosas intermitencias de incertidumbre, venía hacía tiempo acariciando. Quien crea en las generosas voliciones que caben en lo humano, en la sinceridad de algunas determinaciones con que las voluntades heroicas se transforman en hostia del deber, conscientes de su sacrificio, urgidos por su deseo de realizar el bien, y quien, además, haya podido apreciar de cerca las virtudes atávicas, la hidalguía genial, los impulsos abnegados, la religiosidad profunda asentada honestamente sobre una voluntad vigorosa y esclarecida por una inteligencia clarísima, ese, no dudará por extraño que parezca, de que Jorge Volio ha emprendido lealmente su áspera ascensión por la erizada cumbre del sacerdocio.

Los halagos de la sociedad distinguida a donde le formaban ancha vía el lustre de su proge, su talento y sus recursos, no lograban alejarlo de sus nativas tradiciones cristianas.

La burla de algunos de sus compañeros que ven en el creyente al histérico o al flaco de espíritu enmudecía avergonzada ante su nobleza genial y ante la claridad de su espíritu. Parecía un caballeo de otra época, franco, leal, abnegado, invulnerable en sus convicciones, arrebatado de entusiasmo por los elevados idealismos que sus contemporáneos positivistas miramos con indiferencia.

La Religión, la fraternidad humana, la regeneración moral de la Patria, algún objetivo levantado y fecundo con qué llenar útilmente su vida; tales eran sus únicas preocupaciones.

De niño ya organizaba sociedades evangélicas, ya quizá de apóstol callejero predicaba el catecismo en los villorrios de Cartago.

Adolescente esclarecía sus creencias en profusa lectura, arrojándose para la lucha, a fin de que sus creencias no fueran el frágil sentimentalismo femenino que busca acicate en la vegetación artística de la liturgia, sino la robusta fe del pensador convencido,

---

301 Barrantes Molina (Luis), "Jorge Volio", en *La Justicia Social*, 7 de mayo de 1903, pp.2-3.

que mueve la voluntad hacia el bien, se refleja ampliamente en todos los aspectos de la vida con fecunda y concertada unidad. Su fiebre apostólica contagiaba a sus amigos, algunos de los cuales, de tal modo se encendieron en el fervor religioso bajo su influjo, que abandonaron su carrera profana y hoy se disciplinan en el Seminario para entrar en la milicia eclesiástica.

En el Liceo, la corriente del positivismo que allí emerge, brillantada entonces por la magia intelectual de un joven artista de la enseñanza, resbaló sobre sus convicciones sin empañar su diáfana integridad. Obtenido con lucidez su título de bachiller se sacrifica en bien de su familia sepultándose en las fincas de su padre para aliviar con su labor intensa la fatiga de aquel honrado y viejo atleta del trabajo.

Pero la alteza de su alma le exigía un sacrificio de más amplias consecuencias y así, no obstante su filial ternura abandona su hogar para colaborar en la fundación de un diario católico, en donde la doctrina evangélica desconocida y calumniada tuviera, de parte de sus defensores naturales, una abundante y adecuada expresión.

El trabajo enorme que hubo de llevar sobre sus hombros, improvisándose tipógrafo, administrador, polemista, sin sobra de estipendio ni punto de descanso, así como la pesadumbre con que se persuadió de la indiferencia de sus correligionarios, lesionó necesariamente su salud viéndose obligado a dar tregua a su contienda.

No somos los ticos de cepa apostólica ni sabemos interesarlos por nada que no venga en el aumento de nuestro peculio así ello sea santo y necesario. Solo la política suele conmovernos porque hay en ella provecho económico o proyección de intereses.

Vuelto a la campaña se abrieron para él, en el sosiego agresivo, los infinitos horizontes del sacerdocio, única esfera donde un alma tan elevada como la suya podía holgadamente desplegarse.

Allí, en pugna laboriosa librada en recónditos senos de su ser, aceptó de antemano la impetuosa corriente de pesadumbres que el sacerdocio cumplido acarrea: la separación quizá perpetua de sus padres, la privación de los placeres legítimos que la vida ofrece, el hogar sin amor femenino que lo alumbre, ni bellos hijos que lo alegren, la sujeción perenne a las autoridades quizá inferiores a él por su valor personal, pero llevadas arriba por el

azar caprichoso, sus amigos alejados de él ante el fantasma de su hábito, el corazón en su aislamiento codiciando sin poder conseguir los encantos del mundo hechicero y luchando siempre con su rebelde carne, la congrua mezquina, la maledicencia alerta, la residencia inestable, la juventud hostil, la Iglesia costarricense agrietada por las profundas brechas del materialismo potente y mientras a su derredor la vida irradia con el goce del placer que la sociedad tolera, él oscuro vigilante del templo, vive aislado, mortificado, combatido, exclusiva y angustiosamente empeñado en la conquista de un reino ideal: ¡Oh noble amigo, aceptar todo eso convencido de que ello es la verdad y de que con su servicio tu existencia puede realizar algún bien en la vida, es tan moralmente bello que ante tu empeño heroico, aunque quizá envuelva por ahora mucho de ensueño, se complace mi espíritu ávido de ideal, con mayor delicia que si disfrutara de los supremos goces con que el arte y la naturaleza concertadamente suele a veces hechizarnos! De pie sobre la proa mirando desvanecerse la vaga silueta de la patria, llevando al tope la bandera de la causa más santa, con la mente llena de nobles ilusiones, y el corazón henchido de generosos propósitos, así queda tu imagen marcada con luz en mi recuerdo.

## EL DOCTOR FLORES<sup>302</sup>

Cuando el señor Esquivel organizó su gabinete se echó de menos con justicia la presencia del doctor Flores. Él ha sido uno de los más fervorosos y constantes luchadores por el fortalecimiento del régimen democrático.

Por su firmeza indomable, por su patriotismo sincero, por su popularidad sin artificio, por su ciencia médica puesta al servicio público sin ostentación, por su probidad sin arrogancia, por su devoción a la democracia prácticamente demostrada, por la franqueza y sencillez de su carácter evoca el recuerdo de nuestros viejos próceres fundadores de la República.

Agricultor laborioso, ha forjado un capital para sacrificarlo sobre las aras de la Patria en defensa de las libertades públicas. Gobernador de su provincia, promovió las obras públicas y dejó el tesoro abastecido; cristiano, trabajó empeñosamente en la reconstrucción de la iglesia parroquial de Heredia, filántropo ejemplar ha prestado prolongados servicios al Hospital y socorre permanentemente a una turba de menesterosos; médico sobresaliente, ha presidido varias veces el Protomedicato; espíritu culto y progresista ha colaborado de modo principal en la fundación del Colegio Herediano.

Reflejando en todos sus actos los principios políticos que mantiene, negó su presencia a los bailes organizados en honra de Guardia y a los banquetes dados en obsequio de otro presidente ilegítimo.

En 1897 despertó al país adormecido en la dictadura, levantando en Heredia el oriflama del derecho y haciendo surgir el Partido Republicano.

Aquella actitud lo llevó al destierro, aniquiló sus bienes, levantó en su alma marejadas de amargura, pero su carácter se mantuvo indomable, en medio del desencanto, como picacho erigido en el horizonte desolado.

---

302 Barrantes Molina (Luis), "El doctor Flores", en *Pandemónium*, 1º de junio de 1903, p. 6. Reproducido en "Lo que escribió... Lo que se escribe... Secretarios de Estado en el Gobierno de don Ascensión Esquivel", en *La Nación*, 8 de marzo de 1965, p. 2.

En 1901 llevaba el entusiasmo a las asambleas republicanas, no porque fuera maravilloso orador sino porque en su frase trascienden siempre la sinceridad y el desinterés que lo mueven, y porque su figura exhibía el resplandor del proscrito, perseguido por la justicia.

## DON MANUEL DE J. JIMÉNEZ<sup>303</sup>

No sufre mengua la dignidad de nuestra juventud en honrar con su alabanza a los hijos del cartaginés benemérito, cuyo apellido llevan con gallardía a igual altura y por la ancha senda de la honradez y del civismo que aquel patricio tan limpiamente les trazara.

No hay mancilla en prestigiar a los buenos cualquiera que sea la progenie de donde hayan surgido, especialmente cuando habiendo ejercido, como los señores Jiménez el profesorado, el afecto que han sabido inspirar a sus discípulos se traduce en el entusiasmo con que estos proclaman sus merecimientos.

Para estímulo y emulación ajena es bueno que soplen las ráfagas tibias del aura popular desatando sobre ellos el elogio sobrio y merecido, ya que han sabido salir castamente, en su trabajo honrado, de las escabrosidades de la medianía sin dejar jirones de su honra en su camino y han andado rectos por las jorobas de la política sin sombra de felonía, dando con sus virtudes espléndido rendimiento a su nativa enjundia intelectual.

Don Manuel de Jesús ha sido además, comerciante, agricultor, munícipe, diputado, secretario de Estado, demostrando en esas funciones una sensatez y voluntad que no sufren desconsuelos ante el obstáculo, dejando sus puestos sin que padezca la menor desolladura en su reputación envidiable, antes bien con tal prestigio de probidad que no hay quien, conociéndolo, temiera confiarle a solas y a ciegas su riquezas así fueran fardos de oro molido.

A pesar de haber suspendido sus estudios para ayudar a su familia cuando la fortuna de su padre sufrió rudos quebrantos, ha llegado a ser profesor distinguido, orador discreto, prosista galano, entendido en finanzas y funcionario público de indiscutible competencia.

Entre otros rasgos que exhiben su carácter merece recuerdo su oposición a la supresión de días de fiesta, su valiente voto en demanda de la enseñanza religiosa, sus trabajos en la Dieta, y su actitud política de conciliación y tolerancia que vibró en la contienda del 94 como una nota apacible entre el discordo estrépito de aquellos partidos extremistas y exaltados.

---

303 Barrantes Molina (Luis), "El doctor Flores", en *Pandemónium*, 1º de junio de 1903, p. 6. Reproducido en "Lo que escribió... Lo que se escribe... Secretarios de Estado en el Gobierno de don Ascensión Esquivel", en *La Nación*, 8 de marzo de 1965, p. 2.

## JULIO FONSECA<sup>304</sup>

El orgullo nacional que admira complacido a quienes pueden llegar a constituir una celebridad de la patria y el entusiasmo generoso que se exalta cuando el triunfo pone su diadema de gloria sobre los méritos positivos, se confundieron anoche en el selecto público del Teatro Nacional para aplaudir las admirables composiciones musicales con que el señor Fonseca dio a conocer su preclaro talento de artista.

La profunda y delicada expresión de aquellos trozos de inspirada armonía arrancaron no solo el autorizado elogio de los entendidos en música, sino también nos hicieron sentir a los profanos la placentera emoción que produce lo bello magistralmente interpretado por el arte.

Al finalizar la ejecución de cada una de las creaciones del adolescente compositor un caluroso murmullo de aprobación y un estallido de aplausos pregonaban la excelencia que contenían aquellas primicias artísticas del precoz inspirado.

El joven Fonseca merece el auxilio del Gobierno para adquirir la perfección en sus estudios, porque tiene indudablemente extraordinarias capacidades nativas para la música, porque su corrección de costumbres y hábitos de trabajo garantizan en él un aprovechamiento perseverante y un espléndido rendimiento y porque ha demostrado que sabe aprovechar para el bien su estro genial, imprimiendo a sus composiciones un carácter elevado, noble, con marcada orientación hacia esa música alta y educativa que lejos de alborotar nuestras pasiones las apacigua más bien y nos saca de nuestros desfallecimientos y torpezas para inspirarnos los puros anhelos de lo infinito y de lo ideal.

La música de esa índole elevada a que el señor Fonseca está predisposto, es un prodigioso elemento de educación y en ese concepto puede el Estado fomentarla para provecho de la sociedad que está bajo su inspección y tutela.

Esas composiciones exhibidas al público y con justicia admiradas las produjo su autor hace algunos años, en plena adolescencia, sin pretensiones de adquirir méritos con ellas para obtener la protección del Gobierno sino como brote estupendo y espontáneo de su aptitud genial.

---

304 Barrantes Molina (Luis), "Julio Fonseca", en *El Día*, 9 de julio de 1903, p. 2.

Algunas personas entendidas las escucharon en reuniones de confianza y les atribuyeron un mérito que quizá el mismo autor no sospechaba. Uno de ellos, creo que el señor don Eloy Palacios, se empeñó hace como un año en llevarlas a Alemania donde un tribunal de alta competencia le asignó una honrosa calificación. Sólo al recibirse aquí tan valioso testimonio algunas personas entusiastas por el arte apreciadoras e inteligentes del señor Fonseca se han interesado en solicitar la protección del Gobierno para ese distinguido artista costarricense que además es un joven dechado de honradez y un escritor distinguido, pues él es autor de las crónicas sobre la ópera publicadas en *La Justicia Social* y de los artículos sobre música firmados por Jaconef.

## PÁRRAFOS EPISCOPALES

I<sup>305</sup>

Tres objetos ofrece nuestra diócesis a la actividad de su futuro obispo: 1° la administración, 2° la organización, 3° la propaganda.

La administración episcopal limitada a las funciones sagradas exige del futuro prelado un organismo de acero capaz de soportar las fatigas perennes de las visitas episcopales, tales como las practicaba el señor Thiel. Los ardores de nuestros climas y el contagio de las malas costumbres que el licor fomenta en el pueblo exigen la continua vigilancia del obispo sobre los curas y sobre los fieles. Un obispo débil o achacoso tendría que informarse de la conducta de sus curas por medio de indirectas personas que le estorbarían el conocimiento exacto de la verdad, o tendría que abandonarlos a sus fragilidades.

Una diócesis reciente como esta, en que hay mucho en vía de formación, obliga a extender la administración del obispo sobre multitud de quehaceres ajenos a sus funciones espirituales.

Solo la conservación del Archivo de la Curia, valioso depósito de documentos históricos que han de servir de base para nuestra historia cumplida, demanda en el prelado cualidades de observación, de método, de trabajo, para continuar los estudios interesantísimos de estadística, de historia, de demografía y anti-güedades, iniciadas por el señor Thiel.

Otro ramo de la administración, que pudiera llamarse intelectual, es la continuación y fomento de las Conferencias del Clero, fundadas por el señor Thiel, mediante las cuales se obliga a los sacerdotes a desarrollar tesis científico-religiosas a fin de promover en ellos el hábito del estudio, en razón a que la Iglesia hoy pierde terreno si sus soldados no están vestidos con la armadura científica.

Para que esas reuniones no degeneren en charlatanismo deben estar presididas por el prelado, quien, por consiguiente debe dominarlas por su ciencia y su seriedad. Cuando el subalterno

---

305 Barrantes Molina (Luis), "Párrafos episcopales", en *El Día*, 26 de setiembre de 1903, p. 2.

nota que en algo vale más su autoridad no se resigna con gusto a la obediencia.

La labor administrativa de nuestro obispo futuro debe extenderse hasta la grey indígena, a cuyos palenques bravíos llevó el señor Thiel la claridad de la civilización envuelta en la doctrina excelsa del Crucificado.

Al menos, si personalmente no puede visitarlos, porque eso es propio de un apostolado heroico, debe tener en ellos puesta su atención, enviándoles misioneros a fin de que no se marchite en su cuna aquella simiente de población y de cultura que el señor Thiel hizo surgir de nuestras montañas, al golpe de su báculo, como Moisés con su vara arrancaba de la árida peña el borboteo de linfas cristalinas.

La creación y organización de muchos complementos que faltan a la diócesis reclama un jefe emprendedor y reglamentario, fácil en disponer y práctico en obrar, tenaz y reflexivo para fundar un seminario a la altura de las exigencias modernas, para reglamentar un sínodo diocesano de acuerdo con las necesidades actuales, para crear un monte pío, estable y pródigo que asegure al clero su independencia del erario público en las emergencias hostiles que pueden surgir y para crear una imprenta que puede suministrar a la Iglesia una abundante expresión.

## II

El sacerdote a quien se designe para ceñir la mitra debe ser espontáneo, franco y leal, enemigo de habilidades y de intrigas, que rebajan su carácter religioso y lo predisponen a la política. El prestigio del prelado debe ser principalmente espiritual. Su ascendiente debe tener por base el amor a Dios y a la humanidad contemporánea. La diplomacia social abre campo sin duda, al eclesiástico que la practica, para alcanzar elevados puestos, pero no tiene influencia para atraer las almas.

Sólo el atractivo de la sencillez que no excluye el talento, y de la virtud que no apareja intolerancia puede atraer a la multitud ilustrada hacia el amor práctico del Crucificado. El obispo debe predicar y vivir el Evangelio mostrándolo a todos por el brillo de las virtudes que practica y por la solidez de las doctrinas que profesa.

---

306 Barrantes Molina (Luis), "Párrafos episcopales", en *El Día*, 27 de setiembre de 1903, p. 2.

Por eso la ciencia y la virtud se hallaban en el señor Thiel en plácido comercio.

El obispo de talento deslumbra pero no convierte, si su amor al sacrificio no revela en él méritos morales. El prelado virtuoso, pero vulgar de entendimiento, aunque Dios puede servirse de su debilidad, sin embargo, en el curso ordinario de las cosas, resultaría inepto, sobre todo en las actuales circunstancias en que todo el mundo aprende y se ufana de saber.

La acción pública del obispo presenta dos aspectos: el hombre del santuario y el hombre de la lucha. La piedad y el combate se enlazan por el deber. No debe contraerse, como algunos sostienen a las vagas regiones de la oración, de la liturgia y la caridad. La tolerancia que en estos pueblos casi cosmopolitas debe distinguirlo, no significa inercia. No, él debe combatir la impiedad, precisar los errores, reclamar sus derechos. No debe, bajo pretexto de tolerancia, consentir en que se niegue la verdad o se atropelle la justicia a trueque de llegar a la conciliación.

La tolerancia que exige la evolución actual de las ideas y nuestras condiciones particulares, es una de las más delicadas y necesarias cualidades que deben caracterizar al prelado futuro, a fin de que sus concesiones no pasen las barreras que por el dogma tiene categóricamente marcadas.

Sólo la ciencia y el talento pueden indicar al obispo la técnica que debe adoptar. En Costa Rica el combate que el diocesano tiene que librar contra la herejía debe mantenerse en el palenque sereno de la enseñanza, del púlpito y de la prensa. La política no debe esgrimirse como arma de propaganda. Esos recursos violentos para propagar una doctrina, pregonan su falta de virtualidad intrínseca, toda vez que necesita servirse de los intereses y pasiones que la política alborota. Si el Evangelio es de procedencia divina, le basta la propaganda dulce y persuasiva con que lo predicó el Nazareno. La política atizada por motivos religiosos solo se explica cuando los católicos tienen que hacer reivindicaciones de sus derechos conculcados.

Esta diócesis necesita un jefe ajeno a la vehemencia de la política, consciente de la vitalidad que proporciona a la Iglesia, en otras partes, su independencia, levantada a flote sobre las reacciones de los partidos.

Pero si el prelado no debe acaudillar ningún movimiento político en nombre de la religión, tampoco debe abstenerse de ejercer sus derechos de ciudadano en las urnas electorales.

El ilustrísimo señor Thiel dio su voto por el Lic. don Manuel Vicente Jiménez, en el 94, y fue partidario franco del señor Esquivel en el año 1889. El interés por la religión no excluye el interés por la patria.

En el obispo debe reunirse en armonioso acuerdo las elevadas preocupaciones evangélicas y los viriles entusiasmos del patriota.

### III<sup>307</sup>

La tolerancia que debe distinguir al prelado costarricense no consiste en contemporizar con el vicio confundiendo con toda clase de sociedades profanas para divertirse con ella, sin condenar sus desórdenes ni rebatir sus errores.

Los sacerdotes no deben ser sólo máquinas de sacramentos y decidores de misas. El eclesiástico que no se hace estimar por su valor personal, sino solamente por su condescendencia y su inercia apostólica, es un *bon vivant*. La suya sería la tolerancia de la debilidad moral o de la inconsciencia.

La verdadera transigencia de un obispo debe ser una consecuencia natural de su virtud y de su ciencia. Su caridad lo mueve a salvar las almas mediante una digna y espiritual simpatía hacia las personas. Pero no debe rebajar en las tertulias profanas su austeridad sacerdotal, al eludir la discusión de los principios por temor a la derrota. Su tolerancia no debe nacer ni de su ignorancia ni de su flaqueza, sino de una convicción intelectual formada en el estudio de las ideas y de la humanidad contemporánea. Sólo así puede amar y juzgar serenamente las doctrinas y las corrientes sociales de su tiempo. La tolerancia de criterio es cualidad exclusiva de la sabiduría.

Solo la ciencia puede persuadir a un prelado de que la era moderna, cuyas pretensiones de emancipación han sido condenadas por la mayoría del antiguo clero, tiene sin embargo nobles y generosas tendencias.

---

307 Barrantes Molina (Luis), "Párrafos episcopales", en *El Día*, 27 de setiembre de 1903, p. 2.

Para no estar en pugna con las corrientes modernas, un obispo debe conocer a fondo y sin desconfianza las tendencias características de nuestro siglo, a saber: la ciencia, la libertad, la igualdad, la democracia y la independencia.

Un obispo indocto no puede distinguir lo bueno de lo malo de las innovaciones actuales, y por lo mismo propende a condenarlo todo en globo, anatemizando a la sociedad moderna y separándose de ella.

Las vicisitudes que ha sufrido la religión en el pasado siglo, sobre todo la pérdida de su preponderancia civil, exaspera a los sacerdotes que no han estudiado la razón natural de esos cambios.

De consiguiente el diocesano debe dilucidar y resolver docutamente todas las cuestiones de su tiempo y las que surjan eventualmente en su diócesis. De ahí resulta la necesidad imprescindible de que el obispo tenga aptitudes de escritor. No hay prelado que no haya producido algunos volúmenes. Aun el señor Thiel, a pesar de su dificultad para manejar nuestra lengua, redactó sus catecismos de admirable claridad y método, sus trabajos en el “Mensajero del Clero”, sus 47 cartas pastorales y gran número de estudios científicos.

Para escribir con urgencia y doctrina sobre las cuestiones palpitantes en que conviene ilustrar a los fieles, el prelado debe estar preparado antes de aceptar la mitra. No basta que sea estudioso, porque los múltiples trabajos de la administración no le dejan tiempo para consultar y corregir. El señor Thiel no podía escribir sin interrumpir constantemente su trabajo, distraído por mil atenciones urgentes. Si el prelado no está bien armado de ciencia y de talento, todo lo retrasa y lo resuelve mal.

Por eso para solo el cargo de vicario capitular, ordenan los cánones que se prefiera a un sacerdote graduado de doctor.

Con mayor razón exige la Iglesia las credenciales científicas para elegir un obispo que tiene que improvisar continuamente discursos, alocuciones, mandamientos, homilias, instrucciones sinodales, comunicaciones oficiales, sentencias, cartas pastorales, etc.

El instinto de conservación impulsa a los jefes eclesiásticos indoctos a mantener alejados a sus subalternos más sabios a fin de que no sufra mengua su necesario prestigio.

Esa técnica necesaria para mantener la disciplina retira las inteligencias de los elevados puestos donde se necesitan y los

esteriliza en los pueblos oscuros a donde la falta de ambiente propicio y la ausencia de objeto para las energías del espíritu injusta y forzosamente defraudadas, desalienta y martiriza a quienes han sacrificado su juventud en el estudio. Así se suprime el estímulo para la ilustración, la sociedad culta se fastidia de las medianías que usurpan los elevados cargos, la intriga sustituye la emulación intelectual y el resentimiento de las víctimas impide la unidad del clero y fomenta la discordia.

#### IV<sup>308</sup>

Los problemas del socialismo se bosquejan ya en el porvenir de nuestra patria, como consecuencia de la cultura del pueblo y de la crisis económica. En el lapso prolongado que abraza un gobierno episcopal, las ideas habrán tomado entre nosotros poderoso vuelo. El prelado tendrá que dilucidar las cuestiones sociales con mucho talento para impedir los conflictos entre las tendencias nuevas exaltadas y los derechos de la Iglesia. Si el prelado por incompetencia mental no deja oír su voz en todas las cuestiones de trascendencia, el clero caerá en el estado de potencia muerta.

Dos causas han contribuido a la bancarrota actual de la religión en algunos países: la incapacidad y la intransigencia de ciertos eclesiásticos.

En otras épocas en que la influencia de la Iglesia era general y profunda, la religión se conservaba a pesar de la deficiencia intelectual de sus fieles; pero hoy, en que la acción eclesiástica es impugnada y rebatida; cuando el cristianismo sufre una crisis ideológica, cuando las costumbres varían y las instituciones históricas se derrumban, hoy los prelados deben imprescindiblemente brillar por su talento y por sus obras.

Los tiempos de fe sin controversia y de reposo holgado han terminado para el clero. El prelado que por falta de ciencia no lucha vigorosamente por la existencia de la Iglesia, desde el púlpito y la prensa, no está hoy a la altura de su deber.

Solo la ciencia puede indicar al prelado hasta donde alcanzan los derechos de la Iglesia para que, por una exagerada apreciación de sus fueros no vaya a alborotar el país con reclamaciones imposibles. Hay derechos inalienables y sagrados, pero a veces el derecho es solo una expresión histórica que las escuelas han

---

308 “Párrafos episcopales”, en *El Día*, 30 de setiembre de 1903, p. 2.

sintetizado y transformado en fórmulas abstractas e invariables. A veces el derecho es una relación. Algunos de los atributos de la Iglesia no son más que relaciones que condicionan su existencia con una sociedad determinada. Los cambios que el progreso realiza en la sociedad alteran esas relaciones y por consiguiente modifica el derecho en su aspecto jurídico.

Los derechos absolutos de la Iglesia, que están por encima de toda evolución, son: existir, enseñar, defenderse, salvar las almas y santificar los pueblos.

La Iglesia ejercía el derecho de tutela civil sobre la sociedad antigua porque ella la había exclusivamente formado. Pero la sociedad moderna se ha formado sola y por ello rechaza el predominio de la iglesia en la esfera de lo civil

Como tal vez ya no será posible que la Iglesia recobre las prerrogativas de que gozaba en otros tiempos, los prelados deben recurrir a los derechos nuevos que el moderno estado de cosas le confiere.

Los prelados deben servirse hoy de la autonomía individual, de la igualdad ante la ley, de la libertad de pensamiento, de expresión, de reunión y de enseñanza. La protección oficial, la política, las excomuniones hoy le sirven a la Iglesia menos que el ejercicio de aquellos derechos. Pero esa base de la libertad, única que puede dar auge a la Iglesia en lo porvenir, exige de los prelados mucha ciencia y talento para conquistar sus triunfos en el libre palenque de las discusiones científicas y doctrinales con las demás creencias y en la puja de méritos personales con sus adversarios.

El prelado debe encontrar el menor número posible de adversarios en su clero porque necesita de su colaboración voluntaria. La exigencia de la administración en esta diócesis escasa de sacerdotes, obliga muchas veces al obispo a sacrificar a quienes están legítimamente bien acomodados, para llenar perentoriamente los puestos vacantes.

Si el prelado no es simpático a sus subalternos, sus cambios y nombramientos que la necesidad le impone, no son bien obedidos porque se atribuyen a parcialidad y prevención contra quien se dictan. Con un clero sin unidad ni simpatía hacia su prelado es imposible desarrollar ningún plan evangélico.

Las diferencias de raza y de formación eclesiástica que existen en nuestro clero determina parcialidades de grupo que perjudican a la Iglesia.

El criterio más o menos personal de los profesores se transfiere a sus discípulos dándoles una opinión común distinta de la que tienen los alumnos influenciados por otros maestros. Las ideas adquiridas en la juventud se graban profundamente y determinan y orientan nuestra conducta futura. Las simpatías que se forman en las aulas son tan hondas, inspiran tanta confianza, que propendemos siempre a rodearnos y favorecer a nuestros condiscípulos. Eso explica los grupos que dividen a nuestro clero. Quizá convendría por eso un sacerdote que por su educación cosmopolita o por su carácter independiente estuviera fuera de todos los partidos. Pero la grave responsabilidad que para la conciencia sacerdotal entraña la elección de obispo debe impulsarlos a desprenderse de esas preocupaciones y contribuir a la exaltación del que sea más idóneo, cualquiera que sea su nacionalidad o su escuela eclesiástica. El pueblo ha roto los estrechos moldes del pasado y tiende, audazmente, su vuelo por la ciencia. Una descristianización profunda se efectúa en las costumbres: surge del ambiente la negación de todo dogma, el rechazo de toda imposición, la apoteosis de la filosofía positiva, el análisis de toda idea. Si el clero no busca un prelado de combate intelectual, de energía y de táctica, será responsable de que, por impotencia de su jefe, ruede por el suelo la imagen de Cristo destrozado por la impiedad.

## EL TERREMOTO DE CARTAGO<sup>309</sup>

La Naturaleza con sus cóleras epilépticas de estos últimos años acaba de aplicar una nueva tortura a la República de Costa Rica a quien Reclus llamó ejemplar por el orden y sensatez excepcionales de sus costumbres políticas.

Ni la belleza estupenda de su suelo ni la inocencia singular de sus hábitos, ni el proceso admirable de su progreso han detenido la agresión implacable del destino que no hace mucho sembró el desastre en el mejor de sus puertos con un maremoto, y ahora acaba de herirla en la pupila de sus ojos, en el corazón mismo de su ser, en su vieja capital, santuario risueño de su religión y hogar risueño del patriciado costarricense.

Cartago, la ciudad recientemente volcada por el terremoto, era, en efecto, como lo es Córdoba en la Argentina, la ciudad representativa del genio y la tradición religiosa de la raza, la primera por el lustre y catolicidad de sus hijos, y la segunda por su rango político, intelectual y artístico.

Toda la historia limpia y sencilla de la patria costarricense con su democracia sincera, sus costumbres recogidas, laboriosas y honradas, sus patricios sencillos y grandes, estaba allí en la población cartaginesa, invariablemente fiel a su tradición. Iglesias góticas, casas señoriales de vetusto corte español, antiguos conventos y bellas construcciones alzadas por los jesuitas, colegios esbeltos y castillos de estilo renacimiento servían de marco a la ciudad de acorde perfecto con el silencio de sus calles, la paz profunda de sus parques anegados en sombra, y la poesía de las ceremonias litúrgicas, supremo encanto de la población. Allí se refugiaban los políticos enamorados del silencio o de las castas intimidades de la amistad o de la familia.

La expansión mundana, el teatro, el baile y el placer borrascoso los buscaban afuera, en San José, la ciudad riende y alegre, de la actividad y del confort.

Pero Cartago no era sólo venerable por su misticismo sincero, por su arquitectura social trabajada por sacerdotes, por el cálido amor de sus hijos a la Virgen de los Ángeles que allí levantó

---

309 Barrantes Molina (Luis), "El terremoto de Cartago", en *El Sol*, 3 de setiembre de 1910, p. 2.

un trono exuberante de prodigios, por sus hábitos de estudios, de honestidad y de inocencia, por la fresca inefable de su clima, la melancólica dulzura de sus nieblas, y la índole apacible de su pueblo, que la hizo ser elegida para asiento de la Corte de la Paz Centroamericana, para cuyo palacio contribuyó el millonario yanqui Carnegie con 100,000 dólares, sino también por ser la cuna de la nacionalidad y el solar de la mayoría de los incorruptibles mandatarios cuyo recuerdo llena de orgullo a los costarriqueños.

## LA LEYENDA DE JUAN<sup>310</sup>

Juan, el mártir de la patria, vivía en plena soledad campesina. Su agreste y sana mocedad era perfumada por olores de fronda y aromas de silencio. La pobreza de su hogar trasuntada de un rancho de paja hundido entre la yerba, al que decoraban la graciosa curva del río orlada de juncos un bosque de encinas por donde merodeaban los pumas, tenía en su aspecto algo de elegíaco suavizado con las gracias de un ingenuo madrigal. Solamente la madre de Juan -una anciana curtida por el viento- compartía con él aquel hogar silvestre.

Ambos eran callados, graves sin aspereza, religiosos y soñadores, debido tal vez al recogimiento solitario de la campiña. Entre sus escasas vecinas solo María, con el encanto de su núbil belleza, turbaba el corazón de Juan que en presencia de ella cada vez hacía más tímido y más serio. Complacía en mirarla, escondido entre el follaje, cuando la joven venía del manantial con la inmensa tinaja de agua oscilando en la gentil cabeza y con las enaguas humedecidas por el titilante rocío que parecía cubrirla de fina pedrería. Pero tanto como a la dulce María admiraba Juan la belleza adusta de la montaña. La pureza de su alma ajena a las fáciles liviandades de la vida urbana, y la simplicidad de sus diversiones, le permitían contemplar con delectación de artista la agitación de las hojas, el airoso balanceo de los tallos del cañaveral y la esbelta elegancia de los álamos por entre cuyas ramas silbaba el viento engolfado como un clamor de órgano abacial. Tal era la única retreta que escuchaba el mozo casi todas las tardes, cuando terminadas sus tareas, abriendo el seno fértil de la tierra con su fuerte brazo, tranquila la conciencia y la voluntad equilibrada, regresaba a su hogar en busca de un honesto reposo. Pero otras veces, solía irse a buscar rueda con los demás mozos del disperso caserío, en torno del viejo inválido de la independencia. Después de jugar a la taba o cantar estilos criollos al son de la ocarina o la guitarra, la mozada sentábase a la sombra de un inmenso plátano, a la luz rubia del sol poniente, y escuchaba al viejo patricio, toda temblorosa de emoción. El inválido refería sus proezas, en medio de un silencio augusto, y aunque en sus cálidos relatos la verdad

---

310 Barrantes Molina (Luis), "La leyenda de Juan", en *Diario del Comercio*, 2 de octubre de 1921, p. 6.

se confundía con sus sueños, su actitud era hermosa en su senil austeridad y patriarcal como un cuadro bíblico.

Con las barbas de plata oscilando al viento, su tez enjuta y calcinada por ochenta años de sol, que dábanle aspecto de un bronce egipcio, el anciano parecía un bardo a la manera de Osián. Aunque su lenguaje era inculto, lo hacían lúcido y pintoresco su ardor patriótico, su vanidad de soldado y su fértil inventiva, con la cual hacía desfilar mezclando fechas y sucesos las recias figuras de la revolución. Sus frases caían ardientes sobre aquellos corazones sencillos que, ignorantes de los negocios sociales de las metrópolis, conservaban intacta y pura la imagen de la patria. Para el viejo narrador todos los próceres de la historia nacional y su turbulenta soldadesca eran intachables, exentos de vicios y ambiciones, o castos y abnegados como Parsifal y demás angélicos caballeros de la Tabla Redonda. Tales rapsodias de poesía épica escuchadas por Juan en la hora sacra del atardecer, cuando la paz desciende sobre las cosas, y asoman sus pupilas las primeras estrellas, lo llenaban de bélico ensueño y de exaltado amor al suelo natal. Así que cuando se iba a su cabaña soñaba con las banderas desplegadas y con las generosas abnegaciones del soldado. Y luego, despierto, al mirar el majestuoso perfil de la montaña, que consideraba como su casa solariega, solía sentir la aspiración del poeta antiguo: “dulce et decorum est pro patria mori”, dulce y glorioso es morir por la patria. En tal situación de espíritu lo sorprendió la guerra contra el extranjero. No bien oyó el clarín cuando voló a ofrecer su vida en holocausto. Sencillamente, como un acto natural, trocó la vida tranquila del trabajo por la cruenta porfía de la guerra. A su organismo robusto y endurecido en la fatiga no lo extenuaban las marchas forzadas bajo la inclemencia del sol y del viento y el dormir sobre el duro suelo bajo la luz de las estrellas. Iba gozoso y expansivo entusiasmándose por las músicas marciales, la gloria ondeante de las banderas y la fraternidad democrática de las juveniles falanges de voluntarios. Él, que no tenía hermanos, los encontraba entonces a millares en la gran familia nacional. Los peligros lo enardecían como si estuviera ansiosos de sentarse en el festín de la muerte. Por eso Juan fue de los primeros que siguieron a su intrépido capitán hasta ponerse a poca distancia del vetusto mercado en que se guarecía el enemigo. Desde las terrazas y balcones de esa fortaleza caía una lluvia de plomo haciendo estragos entre los camaradas de Juan que esperaban desguarnecidos en la llanura.

- La fortaleza en que nos atacan -dijo entonces el capitán- es de madera reseca. Si uno de ustedes logra llegar hasta la ventana seguramente no vuelve vivo, pero puede incendiar el mercado porque allí debe estar el polvorín. Esa es la única manera de desalojar y vencer al enemigo. El que se anime a hacer este sacrificio por la patria que dé un paso adelante.

Hubo un momento de expectativa en que se veía alzarse los pechos bajo el violento latido de aquellos corazones. De pronto se vio avanzar la simpática figura de Juan.

- Yo iré -dijo- pero le recomiendo a mi madre; porque es anciana y yo soy su único apoyo.

- Yo respondo de la gratitud de la patria – dijo el jefe con solemnidad.

Y el heroico muchacho toma una tea improvisada y se lanza osadamente en carrera, hacia los muros de la fortaleza. A pocos pasos su cuerpo está acibillado a balazos, pero la idea de que muere por su pueblo lo alienta como un numen. Los relámpagos de fuego lo ciegan, pero él avanza casi a oscuras hacia su heroico destino. Detrás de él queda una larga estela de sangre. En el brazo derecho se le incrusta una bala y el mártir con rapidez instintiva toma la antorcha con la izquierda. Ya cerca de la fortaleza -¡oh desdicha!- cae de rodillas y su mano temblorosa no alcanza el codiciado edificio. Pero hace un esfuerzo sublime y arrastrándose como un gusano logra al fin aplicar al muro la llama vengadora. Minutos después crepitaba el salvador incendio y los ocupantes del mercado se precipitaban en fuga cayendo en las bayonetas de su valeroso adversario. Y Juan al oír el clamor de victoria que alzaban los suyos, agonizaba radiante con la sonrisa en los labios.

He aquí un cuadro en que la guerra aparece como hábil artista esculpiendo la belleza moral de un humilde labriego. De esa gran barbarie belicosa, así como de la piedra negra en que cuaja el diamante, brota un reguero de luz que embellece a la historia. Crisol de virtudes es pues la contienda justa en que se cultiva el voluntario sacrificio, se exalta el honor, se afirma la unidad espiritual de la patria y se teje con urdimbre de oro la poesía viril de la epopeya. Bendita sí, la paz fecunda a cuya sombra amable florecen la riqueza y cultura de un pueblo, pero si viene el azote cruento de la guerra con su segur de muerte, no maldigamos a la Providencia que la permite ya que a trueque de sus horrores ella forma al soldado heroico, vaso de expiación, flor de holocausto,

dechado de obediencia y modelo de abnegación y de fraternidad social. El héroe es un romántico sediento de gloria cuyo ideal es tan alto que sólo lo vislumbra después de su inmolación. Y muere feliz porque quiere vivir en la memoria de los hombres, en la historia de su patria, en el bronce de la estatua, en la gratitud del pueblo por quien ofrenda su vida. Pero generalmente el héroe popular como el Juan de nuestra leyenda no se sacrifica por apetitos de gloria, sino que lo hace por un instinto superior a todo cálculo y egoísmo, porque es un artista exquisito que ha concebido vagamente el tipo de la moral belleza, y ebrio de ese ideal, sin acordarse del egoísmo, siente la fascinación divina del martirio presintiendo que no hay nada más bello que él bajo la cúpula del cielo.

## UN ALMA SACERDOTAL

### [Fragmento sobre el clero de Costa Rica y monseñor Thiel]<sup>311</sup>

Admiré desde entonces con espontáneo entusiasmo la virtud de Monseñor [Nicolás Segundo Álvarez Arteta], a quien conocí allí como hábil gobernador eclesiástico de la diócesis; como intrépido defensor de la Iglesia, y como protector o iniciado entusiasta de toda obra de caridad y de apostolado. Este juicio era tanto más honroso y exacto, cuanto más frescos y edificantes eran los ejemplos de virtud sacerdotal que yo acababa de presenciar en Costa Rica. No era mi admiración la del ignorante que nunca ha visto otra cosa mejor, sino la del que puede comparar entre distintos y grandes valores morales. Mis convicciones católicas ya se habían formado antes de ir a Guayaquil, ante todo por la gracia de Dios, y luego por el estudio; pero también por la bondad de los sacerdotes costarricenses que me habían favorecido y estimulado en mis estudios. Con gratitud recuerdo a mis abnegados e irreprochables maestros, los padres lazaristas alemanes Steinof, Prause, Sickoven, Dunkel, Blessing y Stork. Estos últimos fueron después admirables obispos. Muy buenos fueron también para mí los inmaculados sacerdotes del país: Rosendo y Salomón Valenciano; los canónigos: Ulloa, Monestel, Araya, Ramírez, Salazar y el talentoso y cultísimo padre [Claudio María] Volio, que hoy lleva con brillo la dignidad episcopal. Sacerdotes todos doctos, puros, humildes, austeros, francos, llenos de inocencia en sus palabras y en sus costumbres. Pero más que a todos admiré al sabio y virtuosísimo monseñor Thiel, de quien cuatro años fui escribiente.

Este ilustre prelado, con trabajo infatigable, en gran parte organizó aquella diócesis; escribió doctas obras doctrinarias de enseñanza, premiadas en el extranjero; publicó numerosas pastorales de gran utilidad espiritual y económica; hizo valiosos estudios originales de historia patria, de paleontología, de estadística, de etnografía, de lenguas indígenas; creó museos arqueológicos;

---

311 Barrantes Molina (Luis), *Un alma sacerdotal*, Buenos Aires, Imprenta A. Baiocco, 1ª. ed., 1928, pp. 9-11.

erigió colegios y edificios eclesiásticos y hospicios, y todavía le quedaba tiempo para confesar hasta media noche; predicar casi todos los domingos; recorrer frecuentemente la diócesis, llevando a los campos iniciativas de progreso; reducir y educar a las escasas tribus de indios, conviviendo con ellos; organizar sínodos, controlar y examinar en los colegios católicos y Seminario, y redactar la revista del clero. Dictaba a la vez en varias lenguas. Después de comer recibía a los pobres y mendigos, a quienes favorecía, y con los cuales departía luego amablemente; presidía las conferencias vicentinas y muchas cofradías de piedad. Expulsado con los jesuitas, por influencia de la masonería extranjera, se acreditó en Panamá como gran matemático en la resolución de un problema del canal. Fue uno de los secretarios del Concilio Latinoamericano; regresó a su diócesis, y, a su muerte, le escribieron una corona de elogios fúnebres con la colaboración de algunos liberales y francmasones. Este gran apóstol, habiendo leído un artículo mío de tendencias católicas, me llamó repetidas veces para ofrecerme un puesto de escribiente en la Curia, el cual me facilitó mis estudios universitarios. Por eso mis profesores laicos de Derecho, no lograron sugerir en mis convicciones la menor duda con sus sectarias diatribas contra el clero o contra su doctrina, a pesar de la elocuencia irresistible en que envolvía sus errores el ilustre catedrático, doctor Zambrana, uno de los libertadores de Cuba, amigo de Castelar y de Víctor Hugo.

Evoco aquí la dulce y gloriosa memoria de monseñor Thiel, porque él conoció y trató a monseñor Álvarez en Quito, y, porque, como este, recibió la influencia de García Moreno, y la del santo hermano Miguel. Ambos prelados eran casi contemporáneos. Mons. Thiel llegó a Costa Rica procedente de Quito, y, a pesar de ser extranjero, fue escogido para obispo de esa diócesis, así como su sucesor, monseñor Stork.

**POESÍAS PUBLICADAS  
EN COSTA RICA O SOBRE  
TEMAS Y PERSONAJES  
COSTARRICENSES**

**(SELECCIÓN)**

Deus Barrantes



## EN LA IGLESIA<sup>312</sup>

**A mi estimado amigo y condiscípulo  
Alfredo Coto, con motivo de haber muerto  
su apreciable hermana Angélica.**

*¡Está muerta! Por el vidrio  
de su lecho funerario,  
en letargo visionario  
su rostro de ángel se ve.*

*¡Qué candor hay en su sueño!  
¡Qué dulce expresión de calma!  
Es que al Eterno el alma  
sube en alas de la fe.*

*Sobre su frente de virgen  
recogido el blanco velo  
como cortinas del cielo  
ocultando un serafín.*

*En su labio enmudecido  
que al de Venus sobrepuja  
suavemente se dibuja  
una sombra de carmín.*

*Su cadáver perfumado  
parece guardar la vida  
y con su calma convida  
a morirse uno también.*

*Que es ella flor resguardada  
del sol al ingente rayo  
y trasplantada en su tallo  
para adornar otro edén.*

*Hija, hermana, esposa y madre,  
toda esa escala de amor,*

*mezcla de encanto y dolor  
que compendia la mujer.*

*Subió sin desviar el paso  
victoriosa en la contienda  
y fue su vida una ofrenda  
ante el altar del deber.*

*Era una niña hechicera  
porque en su ser se reunía  
en seductora armonía  
a las gracias, la virtud.*

*Y hoy mientras alza la Iglesia  
su religiosa plegaria  
guarda una urna funeraria  
su belleza y juventud.*

*Contemplando ese cadáver  
se suspende el pensamiento  
y abrumado, el sentimiento  
recibe un golpe fatal.*

*¡Ay! ¡Qué contraste sombrío!  
¡Cuánto misterio se anida  
entre esa joven dormida  
y su adorno funeral!*

*¿Por qué lo disforme vive  
y el vicio infame perdura,  
y la virtud y hermosura  
dejáis que mueran, Señor?*

---

<sup>312</sup> Barrantes M. (L.), "En la iglesia", en *El Eco Católico de Costa Rica*, mayo de 1898, p. 140.

## FÁBULA<sup>313</sup>

*Para luchar por la vida  
a diario combates libra  
la carnicera tigre  
en selvático breñal.  
Y cuando relleno el vientre  
su cuerpo sueño reclama  
busca tranquila su cama  
en oscuro peñascal.*

*Alí tiene sus cachorros  
a quienes graves predica  
no morder cualquier matica  
cuando salen a jugar.  
Pero ellos, al fin tiernillos  
pretextando ver al tica  
se escapan y en flora rica  
de todo quieren probar.*

*Por demás está contar  
que los incautos murieron  
aun cuando grama les dieron  
que es planta medicinal.  
Así Gramática enseña  
a escribir y leer con tino.  
No escucharla es desatino  
y hasta pecado mortal.*

---

313 Barrantes M. (L.), “Fábula”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, mayo de 1898, p. 140.  
Poema premiado en un concurso de charadas.

## EN EL MAR<sup>314</sup>

*En hórrido tumulto  
De cándidas espumas  
Rizado por las brumas  
Que vagan al azar,  
El mar batía mi barco  
Cual furia embravecido  
Haciendo en sordo ruido  
Las olas retumbar.*

*Silbaban quejumbrosas  
Del viento las querellas  
Y fúlgidas centellas  
Herían la oscuridad,  
Y yo bogaba inquieto  
Sintiendo el recio empuje  
Con que el océano ruge  
En ronca tempestad.*

*Mientras el mar plegaba  
Sus olas agitadas,  
Horribles carcajadas  
Fingiéndolo al rebramar;  
De pronto lanza el rayo  
Sobre el veloz navío  
Fulgores que al impío  
Oblíganle a rezar.*

*Después se destrozaron  
Las velas y el cordaje  
Y formidable oleaje*

*En tumbos me arrastró.  
¡Qué horrible entonces era  
Su espuma transparente  
Que en mi niñez sonriente  
Mi afecto cautivó!*

*Entonces de la luna  
Ya no era el mar reflejo  
Ni terso, claro espejo,  
donde se mira Dios,  
sino la fosa inmensa,  
del mísero viajero  
que cruza su hervidero  
de la fortuna en pos.*

*Bregando en el abismo  
En lucha con las olas  
Con mi conciencia a solas  
Y próximo a morir,  
Surgieron del recuerdo  
Las faltas de mi vida  
Y mi alma conmovida  
Las quiso maldecir.*

*Agítanse en mi pecho  
Con fuertes movimientos  
Diversos sentimientos  
Luchando con tesón.  
¡Ay! que si el mar estalla  
En lúgubres tormentas*

---

314 Barrantes Molina. (Luis.), "En el mar", en *El Eco Católico*, febrero de 1899, p. 458; reproducido en *La Prensa Libre*, 6 de julio de 1899, página 3.

*Más rudas y violentas  
Las tiene el corazón.*

*Las olas retozando  
Me hicieron sepultura  
Y una onda de amargura  
Me dio el postrer afán;  
Los peces apiñados  
Formaron mi sudario  
Y el himno funerario  
Cantólo el huracán.*

*Mi espíritu medroso  
Vagaba por la sombra  
Cuando mi labio nombra*

*Angelical mujer;  
Y al punto en la penumbra  
Visión celeste avanza  
Y en mi alma la esperanza  
Empieza a renacer.*

*Ella bajó a mi tumba  
y dándome su brazo  
oculto en su regazo  
llevóme sobre el mar.  
Después... un tibio rayo  
del sol de la mañana  
entró por mi ventana  
y me hizo despertar.*

## MARÍA<sup>315</sup>

*Desde niño mi amor he consagrado  
a la bendita y virginal María,  
su culto es una flor en que ha libado,  
néctar de bendición el alma mía.*

*Iris de paz, y esencia de ventura  
es ese amor, fulguración del cielo,  
por él su cáliz sin enojo apura  
mi corazón en su febril desvelo.*

*Ese amor es tan alto, que defiende  
el alma caída en aluvión de cieno.  
cuando mi sangre la pasión enciende  
sólo él impone a sus impulsos freno.*

*En María mi amor tuvo su oriente  
desde el hogar donde mi fe se anida  
y hoy es la luz de mi abatida mente  
esperanza y consuelo de mi vida.  
¡Ay, cuántas veces, cuando en turbias olas  
de un mar de pena naufragaba mi alma  
con ella estuve conversando a solas  
y hallé valor, resignación y calma!*

*Ya desde entonces miro indiferente  
esas glorias efímeras del mundo.  
Sólo aspiro a la luz indeficiente,  
que empieza a vislumbrar el moribundo.*

---

315 Barrantes Molina (Luis), "María", en *La Justicia Social*, 22 de setiembre de 1902, p. 2.

*Cuando me hiere la contraria suerte  
mientras ferviente en la oración me anime,  
María es el vaso que consuelos vierte  
en el turbado corazón que gime.*

*Confiado en su invisible brazo  
sobre la vida mi barquillo riela  
¡Duerme el pichón en maternal regazo  
porque su madre, mientras tanto, vela!*

## EL PÁJARO MUDO<sup>316</sup>

*Hubo un ave que un niño sin lengua dejó  
y en la vasta floresta le dio libertad;  
al mirar la avecilla la selva y el sol.  
alzó el vuelo al espacio con ímpetu audaz;*

*Al sentirse libre vibró de emoción  
y tuvo un violento deseo de cantar.*

*En su pico se esbozan como en gestación  
los gorjeos en germen que quieren volar  
mas no puede expresarlos el ave sin voz;*

*Ese pájaro artista que anhela cantar  
y no puede por falta de lengua soy yo.*

*Yo, que siento murmullos y luces de ideal  
que me agitan el alma en confuso turbión  
fugitivas ideas y anhelos de amar,  
que no puedo decirlas con clara expresión  
en mi tosco lenguaje de aldeano vulgar.*

*Es por eso que cruzo sin dar mi canción  
por en medio del mundo que ignora mi mal,  
escuchando yo sólo mi ritmo interior  
que palpita en mi pecho como un manantial  
subterráneo cuya agua jamás miró el sol.*

---

316 Barrantes Molina (Luis), "El pájaro mudo", en *Diario del Comercio*, 3 de setiembre de 1921, p. 8. Aparece también en *Versos*, 1923, p. 37.

## SED COMO EL ÁRBOL<sup>317</sup>

*¡Oh joven que en la vida inicias tu carrera  
con el ardor fogoso de tu risueña edad!  
Me place ver como alzas tu hermosa cabellera,  
erguido como el árbol gentil de la pradera  
que eleva sus penachos de flor primavera!*

*Imita siempre ese árbol que frutos atesora  
y no anda a flor de tierra cual vegetal reptil;  
pues no es parasitario, ni planta trepadora  
sino que sin apoyo, su fronda seductora,  
levanta hacia los cielos con majestad viril.*

*¡Miradlo como recto avanza hacia la altura  
erguido sobre el tallo con ansias de más luz!  
La bóveda infinita tan solo ver procura  
y respirar anhela la atmósfera más pura  
que flota en las regiones de límpida actitud.*

*Imita tú esas ansias de cielo y de belleza  
aunque en la tierra inmunda tus pies has de apoyar,  
y busca como el árbol ambientes de pureza;  
como él, cuando da el fruto, inclina tu cabeza  
tan solo al dar tus dones de luz y de bondad.*

*Mas ¿quién excita al árbol a levantar su frente  
y de la impura tierra le inspira su desdén?  
La savia vigorosa que entre sus fibras siente.  
¡La fe es tu propia savia, oh juventud ardiente,  
la fe que impulsa a lo alto con la pasión del bien!*

---

317 Barrantes Molina (Luis), "Sed como el árbol", en *Diario del Comercio*, 15 de setiembre de 1921, p. 4. Aparece también en *Versos*, 1923, pp. 8-9.

*Levanta hacia las cumbres tu joven pensamiento,  
amando lo que es grande, lo puro, lo inmortal;  
de luz y de justicia tu pecho está sediento  
y acude a la palabra desenvolviendo al viento  
los sacros estandartes de fe y de libertad.*

*¡Con qué pudor el árbol esconde sus amores  
y oculta el hondo arcano de su reproducción!  
¡Qué humilde y silencioso trabaja los primores  
de formas y matices que lucen en sus flores  
de frutas, que son copas, do escancia su licor!*

*Así conserva, oh joven, tu vida exuberante  
en el trabajo fértil y en el tenaz pudor,  
y tu alma, luz y templo tendrá como el diamante;  
y aunque la suerte adversa tu bienestar quebrante  
la paz de tu conciencia te infundirá valor.*

*¿Por qué tan bello el árbol? — Porque con armonía  
sus varias ramas brotan formando una unidad;  
sus hojas y sus flores ostentan simetría  
y hasta en la arquitectura de la alta selva umbría  
él sabe unir el orden con la amplia libertad.*

*Por ese ejemplo, oh joven, tu acción esté regida:  
tú, lucha, asciende y ama, mas siendo al orden fiel;  
él es el lazo inmenso que al alto amor convida,  
él es el que armoniza las fuerzas en la vida  
haciendo que sea útil y fértil todo ser.*

*Cuando a sus ramas baten los vientos de tormenta  
inmóvil en su tronco el árbol suele estar;  
así cuando te agite la tentación violenta  
prendido a los ideales que tu alma noble alienta,  
resiste inquebrantable la sugestión del mal.*

No rebúyas tú la lucha, Ella hace cristalinas  
Y fuertes esas rocas batidas por el mar.  
¿Sabéis por qué son altas y recias las encinas?  
Porque hacen su morada al pie de las colinas  
Y allí contra los vientos en diaria lucha están.

Por su pureza el árbol abriga a seres bellos;  
aroma y mariposa él une con la flor,  
esmalta sus follajes el sol con sus destellos  
y el coro de las aves, al columpiarse en ellos  
al soplo de la brisa, da cánticos de amor.

Bajo su fresca fronda la paz reina serena;  
mirando sus verdores desea uno ser mejor;  
en la floresta virgen la vida se hace buena,  
los torpes apetitos la voluntad refrena  
y en el silencio agreste nuestra alma siente a Dios.

Por ser tan puro el árbol un buen concurso ha dado  
a los más grandes actos que el mundo contempló;  
él dio las carabelas que guió Colón, osado:  
y dio aquel santo lábaro en que murió enclavado  
sobre el sangriento Gólgota el Héroe del dolor.

Así sea tu persona como materia prima  
De donde salga el santo, el genio, el luchador;  
Apoya al que alumbra almas, que salve o que redima  
A todo el que conduzca los hombres a la cima  
Donde el ideal difunde su eterno resplandor.

## LA CAPA EN EL RAYO DE SOL<sup>318</sup>

*¿Queréis saber cómo y cuándo  
fue contemplado San Goar  
de un rayo de sol colgando  
la vieja capa abacial?  
Pues oíd, en la florida  
Edad Media, por doquier  
del monje la santa vida  
se miraba florecer.  
Con sus ansias infinitas  
buyendo al mundo falaz  
ermitaños y eremitas  
buscaban la soledad.*

*Y fue San Goar uno de ellos  
que en cilicio y oración  
consagró los años bellos  
de su juventud a Dios.*

*Fabricó con sus sudores  
una ermita junto al Rin  
donde albergó a pecadores  
queriéndolos convertir.*

*Con ellos se banqueteaba  
para poderles hablar  
de Dios, aunque así violaba  
su santa ley monacal.*

*Pues ella le prescribía  
una comida frugal  
tan solo una vez al día  
con agua del manantial.*

*El pueblo escandalizado  
de los ágapes que él da,  
creyéndolo relajado  
su falta va a denunciar*

*ante el rígido prelado  
que lo llama al tribunal  
con su clero congregado  
para su culpa juzgar.*

*Con pasos apresurados  
Goar va ante el trono obispal  
donde los jueces sentados  
lo esperan con gravedad.*

*Y al estar en la antesala  
ve el monje con ansiedad  
que su capa está muy mala  
y se la quita al pasar.*

*Levantándola en la mano  
con breve perplejidad*

---

318 Barrantes Molina (Luis), "La capa en el rayo de sol", en *Diario del Comercio*, 16 de julio de 1922, p. 8. Aparece también en *Versos*, 1923, p. 37.

*busca una percha en vano  
para poderla colgar.*

*Entonces ante la gente  
que lo ve con estupor  
la cuelga, sencillamente,  
de un tibio rayo de sol.*

*Admirando ante el prodigio  
Los jueces su santidad  
le devuelven su prestigio  
y allí lo quieren honrar.*

*Moraleja, Dios transige  
dejando a la ley faltar  
si tal desorden lo exige  
un acto de caridad.*

## EL SECRETO DE COLÓN<sup>319</sup>

*Se ve surcando el piélago una nave,  
arriba, los eternos luminares,  
sobre la proa, pensativo y grave,  
Colón, el taumaturgo de los mares.*

*Tan serenas que se las ve tranquilas,  
dos naves más siguiendo van sus huellas  
mientras tiemblan, cual trémulas pupilas,  
bajo el palio infinito las estrellas.*

*Noche solemne! Tal como en la cena  
del Redentor al iniciar su drama  
naturaleza de emoción se llena  
y un gran suceso su quietud proclama.*

*La solitaria estrella en el levante  
su luz tranquila en el azul esfuma;  
mientras hunde su vista el almirante  
en los errantes sueños de la bruma.*

*En qué medita el soñador vidente?  
En un desvío de su rumbo incierto?  
En los augurios que en el alma siente  
o en los amores que dejó en el puerto?*

*Piensa en todo el varón predestinado  
en quien se unen los sueños del poeta  
los místicos anhelos del cruzado  
y la intuición del sabio y del profeta.*

---

319 Barrantes Molina (Luis), “El secreto de Colón”, en *Diario del Comercio*, 12 de octubre de 1922, p. 5. Aparece también en *Versos*, 1923, pp.40-42.

*Cruelles dudas lo llenan de congoja;  
pues conoce a los hombres inconstantes  
mientras la noche en el azul arroja  
su reguero de pálidos diamantes.*

*Le han dado luz los hechos singulares  
de su existencia errabunda y sola;  
y conoce los dramas de los mares  
y la falsa perfidia de la ola.*

*Y lo inquietan los vértigos marinos  
de la onda que a su nave balancea  
porque en su popa el lleva los destinos  
del mundo nuevo que su genio crea.*

*Evoca taciturno el almirante  
los amores que alientan su camino,  
la dulce imagen del bogar distante  
que acompaña el silencio del marino.*

*En su mente se mezclan añoranzas  
de amores que lo llenan de embeleso,  
mientras las olas en sus varias danzas  
juntan sus gotas y se dan un beso.*

*Mas otra sombra nubla su destino  
de fe y de patria el interés lo lleva;  
de su bopalanda saca un pergamino  
y solitaria su palabra suena.*

*Hay en su monólogo el reproche,  
el lamento y el ruego que acaricia.  
Oíd en el silencio de la noche  
su voz habla la lengua de Galicia.*

*- Resolvámonos que el alba  
asoma ya su arrebol;  
y pronto veré la tierra  
que ansioso buscando voy.*

*He guardado estos papeles  
sigilosamente hasta hoy  
vacilando si debiera  
revelar mi patria o no.*

*Mas la hora solemne llega  
en que haré la gestación  
quizá de un mundo ignorado  
que me dará eterno honor.*

*Quién sabe si por la ruta  
que hacia la India busco yo  
un nuevo mundo el destino  
me ofrezca por galardón.*

*Todo me induce a esperarlo;  
barruntos de tierra son  
esas ramas que las olas  
arrastran en su furor.*

*Cielos! Si eso ocurriera  
lo prometo por quien soy  
rescataría el sepulcro  
de Cristo Nuestro Señor.*

*Y fuera bien que un judío...  
Pero no! Qué loco estoy!  
Que si saben mi secreto  
me mirarán con horror.*

*Por mi patria que quisiera  
descubrir mi ocultación  
y revelar que he nacido  
en el solar español.*

*Mas ay! Que por mi delicia  
sangre maldita me dio  
el hebreo, que en Galicia  
la vida me transmitió!*

*Y jamás la corte hispana  
le prestará su favor  
a un hijo de aquella raza  
deicida del Redentor.*

*Ah! Por eso el fingimiento  
de mi vida y el dolor  
de negar ante los hombres  
mi pabellón español.*

*Y yo quiero, patria mía  
dar un mundo a tu pendón  
donde des a los infieles  
el evangelio de amor.*

*Esta es mi fe de bautismo;  
sírvale el mar de panteón  
y para siempre se ignore  
que es España mi nación.*

*Y el piloto arrojó su pergamino  
en la cripta de la ola tenebrosa  
mientras da en el oleaje cristalino  
la luz del alba su color de rosa.*

*Y aún él no sabe si adivina o yerra  
mira, teme y espera vacilante  
ninguno ha visto la soñada tierra  
y una neblina flota en el levante.*

*Y sufre su alma la tormenta ruda  
en esa hora de afán y de impaciencia  
en la que arroja el áspid de la duda  
su tósigo mortal en la conciencia.*

*No es que en su sangre esté la cobardía  
que él suele ver el cielo con sosiego  
aunque cruce la bóveda sombría  
el rayo ardiente con su arpón de fuego.*

*Mas no ahora, que el porvenir del mundo  
va a resolverse sobre aquella espuma;  
pero mirad... en el confín profundo  
el alba rasga la flotante bruma.*

*El velo de vapor se desvanece  
con las primeras luces del oriente  
y entre las claras ondas aparece  
virgen y pura América inocente.*

*- Es tierra! – Dice el clamoroso grito  
que exhalan los marinos como un canto;  
Colón llora su júbilo infinito,  
sólo puede expresarlo con el llanto.*

*Así formula el hombre exclamaciones  
sin emitir su voz pues cuando estalla  
el alma en las supremas emociones  
es impotente la palabra y calla.*

*Solemnizando aquel fugaz momento  
dan más lumbré los cirios estelares  
por el asombro se sosiega el viento  
y hay un himno en los cielos y los mares.*

*El firmamento de astros salpicado  
le da a Colón visiones de su gloria;  
pues él su nombre entonces ha clavado  
en la cumbre más alta de la historia.*

*El acto adornan con sus ropas grises  
las altas y románticas encinas  
la aurora con su fuga de matices  
y con su marco oscuro las colinas.*

*De los picachos de la cumbre enbiesta  
llegan arpegios, vuelos y plumajes;  
son las aves que pueblan la floresta  
y le dan a Colón sus homenajes.*

*Las nieblas en las frondas se evaporan  
y se oyen gritos en la verde loma:  
es que los genios de la selva lloran  
al ver la cruz que en lontananza asoma.*

*Mientras incendia la florida alfombra  
el sol que a trechos los follajes besa;  
salen los indios mudos de sorpresa  
de los recintos de tranquila sombra.*

*Bajando de sus náuticas terrazas  
toca tierra Colón con sus varones:  
y en los pechos se agitan las corazas  
con el latir de aquellos corazones.*

*Y ante el altar de la pradera umbría,  
entre efluvios de mar y de montaña,  
en la hora azul del despertar del día  
se alza en América el pendón de España.*

*¡Oh gran Colón! Aunque tal vez la historia  
hebreo te llame y de nación hispana  
ya nadie puede superar tu gloria  
entre los hijos de la estirpe humana.*

*Bueno es que tengas algo que te humille  
no sea que el claro lustre de tu nombre  
te vuelva vano y tu virtud mancille  
y acaso olvides que naciste hombre.*

*Mas no se turbe tu razón inquitada  
que si es tu carne de la grey semita  
en tu alma luminosa de poeta  
España entera con su fe palpita.*

*Cual tú ella tiene el entusiasmo santo  
para morir en aras de una idea,  
el heroísmo que brilló en Lepanto  
y la esperanza que prodigios crea.*

*Tú das el premio por la gran jornada  
con que ella expulsa al turco y al sofista  
cuando su triunfo disipó en Granada  
la larga noche de la reconquista.*

*Ella debió dar vida a tus ideales  
en la hora excelsa de su gran victoria,  
porque ella tiene destinos inmortales  
y es la artista de Dios ante la historia.*

## PROMESA<sup>320</sup>

*Ya encuentre yo en tu seno la mísera penuria  
o el próspero vivir,  
jamás -ob patria mía- de mí tendrás la injuria,  
ni la censura hostil.*

*Ya ostente victoriosa tu límpida bandera,  
de gloria el resplendor,  
o sufras la derrota, aunque por ti yo muera  
jamás seré traidor.*

*Y si el hado adverso me arrastra a playa extraña  
tu imagen llevaré,  
con tu sereno cielo, tu grávida montaña,  
tu espléndida mujer.*

*Por lejos que yo viaje, morir solo deseo  
bajo tu dulce sol.  
doquier tu duelo es mío, tu gloria mi trofeo,  
tu honor mi propio honor.*

*Quien a tu fama ofenda de mí será enemigo  
ya tenga o no razón;  
pues de mi propia madre las faltas no investigo,  
ni veo sus culpas yo.*

*Y madre eres -ob patria- de todos mis mayores  
y tu hijo menor soy;  
por eso tú en la escala de todos mis amores  
estás después de Dios.*

---

320 Barrantes Molina (Luis), "Promesa", en *Ibid.*, 1923, p. 4.

## AÑORANZAS<sup>321</sup>

### Patrios recuerdos

*¡Oh cuánto te embellece la distancia  
en que te miro, dulce patria mía,  
nido de paz que poetizó mi infancia  
y donde anhelo reposar un día!  
Trémulas palmas, fuentes y follajes  
estremecidos por el viento blando,  
casitas blancas, idílicos paisajes  
que contemplé desde el vapor llorando.  
Las hadas de mis sueños matinales  
me evocan aun con su vital aroma  
el tremolar de aquellos platanales  
y del cafeto la brillante poma.  
Cuando ocultarse vi con desaliento  
la playa gris, salí de mi letargo,  
y sobre el mar volqué mi sentimiento  
como sus aguas pertinaz y amargo.  
Aquel dolor que me enlutó la vida  
quitólo el tiempo ante quien nada dura  
y hoy la memoria de tu faz querida  
en vez de duelo inspírame dulzura.  
Como aquel día, fresco está en mi mente  
el panorama ideal de tus bellezas;  
y es su recuerdo como luz sonriente  
que desvanece todas mis tristezas.  
Si el desterrado a quien del patrio nido  
echó el tirano, con amor te añora,  
¡cuánto más yo que nunca estuve herido  
bajo tu cielo, por maldad traidora!  
Como en mi infancia al celebrar el día  
del patrio festival que nunca olvido,  
tu santo amor dentro del alma mía  
cual cirio del altar, vive encendido.  
y aunque duerma, despiértase violento*

---

321 Barrantes Molina (Luis), "Añoranzas", en *Ibid.*, 1923, p. 12. Aparece también en Sotela, 1923, pp. 388-390.

*si tu enseña gentil me sale al paso,  
o escucho tu himno, pues entonces siento  
el afán de morir en tu regazo.  
Deseo a veces cabalgar el viento  
por dar alivio a mi ardoroso anheló  
de respirar tu maternal aliento  
y de saciarme en contemplar tu cielo.  
A medida que viajo y que comparo  
más me confirmo en la verdad notoria  
de que eres digna de tu honor preclaro,  
pues no hay gloria más pura que tu gloria,  
ni pro genie más noble que tu gente,  
ni edén que exceda a tu feraz pradera,  
ni luz más bella que tu sol ardiente,  
ni tricolor que iguale a tu bandera!*

## LA LUZ INTERIOR<sup>322</sup>

A Julio Fonseca

*Como luz escondida en el alma  
cual plácida alondra que canta en mi vida  
de mi ser interior brota siempre  
la fuente serena de clara alegría.*

*Es la luz que da tonos risueños  
al diáfano cielo y al agua tranquila  
la que forja los oros que cubren  
al sol cuando el globo de amor fecundiza.*

*Es por eso que insípidos frutos  
me saben a gloria y en pálidos días  
en que el sol está ausente yo encuentro  
el cielo brillante. Y es mi alma que brilla.*

*Es la fuente que el hombre elabora  
allá en su santuario con mágicos filtros  
y con ellos fabrica sabores  
y aromas y notas que da a los sentidos.*

*Sabiendo eso he pensado que el mundo  
tan vario y complejo lo llevo conmigo  
y que es mi alma la que hace colores  
y suaves fragancias y luces y ritmos.*

*Y me explico que plácidas corran  
las horas que el hombre le da a la fatiga  
y que el árbol de dura pobreza  
se cubra de espléndidas flores de dicha.*

---

322 Barrantes Molina (Luis), "La luz interior", en *Versos*, 1923, pp. 13-14.

*A los cielos por eso no imploro  
al don de la ciencia -esa gran ignorante-  
que, en penosos esfuerzos busmea  
verdades, de un día que luego rechaza.*

*Yo no quiero inquietudes del docto  
que andando en muletas de hipótesis vagas  
anuncia principios, sistemas y leyes  
que al soplo de un niño se caen desplomadas.*

*Ni el metal, ese vil instrumento  
de venales placeres es fin de mis ansias  
pues el oro que compra los goces  
más vivos y puros lo llevo en el alma.*

*Ser jovial y tranquilo en mi suerte  
eso es lo que os pido -oh pródigas hadas-  
y dejad proseguir mi barquilla  
con brisa serena y flámula blanca.*

*Dadme paz y contento, esos remos  
que llevan la vida por aguas tan mansas  
al compás del rumor armonioso  
que da en su aleteo al ave esperanza.*

## A BUENOS AIRES<sup>323</sup>

*Buenos Aires, urbe hermosa,  
por tu genio soberano  
eres el pórtico urbano  
en que gallardo se esboza  
el cerebro americano.  
De esplendorosos progresos  
es tu llanura ancha taza,  
donde en derroches sin tasa  
dejó sus rasgos impresos  
el orgullo de tu raza.  
No en vano fama te dan  
de país noble y fecundo,  
pues tu granero profundo  
le da bienestar y pan  
a los proscritos del mundo!  
Tus varias razas condensa  
la vieja sangre latina  
que las esculpe y hacina,  
formando luz tan intensa  
que el continente ilumina.  
De oro y de lujo estás llena,  
porque en tu faz zumbadora,  
desde la pálida aurora,  
de tu trabajo resuena  
la música redentora.  
En ti tiene cada idea  
su tribuna y su conquista:  
junto a la voz idealista  
del patriota, centellea  
el relámpago anarquista.*

---

323 Barrantes Molina (Luis), "A Buenos Aires", en *Versos*, 1923, pp. 17-18. Aparece también en Sotela, 1923, p. 390.

*Tú, de las urbes más nuevas  
tienes el cielo más puro,  
y del progreso al conjuro  
delante de todas llevas  
los ideales de) futuro.  
Plugo a Dios no darte heridas  
con fiebres ni con volcanes;  
mas con las iras y afanes  
de tus huelgas fratricidas  
engendras tus huracanes.  
Son hermosas tus mujeres,  
es fértil tu pradería  
y rica tu burguesía;  
mas tienes en tus placeres  
no sé qué melancolía.  
¿Te proviene esa tristeza  
de tu porción sibarita?  
¿O es porque en ti se agita  
conquistando la riqueza  
tu pueblo cosmopolita?  
¿O porque en tus calles flota  
tanto triste desterrado  
que en ti se quedó enclavado  
y no halla en tu faz la nota  
romántica del pasado?  
No lo sé. Pues hay placeres  
que infunden melancolía,  
y en ti, de la noche al día,  
como en todas las mujeres,  
la luz del alma varia.  
Mas sé que por generosa,  
cual golondrinas viajeras,  
grandes masas extranjeras  
con la esperanza radiosa  
arriban a tus riberas.  
y si trabajan porfiadas  
a pocos años su celo  
premia tu pródigo suelo  
y tienden transfiguradas,  
cual crisálidas, el vuelo.*

## NOSTALGIA<sup>324</sup>

### Al doctor Adolfo Esquivel de la Guardia

*Estoy fatigado de ver caras nuevas  
De amores de un día que olvido al pasar,  
De risas fingidas de frágiles Evas  
Que he visto en mi loco, continuo viajar.*

*Ya no me impresionan los tristes adioses  
Que al bordo del barco se da la amistad;  
Porque ella se pierde al calor de otros goces  
Como las neblinas fugaces del mar.*

*He visto las urbes soberbias e insanas  
que agitan la vida en frenético ardor  
y entre pedrerías y danzas livianas  
he oído la queja inmortal del dolor.*

*Lo mismo en los tibios harenas de Oriente  
que en el bar nocturno del rubio teutón,  
es fugaz el goce, egoísta la gente,  
incierto la vida, caduco el amor.*

*Acaso se curen mis hondos hastíos  
al ver de la patria la luz tropical,  
cuando me adormezcan sus bellos estíos  
hundido en la dulce quietud del bogar.*

*Allí en su campiña será mi recreo  
mirar aquel cielo de brillo sin par,  
y envuelto en recuerdos, perdido el deseo  
serán mis delicias dormir y soñar.*

---

324 Barrantes Molina (Luis), "Nostalgia", en *Versos*, 1923, p. 22.

## LA NOCHE BUENA<sup>325</sup>

*Era el dulce tiempo de mi alegre infancia  
cuando era la vida tan pura y serena  
en mi humilde casa vertía su fragancia  
la cándida fiesta de la Noche Buena.*

*Poblaban el aire rumores discretos,  
por mi hogar los ángeles daban sus vuelos,  
en la tibia estancia, junto con los nietos  
volcaban su risa todos mis abuelos.*

*En el verde establo, sobre el césped blando,  
un pueblo de corcho sus gracias hacía  
y al pasar el viento sutil, murmurando,  
las luces y frondas a compás mecía.*

*Bíblico desfile de simples pastores  
daba a su Dios-Niño sus obsequios varios,  
de la arcana estrella, a los resplandores,  
iban los tres reyes en sus dromedarios.*

*Suave luz de ensueño fugaz alejaba  
de los corazones la melancolía,  
mi alma en un vago placer se extasiaba  
y ante el gran enigma de la vida reía.*

*Todos desgranaban con voces tranquilas  
las Ave Marías en iguales rimas,  
a veces los mozos volvían sus pupilas  
hacia los semblantes de sus bellas primas.*

---

325 Barrantes Molina (Luis), "La Noche Buena", en *Ibid.*, pp. 23-24.

*De la gran familia las flores rosadas  
su primer capullo virginal abrían  
junto a las abuelas por la edad plateadas  
que pronto iban a irse y no volverían.*

*La faz del Dios-Niño dábale alegría  
al viejo encorvado y al joven esbelto,  
parecía que el tiempo su curso invertía  
y al alba del mundo nos hubiera vuelto.*

*De los francos rostros en la transparencia  
el cálido afecto doquier se veía,  
sobre nuestras almas, soplos de inocencia  
nos daba la Virgen Intáctil, María.*

*En vano contemplo los portales ahora  
buscando el encanto que gocé aquel día  
porque con la fuga de mi edad de aurora  
el cristal se ha roto con que antes los veía.*

## HASTA LUEGO<sup>326</sup>

### A la niñita Dolly Esquivel

*Ave gentil que tiendes hoy el ala  
para surcar las tierras de Colón:  
Dolly bella, por quien está de gala  
al despedirse, el argentino sol.*

*Con él yo quiero celebrar tu viaje  
y un ramillete darte en oblación;  
mas no fue así, y en vez de flores traje  
estas estrofas en que doy mi adiós.*

*Ramo es de versos que te dan un beso  
mientras tu padre con febril placer  
canta dichoso el himno del regreso  
hacia la tierra que lo vio nacer.*

*Allí él lleva los lauros de victoria  
que en reñida palestra conquistó,  
y la ejemplar esposa que es su gloria;  
hermosa y buena cual su gran nación.*

*Ve, dulce Dolly, al país donde se escuda  
cada ciudad en su montaña gris;  
donde jamás el árbol se desnuda  
de su ropaje de florido abril.*

*Donde murmuran sus cadencias suaves  
las brisas en el verde cafetal;  
donde no emigran tácitas las aves  
en busca de la luz primaveral.*

---

326 Barrantes Molina (Luis), Barrantes Molina (Luis), “Hasta luego”, en *Ibid.*, p. 26.

*Pues allí reina sin eclipse Flora;  
frutas y rosas brotan sin cesar;  
toda inclemencia en el vivir se ignora  
y es noble y buena el alma popular.*

*Ve a saludar -¡oh Dolly!- las florestas  
en que viví mi rústica niñez;  
las que abrigaron mis tranquilas siestas  
y las que suelo en mis ensueños ver.*

*Saluda el polvo blanco del sendero  
que sube y baja entre olas de verdor,  
y al ave negra, fija en el alero,  
y al labriego quemado por el sol.*

*Anda y escucha de mi patria ausente  
los ruidos dulces que mi infancia oyó;  
de las carretas el gemir doliente  
y el lánguido compás del acordeón.*

*Y en nombre mío con piedad visita  
de los ausentes la tronchada grey  
que ya en la sombra del sepulcro habita  
y amigos fueron que me hicieron bien.*

*Y a los que viven, con tu voz parlera  
exprésales mi afecto con calor.  
Misión te doy de ser la mensajera  
de mis recuerdos y mi patrio amor.*

*¡Adiós! Quizá al volver de tu embajada  
no vea ya más -oh Dolly- tu perfil;  
yo soy ocaso y tú eres alborada;  
yo soy de ayer y tú eres porvenir.*

## EL FRUTO DEL DOLOR<sup>327</sup>

Al general Jorge Volio

*Del dolor la arcana pesadumbre  
no te acobarde con pueril recelo;  
es áspero ascender hacia la cumbre  
pero en ella se está cerca del cielo.*

*Es necesario que el dolor exista  
desde que el ser su progresión empieza  
solo al recio golpe del artista  
brotó del mármol la inmortal belleza.*

*No estás en la verdad si te imaginas  
que sin sudor fecunda la semilla;  
ningún rosal florece sin espinas  
ni el arte excelso sin fatigas brilla.*

*El genio fecundó su pensamiento  
de algún dolor en el crisol austero;  
el Dante y Hugo en su ostracismo lento,  
en sus ojos sin luz, Milton y Homero.*

*Byron y Goethe en su cruel escepticismo  
el gran Leopardi en su dolencia extrema,  
Camoens del mar en el hirviente abismo  
y Cervantes, cautivo, en su cadena.*

*No llores al sufrir el dardo artero  
con que al dolor desbasta tu rudeza;  
con el tajo de la hoz del jardinero  
adquiere el árbol su gentil belleza.*

---

327 Barrantes Molina (Luis), "El fruto del dolor", en *Ibid.*, p. 30. Cabe recordar que en 1923 Jorge Volio, amigo de Barrantes desde su juventud, era candidato a la presidencia de Costa Rica por el Partido Reformista.

*Da frutos de virtud con tus heridas  
como el árbol que aroma a quien lo irrita;  
con las flores que son más desabridas  
da la abeja su miel más exquisita.*

*Recibe en tu sudor el fértil riego  
que hará tu vida limpia y meritoria;  
pues necesitas, como el oro, el fuego  
para que expulses tu nativa escoria.*

*Se temple el alma con la adversa suerte  
como en la fragua el español acero;  
como la planta que se vuelve fuerte  
bajo el soplo glacial de ventisquero.*

*El dolor fortalece a los varones  
cuando hay en ellos una fibra noble;  
así le dan los recios aquilones  
muerte al arbusto, pero vida al roble.*



Marzo 19 de 1911  
A Caamaño el profesor  
de la terna juventud  
hoy le mando yo una flor  
y un voto por su salud.  
Delito grave sería  
me hoy yo, sin voz, me callara  
y ni una tarjeta le enviara  
al celebrar el, su día,  
tan solo me desconsuela  
no poder darle un millon  
el director de la escuela  
el gran "Cristobal Colon"  
Si mi ofrenda no es caudal  
que le di por todo el año  
es la expresion fiel & leal  
de mi afecto por Caamaño.

## OTRAS PÁGINAS

Y si otro día me mal  
mi ofrenda tan pobre & sola  
para él sera natural  
pues lleva sangre española  
sangre muy generosa  
sin interes ni ambicion  
por eso Caamaño goza  
tan solo en la educacion  
Preso del bien en pos  
va el formando su corona  
& es fiel a su país & a Dios  
como lo gente sajona  
No parecia, pues, extraño  
de mi sentir la expresion  
al decir: "Dios, di a Caamaño  
larga vida & bendicion"  
nada. Luis Barrantes Ho



## LA CATEDRAL<sup>328</sup>

La Catedral fue uno de los monumentos que principalmente solicitaron mi atención, al visitar, por primera vez esta ciudad, ávido de recibir impresiones y de acopiar recuerdos.

Asentada gallardamente en el centro, domina con sus severos perfiles el conjunto desordenado y hermoso de la población, en que predomina la arquitectura italiana.

Cuando entré al recinto sagrado era la hora apacible en que suele dilatar su largo cáliz de oro la estrella de la tarde y en que descende calladamente sobre la naturaleza la musa de la melancolía.

Admiré la inmensa basílica llena de sombra, los macizos pilares, que se ramifican en la altura en un raudal de líneas doradas, como la fronda enlazada de una selva opulenta, los cielos amplios, vestidos de limpia pintura, en que por desgracia resaltan los colores vivos, impropios de la austeridad del templo, el coro y la balaustrada que sirve de comulgatorio de preciosa madera negra exquisitamente labrada, el altar, sencillo y esbelto que descuella con áurea magnificencia, el pavimento sólido y, esparcidos, los valiosos cuadros, entre los que sobresalen cuatro reproducciones de los frescos con que Rafael se levantó hasta el pináculo de la gloria en los dominios del arte.

La oscuridad y el silencio producían el encanto indefinible del misterio.

A la izquierda del altar, está la capilla del Santísimo, donde, rompiendo la lobreguez que la inunda, un rosal de cirios brilla en torno del tabernáculo como floración de estrellas que a la Majestad Eucarística le sirviera de guardia.

Las macetas de flores envían suaves fragancias al tranquilo ambiente.

Sin duda se había realizado ese día alguna solemnidad religiosa porque varios grupos femeninos discurrían toda-

---

328 Barrantes Molina (Luis), "La Catedral", en *Actualidades*, Lima, n° 94, 15 de diciembre de 1904, sin paginación. Disponible en

[https://books.google.co.cr/books?id=NhA4AQAAMAAJ&pg=PP326&dq=%22luis+barrantes+molina%22&hl=es-419&newbks=1&newbks\\_redir=0&sa=X&ved=2ahUKEwiAoJnC2M2BAxURSjABHd90BMMQ6AF6BAgJEAI#v=onepage&q=%22luis%20barrantes%20molina%22&f=false](https://books.google.co.cr/books?id=NhA4AQAAMAAJ&pg=PP326&dq=%22luis+barrantes+molina%22&hl=es-419&newbks=1&newbks_redir=0&sa=X&ved=2ahUKEwiAoJnC2M2BAxURSjABHd90BMMQ6AF6BAgJEAI#v=onepage&q=%22luis%20barrantes%20molina%22&f=false)

vía devotamente por el santuario y al recibir la luz de alguna lámpara cercana dejaban ver la delicada y lánguida belleza de los semblantes limeños, realzada entonces por la expresión que en ellos había producido la fatiga de emociones prolongadas y la llama recóndita del fervor encendido.

El silencio del órgano, la ola creciente de tinieblas que invadía la estancia y la ausencia de oficiantes, difundían en aquel hogar místico la majestad propia de las supremas tristezas.

Del postrer grupo de mujeres que rezaban emergía el murmullo arrullador de avemarías, esa religiosa exquisitez del alma popular.

Los retazos de plegaria a media voz, la respiración rítmica de las que oraban en silencio, los pasos ahogados de las que discretamente se retiraban; todo eso producía rumores vagos, algo así como ecos de lamentos desvanecidos, como flotantes sollozos de ángeles en éxtasis, como notas perdidas de una música inefable.

Oleadas de amor y de ideal inundaron mi alma, sentí reverdecer la flor marchita de mi fervor infantil, infinitas ansias de bondad y de pureza reemplazaron entonces el lugar que en mi ánimo ocupara poco antes, la torpe avidéz de las pasiones y el vaivén miserable del apetito al tedio en que suelo fluctuar.

Hacia la derecha de la ciclópea puerta de entrada, en una capilla desnuda de ornato, pende de la cruz el divino ajusticiado.

En vez de la rigidez adusta de la muerte hay en su faz la plácida dulzura de un vencedor dormido que en el reposo acopiara energías para soportar las emociones del triunfo.

En la segunda capilla, hacia la izquierda, está también el Nazareno sublime, pero ¡qué diferente escena la que aquella escultura evoca!

Allí está en su navidad. Irradiación de alegría inunda el grupo escogido, resplandor de gloria ilumina el pesebre.

Entre lípidos cantos de querubes, música de pastores y perfumadas espirales de mirra, se desplegaba la magnificencia de los reyes peregrinos y en el fondo María, ufana y risueña, como un crepúsculo de alba aparecía sobre la cuna del divino sol naciente.

En la capilla del Calvario también aparece María, pero desolada y lúgubre, como el crepúsculo de la tarde que esfumara

los melancólicos tintes de su luz agonizante sobre el triste ocaso del sol apagado.

Concentro mi atención en la belleza indefinible que emerge de ese Cristo solitario, rameado de sangrientos surcos.

La belleza artística es misteriosa impresión que halaga el espíritu, cuando éste percibe, por la agencia de los sentidos, la armonía de un cuadro, la expresión de una escultura, el concierto evocador de la música o cualquiera de los demás recursos por medio de los cuales el arte interpreta idealmente el sentimiento, la naturaleza, o la vida.

Así, hay, sin duda, belleza sensible, en el cuadro que representa a Jesucristo en su entrada a Jerusalén, el Domingo de Ramos.

Los nobles atractivos exteriores del divino Maestro, antes de sufrir los estragos de la pasión, su predominio sobre la multitud reducida por su bondad a la dulce esclavitud del amor, el centelleo divino que luce sobre su frente, el séquito de personas por él arrancadas al sepulcro que pregonan su poder sobrehumano, la filosofía sublime que fluye de sus labios en poéticos apólogos, su marcha triunfal ungido de bálsamos, entre un bosque de palmas ondeantes, sobre los mantos de púrpura a su paso tendidos, bajo una lluvia de flores y aclamado por un pueblo delirante, todo concurre entonces para que los sentidos perciban la belleza material que fulgura en el Nazareno de un modo magnífico. Pero ahora, en los marchitos despojos del Mártir inimitable no resplandece, por cierto, la belleza física que a los sentidos impresiona.

Mas, nunca, sin embargo, he sentido yo, de modo tan hondo la emoción que el espectáculo de lo bello produce, como la experimenté en la Catedral ante la visión de aquel aniquilamiento a que la injusticia humana redujo la bondad divina.

Es lo moralmente bello, esa armonía superior que produce la virtud excelsa de sabor exquisito no a todos concedido, lo que percibí ante ese cuerpo, envuelto en la sugestión solemne de los recuerdos que evoca.

Toda la hermosura moral de su vida ejemplar me pareció entonces verla condensada en la suspensión de su ser extinto, como síntesis de una desventura inmensa y de un amor infinito.

Nada hay, entre las armonías que complacen al alma, ni arco iris de cielo, ni mar agitado, ni solemnidad de la tarde, ni oriente de estrella, ni azul lejanía, ni noble semblante, ni voz elocuente,

ni maravilla de arte que me haya producido más intensa impresión de belleza que la que me hizo sentir la contemplación del Cristo solitario que en la primera capilla de la Catedral de Lima permanece con los brazos abiertos, como si eternamente quisiera estrechar en ellos el conjunto humano.

Lima, Octubre de 1904.

## LA OVACIÓN POPULAR TRIBUTADA A CRISTO<sup>329</sup>

La espontánea ovación popular que recibió el Cristo el domingo de Ramos, es un alegre paréntesis de gloria dentro de la tristeza y abatimientos normales de su existencia.

Fue aquel día radiante de honra y de felicidad, como quizá no existe otro en la triste serie de humillaciones y amarguras que forman la trama incomparable reductora de la Historia de Cristo.

La comitiva que venía con Él desde Betania, con rumbo a Jerusalén, derramaba desde la mañana su riente alegría sobre el melancólico silencio de aquella naturaleza adusta; llena de barrancos y de sagradas ruinas. Gracias a la jubilosa coloración que el sol ponía en la verdura de los viñedos, en el trémulo follaje de las palmeras y en los vestidos flotantes de la multitud, desaparecía inapercibido, ese aire de tristeza que da a la campiña hebrea la ausencia de grandes árboles, la continuación de precipicios, desiertos y desfiladeros, y la abundancia de sepulcros, lavados por las lluvias y blanqueados por los siglos.

Como ocurría siempre en las excursiones del Divino Agitador de Nazaret, los numerosos amigos y discípulos que lo acompañaban no podían contener el júbilo de sus almas ni las expansiones de dulce fraternidad que entonces y después fue el distintivo de los primeros cristianos. Eran aquellas unas festivas peregrinaciones a través de los lagos azules, de las risueñas aldeas pescadoras, de las solitarias campiñas embalsadas de alelíes, anémonas y rosas silvestres, cuyo aroma neutralizaba el fuerte olor de los apriscos.

Casi siempre se caminaba a la dulce luz de la mañana, o bajo la poética claridad de las estrellas, a fin de evitar los dardos abusadores del sol de Oriente. Los peregrinos sentían entonces el gusto de vivir sin cuidados, en medio de una gran familia, embriagados todos por el mismo afecto hacia el Maestro seductor. ¡Días castos y serenos en que se vivía en un celeste ensueño, cantando salmos y oyendo la palabra del Tribuno Sublime! El Divino Orador Errante, con sencillez expresiva y poéticos ejemplos,

---

329 Barrantes Molina (Luis), "La ovación popular tributada a Cristo", en *El Bien Público*, Montevideo, 18 de marzo de 1940, p. 5.

volcaba sobre las aldeas sus ideas redentoras, dinámicas y amorosas que enaltecían la pobreza y llenaba a los trabajadores de dignidad y de esperanza. Mucho tiempo antes de que Él y sus acompañantes llegaran a Jerusalén, ya lo esperaba una multitud que tenía noticia de su próxima visita a la ciudad santa. Sabían que venía de Betania y que de un momento a otro aparecería por el blanco y tortuoso camino que sube y desciende por el monte de Olivos. A lo largo de esa pendientes e agrupaba ansiosa la multitud que se entretenía charlando, comiendo de boca, sin dejar de estirar el cuello hacia el cumbre por donde esperaba al Profeta, a quien los salmos llamaban el “Deseado de las Naciones”.

El prestigio de su elocuencia y la fama de sus milagros había excitado la curiosidad del pueblo que se exaltaba fácilmente en aquella época de efervescencia nacional y religiosa provocada por las profecías bíblicas que anunciaban la próxima llegada del Mesías. Para muchos, Él era el Enviado del cielo, el Hijo Unigénito de Dios, consustancial con el Padre, el Libertador de Israel que había de conquistar todas las naciones. Era natural que al saber que iba presentar una tan sublime como misteriosa personalidad palpitaran de emoción los corazones. Sus discípulos, los apasionados y sencillos galileos, que lo seguían en sus excursiones, habían electrizado con sus relatos a varios habitantes de Jerusalén. Muchos de estos ya lo habían conocido en recientes viajes por el interior de Palestina y comunicaban a sus amigos la exaltación de su alma. La reciente resurrección de Lázaro y la noticia que tenía de que este emigrado del sepulcro venía con el Maestro, intensificaba la curiosidad y la avidez de ver a ambos personajes. Algunos hacían pronósticos sobre el reino futuro. Otros discutían acerca de la misteriosa personalidad de Jesús. No faltaban saduceos y acaso algún sanedrita disfrazado, que sembraba dudas entre los polemistas y que iba dispuesto a sorprender al Maestro en alguna acción o palabra que sirviera para acusarlo.

Trepados, los más jóvenes sobre los muros, ubicados otros en las frescas rama de las higueras, sicomoros, olivos y viejas parras de los cercados dialogaban, bromeaban y se reían, sumergiéndose en súbitos silencios de expectativa cuando aparecía alguna nube en la cumbre del monte. Todo el cordón humano se agitaba entonces, pero luego, al ver que solo apareció algún pastor con su grave cortejo de tranquilas ovejas. Volvían a su quietud y a su charla.

La contagiosidad natural de los fuertes sentimientos que tienen interés colectivo, y la excitación comunicativa que produce todo lo que es misterioso solidarizaba aquellas gentes en una especie de onda magnética pronta a estallar en gritos de emoción. Así fue que cuando la esbelta y graciosa figura del Divino Taumaturgo de Galilea apareció destacada en la cumbre del monte, un trueno de aclamaciones y aplausos vibró en el aire límpido y se reprodujo en ecos sonoros por el hondo silencio del valle.

Sobre aquella cumbre, apareció Él, casi solitario porque el numeroso cortejo que lo seguía quedaba oculto o disminuidos en los peldaños inferiores de la montuosa ascensión.

El caudillo celestial se detuvo un momento en aquella eminencia. En el azul profundo del cielo se perfilaron nítidamente las nobles líneas de su rostro, mientras su rizada cabellera y sus amplias vestiduras flotaban al viento, bañadas por el sol. Desde allí, como sobre un pináculo de gloria, enhiesto y hermosos, miró el Cristo a la ciudad extendida y como postrada a sus pies, mientras la multitud lo aclamaba como rey de Jerusalén, heredero de David, ejecutor de las esperanzas de los hebreos.

Delante de sus ojos se extendía la ciudad predilecta que Él podía gobernar como heredero legítimo que era de David. Durante breves instantes contempló las soberbias murallas, erizadas de torres, los grandes muros grises cubiertos de almenas, las pesadas construcciones romanas y el laberinto gigantesco del templo, cuyos techos rojizos y cúpulas doradas se destacaban sobre la inmensa mole arquitectónica de mármol, bajo el azul purísimo del cielo.

Era el dominio político de esa ciudad lo que le concitaba principalmente el antagonismo del Sanedrín y de Herodes. Pero ¿qué era esa efímera sombra de poder para el que es Rey de reyes y Señor de los señores?

Esa dominación externa que le reconocía el pueblo, era poco comparada con el derecho que Jesús, momentos antes, se había reconocido a sí mismo, no como soberano político de un pueblo, sino como propietario y señor absoluto de todas las cosas que existen sobre el planeta.

En efecto, antes de llegar a Jerusalén, en Betfagé, Jesús se había detenido y ordenado a sus estudiantes que fueran a una aldea vecina y le trajeran un jumentillo que allí encontrarían: “Si

alguien os dijere: ¿Qué hacéis? Respondedles que el Señor lo necesita y os lo dejarán traer.”

Así habló Jesús como el primero y único sujeto del derecho absoluto de propiedad, de la cual todos los demás dueños aparentes solo tienen el uso. Todas las cosas que han tenido principio, aun el hombre mismo que a veces parece dueño, son de Dios que las ha creado y las hace subsistir. El rey no es dueño de su cuerpo ni de su alma, ni de su propia vida, ni siquiera de las propiedades que existen en el territorio de su soberanía, sino que es el simple custodio y defensor del derecho relativo de uso para el bien que tienen los súbditos sobre sus propias cosas.

Sin embargo, la proclamación espontánea del pueblo, procediendo entonces como soberano autónomo de sus destinos, según la ficticia teoría de la democracia moderna, debió complacer al Cristo. Era la culminación de su prestigio, el exponente de su popularidad, el día más afortunado y glorioso de su existencia terrena; pero en vez de sonreír complacido, contrajo el semblante y sus bellos ojos se nublaron con lágrimas de tristeza. En medio de su gloria, formando contraste con la ruidosa alegría de la multitud, su lúcido pensamiento rasgaba las lontananzas del futuro y contemplaba entristecido la ingratitud de su patria, la crueldad implacable de aquella ciudad altanera, los ultrajes que recibiría del populacho, vencido al oro de los escribas, muchos de los cuales, allí mismo, estaban acechándolo; y la destrucción de la metrópoli decidida que había de pagar su crimen bajo la espada vengadora de los romanos.

La ovación continuó luego más calurosa y expansiva en el descenso de la montaña. Los gritos inflamados de gozo, los aplausos, los hurras, los ramos de flores, las túnicas tendidas para que pasara el Maestro, las bendiciones y los hosannas, constituyen en conjunto una alegría triunfal, una apoteosis cuyo relato nos pone el alborozo en el corazón y la sonrisa en los labios, pero las lágrimas que todavía humedecen el rostro del Cristo y la humildad de su asnal cabalgadura arrojan algunas sombras en la jubilosa claridad del cuadro.

La mula en que monta el Señor, es un detalle familiar y sencillo que recuerda la humildad que el Mesías trajo del cielo y especialmente quiso enseñar a los hombres: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.”

Son patéticas y bellas las lágrimas de Jesús en tal momento. Ellas recuerdan la tristeza sublime que necesariamente enluta toda la misión de Cristo que ha querido ser la víctima inocente y voluntaria que sufre para obtener el rescate de los hombres.

Como artífice que es Él del corazón humano, conoce que nuestra sensibilidad es más profunda, delicada y tenaz para sentir el dolor que para experimentar alegría. Sabe que la piedad y la compasión producen más fácilmente el amor que la admiración y el júbilo.

Prefirió ser recordado en el sufrimiento que esculpe las almas y da profundidad a la inteligencia, en vez de serlo en el aturdimiento de la algazara y el alborozo. El hombre se vulgariza en el gozo y sólo aparece sublime ante el dolor y ante la muerte. El Hombre-Dios, que es la belleza moral por excelencia, ennobleció todos los actos de su vida con la oblación y el martirio. Pero, sobre todo, quiso ser amado y por eso, prodigó en su vida las escenas dolientes que nos recuerdan la generosidad de su propio sacrificio con que buscó su innovación dolorosa para labrar con ella nuestra dicha.

## CARÁCTER NACIONAL ECUATORIANO<sup>330</sup>

### (Capítulo II de *Un alma sacerdotal*, fragmento)

Aunque la influencia hereditaria de la raza y de la sangre nacional se ha exagerado demasiado, aunque el carácter no se forma sólo por causas fisiológicas y por el ambiente físico, sino principalmente por la influencia de la educación y por el libre esfuerzo de la voluntad; aunque el hombre normal conserva en todos los países su carácter original y es capaz de alterarlo cuando se propone, no puede negarse, sin embargo, que existe en el conjunto de las personas que constituyen un pueblo, rasgos comunes, perfiles colectivos que subsisten a través del tiempo y del espacio.

El pueblo ecuatoriano tiene, también, su fisonomía moral característica, que lo distingue de sus vecinos y del tronco común español de donde surge la raza hispanoamericana.

Esas cualidades brillaban en monseñor Álvarez, que era un perfecto ejemplar de su familia nacional. Evocando ahora las impresiones que recibí en Guayaquil, me represento un pueblo de hablar dulce, afectuoso y vehemente, que dejaba las eses vibrando en el aire. El guayaquileño, y, más o menos, el ecuatoriano, me pareció nervioso, exaltado, enfático, grave, sentimental, romántico, delicado, sensible, caballeresco, y tan violento en sus iras como en sus simpatías.

Como se ve, es un carácter muy semejante al castellano. Tal vez en su tendencia a lo trágico y a la exaltación mística o revolucionaria, se debe a la nerviosidad que produce el clima tórrido, el peligro y el desastre frecuente de los terremotos. En Costa Rica, los temblores de verano asocian las almas en la expansión de la común zozobra. En Guayaquil existe también el peligro del incendio, de la epidemia palúdica, de la revolución política, que amenazan a la población con sus flagelos de muerte o de ruina, y que agravan la nerviosidad que producen la humedad y el calor. Hay allí en los gestos y en la entonación de la voz rasgos del espanto, del que ha presenciado los desmanes devastadores de la naturaleza y del hombre. Esa misma nerviosidad debe exaltar en unos la religiosidad y en otros el sectarismo.

---

330 Barrantes Molina (Luis), *Un alma sacerdotal*, Buenos Aires, Imprenta A. Baiocco, 1ª ed., 1928, pp. 23-27.

La vivacidad del calor y de la luz, la grandiosidad de la naturaleza, y el excesivo consumo de café, tal vez excitan los nervios y predisponen a la población masculina a las fugaces revoluciones, que estallan con la misma facilidad y violencia con que se producen los incendios en las construcciones de madera y en las selvas que, inflamadas por el sol intenso, revientan en súbitas llamaradas. La extenuación que producen el calor, la humedad, la vegetación desmesurada y la complicada orografía llena de cumbres y barrancos inaccesibles, desalientan al mestizo para el trabajo paciente y le inspiran el amor al ensueño poético, al fatalismo, al reposo, a la superstición y a la melancolía. Por eso mismo los hombres de acción, como García Moreno y monseñor Álvarez, necesitan desplegar allí mayor esfuerzo y carácter que las personas más laboriosas de los países fríos, donde el clima espolea el cuerpo, impulsándolo al movimiento. En otras partes la suavidad del clima, la domesticidad de la naturaleza dócil al cultivo, incita a los pueblos al sano y honesto trabajo agrícola y crea en ellos hábitos de paz, como ocurre en Costa Rica; pero en cambio, allí faltan los recios y fuertes caracteres, las exaltaciones sublimes, la consagración heroica de la vida al apostolado religioso, del cual ha dado el Ecuador tan bellos ejemplos (...)

En el Ecuador, el esplendor de la naturaleza y la inefable serenidad del cielo densamente azul, la sonoridad que tienen las cosas en el aire límpido y la belleza oriental de los crepúsculos, favorecen en los nativos su inclinación a la poesía, a la religión y al arte. Los indios cuencanos esculpen bellísimos Cristos y pintan vírgenes admirables de candor. El escultor Vélez tiene una justa celebridad. El lirismo de Olmedo y de Numa Pompilio Llona y Remigio Romero León revelan el idealismo del fondo poético y la poesía que facilita y embellece tu expresión. La idea sublime de Dios, que es la misma belleza, se encuentra casi siempre en los vuelos líricos de los notables poetas católicos y ecuatorianos Juan León Mera, Crepo Toral, Honorato Vázquez, el presidente de la República doctor Cordero.

Ese mismo temperamento poético se observa en los oradores. La metáfora, el símbolo, el ritmo, todos los elementos externos de la expresión que visten y exornan el pensamiento interno de la frase, los utilizan con gran facilidad los oradores profanos y sagrados del Ecuador. Allí hubo siempre ilustres oradores como don José Mejía Lequerica que brilló en las Cortes de

Cádiz. Monseñor Álvarez tenía también un estilo poético y galano, que no quitaba a sus discursos y artículos la solidez, la piedad o la filosofía del fondo (...)

Tal vez el misticismo del Ecuador es estimulado por la vegetación espléndida de su territorio. En todas partes el silencio imponente de las montañas sugiere la idea de Dios, pero principalmente en las del Ecuador, porque ellas, más que otras, parecen un templo. Sus alturas vertiginosas, en cuyas cimas suele humear el volcán, semejan esos atrevidos campanarios góticos de Europa, cuya flecha rasga las nubes. Sus árboles rígidos, enlazados por encajes de parásitas, tienen aspecto de pilares encortinados. Sus cúpulas de fronda, sus trémulas arcadas de follaje, sus tabernáculos de flores, reproducen la magnificencia arquitectónica de una basílica en día de solemnidad. La liturgia está representada por las túnicas de verdura en que el rocío y el sol ponen tonalidades y reflejos de pedrería. El vapor azulado y fragante que levanta la humedad como humareda, recuerda el incienso. La luz pálida de las luciérnagas y mariposas que se agitan simulan lámparas y cirios. El viento, al cruzar engolfado bajo las bóvedas de fronda, tiene murmullos corales y resonancias de órgano; los pájaros en sus trinos exhalan a veces quejas como de salmo y de salterio.

Un himno de paz, de pureza, de plegaria, de silencio, parece elevarse de la inmensa floresta virgen, sugiriéndole al peregrino solitario meditaciones religiosas y ansias de eternidad. Entre todas las idolatrías que extraviaron la necesidad de creer, ninguna más disculpable ni más bella que el culto al sol, tributado por el indio ecuatoriano en la majestad misteriosa de la selva. El disco resplandeciente del astro rey se levanta sobre las cimas y las cumbres, como un cáliz inmenso, en la dulce virginidad de la mañana agreste, ofreciéndole a Dios un brindis de adoración y de amor.

## AMOR SUBLIME

### Capítulo II<sup>331</sup>

A la claridad difusa, con tonalidades de púrpura, que arrojaba el ocaso, se destacaba en aquella lúgubre soledad la gallarda figura del joven Ben Gioras. No sólo era esbelto como Dimas, sino también corpulento como un gallo de la casta guerrera, tenía el torso ancho y recio, el pecho saliente, la estatura elevada, el perfil correcto. Si el destino había sido cruel con él, dándole un nacimiento vergonzoso, en cambio la naturaleza se había mostrado pródiga. Ni aún los ciegos habrían podido odiarlo: pues su voz misma era de una atrayente dulzura que aumentaba el fraude de su personalidad. En nadie como en él se disfrazó mejor la deformidad de un alma. La suya, en efecto, era extraordinariamente maligna, aun en aquellos envilecidos tiempos de universal corrupción. Sin duda, había sufrido orfandades, miserias, explotaciones; pero ellas no eran la causa sino el pretexto y el estímulo para su malevolencia nativa. Vino al mundo con un gran caudal de malicia encerrada en un cuerpo perfecto como el veneno que ocultan las flores del Ganges en sus bellas y pérfidas corolas. Hasta cuando era feliz, en la edad inocente de la infancia, se divertía destruyendo nidos de pájaros, talando huertas y sembrando todo el estrago que estaba a su alcance. Las vicisitudes posteriores de su vida infantil, las crueles envidias de sus compañeros de circo, habían abierto en su alma orgullosa y sensible, como la de todo hebreo, una honda llaga de rencor que nunca debía cicatrizarse.

Tales eran los sombríos recuerdos que el gentil mancebo evocaba sobre su vida, mientras que, absorto, contemplaba la fuga de rosados matices en que se disolvía la dulce luz del occidente. En aquel momento lo distrajo de sus meditaciones la presencia de un negro asiático de edad ambigua y brillantes ojos, que acababa de entrar sigilosamente en el subterráneo.

- A tiempo llegas - le dijo el joven visiblemente satisfecho.  
- Corre al peñasco de las palmeras. Por allí deben ir dos viejos. Ofréceles tu compañía de mi parte. Fíjate bien en sus fisonomías.

---

Barrantes Molina (Luis), "Amor sublime. Primera parte", en *La novela del día*, Buenos Aires, n° 213 (7 de abril de 1923), pp. 292-295.

El negro salió con la rapidez silenciosa de una víbora, limpiándose el rostro reseca­do por el sol como un cuero. Cuando quedó solo, el joven Ben Gioras rizó su cabellera, se impregnó de penetrantes aromas de Cades y salió de su guarida, por un sendero distinto del que tomaron los viejos. Saltando los barrancos con su agilidad de acróbata, a los pocos pasos estaba en la cumbre del Cedrón. Desde allí contempló sus amadas montañas, los bosques de olivos, higueras y nogales, que tantas veces recordara con nostalgia en Grecia y en Roma. Era la hora poética del sol poniente en que las admirables perspectivas de Jerusalem, toman el aspecto de un mundo fantástico. A los pocos minutos descubrió entre el follaje metálico de las palmeras, los conos dorados de los palacios de la ciudad santa, entre los que destacaban el sombrío cubo de la torre Antonia y la soberbia mole del templo. Los vendedores ambulantes regresaban del mercado con sus camellos y borricos cargados de frutas. Las mujeres lo miraban sorprendidas y se turbaban al saludarlo. Una sin poder contenerse exclamó:

- ¿Han visto? ¡Qué buen mozo!

Y él sonrió satisfecho, aunque no sorprendido; pues estaba habituado en Siria y en Roma a oír tales alabanzas. Sabía que llevaba un tesoro en su cuerpo y con él y su audacia se proponía surgir a una altura indefinida. Solamente por eso se mantenía casto a fin de conservar aquella exuberancia física que todos le envidiaban.

Cuando llegó al palacio de Cipro -este era el nombre de la esposa de Agripa, - detúvose el joven. Enjugóse el rostro, se terció el manto con gallardía y golpeó en el pórtico con su puñal. El esclavo, que debía esperarlo, abrió la puerta y lo condujo a través de las galerías iluminadas por candelabros de siete brazos y de luces azules que contrastaban con la palidez del follaje en el jardín exterior.

- Las señoras están en la terraza – explicó el esclavo retirándose.

En efecto, dos mujeres sin velo de dirigían a él con el rostro anegado en sonrisa.

- Bienvenidos seas – le dijeron a un tiempo, con igual expresión de ternura.

- Que la bendición de Elías reine en esta casa – exclamó él, tendiendo los brazos con donosa cortesía y enfocándolas con sus brillantes y fascinadoras pupilas.

- Te esperábamos ansiosas – dijo Cipro, haciéndolo sentar en un diván con incrustaciones de nácar- y hemos hecho traer para ti granadas de Cálcida y uvas de Gaza.

En efecto, las frutas se veían en una bandeja de plata sobre una mesa de sándalo. Un lampadario apagado alzaba en la atmósfera clara sus encajes y rosas de bronce. En un ángulo de la terraza estaban recogidos los mástiles sobre los que tendía el toldo de púrpura en las tardes de sol. Suave alfombra de Naxos cubría el pavimento y en un plato etrusco ardía el incienso perfumado.

- Gracias -dijo el joven- sois la bondad misma para conmigo desde aquel día que me visteis en el gimnasio.

- Ah, ¿recuerdas? – dijo Cipro sonriendo - ¡Hace apenas dos años de eso y cómo has cambiado! Entonces eras un adolescente y ahora pareces todo un hombre. No te caería mal la toga de cónsul.

- Sois vos, señora, quien me ha principiado a elevar y no dudo que me hagáis llegar a ser cónsul.

- ¡Oh! Si pudiera – dijo la dama sonriendo con bondad y coquetería.

Era una mujer de cincuenta años, de facciones finas, cuya frescura conservaba con los secretos del tocador. Llevaba el cabello empolvado de azul a la usanza siria y grandes bellotas de esmeralda enredadas en los rizos. Vestía túnica de felpa y sus finas sandalias se prendían sobre el empeine con dos enormes zafiros. De pronto se levantó diciendo:

- Ah, olvidaba el laúd.

Y se alejó en busca del dulce instrumento. Apenas desapareció, se acercó a Ben Gioras la otra dama, hermana de Agripa. Ella le tendió con vehemencia sus manos gráciles y él le besó rápida y gentilmente los dedos con expresión de satisfacción profunda. Era muy bella, a pesar de su palidez y vestía con sencilla elegancia, sin más lujo que unas tirillas azules en el cabello, y un cinturón de tisú con encaje de oro. Llamábase Berenice.

- ¿Por qué has tardado tanto? – preguntó al aventurero la joven con acento de reproche y con tal emoción que se veía levantarse su seno bajo el peplo de lino.

- Tú sabes ya, dueña mía, que tengo muchas ocupaciones. Pero no perdamos tiempo; tengo que decirte algo muy grave antes de que vuelva Cipro.

- Ah. ¿Tú también lo has notado?

- ¿Qué?

- Que a ella le sienta mal que me hables.

- Sí, pero óyeme bien y contesta con sinceridad. ¿Tienes confianza en mí?

- Absolutamente; tú lo sabes bien.

- Ante todo, prométeme que aunque no hagas lo que voy a pedirte no lo revelarás a nadie.

- Así lo haré, prometió la hebrea con la sinceridad de su alma, transparente como el cristal.

- Prométemelo con juramento.

- Pongo a Jehová por testigo.

- Escucha. Tú sabes cuánto te amo; pero hoy no puedo ser tu esposo, porque tu elevado rango nos separa. Tu eres hermana de un príncipe y yo soy un simple aventurero, un pobre diablo.

- ¡Oh no! Para mí eres más que nadie. Y también Agripa te estima. ¿Por qué no había de consentir en que fueras mi esposo?

- Nunca lo permitirá. Desde que supiera que te amo me negaría su amistad. Los casamientos desiguales se toleran entre los paganos, pero no en la aristocracia judía.

- ¡Oh, Dios mío! – exclamó ella cubriéndose con la mano sus bellos ojos humedecidos de lágrimas.

- Pero escucha – dijo el joven tomándole la mano. – Si tu me ayudas yo haré que Agripa llegue a ser rey de Jerusalén. Entonces él, agradecido, me dará algún cargo elevado que me permita casarme contigo. ¿Comprendes? Sólo entonces podrá él hacerlo con su autoridad de rey, mientras que ahora nada puede hacer por mí.

- ¿Y qué quieres que yo haga?

- Por de pronto, una cosa muy sencilla: obtenerme un pergamino blanco con el sello de Agripa.

- ¿Para qué? – le preguntó Berenice con la mirada.

- Es para escribir yo una recomendación de mi misma persona que me permita presentarme a los sacerdotes y príncipes

de Judea como recomendado por Agripa. ¿Entiendes? Necesito eso a fin de incitarlos a preparar una sedición que ponga a Agripa en el trono de Palestina.

- ¿Y por qué no se la pides a él? Seguramente no te la negaría.

- Sí, me la negaría. Tu hermano Agripa es tímido y holgazán. Aceptaría el trono si se los ponen en la mano sin correr el menor riesgo.

- Me propones una cosa peligrosa que puede comprometer a Agripa; pero tengo confianza en ti.

- Créeme, Berenice; no hay otro medio de que yo pueda llegar a ser tu esposo.

- Por eso haré lo que me pides – prometió sonriéndose la nieta de Herodes.

- Tan luego como lo tengas en tu poder me lo envías con el criado Efraím, que es de mi confianza.

Berenice asintió con la cabeza y en señal de agradecimiento el joven le besó la mano, al mismo tiempo que la miraba fijamente, poniendo en sus pupilas una expresión de amor infinito.

- Cipro vuelve – dijo la joven, retirando bruscamente la mano y simulando contemplar el panorama de la ciudad.

- No tenemos laúd – dijo con pena la esposa de Agripa, entrando en la azotea, - el músico griego se lo ha llevado a afinar.

- Mejor, así tendremos más tiempo de conversar; sólo dispongo de media hora – observó el joven.

- Qué apurado, ¡hombre! Debes estar muy entretenido aquí cuando vives tan ocupado - declaró la vieja en tono de queja.

- Todas las capitales me gustan; pero esta tiene para mí particular encanto.

- Ah, pues para mí no; estoy aburridísima. No veo el momento de escaparme para Antioquía. Allí sí que hay vida y libertad, mientras que aquí tengo que vivir encerrada por temor a las críticas del Sanedrín.

Siguieron hablando los tres haciendo plácidas evocaciones de Roma, donde se habían conocido hacía dos años. En aquel tiempo Cipro y Berenice asistían a unas carreras en el Gimnasio cuando les llamó la atención uno de los vencedores, casi adolescente, de anchas espaldas y miembros de acero, que se llevó el

premio de salto. Ese joven era Ben Gioras. Quisieron conocerlo y quedaron gratamente sorprendidas al saber que era hebreo. Orgullosas de tener un compatriota que era un atleta de apolínea belleza se interesaron por él y lo recomendaron a Agripa. Este príncipe paganizado despreciaba a sus compatriotas por su falta de elegancia, sus largas barbas y suciedad insolente. Así fue que le causó buena impresión el joven aventurero y campeón, tan bello y ágil como un griego, y tan lleno de energía como un romano. Con el favor de las dos mujeres lo admitió en su séquito y llegó a distinguirlo hasta frecuentar con él algunas orgías. Luego, empobrecido y asediado por los acreedores, Agripa tuvo que deshacerse de Ben Gioras, quien se hizo jefe de bandidos y ahora le enviaba socorros a su antiguo amo, desde Palestina. Cipro estaba extasiada de ser protectora de aquel gallardo mancebo y ansiaba reunirse pronto con él en Antioquía, donde podía asistir en su compañía a los paseos. Así fue que al despedirse el joven le dijo:

- Adiós, hasta muy pronto.

- Adiós – contestó Cipro. – Te esperamos en mi casa de Antioquía; yo quisiera quedarme algunos días más por estar cerca de ti.

- Y yo también – afirmó el joven, - porque a tu lado se me pasan las horas como por encanto, pero no conviene que dejes solo a Agripa; ya sabéis que él se entrega a la orgía cuando no lo acompaña la familia. Los explotadores lo arruinan y él se desacredita. Y si así sigue, cuando yo quiera proponerlo para rey, lo rechazará el Sanedrín. Id, pues, a vigilarlo; yo os seguiré después. Hasta la vista.

- ¿Será la última vez que te vemos?

- Os acompañaré hasta el muelle en Cesarea.

Cuando el joven se vio solo en la calle, el corazón le latió de alegría. “Todo va bien – exclamó- “Esas mujeres están locas por mí y me servirán de escabel. La vieja Cipro, como palanca es soberbia; pero puede descubrirme a Agripa. Más segura es Berenice. Ella me conseguirá el pergamino. ¿Quién sabe? Tal vez me casaría con ella a pesar su delgadez de avispa. ¡Ah! Torpe sería yo si no aprovechara esta ocasión propicia para adquirir influencia y para vengarme de los verdugos de mi padre. El mundo es de los fuertes y yo lo soy; vaya si lo soy con los hombres y con las mujeres.”

Marzo 19 de 1911

A Caamaño el profesor  
de la terna juventud  
hoy le mando yo una flor  
y un voto por su salud.  
Delito grave sería  
me hoy yo, sin voz, me callara  
y ni una tarjeta le enviara  
al celebrar el, su día,  
tan solo me desconsuela  
no poder darle un millon  
el director de la escuela  
el gran "Cristobal Colon"  
Si mi ofrenda no es caudal  
que le di por todo el año  
es la expresion fiel & leal  
de mi afecto por Caamaño.  
Y si otro **BIBLIOGRAFÍA** mal  
mi ofrenda tan pobre & sola  
para él sera natural  
pues lleva sangre española  
sangre muy generosa  
sin interes ni ambicion  
por eso Caamaño goza  
tan solo en la educacion  
por eso del bien en pos  
va el formando su corona  
& es fiel a su pais & a Dios  
como lo gente sajona  
No parecia, pues, extraño  
de mi sentir la expresion  
al decir: "Dios, di a Caamaño  
larga vida & bendicion!"  
nada. Luis Barrantes Ho



## FUENTES PRIMARIAS

Documentos del Archivo Nacional de Costa Rica, Sección Histórica, Corte Suprema de Justicia.

CR-AN-AH-CSJ-EXPJU, n° 000567, n° 000692, n° 001650, n° 002019, n° 002021, n° 003216 y n° 041151.

CR-AN-AH-CSJ-JCAD-EXPDENTM, n° 006204, n° 006496 y n° 006537.

CR-AN-AH-CSJ-JYA, N° 951774.

## FUENTES ELECTRÓNICAS

Archivo Histórico Salesiano, *Biblioteca Libros Antiguos*, en <https://donboscosur.org/wp-content/uploads/2019/07/02.-Cat%C3%A1logo-libros-antiguos.pdf>

Barrantes Molina (Luis)

\_\_\_\_\_ Amor sublime, en *La Novela del Día*, n° 213, 7 de abril de 1923, pp. 289-304; n° 214, 8 de abril, pp. 305-320; n° 215 10 de abril, pp. 321-336; n° 216, 11 de abril de 1923, pp. 337-352; n° 217, 12 de abril de 1923, pp. 353-374; n° 218, 13 de abril de 1923, pp. 377-392; n° 219, 17 de abril de 1923, pp. 406-414, en <https://www.sinabi.go.cr/exhibiciones/Cien%20novelas%20costarricenses/Novelas%20a%20texto%20completo.aspx>

\_\_\_\_\_ *Drama de bogar*, en *La Novela del Día*, n° 5, 14 de diciembre de 1918, pp. 83-104, en [https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/770846939/1/LOG\\_0003/](https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/770846939/1/LOG_0003/)

\_\_\_\_\_ “La Catedral”, en *Actualidades*, Lima, n° 94, 15 de diciembre de 1904, sin paginación. Disponible en [https://books.google.co.cr/books?id=NhA4AQAAMAAJ&pg=PP326&dq=%22luis+barrantes+molina%22&hl=es-419&newbks=1&newbks\\_redir=0&sa=X&ved=2ahUKEwiAo-JnC2M2BAxURSjABHd90BMMQ6AF6BAg-JEAI#v=onepage&q=%22luis%20barrantes%20molina%22&f=false](https://books.google.co.cr/books?id=NhA4AQAAMAAJ&pg=PP326&dq=%22luis+barrantes+molina%22&hl=es-419&newbks=1&newbks_redir=0&sa=X&ved=2ahUKEwiAo-JnC2M2BAxURSjABHd90BMMQ6AF6BAg-JEAI#v=onepage&q=%22luis%20barrantes%20molina%22&f=false)

- \_\_\_\_\_ “El voto femenino”, en *El Pueblo*, Buenos Aires, 15 de octubre de 1947, en [https://racimo.usal.edu.ar/1462/1/dic1947\\_revista\\_de\\_revistas.pdf](https://racimo.usal.edu.ar/1462/1/dic1947_revista_de_revistas.pdf)
- \_\_\_\_\_ “La Justicia en el gobernante”, en *¡Adelante!*, Panamá, n° 658, 27 de julio de 1947, p. 1, en [https://bdigital.binal.ac.pa/bdp/Periodicos/ADELANTE\\_ACCION\\_CATO-LICA\\_19470727\\_0001.pdf](https://bdigital.binal.ac.pa/bdp/Periodicos/ADELANTE_ACCION_CATO-LICA_19470727_0001.pdf)
- \_\_\_\_\_ *La Tragedia del Calvario o La intriga del Sanedrín. Primera Parte*, en *La Novela del Día*, n° 65, 30- de marzo de 1920, pp. 161-180, en [https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/771029527/1/LOG\\_0003/](https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/771029527/1/LOG_0003/)
- \_\_\_\_\_ *La vergüenza de su propia sangre*, en *La Novela del Día*, n° 60, 27 de febrero de 1920, pp. 61-80, en [https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/771020813/1/LOG\\_0003/](https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/771020813/1/LOG_0003/)
- \_\_\_\_\_ *Un artista del crimen*, en *La Novela del Día*, n° 38, 26 de setiembre de 1919, pp. 61-80, en [https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/770950205/1/LOG\\_0003/](https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/770950205/1/LOG_0003/)
- \_\_\_\_\_ *Un idilio extraño*, en *La Novela del Día*, n° 299, 14 de setiembre de 1923, pp. 383-398, en [https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/781827884/1/LOG\\_0003/](https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/781827884/1/LOG_0003/)
- Bautizo de Anselma de las Mercedes Barrantes Molina, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:NQNY-HP8>
- Bautismo de Oliva Angélica de Jesús Barrantes, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:6ZPR-N21Q>
- Bautismo de Teodolinda de Jesús Barrantes, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:NQJH-3H8>
- Bautismo de Victorino Manuel de Jesús Barrantes, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:6DKZ-HQ5L>
- Catálogo de la Secretaría de Cultura de Salta, en [biblioteca.culturasalta.gov.ar](http://biblioteca.culturasalta.gov.ar)
- Catálogo en línea Biblioteca de la Academia Argentina de Letras*, en [http://aalbiblioteca.online/biblioteca/opac\\_css/index.php?lvl=notice\\_display&id=12106](http://aalbiblioteca.online/biblioteca/opac_css/index.php?lvl=notice_display&id=12106)

- Defunción de Anselma Barrantes Molina, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:D484-PG6Z>
- Defunción de Casimira Barrantes Molina, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:7KXH-HPZM>
- Defunción de Genaro Jiménez Molina, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:6CBN-D3KS>
- Defunción de Oliva Jiménez Barrantes, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:6C7K-QS6Z>
- Defunción de Teodolinda Barrantes Molina, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:68FQ-PJLS>
- Defunción de Victorino Barrantes Molina, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:QR6L-6W3Z>
- Fuentes históricas del Perú*, en <https://fuenteshistoricasdelperu.com/2020/06/14/actualidades/>
- Garnier (José Fabio), “Cien novelas costarricenses”, en <https://www.sinabi.go.cr/exhibiciones/Cien%20novelas%20costarricenses/Resenas.aspx>
- <https://primarysources.brillonline.com/browse/history-of-religiosity-in-latin-america/monsenor-jose-fagnano-ensayo-bibliografico;hrlac01367>
- Partida de matrimonio de don Arturo Esquivel Arias y doña Berenice de la Guardia y Fábrega, en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:62N7-FYW5>
- V. L. M., “Desde Buenos Aires”, en *El diario palentino*, Palencia, 20 de setiembre de 1938, p. 3, en [https://prensahistorica.mcu.es/catalogo\\_imagenes/grupo.do?path=1002678173](https://prensahistorica.mcu.es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=1002678173)

## FUENTES IMPRESAS

- “Actualidades”, en *La Prensa Libre*, 23 de febrero de 1899, p. 3.
- “Actualidades”, en *El Heraldo de Costa Rica*, 10 de diciembre de 1901, p. 2.
- Amighetti (Francisco), *Obra literaria*, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1ª. ed., 1993.
- “Argentina rinde un homenaje de simpatía al extinto periodista y novelista costarricense”, en *Diario de Costa Rica*, 18 de enero de 1950, p. 5.
- Armus (Diego), *The ailing city, Health, Tuberculosis and Culture in Buenos Aires, 1870-1950*, Durham y Londres, Duke University Press, 1ª. ed., 2011.
- “Bachilleres de hace 50 años”, en *Diario de Costa Rica*, 11 de diciembre de 1948, p. 4.
- Barrantes Molina (Luis)
- \_\_\_\_\_ “A un Pito Flautín”, en *La Justicia Social*, 24 de octubre de 1902, p. 3.
- \_\_\_\_\_ “Bernardo Augusto”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, setiembre de 1901, p. 268.
- \_\_\_\_\_ “Carta abierta”, en *El País*, 24 de mayo de 1901, p. 1.
- \_\_\_\_\_ “Castelar”, en *La Justicia Social*, 20 de octubre de 1902, p. 3.
- \_\_\_\_\_ “Correspondencia”, en *La Revista*, 5 de setiembre de 1900, p. 2; “Hijas del campo”, en *La Revista*, 12 de setiembre de 1900, p. 2.
- \_\_\_\_\_ “Dr. Carlos M. Ulloa, jefe de la diócesis”, en *La Justicia Social*, 3 de marzo de 1903, p. 1.
- \_\_\_\_\_ “Don Manuel de J. Jiménez”, en *Pandemónium*, 1º de junio de 1903, p. 6. Reproducido en “Lo que escribió... Lo que se escribe... Secretarios de Estado en el Gobierno de don Ascensión Esquivel”, en *La Nación*, 8 de marzo de 1965, p. 2.

- \_\_\_\_\_ “Dos mendigos (fantasía)”, en *La Justicia Social*, 31 de enero de 1903, p. 2.
- \_\_\_\_\_ “El día de la superiora”, en *La Revista*, 14 de enero de 1900, p. 2.
- \_\_\_\_\_ “El discurso del vicario capitular”, en *El Día*, 31 de julio de 1903, p. 2.
- \_\_\_\_\_ “El doctor Flores”, en *Pandemónium*, 1º de junio de 1903, p. 6. Reproducido en “Lo que escribió... Lo que se escribe... Secretarios de Estado en el Gobierno de don Ascensión Esquivel”, en *La Nación*, 8 de marzo de 1965, p. 2.
- \_\_\_\_\_ “El pájaro mudo”, en *Diario del Comercio*, 3 de setiembre de 1921, p. 8.
- \_\_\_\_\_ “El secreto de Colón”, en *Diario del Comercio*, 12 de octubre de 1922, p. 5.
- \_\_\_\_\_ “El terremoto de Cartago”, en *El Sol*, 3 de setiembre de 1910, p. 2.
- \_\_\_\_\_ “En el mar”, en *El Eco Católico*, febrero de 1899, p. 458.
- \_\_\_\_\_ “En el mar”, en *La Prensa Libre*, 6 de julio de 1899, página 3.
- \_\_\_\_\_ “En la iglesia”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, mayo de 1898, p. 140.
- \_\_\_\_\_ “Fábula”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, mayo de 1898, p. 140.
- \_\_\_\_\_ “Florecimiento”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, diciembre de 1898, p. 458.
- \_\_\_\_\_ “Florecimiento”, en *La Prensa Libre*, 18 de octubre de 1899, p. 2.
- \_\_\_\_\_ *Gemma Galgani*, Buenos Aires, Librería del Colegio IX, 1ª ed., 1919.
- \_\_\_\_\_ “Jorge Volio”, en *La Justicia Social*, San José, 7 de mayo de 1903, pp.2-3.
- \_\_\_\_\_ “José María Sánchez”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, agosto de 1899, p. 110.

- \_\_\_\_\_ “Julio Fonseca”, en *El Día*, 9 de julio de 1903, p. 2.
- \_\_\_\_\_ “La acción de la mujer apostólica en Buenos Aires”, en *Revista costarricense*, n° 218, 13 de octubre de 1935, pp. 403-403.
- \_\_\_\_\_ “La capa en el rayo de sol”, en *Diario del Comercio*, 16 de julio de 1922, p. 8.
- \_\_\_\_\_ “La conferencia del Sr. Soto Hall”, en *La Prensa Libre*, 14 de abril de 1902, p. 2.
- \_\_\_\_\_ “La doncella estigmatizada de Konnersuth”, en *Revista costarricense*, n° 244, 24 de mayo de 1936, pp. 852-853.
- \_\_\_\_\_ “La Iglesia y el siglo”, en *El Eco Católico*, marzo de 1901, p. 42.
- \_\_\_\_\_ “La Iglesia y el siglo”, en *La Revista*, 15 de marzo de 1901, p. 2.
- \_\_\_\_\_ *La intriga del Sanbedrín*, Buenos Aires, Tipografía y Librería del Colegio Pío IX, 2ª. ed., 1936.
- \_\_\_\_\_ “La leyenda de Abril”, en *Diario del Comercio*, 4 de agosto de 1921, p. 2.
- \_\_\_\_\_ “La leyenda de Juan”, en *Diario del Comercio*, 2 de octubre de 1921, p. 6.
- \_\_\_\_\_ “La libertad”, en *El País*, 8 de agosto de 1901, p. 1.
- \_\_\_\_\_ “La ovación popular tributada a Cristo”, en *El Bien Público*, Montevideo, 18 de marzo de 1940, p. 5.
- \_\_\_\_\_ “La tragedia de la humanidad”, en *Revista costarricense*, n° 541, 24 de enero de 1943, pp. 1559-1561.
- \_\_\_\_\_ “La Trinchera”, en *La Prensa Libre*, 27 de julio de 1899, p. 3.
- \_\_\_\_\_ “La Verdadera Dinastía”, en *Ensayos literarios. Órgano de la juventud*, número VI (1° de diciembre de 1896), pp. 54-56.
- \_\_\_\_\_ “Lo necesario y lo superfluo en la enseñanza”, en *Revista costarricense*, n° 327, 24 de abril de 1938, pp. 43-44.
- \_\_\_\_\_ “Los recursos psicológicos del sistema preventivo”, en *Revista Costarricense*, n° 144 (25 de marzo de 1934), p. 759.

- \_\_\_\_\_ “María”, en *La Justicia Social*, 22 de setiembre de 1902, p. 2.
- \_\_\_\_\_ Monseñor José Fagnano. *Ensayo biográfico*, Buenos Aires, Librería del Colegio Pío IX, 1ª. ed., 1918.
- \_\_\_\_\_ “Necesidad de creer”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, 9 de febrero de 1901, pp. 18-19.
- \_\_\_\_\_ “Necesidad de leer libros católicos”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, 19 de enero de 1901, p. 404.
- \_\_\_\_\_ “Neurosis”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, junio de 1898, p. 185.
- \_\_\_\_\_ “Nuestra prensa”, en *Páginas Ilustradas*, nº 19, mayo de 1904, p. 16.
- \_\_\_\_\_ “Oración fúnebre pronunciada por Luis Barrantes Molina en la puerta del Carmen, antes de la inhumación del cadáver del muy ilustre doctor Ulloa”, en *La Justicia Social*, 4 de marzo de 1903, p. 1.
- \_\_\_\_\_ “Palique”, en *La Justicia Social*, 22 de setiembre de 1902, pp. 2-3.
- \_\_\_\_\_ *Para mi hogar. Síntesis de economía y sociabilidad doméstica*, Buenos Aires, Compañía Sansinena de Carnes Congeladas, 1ª. ed., 1923.
- \_\_\_\_\_ “Párrafos”, en *El Día*, 1º de setiembre de 1901, p. 2.
- \_\_\_\_\_ “Párrafos”, en *La Justicia Social*, 17 de setiembre de 1902, p. 2; 19 de setiembre de 1902, p. 2; 3 de octubre de 1902, p. 2; 7 de octubre de 1902, p. 3.
- \_\_\_\_\_ “Párrafos episcopales”, en *El Día*, 26 de setiembre de 1903, p. 2; *El Día*, 27 de setiembre de 1903, p. 2; *El Día*, 27 de setiembre de 1903, p. 2, y *El Día*, 30 de setiembre de 1903, p. 2.
- \_\_\_\_\_ “Réplica”, en *El Fígaro*, 15 de abril de 1901, p. 2.
- \_\_\_\_\_ “Rosendo Valenciano”, en *La Justicia Social*, 16 de diciembre de 1902, p.2.
- \_\_\_\_\_ “Sed como el árbol”, en *Diario del Comercio*, 15 de setiembre de 1921, p. 4.

\_\_\_\_\_ “Señor don Mardoqueo Arce”, en *La Justicia Social*, 7 de setiembre de 1903, p. 2.

\_\_\_\_\_ “Sin la fe no hay felicidad”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, marzo de 1901, pp. 50-51.

\_\_\_\_\_ “Un día de huelga”, en *El Eco Católico de Costa Rica*, setiembre de 1898, p. 323.

\_\_\_\_\_ *Un alma sacerdotal*, Buenos Aires, Imprenta A. Baiocco, 1ª. ed., 1928

\_\_\_\_\_ “Velada de los Obreros”, en *La Justicia Social*, 29 de setiembre de 1902, p. 33.

\_\_\_\_\_ *Versos*, Buenos Aires, Sebastián de Amorrortu, 1ª. ed., 1923.

\_\_\_\_\_ “Visionaria”, en *Ensayos literarios. Órgano de la juventud*, número VI (1º de diciembre de 1896), p. 45.

Chacón Trejos (Gonzalo), *Tradiciones costarricenses*, San José, Editorial Costa Rica, 1ª. reimpr. de la 2ª. ed., 2008.

“Colegio Seminario”, en *La Unión Católica*, 22 de diciembre de 1896, p. 1.

“Cuadro de honor de los alumnos del Liceo de Costa Rica”, en *La República*, 10 de agosto de 1898, p. 2.

“De todos colores” en *La Prensa Libre*, 15 de diciembre de 1904, p. 4.

“De viaje”, en *La Información*, 26 de marzo de 1913, p. 3.

Dobles Segreda (Luis), *Índice bibliográfico de Costa Rica. Tomo cuarto*, San José, Librería e Imprenta Lehmann (Sauter & Co.), 1ª. ed., 1930.

“El Seminario y el Liceo de Costa Rica”, en *La Prensa Libre*, San José, 24 de noviembre de 1898, p. 3.

Esquivel de la Guardia (Adolfo),

\_\_\_\_\_ “Luis Barrantes Molina, su vida y su obra”, en *Diario de Costa Rica*, 22 de marzo de 1950, pp. 5 y 8.

- \_\_\_\_ “Un costarricense en la Argentina. Luis Barrantes Molina”, en *Athenea*, n° 8, 15 de agosto de 1920, p. 968.
- “Fallecimiento de S. S. Ilma. Los últimos momentos”, en *La República*, 10 de setiembre de 1901, p. 2.
- “Falleció ayer Luis Barrantes Molina. Un periodista católico valiente y vigoroso”, en *El Pueblo*, Buenos Aires, 13 de noviembre de 1949, p. 1.
- “Gemma Galgani”, en *Bollettino della Congregazione della SS. Croce e Passione di N. S. G. G.*, n° 1, enero de 1925, pp. 253-254.
- “Gran velada”, en *La Información*, 22 de mayo de 1908, p. 2.
- “Hechos y dichos”, en *El Día*, 16 de marzo de 1902, p. 3.
- “Hechos y dichos”, en *El Día*, 15 de enero de 1903, p. 3.
- H. V., “Costarricenses ilustres en el exterior. Luis Barrantes Molina”, en *Diario del Comercio*, 31 de agosto de 1920, p. 4.
- “Impresiones generales de un viaje de estudio”, en *Diario de Costa Rica*, 10 de abril de 1928, p. 4.
- “Inicial”, en *Ensayos literarios*, San José, 15 de setiembre de 1896, p. 3.
- “La manifestación hecha por la Escuela de Derecho”, en *La República*, 9 de mayo de 1901, p. 1.
- “La Prensa Independiente”, en *El Tiempo*, 17 de agosto de 1901, p. 2.
- “La velada de anoche”, en *La Prensa Libre*, 27 de febrero de 1902, p. 4.
- Lida (Miranda), *Historia del catolicismo en la Argentina: entre el siglo XIX y el XX*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 1ª ed., 2015.
- “Lo del sábado”, en *El Día*, 10 de diciembre de 1901, p. 2
- “Los libros”, en *El Hogar*, Buenos Aires, n° 585, 24 de diciembre de 1920.
- “Luis Barrantes Molina”, en *La Justicia Social*, 23 de marzo de 1903, p. 3. “

“Luis Barrantes Molina falleció en Bs. Aires”, en *El Bien Público*, Montevideo, 2 de diciembre de 1949, p. 3.

Molina Jiménez (Iván)

\_\_\_\_\_ “He dejado de ser costarricense”. Escritores y migración en la Costa Rica de los siglos XIX y XX”, en *Revista Realidad*, No. 152 (Julio-diciembre de 2018), pp. 125-146.

\_\_\_\_\_ “Nicho de novelística católica”, en *Universidad*, 21 de marzo de 2023.

“Murió don Luis Barrantes Molina en la República Argentina”, en *La Prensa Libre*, 6 de diciembre de 1949, p. 7.

“Notas Cortas” en *La Información*, 22 de mayo de 1917, p. 5.

“Nuestro compatriota don Adolfo Esquivel de la Guardia contrae matrimonio con una bella Srta. Argentina”, en *La Información*, 21 de marzo de 1913, p. 5.

Núñez (Francisco María),

\_\_\_\_\_ *La evolución del periodismo en Costa Rica*, San José, Imprenta Minerva, 1ª. ed., 1921.

\_\_\_\_\_ *Itinerario de la novela costarricense*, San José, s. e., 1ª. ed., 1947.

\_\_\_\_\_ “La muerte del periodista Luis Barrantes Molina”, en *Diario de Costa Rica*, 18 de diciembre de 1949, p. 8.

\_\_\_\_\_ *Periódicos y periodistas*, San José, Editorial Costa Rica, 1ª. ed., 1980.

Pescatore di Perle, “La Paja en el ojo ajeno”, en *El Hogar*, Buenos Aires, 19 de enero de 1923, sin paginar.

Pinto (Vincenzo), *La terre retrouvée? Ebreo e nazione nel romanzo italiano del Novecento*, tesis de doctorado, Universidad de Grenoble, 2012.

“Refresco”, en *La Prensa Libre*, 17 de febrero de 1902, p. 4.

“Regresaron los delegados de Costa Rica a la Conferencia de Buenos Aires”, en *Diario de Costa Rica*, 29 de diciembre de 1936, p. 5.

- Sáenz Carbonell (Jorge Francisco), *Breve historia del Derecho costarricense*, San José, ISOLMA, 1ª. ed., 2016.
- Sanabria M. (Víctor), *Bernardo Augusto Thiel, segundo obispo de Costa Rica*, San José, Editorial Costa Rica, 1ª. ed., 1982.
- “Solemne distribución de Premios”, en *La Unión Católica*, San José, 24 de diciembre de 1895, p. 2.
- Sotela (Rogelio)
- \_\_\_\_\_ “Adolfo Esquivel de la Guardia”, en *Athenea*, n° 8, 15 de agosto de 1920, pp. 958-959.
- \_\_\_\_\_ *Escritores de Costa Rica*, San José, Imprenta Lehmann & Cía., 1ª. ed., 1942.
- \_\_\_\_\_ *Escritores y poetas de Costa Rica*, San José, Sauter & Co., 1ª. ed., 1923.
- “Tu quo que?”, en *La República*, 30 de noviembre de 1898, p. 3.
- Un no literato (pseudónimo), “Comunicados”, en *El Heraldo de Costa Rica*, 7 de diciembre de 1898, p. 3.
- Vallbona (Rima de), *Yolanda Oreamuno*, San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1ª. ed., 1972.

## FUENTES MANUSCRITAS

- Barrantes Molina (Luis), *A Caamaño el profesor*. Poema inédito. Propiedad de Jorge Francisco Sáenz Carbonell.

## **FOTOGRAFÍAS**

Alumnos del Colegio Seminario que pasaron al Liceo de Costa Rica en 1898. Propiedad de Jaime Granados Brenes.

Bachilleres del Liceo de Costa Rica de 1898. Propiedad de Jaime Granados Brenes.









**LUIS BARRANTES MOLINA** (1877-1949) fue uno de los más prolíficos escritores y periodistas costarricenses de la primera mitad del siglo XX; autor de cuentos, novelas, poemas y abundantes ensayos y artículos. Sin embargo, su nombre casi se desconoce en Costa Rica, pues desarrolló la mayor parte de su obra en tierras sudamericanas.

La Academia Costarricense de la Lengua, como parte de las actividades del centenario de su fundación, aspira con esta publicación a rescatar la figura intelectual y la obra de este fecundo e inmerecidamente olvidado compatriota.

**Jorge Francisco Sáenz Carbonell** es licenciado en Derecho y doctor en Educación; catedrático de la Universidad de Costa Rica y profesor de Historia del Derecho. Autor de numerosos libros y artículos sobre temas históricos, jurídicos y literarios. Desde 2007 es miembro numerario de la Academia Costarricense de la Lengua.

**ACL**  
ACADEMIA  
COSTARRICENSE  
DE LA LENGUA

ISBN: 978-9930-9724-4-1

